



La
BIBLIA
Popular

Colosenses

1 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses

1 Timoteo

2 Timoteo

Tito

Filemón

Hebreos

Santiago

1,2 Pedro

1,2,3 Juan

Judas

Apocalipsis

Mark A. Jeske

La Biblia Popular

Santiago
1,2 Pedro
1,2,3 Juan
Judas

Mark A. Jeske

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number: 2003110515
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2003 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2003
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1591-9

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	vi
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vii

Introducción a las epístolas universales	1
--	---

Santiago

Introducción a Santiago	3
Saludos (1:1)	10
Pruebas y tentaciones (1:12-18)	12
Oidores y hacedores (1:19-27)	17
Favoritismo y amor (2:1-13)	20
La fe muerta y la fe real (2:14-16)	24
La lengua y la sabiduría (3:1-18)	28
Sumisión y humildad (4:1-12)	33
Planes y prioridades (4:13-5:6)	39
Paciencia y oración (5:7-20)	42

1 Pedro

Introducción a 1 Pedro	49
Saludos (1:1,2)	60
Ciclo 1: La esperanza viva (1:3-2:3)	64
Ciclo 2: La piedra viva (2:4-3:17)	77
Ciclo 3: El Cristo viviente (3:18-5:11)	102
Saludos finales (5:12-14)	121

2 Pedro

Introducción a 2 Pedro	125
Saludos (1:1,2)	132
Procuren con diligencia vivir lo que creen (1:3-11)	135
Crezcan en la certeza de lo que creen (1:12-21)	144
Cuídense de los falsos maestros (2:1-22)	154
Prepárense cada vez más para el juicio final (3:1-16)	171
Exhortación final (3:17,18)	180

1 Juan

Introducción a 1 Juan	183
Introducción (1:1-4)	192
Ciclo 1: Los cristianos andan en la luz (1:5–2:28)	194
Ciclo 2: Los cristianos saben (2:29–4:6)	216
Ciclo 3: Los cristianos aman (4:7–5:5)	234
Conclusión (5:6-21)	244

Introducción a 2 y 3 Juan	263
---------------------------------	-----

2 Juan

Introducción (1-3)	268
Anden en la verdad y en el amor (4-6)	272
Tengan cuidado con los engañadores (7-11)	274
Saludos finales (12,13)	279

3 Juan

Gayo: el amigo amado (1-8)	281
Diótfrefes: un tirano abusivo (8,19)	286
Demetrio: un modelo de conducta digno de ser imitado (11,12)	289
Saludos finales (13,14)	291

Judas

Introducción a Judas	293
Saludos (1,2)	297
Motivos por los que se escribió (3,4).....	299
Ejemplos del juicio de Dios sobre los que no creen (5-7)	303
Caracterización de los infiltrados impíos (8-16).....	307
Exhortación a los fieles para que perseveren (17-23).....	314
Doxología (24,25).....	318

MAPAS

Asia Menor	320
------------------	-----

PREFACIO DEL EDITOR

La *Biblia Popular* es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen aplicaciones personales así como antecedentes históricos y explicaciones.

Los autores de la *Biblia Popular* son hombres eruditos y con una perspectiva práctica adquirida a través de años de experiencia en la enseñanza y la predicación ministerial; han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

El rasgo más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* enfoca nuestra atención en Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de mapas, ilustraciones e información arqueológica cuando así se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al beneficio de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International versión, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este libro lo tradujo Ruth Haeuser, esposa del pastor David Haeuser, misionero en Lima, quien hizo la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Octavo Domingo después de Pentecostés de 2003

Paul Hartman, coordinador

Ronald Baerbock, editor de teología

Publicaciones Multilingües

Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin

El Paso, Texas

DONATIVO ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y Thrivent Financial for Lutherans contribuyeron con donaciones especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS UNIVERSALES

En este volumen del comentario de la Biblia Popular, encontrarán las siete cartas breves que aparecen al final del Nuevo Testamento. Estas cartas forman el tercer grupo principal de los libros del Nuevo Testamento, aparecen después de los libros históricos (los cuatro Evangelios y Hechos) y las 13 cartas de San Pablo. El libro anónimo de Hebreos no estaba agrupado históricamente en estas siete cartas, debido a que durante muchos años se pensó por equivocación que Pablo también lo había escrito. En realidad, muchas Biblias impresas aun hoy lo llaman “Epístola del apóstol San Pablo a los hebreos”.

El historiador Eusebio (265-340 d.C.) es el primer escritor conocido que se haya referido a esas siete cartas como epístolas universales. En su *Historia eclesiástica*, llamó al libro de Santiago “la primera de las cartas llamadas católicas”. La palabra *católica* que se usa de esta forma no significa “católica romana” sino más bien católica en su sentido original, que quiere decir “universal” o “mundial”. Todas las cartas de Pablo les fueron escritas a lectores específicos, ya sea a congregaciones o a individuos, y de ellos reciben sus nombres. En contraste, las siete cartas breves son “católicas” o “universales”, fueron escritas para una audiencia más amplia. Tal vez hayan tenido el propósito de circular entre muchas congregaciones. Por eso, las siete epístolas católicas o universales reciben los nombres de sus autores, no el de sus destinatarios (por supuesto, 2 y 3 Juan van dirigidas a personas específicas pero desde hace mucho tiempo por costumbre están agrupadas con la más universal 1 Juan).

Las siete cartas son un gran tesoro de sabiduría y fortaleza espirituales. Aunque breves, son intensas, profundas, hermosas e inspiradoras. Fueron escritas en un tiempo de prueba y de gran crecimiento en la iglesia por cuatro hombres muy cercanos al Señor Jesús: Pedro, su discípulo franco y principal; Juan, el

discípulo a quien Jesús amaba; y Santiago y Judas, los medios hermanos de Jesús. Que el Señor bendiga el estudio de esas preciosas palabras.

INTRODUCCIÓN A SANTIAGO

Autor

El escritor de este corto pero espléndido libro se identifica a sí mismo sólo como “Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo”. Fue un cristiano judío que vivió en el siglo I d.C., y su nombre en hebreo es en realidad el mismo nombre del nieto de Abraham, Jacob (en hebreo: *Ya’akov*). En el Nuevo Testamento griego, ese nombre aparece como *Iakobos*. Mientras el nombre se abría paso entre los idiomas modernos, tuvo muchos cambios de pronunciación y ortografía: Jacques, Iago, Jaime, Giacomo. De alguna forma al llegar al español, *Iakobos* se transformó en dos formas, “Jacobo” y “Santiago”.

Ahora, ¿cuál de los hombres que llevan el nombre de Jacobo en el Nuevo Testamento es el autor? El Señor Jesús tenía dos apóstoles con ese nombre; el más famoso era el hijo de Zebedeo y Salomé, el hermano de Juan que era pescador, uno de los “hijos del trueno”. Se destacó durante el ministerio de Jesús, pero sufrió el martirio bajo Herodes Agripa I en el año 44 d.C. (Hechos 12:2). El otro discípulo de Jesús con nombre de Jacobo, apodado “el menor”, fue hijo de Alfeo y María. Ni los cuatro Evangelios ni el libro de Hechos mencionan nada que él hubiera dicho o hecho. En realidad, su madre es más famosa que él: estuvo presente en la crucifixión y en el descubrimiento de la tumba vacía. Hay un tercer Jacobo, el padre del apóstol Tadeo (o Judas, pero no Judas Iscariote), pero de él se conoce aún menos. Ninguno de estos tres hombres parece buen candidato para ser el autor de la epístola.

El escritor de la epístola bíblica no debe ser otro que Jacobo, el medio hermano de Jesús (Mateo 13:55; Marcos 6:3). Y como se ha mencionado primero en las dos ocasiones en que se da una lista de los otros cuatro hermanos, se piensa por lo general que sea el mayor de los cuatro. Él y sus hermanos, incluyendo a Judas, no

creyeron en Jesús como el Mesías durante el ministerio público de Jesús (Juan 7:5); pensaban que estaba “fuera de sí” (Marcos 3:21), e interfirieron en su ministerio (Mateo 12:46; Juan 7:3,4). Después de encontrar resistencia a sus enseñanzas en Nazaret, Jesús comentó con tristeza: “No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y *en su casa*” (Mateo 13:57). Tal vez por esto Jesús, desde la cruz, le encomendó su madre a su discípulo Juan y no a uno de sus propios hermanos.

La resurrección de Jesús cambió todo esto. Jesús le dio a su hermano Jacobo, en privado, la novena de sus 11 preciosas apariciones después de su resurrección (1 Corintios 15:7); tal vez fue entonces cuando Jacobo llegó a la fe. Después de la ascensión, Jacobo estaba con su madre y sus hermanos orando, esperando el prometido Espíritu Santo (Hechos 1:14). Los hermanos se hicieron activos en el ministerio de la predicación y, a diferencia de Pablo, estaban casados (1 Corintios 9:5) y llevaron a sus esposas en los viajes relacionados con su ministerio. Pronto se reconocieron las capacidades de liderazgo y la energía de Jacobo, y durante los años 30 d.C. ocupó un lugar entre los principales apóstoles como una de las “columnas” (Gálatas 2:9). Cuando Pablo se convirtió, fue a Jerusalén después de tres años y habló sólo con Pedro y Jacobo, “el hermano del Señor” (Gálatas 1:19).

Los otros apóstoles permanecieron en Jerusalén por un tiempo, aun durante las primeras persecuciones (Hechos 8:1), pero finalmente realizaron varios viajes misioneros. Parece que Jacobo permaneció en Jerusalén toda su vida. Con el tiempo se le reconoció como la cabeza de la iglesia de Jerusalén. Por ejemplo, cuando Pedro escapó por milagro de la prisión, al parecer tuvo que esconderse, pero les dio estas instrucciones a sus amigos: “Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos” (Hechos 12:17). Cuando se cuestionó la legitimidad del ministerio de Pablo a los gentiles, la “diestra en señal de compañerismo” que Jacobo le dio, junto con Pedro y Juan, trajo armonía (Gálatas 2:9). Eusebio, el historiador de la iglesia del siglo III, incluso llamó a Jacobo “Obispo de Jerusalén”.

Durante los años 40 d.C., una hambruna que se hubo en la región oriental del Mediterráneo les produjo gran sufrimiento a los habitantes de Judea, y por años las congregaciones más nuevas y remotas reunieron fondos para ayudar a las víctimas del hambre en la iglesia madre. Es probable que Jacobo haya escrito la epístola en esos años y, si fue así, su carta es el libro más antiguo del Nuevo Testamento.

Alrededor del año 49 d.C., hubo una gran convocación en Jerusalén para tratar la integración de los nuevos creyentes gentiles a las congregaciones cristianas judías (Hechos 15). Pedro, Bernabé y Pablo informaron sobre las maravillas que Dios estaba haciendo entre los gentiles, pero algunos de los hermanos que no habían dejado por completo su pasado fariseo quisieron insistir en imponer todas las leyes ceremoniales de Moisés del Antiguo Testamento, incluyendo las leyes alimenticias y la circuncisión. Jacobo fue el último en hablar, y sus palabras serenas y llenas de autoridad resolvieron el asunto. Muchos piensan que Jacobo haya sido el que redactó la carta que se les escribió a los creyentes de Antioquía (Hechos 15:23-29).

Más o menos en el año 57 d.C., Pablo regresó a Jerusalén después de su tercer viaje misionero. De inmediato buscó a Jacobo y a los ancianos (Hechos 21:18). Ellos le aconsejaron que mostrara respeto por la ley judía y por las costumbres judías asistiendo al Templo con un voto nazareo (Números 6:1-21), pero pronto la presencia de Pablo provocó disturbios que ocasionaron su encarcelamiento por largo tiempo (Hechos 21:27).

A pesar de la firme lealtad de Jacobo a su herencia judía, también era odiado. Evidentemente, lo único que impidió que sufriera una suerte similar a la de Pablo durante esos años fue la protección que le dio el gobernador romano Festo. El historiador judío romano del siglo I, Flavio Josefo, escribió que después de la muerte de Festo en el año 62 d.C., el sumo sacerdote Anano II y el sanedrín hicieron que Jacobo muriera apedreado. El emperador romano, Albino, estaba tan indignado por ese acto claramente ilegal que hizo destituir a Anano. Así terminó el ministerio de

Jacobo de Jerusalén, el hermano de nuestro Señor. Desde este punto, Jacobo se llama “Santiago”, otra versión de su nombre en español.

Destinatarios

Santiago les escribe “a las doce tribus que están en la dispersión” (1:1). Como se mencionó antes, parece que Santiago permaneció en Jerusalén toda su vida en lugar de hacer viajes misioneros. Las personas a quienes les escribió no eran miembros de una congregación que él hubiera fundado, sino más bien cristianos judíos que vivían fuera de Judea, más allá de su alcance para enseñar e influir en forma personal y directa. A Santiago se le reconoció desde el principio como un creyente dedicado y talentoso, y mientras adquiría importancia, tuvo un ministerio especial para cristianos de orígenes judíos (las “doce tribus”). Escribe con confianza tranquila, seguro de su propia autoridad y sin tener miedo de cuestionar, reprender ni ordenar.

Durante siglos hubo comunidades judías fuera de Palestina. Algunos de esos judíos se adaptaron finalmente a la cultura mayoritaria, pero muchos no. Conservaron sus sinagogas, sus escrituras sagradas y su forma de vida lo mejor que pudieron. Josefo escribió: “No hay ciudad, ni tribu, ya sea griega o bárbara, en donde la ley judía y las costumbres judías no se hayan arraigado.” Había comunidades judías en el este debido a las deportaciones asirias y babilonias en los siglos VIII y VI a.C. Al norte los reyes griegos sirios, los Seléucidas, habían usado a los judíos para establecer ciudades griegas en su región. Al sur, los reyes griegos egipcios, los Tolomeos, habían les dado la bienvenida a los judíos, en el desarrollo de una gran ciudad en el delta del Nilo, Alejandría. En el siglo I, la población de Alejandría pudo haber alcanzado un millón, y los judíos ocuparon la parte del noreste. En esa próspera comunidad judía se produjo la Septuaginta, es decir, la traducción más ampliamente respetada y

usada de las Escrituras del Antiguo Testamento al griego. Había comunidades distintas de judíos también en otros lugares en el norte de África, tales como Cirene (la actual Libia). Cuando Palestina se anexó al Imperio Romano en el 63 a.C., muchos judíos decidieron trasladarse al occidente por motivos comerciales, políticos y económicos.

Esas comunidades judías nunca olvidaron a la madre Jerusalén y conservaron los vínculos con ella. Sin duda, muchas de las “naciones unidas” en la multitud en el día de Pentecostés eran visitantes de fuera de la ciudad. Mientras la nueva iglesia creció fuera de Jerusalén, al principio siguió naturalmente las líneas culturales existentes; los cristianos judíos evangelizaron a otros judíos. Por supuesto, Pablo siempre llegó primero a las sinagogas de las ciudades en sus viajes misioneros. La persecución contra los cristianos apresuró la dispersión de los judíos (algunas veces llamada la diáspora); Hechos capítulo 8 nos dice que la muerte de Esteban desencadenó una persecución tan severa que Jerusalén casi se quedó sin cristianos. Santiago pensó que tenía una responsabilidad para con esos cristianos judíos no palestinos, y les dirigió a ellos esta epístola. La idea fue tal vez que copiaran la carta, la volverían a copiar y la enviaran a otras sinagogas cristianas.

Fecha

Parece que la epístola de Santiago se escribió a mediados de los años 40 d.C. No se hace en ella mención de la gran controversia que surgió a finales de los 40. La vida de la congregación es sencilla y todavía se llama sinagoga, con los “ancianos” y los “maestros”. Su sabor y sus destinatarios son totalmente judíos, lo que sugiere con fuerza que se trataba de la vida antes de la gran afluencia de gentiles que se describe en Hechos capítulo 11 y en los capítulos siguientes.

Ocasión

Santiago no escribe casi nada de doctrina cristiana básica: supone que sus lectores ya conocen los hechos poderosos y salvadores de Dios en beneficio de su pueblo. El nombre de Cristo se menciona sólo dos veces, brevemente. La Epístola de Santiago no está preocupada por el evangelismo ni por las dificultades de adaptarse a la vida espiritual con los gentiles. Más bien, es un ensayo brillante sobre la vida cristiana. Es un ataque enérgico en contra de la fe fingida, que es la que existe sólo en la cabeza y en la boca y no en el corazón ni en las manos. A Santiago no le agradaba la idea de la gracia barata, de pocas esperanzas, de vida descuidada, una cristiandad sólo teórica. Quería *una fe real para una vida real*. Sabía que Dios quería ver la fe activa, la fe que obra. Así como hizo su hermano Judas, escribió contra personas que convirtieron el evangelio en libertinaje. Santiago desafía a sus lectores a permitir que su fe sea visible en la forma en que tratan a otras personas.

Estilo

Santiago escribe con autoridad serena. Es franco, seguro y directo. No trata de teoría, sólo emite un mandato tras otro. No hay palabras de alabanza, sólo palabras estimulantes de instrucción sobre cómo la fe real produce frutos reales. Éstas no son las palabras de un carpintero inculto; su griego es bueno, y su vocabulario es amplio. Le encanta usar lenguaje prosaico, con figuras basadas en la naturaleza: el mar, el viento, el sol, el césped, las flores, los caballos, los pájaros, las criaturas del mar, las fuentes, los higos, las aceitunas, los viñedos, la lluvia, el pastoreo.

La carta de Santiago es diferente de las otras epístolas del Nuevo Testamento, con excepción tal vez de la carta de su hermano Judas. Se parece mucho al estilo de enseñanza de su hermano Jesús. Esto no es sorprendente; después de todo, tuvieron

la misma familia, la misma educación y 30 años de asociación cercana. Tal parece que hasta la madre de Jesús y los hermanos a veces viajaron con él durante su ministerio (Juan 2:12). En particular, la carta de Santiago suena como el sermón del monte (Mateo 5–7); le habla directamente al corazón acerca de llevar una vida santa. Como el profeta Amós (a quien Santiago citó en la asamblea de Jerusalén en Hechos 15:16-18), Santiago tiene palabras mordaces en contra de las injusticias sociales y la opresión. La estructura de este libro de Santiago es algo parecida a la del libro de Proverbios, refranes que no tienen una relación formal entre sí, que van de un tema a otro dando vueltas en lugar de seguir en una línea directa. Pero todo lo que dice Santiago, aunque parezca serpentear sin estructura formal, está relacionado estrechamente con su punto principal: *La fe real produce obras buenas*.

Bosquejo

Tema: Una fe real para una vida real

- I. Saludos (1:1)
- II. Pruebas y tentaciones (1:2-18)
- III. Oidores y hacedores (1:19-27)
- IV. Favoritismo y amor (2:1-13)
- V. La fe muerta y la fe real (2:14-26)
- VI. La lengua y la sabiduría (3:1-18)
- VII. Sumisión y humildad (4:1-12)
- VIII. Planes y prioridades (4:13–5:6)
- IX. Paciencia y oración (5:7-20)

PARTE UNO

Saludos

(1:1)

1 Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud.

Los escritores de cartas en el mundo antiguo preferían firmar sus cartas al principio. Esto no es raro; por lo general hoy miramos al final de la carta o a la dirección del remitente para saber la identidad del que escribe antes de que comencemos a leer. No obstante, lo sorprendente es la manera como se identifica el mismo Santiago. A pesar de que es el medio hermano de Jesucristo, prefiere decir que es siervo de Jesús (o hasta esclavo). Su hermano Judas mostró la misma modestia cuando se identificó en el primer versículo de su epístola. Puede ser que ambos estuvieran muy dolorosamente conscientes de la incredulidad que tuvieron al comienzo sobre la verdadera identidad de Jesús y su mala interpretación de la afirmación de que era el Mesías (Juan 7:2-5).

Por modestia, Santiago no quiere les hablar con altivez a sus lectores sino desea hablar al nivel de ellos, como a compañeros en el servicio, como a mujeres y hombres que han subordinado su voluntad a la de Dios. Si Santiago va a ser hermano de alguien, prefiere poner énfasis en su relación con los hermanos en la fe (versículo 2). A sus lectores los llama hermanos 15 veces.

Santiago no da ninguna otra información acerca de su identidad. Tal vez pensó que eso no era necesario, ya que a mediados de los 40 d.C. habría sido muy famoso como uno de los líderes de la iglesia madre en Jerusalén (vea la introducción para apuntes sobre la identidad de Santiago y la identidad de sus lectores, las “doce tribus que están en la dispersión”).

Santiago menciona el nombre de su Salvador sólo dos veces, aquí y en 2:1. Sin embargo, ese nombre glorioso y poderoso

proyecta una larga sombra sobre toda la epístola. Santiago supone que los lectores conocen las grandes obras de su salvación; en el capítulo 2 dice que Jesús es “nuestro glorioso Señor”. Todo lo que escribe trata de la respuesta del creyente al amor perdonador de Dios en Cristo, basada en la fe. Y así la palabra *salud* en el versículo 1, que literalmente significa “regocíjense”, le da el contexto a todo lo que sigue. Esa palabra fue la primera que le dijo Jesús a Salomé, Juana y María en la mañana de la Pascua (Mateo 28:9 [NVI]). La esperanza gozosa en nuestro glorioso Señor Jesucristo que nos da el evangelio nos lleva a seguir su ejemplo con nuestra vida.

El bosquejo de ocho partes de la carta que sigue es algo arbitrario. Santiago prefiere escribir “dichos ingeniosos”, perlas individuales de sabiduría santificada que están unidas informalmente en tópicos generales.

PARTE DOS

Pruebas y tentaciones

(1:2-18)

² Hermanos míos, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, ³ sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. ⁴ Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.

⁵ Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. ⁶ Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. ⁷ No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor, ⁸ ya que es persona de doble ánimo e inconstante en todos sus caminos.

Durante su ministerio público, Jesús con frecuencia llamó la atención de la gente haciéndola reflexionar con declaraciones aparentemente contradictorias: “Los últimos serán primeros”. “Bienaventurados los que lloran”. Santiago comienza de la misma forma, invitando a los creyentes a pensar que las pruebas dolorosas y las tentaciones en sus vidas son un motivo de gozo. ¿Cómo puede ser posible un pensamiento tan estrafalario? En dos formas: primero, crecemos cuando experimentamos sufrimientos y tribulaciones. La fe crece cuando tenemos que sudar, nos frustramos, esperamos y perseveramos, de la misma manera que nuestros músculos necesitan ejercitarse regularmente para fortalecerse. Los músculos que no se usan se debilitan y se atrofian. Todos conocen el dicho: “Hay que sudar la gota gorda”. Nuestra fe se hace más fuerte cuando siente oposición y la vence.

Segundo, los problemas pueden ser para nuestro bien cuando nos hacen arrodillarnos ante Dios pidiéndole ayuda. La fe crece

cuando aprendemos que el Señor “da a todos abundantemente”. Es arrogante pensar que somos por completo autosuficientes. Como dijo Pablo: “[El] poder [de Dios] se perfecciona en la debilidad... Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:9,10).

Es alentador orar a un Dios que les da a todos generosamente “sin reproche”. Cuando el Salvador amoroso perdona a los pecadores arrepentidos, en realidad los perdona; Dios ya no está interesado en acusar. El pecado que una vez los separó ha sido clavado en la cruz con Jesús y ya no está. Desapareció. De tal modo que los hijos perdonados no tienen que sentirse necios ni culpables cuando acuden a pedirle ayuda a su Padre, porque él está dispuesto a ayudarlos, no a reprocharlos.

“No dudando nada”, dice Santiago. La oración cristiana expresa plena confianza en el amor, en el poder y en la sabiduría ilimitados de Dios. Según Santiago, si dudamos de alguno de esos aspectos de Dios, somos de doble ánimo, esquizofrénicos espirituales, inestables y es probable que no recibamos nada en absoluto del Señor. La oración consiste sobre todo en relaciones; la oración cristiana es una celebración por ser hijos de nuestro Padre celestial. Si van a orar para que llueva, busquen un paraguas.

⁹ El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación; ¹⁰ pero el que es rico, en su humillación, porque él pasará como la flor de la hierba. ¹¹ Cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae y perece su hermosa apariencia. Así también se marchitará el rico en todas sus empresas.

Aquí parece haber más aparentes contradicciones de Santiago. ¿Cómo pueden *los humildes* de la sociedad estar orgullosos de su “*exaltación*”? En Lucas 6:20-22 Jesús llamó “bienaventurados” a los creyentes que son pobres, que pasan hambre, que lloran y son odiados, y les prometió el reino, satisfacción, gozo y una

recompensa grande en el cielo. El punto no es que la gente se salva mediante la pobreza o su propio dolor; el punto es que es menos probable que la gente que tiene pocos tesoros terrenales y que ha sufrido mucho vea la vida en la tierra como un paraíso y es más probable que se interese en las promesas del evangelio. En la historia que narró Jesús acerca de Lázaro en Lucas capítulo 16, la pobreza de Lázaro no lo llevó al seno de Abraham sino su fe; su sufrimiento le quitó toda ilusión de la vida en la tierra, toda la ilusión que el dinero puede comprar. Cuando Lázaro escuchó el testimonio de Moisés y los profetas, le pareció muy bueno.

No obstante, algunos creyentes poseen riquezas materiales (Abraham, David, Salomón), pero llevan una carga especial, porque el dinero se sube a la cabeza de las personas, las hace sentirse importantes, las distrae de prioridades piadosas y las lleva a un falso sentido de seguridad. La riqueza no puede retrasar la muerte del pecador ni darle lo que necesita en los tribunales de Dios. El verdadero tesoro de un creyente rico consiste en reconocer su pobreza espiritual natural y en confiar absolutamente en la verdadera justicia que Cristo da.

¹² Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que lo aman. ¹³ Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie; ¹⁴ sino que cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido. ¹⁵ Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.

¹⁶ Amados hermanos míos, no erréis. ¹⁷ Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación. ¹⁸ Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.

El ritmo del versículo 12 nos recuerda el Salmo 1. Ser dichosos significa que estamos contentos, serenos y seguros de que Dios todavía está dirigiendo todos los asuntos del mundo, confiados en que él dirige todo para nuestro máximo bien, seguros de que la historia de nuestra vida tiene garantizado un final feliz. Ser dichosos significa que somos conscientes de que Dios interviene en nuestra vida para que nos sucedan cosas buenas. Santiago alaba la perseverancia; esa es la misma cualidad que nuestro Señor alaba y premia en cada una de las siete cartas en Apocalipsis capítulos 2 y 3 (“al que venza”). Todos los creyentes necesitan crecer en esta clase de resistencia espiritual, porque Satanás a diario nos ataca. Satanás usará a sus aliados humanos y demoníacos para tratar de distraernos, de hacer que cambiemos los tesoros espirituales por basura, que vendamos el futuro por una gratificación inmediata, que nos cansemos de la Palabra, que sigamos ilusiones o perdamos las esperanzas de tener cualquier relación o comunicación con Dios. Santiago dice que los que perseveren, los que se aferren a la palabra de Dios y a sus promesas, recibirán la corona de la vida.

Santiago habla ahora del problema de la tentación, es decir, no del sufrimiento que los cristianos experimentan sino más bien las sugerencias malvadas para que el corazón y la mente de un creyente se rebelen contra la voluntad de Dios. Aunque Dios en verdad permite, y algunas veces hasta puede enviar, dificultades a sus hijos, su propósito es siempre bueno: probar que su fe es auténtica y llevarlos más cerca de él, lejos de este planeta enfermizo y agonizante. Dios jamás quiere que sus hijos escojan el mal. El problema que tenemos con la tentación no viene de Dios sino viene realmente de adentro: en el corazón de cada persona siempre está activo un yo pecador que nunca se convertirá; que desea con impaciencia dominar nuestra forma de pensar y nuestros valores. Jamás se someterá a Dios.

Santiago nos recuerda todas esas cosas para que no nos engañemos pensando que la madurez del yo cristiano significa que el yo malvado sólo se marchitará automáticamente y desaparecerá.

Debemos reconocer, con honestidad y humildad, al enemigo que hay dentro de nuestro propio corazón, un enemigo que puede concebir y engendrar pensamientos malos, palabras impías y obras malvadas, y lo hará. Aceptaremos con humildad las advertencias de Santiago y nos arrepentiremos diariamente de nuestros pecados, para que una actitud impenitente no nos cause la muerte espiritual. Debemos someternos a la ley de Dios, la cual condena nuestros corazones pecadores y aplasta nuestro orgullo pecaminoso. Necesitamos aferrarnos al evangelio de Cristo, lo único que nos puede dar dignidad y esperanza delante Dios. Porque únicamente el veredicto de Dios que nos declara no culpables nos libraré de la ira divina que caerá sobre Satanás y todo lo impío en el día final. Por lo tanto, todo lo que nos impida tener fe en Cristo debe desaparecer; lo que nos una a Cristo, a su Palabra y sacramentos, debe ser el centro de nuestra vida. Como dice Santiago en el versículo 21: “Recibid con mansedumbre la palabra implantada, *la cual puede salvar vuestras almas*”. Cristo comparte su vida obediente y su muerte inocente con los pecadores arrepentidos mediante el mensaje de la palabra de Dios.

En los versículos 16 y 17, Santiago les ayuda a los cristianos preocupados y dolidos a ver que Dios no quiere herir a sus hijos. Todo lo que es verdaderamente bueno en nuestra vida viene de Dios Padre, quien mora más allá de las luces celestiales (las estrellas). Él no cambia, amándonos un momento y luego volviéndose en contra de nosotros. Es el Señor, el fiel Dios del pacto de amor, en el cual no hay fases ni períodos de sombra. Él nos dio la vida *física*, y luego nos dio un renacimiento mediante su poderosa Palabra a la vida *espiritual* para que podamos ser primicias, es decir, lo selecto, una parte apreciada de toda la creación, la parte de la que está más orgulloso. Esto, no la tentación a pecar, es la voluntad misericordiosa de Dios para nosotros. Este pensamiento consolador nos ayudará a confiar en nuestro Padre celestial en todo.

Oidores y hacedores

¹⁹ Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse, ²⁰ porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. ²¹ Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

²² Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. ²³ Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ése es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural; ²⁴ él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era.

²⁵ Pero el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.

²⁶ Si alguno se cree religioso entre vosotros, pero no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. ²⁷ La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo.

Santiago odiaba la hipocresía en el culto de la gente y en la religión que profesaban. Las fuertes palabras que escribe en contra de la hipocresía en esta sección breve al final del capítulo 1 se repetirán después en la carta. Un aspecto importante de la fe real para una vida real es la disposición que tenemos para escuchar, para realmente escuchar a Dios, para aceptar con humildad su Palabra, y luego actuar conforme a lo que sabemos que es la verdad.

¿Qué puede causar crisis espiritual en los pensamientos y en las acciones de la gente cristiana? ¿Cómo pueden los cristianos

que han vuelto a nacer convertirse en hipócritas? Santiago tiene tres respuestas: (1) No escuchamos bien, o lo suficiente, ya sea a Dios o el uno al otro. Eso es grave. Todos necesitamos una exhortación regular a prestarle atención a la Palabra: “la cual puede salvar vuestras almas”. (2) Hablamos demasiado; nadie aprende nada hablando. (3) No siempre controlamos bien el enojo y con frecuencia permitimos que nos llene el corazón. El enojo envenena todas las relaciones. Nunca se va por sí solo sino que se acumula a diario, dejando cada vez menos lugar para la paciencia, la bondad, el entendimiento y el perdón.

Observen que Santiago hace responsables a los cristianos de su vida. Tomen nota de que enseña que los cristianos que han vuelto a nacer tienen la fuerza de voluntad, el entendimiento y la capacidad (con la ayuda del Espíritu Santo) de cambiar sus vidas. Dice: “Desechando toda inmundicia”. Llegar a sentirse cómodos con un estilo de vida pecaminoso y ser indiferentes al odio de Dios por el pecado lleva a la muerte espiritual. Escuchen a Dios: “Recibid con mansedumbre la palabra implantada”.

¡Y entonces hagan lo que dice la Palabra! La ley de Dios no es buena noticia para los pecadores impenitentes, porque sus exigencias puras y santas los declaran culpables y los condenan. Pero para los creyentes, los hijos arrepentidos y perdonados de Dios, la Ley es buena noticia, porque ofrece clara información sobre cómo la gente que vuelve a nacer puede adorar y honrar a su Padre con alegría. Obedecer la ley de Dios no es esclavitud sino libertad: “éste será bienaventurado en lo que hace”. La vida es realmente mejor cuando adoramos a Dios, quitamos a los ídolos, honramos a los padres, respetamos el matrimonio, huimos del adulterio, decimos la verdad sobre la gente y respetamos la propiedad ajena. “Recibid con mansedumbre la palabra implantada”.

¡Y entonces hagan lo que dice la Palabra! La fe real es evidente en la vida real. Santiago da tres ejemplos:

- Una boca que maldice, miente, jura falsamente, insulta a otra gente, arruina reputaciones es una desgracia para Dios y erosiona la fe. “¡Refrenen su lengua! ¡Controlen su boca!”
- Preocuparse sólo por ustedes mismos, por su propia comodidad y seguridad, y dejar a los débiles para que se valgan por ellos mismos es un insulto para Dios. “[Visiten] a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones”.
- Vivir como no creyentes impenitentes: en borracheras, inmoralidad sexual, en indiferencia egoísta hacia la familia, codiciando, faltando al respeto y con violencia; es un insulto para Dios, hace que la fe cristiana se vea mal y pondrá en peligro nuestra relación con el Padre. “[Guárdense] sin mancha del mundo.”

PARTE CUATRO

Favoritismo y amor

2 Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. ² Si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, ³ y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: «Siéntate tú aquí, en buen lugar», y decís al pobre: «Quédate tú allí de pie», o «Siéntate aquí en el suelo», ⁴ ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos y venís a ser jueces con malos pensamientos?

⁵ Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman? ⁶ Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ⁷ ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?

⁸ Si en verdad cumplís la Ley suprema, conforme a la Escritura: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», bien hacéis; ⁹ pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado y quedáis convictos por la Ley como transgresores,

La parte siguiente de la carta de Santiago da buenos ejemplos de lo que es oír y hacer. La palabra de Dios muestra que él no hace acepción de personas, no muestra favoritismo, predilección, tendencias ni preferencias. Su amorosa invitación evangélica abarca a todas las naciones, tribus, razas, lenguas, clases sociales, clases económicas y a los dos sexos por igual; y así lo deben hacer las congregaciones cristianas.

Santiago concentra la atención particularmente en el pecado del favoritismo por el dinero, es decir, en la forma en que las

congregaciones cristianas pueden colmar de atenciones, adulación y beneficios a los miembros ricos, mientras que al pobre lo tratan con desdén. El camino del mundo es ser bueno con los que son buenos, con la gente que puede hacer cosas por usted, y quitarse de encima a la gente que necesita ayuda y no hacerle caso. Las congregaciones son vulnerables en particular a este pecado de favoritismo, porque como siempre necesitan dinero, la gente que lo tiene recibe atención extra y tiene influencia. Las juntas de misiones no están muy dispuestas a establecer iglesias en los vecindarios pobres porque la misión no será económicamente independiente en el tiempo programado. Las congregaciones de la ciudad en “vecindades cambiantes” sueñan con irse a suburbios más opulentos.

Santiago hiere en lo más profundo ese pensamiento con dos recordatorios. Primero, la condición espiritual de los ricos es muchas veces pobre; nada más miren con cuánta frecuencia explotan a sus trabajadores. Observen cómo despiden a los empleados del nivel más bajo y ellos se premian con grandes bonificaciones y ganancias extras. Noten la forma en que manipulan las reglas para sacarle dinero a la gente. Estos versículos nos recuerdan a Amós 5:11,12 y 6:1-7:

Sé que afligís al justo,
recibís cohecho
y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres.
(Amós 5:12)

Beben vino en tazones
y se ungen con los perfumes más preciosos,
pero no se afligen por el quebrantamiento de José.

Por tanto, ahora irán
a la cabeza de los que van a cautividad,
y se acercará el duelo
de los que se entregan a los placeres. (Amós 6:6,7)

Un segundo recordatorio (versículo 5): Dios le da honor especial a lo humilde del mundo para engrandecer su nombre. ¡San Pablo está de acuerdo! En 1 Corintios 1:27-29 dice: “Lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.” El punto es que nuestra salvación no se basa en ningún logro humano, ni riqueza humana o poder humano, sino en la gracia y la misericordia de Dios en la sangre de Jesús. Miren a Jesús mismo: nació de padres pobres, en un establo, pasó años de su ministerio sin una cama propia y cuando murió había perdido aún la ropa que llevaba puesta cuando fue a su juicio.

Así como el pobre Lázaro mostró más interés en el evangelio que el rico, ahora hay una preciosa cosecha de almas entre los pobres. ¿Quién los puede amar más que una iglesia cristiana? ¿Quién les puede dar más respeto y un sentido de su valor y de que son apreciados? ¿Quién puede cosechar y usar mejor los talentos y los tesoros que aportan que la familia de creyentes de la congregación?

Santiago dice que la predilección, el prejuicio, la arrogancia de clase, el racismo y el favoritismo son pecados contra la “Ley suprema” de las Escrituras, que es amar al prójimo como a uno mismo. Esas no son sólo actitudes entendibles y opiniones personales justificables sino que son *maldades, pecados*. Esas actitudes enfurecen al Dios que modeló toda la raza humana de una pareja, que redimió a todo el mundo con la sangre de su Hijo, que desea que todas las naciones sean sus seguidores. ¡Hay que dejar de hacer acepción de personas!

¹⁰ porque cualquiera que guarde toda la Ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos, ¹¹ pues el que dijo: «No cometerás adulterio», también ha dicho: «No matarás». Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la Ley. ¹² Así hablad y así haced, como

**los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad,
13 porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no
haga misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.**

Santiago no quiere que nadie se consuele suponiendo que el favoritismo y la predilección son caprichos tolerables. Son ofensas contra la Ley suprema de Dios y hace a la gente culpable delante de Dios. Santiago tampoco quiere que nadie se consuele suponiendo que si guardamos otros mandamientos, Dios cerrará los ojos a un poco de favoritismo y a la predisposición a favor de esto o de lo otro. Jesús dijo: “Cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos” (Mateo 5:19). Pablo cita Deuteronomio 27:26 cuando escribe en Gálatas 3:10: “Maldito sea el que no permanezca en *todas* las cosas escritas en el libro de la Ley”. La adhesión parcial a los mandamientos de Dios no es aceptable para un Dios que lo quiere todo.

Santiago tiene dos motivaciones: primero, las promesas que hizo de bendecir a todos los que hagan su voluntad. Dios les promete a los que respetan a los padres: “para que te vaya bien”. “La ley de la libertad” de Dios realmente trae gran gozo, satisfacción y bendiciones a los cristianos que hacen la voluntad de Dios impulsados por el Espíritu y guiados por la Palabra. Segundo, como una reprimenda a nuestra naturaleza pecadora, Santiago provee esta motivación: el temor. “Juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia”. Como lo dijo Jesús después de que les enseñó a los discípulos el Padrenuestro: “Si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:15). ¡Qué la misericordia triunfe sobre el juicio! En otras palabras, que sus acciones traigan las bendiciones de Dios en lugar de su ira.

PARTE CINCO

La fe muerta y la fe real

(2:14-26)

¹⁴ Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? ¹⁵ Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, ¹⁶ y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? ¹⁷ Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta.

Aquí llega Santiago al centro de su mensaje para los cristianos judíos dispersos: *fe real para una vida real*. Ahora se aleja del estilo de escribir dichos ingeniosos sin mucha conexión y da un trompetazo más largo, más centrado e intenso en contra de la fe estéril. A través de los siglos hubo lectores que se ofendieron con el gran énfasis que Santiago puso en la importancia de las buenas obras, suponiendo que esto iba en contra de lo que Pablo dijo acerca de la clara enseñanza de la justificación por la fe sola: “No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Incluso el mismo Martín Lutero dudó algunas veces de si Santiago pertenecía a la Biblia. Una lectura más profunda, más cuidadosa y sin prejuicios, sin embargo, no revela ningún conflicto entre Santiago y Pablo.

Algunas veces, cuando las personas escuchan el evangelio por primera vez, las buenas nuevas de que Jesús da consuelo, perdón, vida espiritual, y pone en el cielo a todo aquel que se arrepiente y cree en él, les parece demasiado fácil. Dicen: “¿Quiere decir que todo lo que se tiene que hacer es decir el Credo Apostólico y luego se puede vivir como se quiera?” A esta falsa idea se refiere Santiago.

Ningún intento que hagamos de hacer buenas obras no vale ante los tribunales de Dios para ganar el perdón de los pecados y el veredicto de no culpables; sólo la vida justa, la muerte y la resurrección de Jesucristo (la gracia) lo puede hacer. Y quienes creemos eso lo tenemos (la fe). Ahora, aquí es donde entran las obras. Cuando llego a tener la fe en mi Salvador, soy justificado, vuelvo a nacer, empiezo a entender la voluntad de Dios para mí, y el Espíritu me ayuda a desear la voluntad de Dios y me da poder para hacer su voluntad. La fe real produce inevitablemente buenas obras. Y si las obras están ausentes, la fe que se dice tener es fingida. Pablo dice: “Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:10). Santiago da el ejemplo de una actitud fría e insensible hacia el hermano o la hermana que no tiene ropa ni alimento, que no hace nada más que hablar. “La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.”

¹⁸ Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras.» ¹⁹ Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ²⁰ ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta? ²¹ ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ²² ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras? ²³ Y se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios.

²⁴ Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. ²⁵ Asimismo, Rahab, la ramera, ¿no fue acaso justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? ²⁶ Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta.

En el versículo 18 Santiago no permitirá la idea de que la fe real y las buenas obras puedan existir separadamente. Están vinculadas. La fe real siempre produce buenas obras; las obras que son buenas delante de Dios siempre proceden de una fe real. La “fe” sin obras es sólo conocimiento intelectual; no es fe real. Nadie se debe consolar con esa clase de fe; ésa es la fe de los demonios en el infierno; ellos aceptan la idea de la existencia de Dios y tiemblan. El “conocimiento intelectual” no está relacionado con la voluntad ni con la acción de ellos, y se mueren de miedo con el conocimiento, porque saben que ellos también enfrentan el día del juicio.

Otro ejemplo es Abraham. Con frecuencia se dice que es el padre de los creyentes, no porque haya sido el primer creyente sino porque la Biblia habla de su espléndido ejemplo de fe en Dios. Génesis 15:6 dice: “Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia”. Es bueno que se nos recuerde que la relación que tenemos con nuestro Dios viene mediante la fe en las obras maravillosas de Cristo, no las nuestras. Cuando se está hablando sólo de cómo Dios acepta a los pecadores, es apropiado hablar sólo de la fe, sin hablar de las buenas obras.

No obstante, si las obras no siguen a la fe, entonces la “fe” ha de ser fingida. Santiago quiere que veamos a Abraham no sólo como *creyente* sino como *hacedor*. Hebreos 11:8-19 muestra que en Abraham “la fe actuó juntamente con sus obras”. *Por la fe* obedeció el mandato de Dios y llevó a su familia a cientos de kilómetros al oeste para vivir entre extranjeros. *Por la fe* se convirtió en el padre de un hijo que fue concebido por un milagro, después que el sistema reproductor de él y el de su esposa habían dejado de funcionar para que pudieran concebir. *Por la fe* estuvo dispuesto a sacrificar a Isaac en el monte Moriah. El punto de Santiago es este: nunca cite el ejemplo de Abraham para hacerle pensar a la gente que las buenas obras son irrelevantes o innecesarias en la vida del cristiano.

Dios les da gratuita y plenamente su aprobación mediante los méritos de Jesucristo a todos los que creen en él. Pero, como escribió Santiago en el versículo 24, es apropiado decir que tenemos la aprobación de Dios también mientras hacemos su voluntad, dando evidencia así de que estamos vivos espiritualmente, que nuestra fe salvadora está obrando. El conocimiento intelectual que se disfraza como fe no hace nada. Porque, “así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta”.

Santiago da otro ejemplo: Rahab la ex prostituta. Esa no es una referencia a su profesión (anterior) sino que es un ejemplo vívido de cómo una mujer creyó la palabra de Dios y luego *actuó* (vea Josué 2 y Hebreos 11:31). Ella arriesgó su vida para salvar la de dos espías israelitas. Dios a su vez la bendijo abundantemente a ella y bendijo a su familia, librándolos de la destrucción de Jericó y recibéndolos en la nación israelita y en sus promesas del pacto. Su matrimonio con Salmón, uno de los líderes de la tribu de Judá, hizo de ella un antepasado del rey David y por lo tanto también del mismo Jesús.

PARTE SEIS

La lengua y la sabiduría

(3:1-18)

3 Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación. ² Todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende de palabra, es una persona perfecta, capaz también de refrenar todo el cuerpo. ³ He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan y dirigimos así todo su cuerpo. ⁴ Mirad también las naves: aunque tan grandes y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. ⁵ Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! ⁶ Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. ⁷ Toda naturaleza de bestias, de aves, de serpientes y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; ⁸ pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.

Santiago fue un gran maestro de la fe, pero tal vez no siempre pensó que se respetaba lo difícil de su trabajo en la enseñanza. Puede ser que los maestros no recibían respeto porque la gente pensaba: “Todo lo que hacen ellos es hablar, no es como si realmente trabajaran (físicamente)”. A lo mejor este dicho sarcástico de hoy también se decía en esa época: “Los que pueden, lo hacen; los que no, lo enseñan”. Tal vez corría la idea de que la enseñanza, en especial la enseñanza en la iglesia, que con

frecuencia recibe una remuneración monetaria humilde o inexistente, era fácil; que cualquiera podía enseñar, o que no era de gran importancia.

No es así, dice Santiago. La enseñanza en la iglesia no es para cualquiera, por dos razones: primero, Dios exige más de los que trabajan a diario con la Palabra. “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le exigirá.” Segundo, controlar la lengua y usarla sabiamente no es ni sencillo ni fácil. Controlar la boca no es algo periférico en la vida cristiana, no es sólo un pequeño detalle entre muchos otros asuntos menores, es la base para controlar todo el ser. El que cuida sus palabras, y así ha aprendido a controlarse, se ha ganado el derecho a ser escuchado. Es perfecto, no en el sentido de que nunca ha pecado, sino en que ha alcanzado una meta importante impuesta por Dios, y el control sobre el resto de su vida resultará naturalmente.

Debemos respetar el gran poder de las palabras que decimos. “Es fácil hablar”, dice la gente. “A palabras necias oídos sordos.” *Au contraire*, según Santiago. Aunque las palabras parezcan ser sólo aire, aunque la lengua sea sólo un músculo de unos 7 cm, húmedo, flexible y parcialmente visible, es muy poderosa. Al igual que la cola que menea el perro, la lengua impulsa nuestra vida. Santiago da los siguientes ejemplos de pequeñas cosas que tienen gran efecto:

- el *freno* en la boca de los caballos. Esa pequeña pieza de acero que se pone en la boca del caballo, cuando se maneja adecuadamente, puede controlar a un animal que pese 900 kilos.
- el *timón* de un barco. Esa pieza de madera o hierro, que casi no se ve desde la línea de flotación, le permite al capitán controlar el curso de un inmenso barco lleno de carga, tripulación y pasajeros.
- un *pequeño fuego*. Bajo control, un pequeño fuego puede calentar a viajeros friolentos y les permite cocinar su comida. Cuando se pierde el control, puede causar una

conflagración que legue a reducir miles de hectáreas de poderosos árboles a troncos ennegrecidos y humeantes.

Santiago piensa que es urgente que la gente aprenda a controlar la boca, no sólo para no herir a otros en lo emocional y espiritual, sino también porque una lengua fuera de control puede atacar a la persona que habla sin control, corrompiéndola toda (versículo 6), envenenando su mente y lanzando el cuerpo a los peligrosos fuegos del infierno.

Desde luego, la lengua no se mueve sola. En realidad, a lo que Santiago está llegando es al cerebro que controla la lengua. Aquí hay otro ejemplo de fe real para una vida real; las personas que dicen que son creyentes no deben permitir que su boca pierda el control. La fe real en el Salvador recibe con alegría el poder del Espíritu para refrenar las mentiras, el sarcasmo, el ridículo, los chismes, las sugerencias malvadas y las alabanzas a obras impías. La fe verdadera usa el poder real del Espíritu para edificar a otras personas, para decir la verdad, para hacer elogios, para perdonar y consolar. La fe verdadera también sabe cuándo ordenarle a la lengua que permanezca callada.

No es fácil hablar. Las palabras hieren. Las palabras pueden edificar a una persona o destruir su confianza en sí misma; pueden hacer que la satisfacción de lo que ha logrado alguien se convierta en humillación. Las palabras pueden crear o destruir relaciones, pueden difundir odio o amor. También pueden comunicar la verdad o sembrar mentiras. Las palabras pueden causar sospecha o contribuir a la confianza.

⁹ Con ella bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. ¹⁰ De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¹¹ ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? ¹² Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Del mismo modo, ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.,

Las palabras también son un medio que Dios usa para rescatar a las personas del infierno. Un sermón, un estudio bíblico, una lección del catecismo o una visita evangelizadora mientras se toma un café parecen insípidos e inútiles; sin embargo, el poder de Dios para salvar a la gente, para crear y sostener la fe salvadora, viene con palabras. Y así la credibilidad de la palabra de la iglesia, de sus miembros y sus maestros, tendrá un impacto inmenso en la credibilidad del mensaje de la iglesia.

Es de fundamental importancia para todos los cristianos, y en especial para los que hablan a nombre de la iglesia, que permitan que su fe controle sus palabras. La gente odia la hipocresía. Los cristianos de “doble ánimo” con “lenguas engañosas”, que alaban a Dios y se maldicen unos a otros, alejan a la gente de su Salvador. Santiago no permitirá que los cristianos se sientan bien con esa norma doble. ¡Ninguna fuente puede producir agua salada y dulce! ¡Las higueras no pueden producir aceitunas! ¡Ni la vid puede dar higos! ¡Las mentes y los corazones que son como los de Cristo dirigen la boca para pronunciar palabras como las que habla Cristo!

¹³ ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. ¹⁴ Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón, no os jactéis ni mintáis contra la verdad. ¹⁵ No es ésta la sabiduría que desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica, ¹⁶ pues donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa. ¹⁷ Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. ¹⁸ Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

Santiago ha estado insistiendo en el tema de la fe fingida; ahora dirige su crítica a la sabiduría fingida. Al parecer, lo que estaba viendo y escuchando de las sinagogas de cristianos

esparcidos no era bueno. Algunas personas se consideraban a sí mismas “sabias” y “entendidas”, tal vez porque conocían muchos hechos históricos, podían citar muchos pasajes bíblicos, tenían muchos libros, sabían muchas teorías, y, en resumen, realmente eran “buenas para hablar”.

Sin embargo, si toda esa sabiduría teórica está originando una vida llena de amargura, envidia, ambición egoísta, no es sabiduría sino pura presunción. No está relacionada con el cielo sino con la tierra, no con Dios sino con Satanás, no con el Espíritu sino con lo que no es espiritual. Cuando un maestro es en verdad sabio, lo muestra en buenas obras y en humildad. La amargura, la envidia, el egoísmo y los líderes ambiciosos producen una cosecha amarga de estudiantes ambiciosos, envidiosos, egoístas. Esto se traduce en desorden y toda clase de malas acciones.

Los maestros verdaderamente sabios son puros, amantes de la paz, considerados, sumisos, misericordiosos, imparciales y sinceros, y esa clase de guía y enseñanza espiritual produce una cosecha maravillosa: muchos más cristianos que son así.

Sumisión y humildad

(4:1-12)

4 ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? ² Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia y nada podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. ³ Pedís, pero no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ⁴ ¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. ⁵ ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: «El Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente»? ⁶ Pero él da mayor gracia. Por esto dice: «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.»

Cuando alguien pierde el control de la boca, uno puede darse cuenta de que el problema procede de un corazón que no tiene paz ni está contento, y que proviene de una mente llena de amargura y egoísmo. Eso mismo ocurre con la gente que pelea y discute, y aparentemente Santiago ha estado escuchando que esas cosas estaban sucediendo en algunas de las congregaciones de los hermanos que estaban dispersos. ¡Eso es escandaloso! Ese comportamiento no se debe dar en las congregaciones cristianas, ni en las familias cristianas ni en los corazones cristianos. Vayan al origen de esas obras malvadas y encontrarán codicia, deseos malignos y odio (que Santiago, al igual que Juan en 1 Juan 3:15, dice que equivale al homicidio). Una mente egoísta y codiciosa además estropea la oración; Dios no se siente obligado a darles a las personas lo que nada más desperdiciarán para satisfacer sus

propios deseos pecaminosos. De hecho, lo contrario es verdad: a Dios le agrada hacer buenas cosas para los humildes.

¿Ya ha logrado Santiago llamar su atención? ¿Ha dado en el blanco su severa predicación de la Ley? Hay más todavía: en el versículo 4 se refiere a sus lectores como a “adúlteros”. Santiago puede estar acusando a los que pecan contra el Sexto Mandamiento o se puede estar refiriendo a un adulterio espiritual, es decir, a dar amor y atención primero a algo que no sea al Señor. En las Escrituras del Antiguo Testamento, Dios lamentó muchas veces la forma en que el Israel infiel despreció su amor y fue en busca de los dioses cananeos Baal y Asera.

Los lectores de Santiago tal vez ya no tenían la tentación de adorar a Baal, pero Satanás se encargó de que hubiera muchos otros ídolos que tomaran el lugar de Baal. Martín Lutero dijo una vez que el corazón humano es una fábrica de ídolos. Santiago dice: “La amistad del mundo es enemistad contra Dios”. Eso no quiere decir que los cristianos no puedan tener amigos o cosas parecidas en su vida; quiere decir que amar las cosas malas, o amar las cosas buenas más que a Dios, llena de ira a Dios.

¿Por qué hay disputas en los hogares cristianos? Porque las personas permiten que el egoísmo gobierne sus deseos y sus palabras. ¿Por qué pelean los esposos y las esposas? Porque su corazón no está bien con Dios, porque quieren ser orgullosos en lugar de ser humildes. Porque la lástima de sí mismos es un narcótico potente. Porque amarse a ellos mismos les da más satisfacción que amar a su cónyuge. Porque se sienten más poderosos criticando las faltas de su cónyuge que confesando las propias. Porque gozan del impacto de la adrenalina que el enojo provoca.

El versículo 5 es difícil. No parece que haya otro pasaje bíblico que diga esas cosas en esas palabras. El punto de Santiago es que el Espíritu Santo, que vive en nosotros como su templo, se preocupa fervientemente por nuestros trabajos, sueños, prioridades y palabras. Otra forma de leer el versículo es verlo realmente como

dos preguntas (el texto original en griego no tiene puntuación tan precisa como la nuestra, y en el versículo 5 bien podría haber dos preguntas): ¿O cree que las Escrituras hablan en vano? ¿El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros desea que tengamos envidia? El punto es claro: el veneno de la envidia que destruye las relaciones no es un fruto de Dios, sino de Satanás.

⁷ Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. ⁸ Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. ⁹ Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza. ¹⁰ Humillaos delante del Señor y él os exaltará.

Supongamos ahora que las advertencias enérgicas de Santiago en contra de amar al mundo han tenido efecto. Supongamos que quienes lo escucharon y leyeron estaban preguntando, como el cobrador de impuestos, y los soldados que le preguntaron a Juan el Bautista: “Entonces, ¿qué haremos?” (Lucas 3:10) o los que escucharon a Pedro y sintieron su culpa en Pentecostés: “Hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37). Santiago no sólo infunde temor en los corazones sino les señala a los pecadores arrepentidos al Dios de la gracia que perdona (versículo 6) y entonces presenta siete actitudes sanas y humildes para reemplazar las actitudes venenosas, pecaminosas de egoísmo y orgullo.

1. *Someteos a Dios.* Cuando las personas viven en abierta desobediencia al Primer Mandamiento, cuando no temen y no aman a Dios, y no confían en él sobre todas las cosas, su obediencia a todos los otros mandamientos se va a deshacer. Someterse a Dios quiere decir creer en la afirmación de que son responsables delante de él, reconocer que él es lo primero en su vida, subordinar la voluntad propia a la de él, abrir los ojos y el corazón a su Palabra, permitir que él guíe sus elecciones y decisiones, dejar que él imponga sus límites en cuanto a lo bueno

y lo malo. Eso no es esclavitud sino la perfecta ley que da una dulce libertad; o, mejor dicho, la obsesión consigo mismo es la esclavitud.

2. *Resistid al diablo.* Todo estratega militar sabe que la guerra se hace no sólo con armamentos sino también con psicología. La estrategia de minar la confianza y la voluntad del enemigo para resistir puede ser tan eficaz como vencerlo en un ataque frontal. Satanás lo sabe, y nos inunda de propaganda en la que dice que sus caminos malvados son inevitables, buenos, inofensivos, irresistibles y dan satisfacción. ¡Resístanlo! ¡Luchen! ¡Armados con la palabra de Dios, son más fuertes que él y él huirá de ustedes!

3. *Acercaos a Dios.* Mediante la sangre de Jesús, nunca es muy tarde. Por el milagro de la gracia de Dios, un pecador arrepentido nunca es rechazado. Y cuando Dios se acerca a ustedes, suceden cosas buenas y su vida mejora en todos los aspectos.

4. *Limpiad las manos.* Éste es lenguaje figurado que significa arrepentirse de todas las cosas malas que sus manos han hecho. El jabón y el agua no pueden hacer lo que Dios pide, pero la fe en Cristo limpia las manos de los cristianos.

5. *Purificad vuestros corazones.* Santiago se refiere a los oyentes que son de “doble ánimo”. Un gran truco de Satanás es persuadir a la gente para que mantenga sus creencias religiosas en un compartimento, “endomingadas”, separadas de ejercer una influencia sobre sus palabras y acciones cotidianas en el mundo real. Santiago nos exhorta a romper el muro que mantiene a la fe bíblica aislada y a dedicarnos a Dios con gran determinación.

6. *Afligíos, lamentad, y llorad.* ¡Esto parece peculiar cuando viene de un hombre cuya carta comienza con un saludo de alegría general. Santiago no está diciendo que la vida del cristiano se debe caracterizar por una pena constante; está diciendo lo que su hermano Jesús dijo en Lucas 6:21: “Bienaventurados los que ahora lloráis.” La aflicción, el lamento y el llanto son apropiados y necesarios para la gente que ha encontrado gozo en el pecado. El

punto de Santiago es éste: el arrepentimiento real no es sólo teórico sino también emocional, y afecta a toda la persona (vea los Salmos 32 y 38).

7. *Humillaos delante del Señor.* No puede haber bienestar espiritual y seguridad en una persona hasta que reconozca los fracasos pecaminosos y le pida a Dios misericordia en lugar de exigir un pago.

¹¹ Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la Ley y juzga a la Ley; pero si tú juzgas a la Ley, no eres hacedor de la Ley, sino juez. ¹² Uno solo es el dador de la Ley, que puede salvar y condenar; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?

Aquí, las palabras de Santiago nos recuerdan las famosas líneas de su hermano en el sermón del monte acerca de juzgar a otros (Mateo 7:1). Por desgracia, lo más probable es que estas palabras tampoco sean bien interpretadas. Jesús y Santiago no prohíben hacer toda crítica al hermano o a la hermana. Las Escrituras están llenas de amonestaciones para que nos impliquemos en la vida de otras personas, para alejarlas de una vida de pecado, reprenderlas, corregirlas, animarlas. Sólo miren lo que Santiago escribe en el último versículo de su carta en cuanto a hacer volver a alguien de sus errores y rescatarlo del infierno (5:20).

Lo que Dios prohíbe es un juicio pecaminoso. El que juzga a otra persona de una manera pecaminosa está afirmando que puede leer su corazón, como cuando una persona dice “lo siento”, y le contestan: “No, no lo sientes”. Un juicio pecaminoso es pensar que uno es superior moralmente a otra persona. Juzgar así va más allá de criticar el pecado y hacer sentir a la persona despreciable. Juzgar en esa forma pecaminosa es criticar sin amor; es juzgar a una persona para sentirse superior. Eso es muy peligroso: Santiago

Santiago 4:11,12

dice que la gente que tiene el hábito de hacer eso insulta a la ley de Dios porque se pone por encima de la Ley. Sólo hay un juez, y los que juzgan de forma pecadora a otros insultan a Dios porque se ponen ellos en el lugar de Dios.

Planes y prioridades

(4:13–5:6)

¹³ ¡Vamos ahora!, los que decís: «Hoy y mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, negociaremos y ganaremos», ¹⁴ cuando no sabéis lo que será mañana. Pues ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. ¹⁵ En lugar de lo cual deberíais decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.» ¹⁶ Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala. ¹⁷ El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado.

Todos los cristianos tienen que vivir con un dilema: por una parte, debemos vivir como si fuéramos a morir mañana o como si el día del juicio viniera mañana. Por otra parte, puesto que el Señor tal vez no venga durante siglos, debemos hacer planes y trabajar con la suposición de que viviremos todavía por mucho tiempo y que nuestras iglesias y escuelas deben sobrevivir durante siglos. Santiago está presentando aquí sólo un lado de ese dilema; no está condenando las cuentas bancarias ni los comités de planeación a largo plazo. Lo que está condenando es el otro extremo: suponer que vivirán hasta los cien años, que la reconciliación con Dios es algo que se puede aplazar indefinidamente. Dios no soporta la jactancia ni la presunción sobre lo que la gente piensa que va a hacer. Él es el único que sabe el futuro, y el único que gobierna el presente.

El último versículo del capítulo 4 es una breve definición de la expresión *pecado por omisión*. No hacer lo que es correcto es igualmente condenable y pecaminoso que hacer lo malo. Debemos arrepentirnos y ser perdonados de estos pecados también.

5 ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. ²Vuestras riquezas están podridas y vuestras ropas, comidas de polilla. ³Vuestro oro y plata están enmohecidos y su moho testificará contra vosotros y devorará del todo vuestros cuerpos como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días finales. ⁴El jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros, clama, y los clamores de los que habían segado han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. ⁵Habéis vivido en deleites sobre la tierra y sido libertinos. Habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. ⁶Habéis condenado y dado muerte al justo, sin que él os haga resistencia.

¿A quiénes les habla Santiago en este párrafo? Puede estar viendo más allá de las congregaciones, a la sociedad en general, a los que en toda la historia de la humanidad han tenido grandes riquezas y así han podido ejercer gran control sobre la vida de la gente común que trabajó para ellos. Algunas veces los profetas del Antiguo Testamento dirigieron partes de su predicación más allá de Israel, a las naciones vecinas, para mostrarles que ellas también tenían responsabilidad ante su Creador por el uso de los regalos que él les dio. Este párrafo, por lo tanto, tendría la intención de llevarles consuelo a los cristianos que sufrieron la dominación cruel de la nobleza y de los empleadores codiciosos. El destino de ellos nos recuerda al rico en que fue al infierno en el relato de Lucas capítulo 16.

A pesar de todo, es posible que Santiago le estuviera hablando a la gente que estaba dentro de las congregaciones de cristianos judíos dispersos. El profeta Amós, por ejemplo, tuvo mensajes del Señor para Siria, Filistea, Fenicia, Edom, Amón y Moab. Sin embargo, le habló a la gente rica de la nación de Israel en 5:11-15; 6:1-7; y 8:4-12; amonestándola porque esa gente se consentía a sí misma y se aprovechaba de lo débil y lo humilde de la sociedad.

Todos necesitamos arrepentirnos del pecado del materialismo. Todos somos vulnerables a la tentación de querer cosas y usar a la gente para obtener nuestra propia comodidad y seguridad a expensas de otros. Todos estamos tentados a encontrar un sentido de autoestima y seguridad en nuestro dinero, en lugar de encontrarlo en nuestro Dios. Todos conocemos lo atractivo que es pensar que el dinero resuelve problemas, y que más dinero resolverá más problemas. Las congregaciones y las iglesias también son empleadoras, y algunas veces se aprovechan de sus trabajadores y de sus familias. Todos necesitamos el recordatorio enérgico de que la riqueza material se pudre, se corroe, se roba, pierde su valor y puede corromper el corazón de sus poseedores si no reconocen a Dios como el dador y el dueño de toda la riqueza. Los millares de animales que hay en los collados y los valores que hay en miles de cajas fuertes todavía son de él.

PARTE NUEVE

Paciencia y oración

(5:7-20)

⁷ Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. ⁸ Tened también vosotros paciencia y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca.

⁹ Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; el Juez ya está delante de la puerta.

¹⁰ Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.

¹¹ Nosotros tenemos por bienaventurados a los que sufren: Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo.

¹² Sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo ni por la tierra ni por ningún otro juramento; sino que vuestro «sí» sea sí, y vuestro «no» sea no, para que no caigáis en condenación.

Todos necesitamos la terapia del día del juicio para mantener nuestro pensamiento en lo correcto, es decir, necesitamos recordatorios regulares de que Cristo el Rey regresará pronto, sin advertencia, como juez y Redentor. Todos necesitamos ánimo para ser pacientes, para ver a largo plazo, como el agricultor que no puede mantener la mente sana si espera resultados inmediatos. A las cosechas no se les puede apresurar; no hay un atajo para segarlas. De la misma manera, los cristianos no siempre *verán* la prueba del poder, la autoridad y los planes de Dios. En el corto plazo, veremos con frecuencia lo que parece una prueba de lo

opuesto, que Satanás es dueño del planeta y él lo controla, que nosotros estamos solos, que no hay liberación del sufrimiento.

No obstante, tenemos la promesa de la Palabra divina de que su amor, su verdad y su poder perduran para siempre. Tenemos su promesa de que su perdón misericordioso en Cristo nunca fallará. Tenemos la promesa de que sus ángeles nos acompañan para cuidarnos en todos nuestros caminos. Tenemos su promesa de que él regresará por todos sus hijos, para darnos la clase de vida en la que sólo podemos soñar ahora. Santiago cita al santo Job del Antiguo Testamento como ejemplo del que guarda una fe a largo plazo ante la miseria de corto plazo. La confianza de Job fue premiada abundantemente y también lo será la nuestra. ¡Esperen al juez! ¡Ya viene! ¡En verdad viene!

Las Escrituras están llenas de ánimo para que consideremos el dolor y los problemas como temporales y soportables a la luz de las promesas eternas de Dios. Las siete cartas de Apocalipsis capítulos 2 y 3 tocan el mismo tema de ese magnífico libro: vencer. Satanás se esfuerza mucho para usar nuestras aflicciones como prueba de que él ha ganado, pero la cruz ensangrentada y la tumba vacía de Cristo gritan todavía más fuerte que el pecado, la muerte, el infierno y Satanás han perdido para siempre el poder de herirnos. ¡Mantengámonos firmes!

Santiago da dos ejemplos de la clase de conversación que no deben salir de las bocas de los santos redimidos que esperan ansiosamente la segunda venida de su Redentor. Una es quejarse unos contra otros (versículo 9). ¡Nos necesitamos unos a otros! Necesitamos el apoyo y la guía de nuestros hermanos en la fe, no abuso verbal, ni chismes ni crítica despiadada. Los cristianos que discuten hacen el evangelismo casi imposible. ¿Quién quiere unirse a una iglesia que está llena de calumnias y pleitos? Incluso los incrédulos pueden oler los problemas desde lejos.

La otra clase de conversación perversa es jurar en falso. En un mundo que sigue usualmente los caminos del padre de las mentiras, las personas piensan que necesitan emplear un lenguaje cada vez más fuerte sólo con el propósito de que les crean. Los

mentirosos son los que juran con más insistencia. Santiago tiene una forma mejor para que los cristianos honren a su Señor: mantener la reputación de decir la verdad para que un simple sí y un simple no sean creíbles sin necesidad de un apoyo artificial. Lo que hablen tendrá suficiente impacto; los cristianos no necesitan decir: “Juro por Dios esto...” o “Juro por Dios lo otro...”

¹³ ¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¹⁴ ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. ¹⁵ Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados. ¹⁶ Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. ¹⁷ Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. ¹⁸ Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto.

Orar es una forma mucho mejor de usar el nombre de Dios que jurar. El nombre de Dios no es un signo de exclamación barato para una conversación débil e ineficaz, sino una poderosa manera de hablarle a nuestro poderoso Padre, Salvador y Consolador. En el Salmo 50 el Señor invita así a los creyentes: “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás.” Mientras esperamos la segunda venida de Jesús, no debemos pensar que está muy lejos; está aquí con nosotros, en especial cuando lo necesitamos, y nos invita a invocarlo para que nos ayude.

La oración honra a Dios porque muestra que confiamos y respetamos su poder, su sabiduría y su amor ilimitados. La oración muestra que un hijo de Dios cree realmente que tiene una relación personal con el Dios que está *aquí* y que *actúa*. La oración es una confianza verbal en la promesa que hace el Señor no sólo de cuidar

a sus hijos desde lejos sino de intervenir en su vida cuando lo soliciten, para hacer que les sucedan buenas cosas. La oración es un regalo de Dios para su pueblo, que tiene el objeto de ayudarle a verse no como prisionero indefenso del destino sino como participante activo en la manera cómo dirige Dios el mundo. El Salvador otorga el acceso; el Padre promete escuchar, siempre; el Espíritu Santo promete llenar los vacíos e interpretar.

“La oración eficaz del justo puede mucho”, dice Santiago. Dios nos invita a creer que Dios en realidad nos ayuda a cambiar las cosas en nuestra vida y en la de otros. Es como si el Padre nos invitara a poner nuestras manos pequeñas sobre sus manos grandes mientras dirige al mundo. Dios quiere que sepamos que él tiene muchas cosas buenas para nosotros, y que las retiene deliberadamente, esperando a que se las pidamos. Santiago menciona a Elías, un mortal como nosotros, cuya oración poderosa primero hizo que la lluvia cesara por más de tres años y luego hizo que cayera otra vez (1 Reyes 17,18).

Santiago agrega unos cuantos pensamientos especiales a su exhortación general a orar. Dice que la gente que está enferma debería invitar a los ancianos de la iglesia a ir y orar. Eso tiene sentido; al Señor le agrada mucho la oración privada, pero también se deleita con la oración participativa e intercesora. Pero Santiago añade luego que los ancianos deberían ungir con aceite a la persona en el nombre del Señor. Éste es un pasaje bíblico inusual y merece explicación.

Primero, la aplicación de aceite no se refiere a lo que algunos cristianos llaman los “santos óleos”. Untar un poquito de aceite en varias partes del cuerpo de una persona muerta o agonizante no es bíblico, no tiene nada que ver con este pasaje, y no ayuda en lo absoluto a la persona. Segundo, la palabra griega que se usa en el versículo 14 que se tradujo *ungiéndole* es diferente de la palabra que se usó para la importante ceremonia del ungimiento de aceite en el Antiguo Testamento. Esa palabra, de la que vienen los términos *Mesías* (hebreo) y *Cristo* (griego), se refiere a la selección pública que hace Dios y a otorgarle a un hombre especial

escogido las habilidades para un gran trabajo. En la Biblia, el ungimiento más grande de todos es, por supuesto, el de Jesús. Tercero, este versículo no se refiere a ningún canal sobrenatural de curación milagrosa dado de ahora en adelante a todos los cristianos; el versículo 14 no está instituyendo un tercer sacramento.

No existe una buena traducción de esta otra palabra para aplicar aceite. Significa literalmente aceitar algo, como lubricaríamos un motor o aceitaríamos la bisagra de una puerta. No quiere decir coger varias gotas ceremonialmente sino aplicar aceite cuando se necesite, con el propósito de que algo funcione. Santiago podría dar a entender una de dos cosas aquí. La primera es darse cuenta de que en la medicina popular en el mundo antiguo, se pensaba que el aceite poseía cualidades medicinales. El aceite de oliva se usaba mucho como un balsámico para el dolor, para las heridas o las lesiones (como en Isaías 1:6). El buen samaritano de la parábola de Jesús usó aceite para vendar las heridas del hombre golpeado y robado (Lucas 10:34). Los antiguos escritores Plinio, Filón y Galeno alabaron el uso medicinal del aceite de oliva. El punto de Santiago entonces sería usar la oración junto con el procedimiento médico regular cuando se enfermaba un miembro de la comunidad.

Hay otra forma posible de entender la referencia de Santiago. En Marcos 6:13 leemos que los discípulos de Jesús, que recibieron poderes de Jesucristo para sanar instantáneamente con una palabra, les aplicaban aceite a las personas que curaban. El propósito de ese procedimiento poco usual puede ser el mismo que tuvo el lodo que Jesús hizo con tierra y saliva para sanar al ciego del capítulo 9 de Juan: usar algo especial, una sustancia externa y llamativa para centrar la atención en la naturaleza milagrosa de la curación. Santiago escribió esta carta a comienzos de la época apostólica, en una época antes de que el Nuevo Testamento se escribiera y circulara, cuando los dones especiales del Espíritu y las manifestaciones de poder milagroso respaldaban la predicación de

la Palabra. Santiago puede haberse referido al uso de aceite como un recurso para llamar la atención a la curación milagrosa que los guías espirituales de la iglesia realizaban. En todo caso, se comprende por qué la iglesia ya no usa aceite de oliva en relación con la oración intercesora ni con las visitas a los enfermos.

Otro aspecto importante de la curación que Santiago mencionó es el aspecto espiritual. Cuando la gente tiene una carga pesada de culpa ante Dios, se puede enfermar físicamente. Cuando la amargura, el enojo o el odio hacia otra persona consumen a la gente, también la pueden enfermar físicamente; o una enfermedad sin importancia se puede convertir en algo más grave. En los versículos 15 y 16, Santiago exhorta a los ancianos que hacían la visita para que ayuden a las personas a arrepentirse de su pecado y a tener la seguridad de la misericordia y del perdón de Dios. Cuando confiesen su pecado y reciban la absolución, también encontrarán curación del veneno del odio y el enojo.

¹⁹ Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad y alguno lo hace volver, ²⁰ sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados.

La intensa carta de Santiago termina abruptamente, sin doxología ni saludos personales para nadie ni de nadie. Los dos últimos versículos bien podrían ser el tema de una junta de ancianos en las congregaciones cristianas. Así como los que guían el rebaño pueden ayudar al bienestar físico de la gente con visitas personales, confesión y oración, también pueden ayudar a la gente que está espiritualmente enferma interviniendo con valor en la vida de las personas que están cayendo en el infierno. Eso nunca es divertido. Las personas que le están dando la espalda a Dios y a su Palabra probablemente querrán hacer lo mismo con los mensajeros de Dios. Pero los cristianos maduros han aprendido a decir: “*Soy yo* guarda de mi hermano”.

Desde luego, la búsqueda de los cristianos extraviados no está reservada sólo para los ancianos de la iglesia. Cada cristiano tiene oportunidades de hablar las palabras de juicio y amor de Dios para tratar de hacer volver a alguien a la fe. Hay una emoción única cuando se usan la ley y el evangelio para hacer volver al pecador a su sano juicio. La sangre de Jesús no tiene límites en su capacidad para lavar del alma de los hijos de Dios hasta la mancha del pecado más terrible.

Con esta última breve exhortación termina la carta de Santiago. Es una conclusión apropiada para un libro dedicado a proclamar *la fe real para una vida real*. Ojalá que estos cinco capítulos los estimulen a caminar con su Señor en forma más productiva y plena, y que encuentren mucha alegría sirviéndolo.

¡Jesús, Maestro bueno, perfecta caridad,
que asumes nuestra carne, velando tu Deidad!
¿No basta que a la tierra te humilles a venir?
Siendo el Señor de todo ¿desciendes a servir?
Abata nuestro orgullo lo humilde de tu acción,
y enseñes a nuestras almas perfecta sumisión.
Que, guiados por tu ejemplo, mostremos caridad,
y al prójimo sirvamos con cándida humildad.

(Himno 165 del *Himnario Evangélico Luterano*)

INTRODUCCIÓN

A 1 PEDRO

La esperanza viva en un mundo hostil

La carta llamada 1 Pedro es una inspiración espléndida para los cristianos que sufren. Nos ayuda a levantar los ojos de los problemas leves y momentáneos al destino grandioso que nuestro Padre amoroso ha preparado para los que lo aman. Combina la doctrina cristiana más elevada, más exaltada, permitiéndonos echar una mirada a los hechos y pensamientos grandiosos de Dios, con una enseñanza práctica sobre cómo llevar una vida cristiana. Gracias a la obra del Espíritu, la inclusión de esta carta en las Sagradas Escrituras no sólo influyó a las congregaciones del occidente de Asia a quienes les fue originalmente escrita, sino que aún hoy les otorga poder y guía a los cristianos y a sus congregaciones.

Autor

El escritor de esta carta se identifica a sí mismo en las primeras palabras: “Pedro, apóstol de Jesucristo”. Ha preferido el sobrenombre, Pedro, que en griego significa “hombre piedra”, a su nombre Simón (que también se escribe Simeón). Los padres le habían puesto ese nombre por el segundo hijo de Jacob, uno de los 12 patriarcas de la nación israelita, pero en la primera reunión con el Mesías, Jesús cambió abruptamente su nombre a “hombre piedra” (en griego: *Petros*; en arameo: *Cefas*; Juan 1:42). A pesar de que hubo veces en las que la fe de Simón se pareció más a la arena que a la piedra, finalmente la confianza que tuvo Jesús en él le dio la razón. Puede ser que no haya otra proclamación del evangelio tan emocionante en todas las Escrituras que el sermón que pronunció Pedro en el día de Pentecostés, después del cual creyeron tres mil personas y fueron bautizadas en el nombre de la

santa Trinidad. Y todo el que edifica su fe en la palabra de Dios que se encuentra en esta carta encontrará que ha edificado su fe sobre una base sólida como la roca, que no será estremecida.

Al padre de Pedro, la Biblia lo llama Jonás (o Juan). Pedro era del norte, galileo, originario del pueblo de Betsaida. Después se cambió a la ciudad de Capernaum, donde poseía una casa. Tenía esposa (1 Corintios 9:5) y suegra (Lucas 4:38,39). Él y su hermano Andrés eran pescadores que trabajaban en el mar de Galilea. Los aristócratas del tribunal más alto de los judíos los desestimaron a él y a su amigo Juan por ser “hombres sin letras y del vulgo” (Hechos 4:13). A pesar de que no tuvo mucha educación formal, Pedro desde luego hablaba con fluidez al menos dos idiomas: su idioma materno arameo (de la misma familia lingüística que el hebreo) y el griego, el lenguaje común de toda la región oriental del Mediterráneo. Sorprendentemente, el griego de sus cartas tiene un estilo elegante y un vocabulario amplio. Si los historiadores cristianos antiguos están en lo cierto, los últimos años de Pedro los pasó en Roma, y así es posible que haya sabido algo de latín también.

Andrés había sido discípulo de Juan el Bautista, cuyo ministerio de predicación y bautismo se llevó a cabo cerca de la parte sur del río Jordán. Juan le señaló al Mesías, el “Cordero de Dios”, a Andrés, y éste a su vez presentó a Pedro ante Jesús: “Hemos encontrado al Mesías” (Juan 1:41). Jesús escogió a varios hombres para que lo siguieran en los comienzos de esta etapa de su ministerio, pero no de tiempo completo por lo pronto. Unos meses más tarde, esta vez en el norte por el mar de Galilea, Jesús usó la pesca milagrosa para pedirles a Pedro, Andrés, Santiago y Juan que dejaran sus barcos con el fin de que se dedicaran de tiempo completo al servicio de la pesca de hombres.

Desde el principio, Pedro se convirtió en el líder de los doce discípulos; en las cuatro listas de los doce, siempre se le nombra primero. De todos los discípulos, su nombre es el que se menciona con más frecuencia en los cuatro evangelios. Estuvo en el grupo especial y pequeño de tres, junto con Santiago y Juan, que tuvo el

privilegio de ver a la hija de Jairo resucitar, la transfiguración y la oración en agonía de Jesús en Getsemaní. Pedro siempre estaba dispuesto a servir como vocero del grupo, rápido con las palabras aun cuando no hubiera tenido tiempo de pensar primero (vea Lucas 9:33). Él fue quien saltó del barco en medio de la noche y Jesús le permitió caminar sobre el agua. Fue él a quien el Señor le dirigió una gran alabanza por su confesión emocionante de fe cerca de Cesárea de Filipo (Mateo 16:13-20), una confesión de fe como la roca que es el fundamento de la iglesia de Cristo.

La Semana Santa fue tal vez la peor en la vida de Pedro. No sólo él y los discípulos que le acompañaban tuvieron dificultad para comprender lo que Jesús estuvo haciendo toda la semana, sino que se jactó en voz alta de que él nunca dejaría al Señor, aunque le costara la vida. Durmió durante la oración en Getsemaní el jueves por la noche; atacó a Malco, el siervo del sumo sacerdote, con su espada; abandonó a Jesús dejándolo en manos de la muchedumbre que lo arrestaba; negó a Jesús públicamente tres veces con juramentos y maldiciones; y no parece que se encontrara en ninguna parte cerca de la escena de la crucifixión.

No obstante, el Señor con misericordia y paciencia se quedó con su alumno. El cambio total de Pedro tal vez haya comenzado con la mirada abrasadora de Jesús después de esas tres negaciones. Pedro lloró amargamente por su propia ceguera y deslealtad y se arrepintió. Fue honrado con una aparición personal del Señor resucitado en la mañana de la Pascua (Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5), y un poco después, ya en el norte en Galilea, fue testigo de otro milagro de los pescados. En el lago esa mañana, el Jesús resucitado hizo bondadosamente que Pedro reconociera su pecado y recibiera el perdón de Dios. Con la comisión que le dio: “Apacienta mis ovejas”, Jesús lo readmitió en su ministerio evangélico. Pedro escuchó las comisiones misioneras que el Señor repitió durante 40 días, y durante los diez días después de la ascensión estuvo orando constantemente con los creyentes.

La efusión de los dones del Espíritu Santo en el Pentecostés transformó a Pedro de cobarde en adalid, de aprendiz confuso en

maestro seguro. Su estupendo sermón, anotado en Hechos capítulo 2, presentó al Señor Jesús resucitado y ascendido como el cumplimiento de todos los planes salvadores de Dios. La primera parte del libro de Hechos ilustra la fundación de la nueva iglesia bajo la poderosa dirección de Pedro. Lleno del poder y la sabiduría del Espíritu Santo, sanó a un hombre paralítico, se mantuvo alegre cuando lo arrestaron, dio testimonio ante el mismo tribunal supremo que había dispuesto la crucifixión de su maestro, anunció proféticamente la maldición de Dios sobre Ananías y Safira, ayudó a difundir la Palabra en Samaria, sanó a Eneas, resucitó a Dorcas, tendió un puente hacia la comunidad gentil a través de un oficial militar romano llamado Cornelio, y sufrió prisión otra vez a manos de Herodes Agripa I. A pesar de que escapó con la ayuda milagrosa de un ángel, trató por un tiempo de pasar inadvertido. Tal vez en ese tiempo Pedro hizo viajes misioneros por su cuenta, ya que el liderazgo de la iglesia de Jerusalén después de eso parece haber pasado a Santiago, el medio hermano de Jesús (vea las notas de la introducción a la Epístola de Santiago).

Se conoce muy poco con certeza del resto de la vida y del ministerio de Pedro. Tal parece que habría ayudado a fundar las congregaciones de Asia Menor a las que él dirigió sus dos cartas. Algunos escritores cristianos respetables de los siglos I y II aseveran que Pedro viajó finalmente a Roma y trabajó allí hasta el fin de su vida. Es probable que en Roma haya trabajado con (Juan) Marcos, a quien él llama “mi hijo” (5:13), y quizá proporcionó material para la biografía que escribió Marcos sobre Jesús. Sus dos cartas fueron probablemente escritas en Roma. En la readmisión de Pedro en el ministerio (Juan 21:18), Jesús predijo que Pedro no iba a morir por causas naturales. Los mismos primeros escritores cristianos que se mencionaron antes dicen que Pedro fue martirizado (es probable que fuera crucificado) durante la persecución que ordenó el emperador romano Nerón en el año 64 d.C. Hay tradiciones firmes de que Pedro (y Pablo) fueron sepultados en Roma, aunque la insistencia de los católicos

romanos de que en la Basílica de San Pedro en Roma guardan sus restos verdaderos no parece apoyarse en hechos históricos sólidos.

Fecha

Pedro le escribe a gente que ya ha empezado a sufrir persecución por su fe, pero predice que vendrán peores sufrimientos. Puesto que Nerón fue quien comenzó las persecuciones oficiales (gobernó desde el 54 hasta su suicidio en el 68 d.C.), y puesto que al parecer Pedro fue ejecutado durante el reinado de Nerón, resulta razonable sugerir que se escribió a principios de los 60.

Lugar donde se escribió

Pedro le envía saludos desde “la iglesia” que está en Babilonia (5:13). Es muy poco probable que eso se pueda referir a la ciudad misma de Babilonia en el río Éufrates. Hubo comunidades de judíos en toda Mesopotamia, y es posible que Pedro haya realizando allí trabajo misionero. Sin embargo, para el siglo I d.C. la ciudad de Babilonia que una vez fue grandiosa ahora se encontraba en ruinas. Es mucho más probable que “Babilonia” fuera una referencia sarcástica a Roma. Debido a la persecución oficial, aprobada por el emperador, Roma fue para los cristianos lo que Babilonia fue para los judíos en el siglo VI a.C., una manera de referirse a su peor opresor. En los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis, Juan usa el término *Babilonia* para referirse a la ciudad de Roma, sentada sobre sus siete montes.

Destinatarios

Pedro se refiere a sus lectores como “los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”. ¿Quiénes eran esas gentes? Esas cinco regiones, junto con las

provincias de la parte sur de Lidia/Panfilia y Cilicia, hoy por lo general comprenderían el país de Turquía. En el tiempo de Pedro, esas regiones eran los distritos administrativos del Imperio Romano que formaron lo que en el mundo antiguo se llamaba Anatolia, o Asia Menor. Asia Menor, la punta situada al extremo occidental del continente de Asia, es un lugar montañoso con declives ásperos, muchos puertos naturales, islas, valles fértiles y profundos, y un extenso altiplano central. Ha sido residencia de muchas tribus diferentes. La península de Asia Menor es vasta, abarca más de 518,000 Km². Debido a sus abundantes recursos naturales y su ubicación estratégica como un puente entre Europa y Asia, su territorio fue escenario de muchas guerras prolongadas y terribles durante los siglos.

Los hititas (heteos), cuya gente de vez en cuando aparece en las páginas de las Escrituras, establecieron un poderoso imperio al este central de las montañas desde 1650 hasta 1180 a.C.; fueron conocidos por la cría de caballos y por el desarrollo del hierro. Los reinos más pequeños que siguieron incluyeron las ciudades estado de Troya, famosa por la guerra que sostuvo con Grecia; Urtu, Frigia y Lidia, famosa como el lugar donde se inventó la moneda de metal. En el siglo V a.C., Asia Menor estaba dominada por el este por los persas y luego por el oeste por los macedonios griegos mediante las conquistas de Alejandro Magno. El inmenso imperio de Alejandro no permaneció intacto mucho tiempo; uno de los generales que heredó una parte de ese imperio, Seleuco, estableció un poderoso reino, gobernado desde Antioquía en Siria, que ejerció considerable control sobre casi toda Asia Menor en el siglo III a.C. Cuando decreció el poder sirio seléucida, los antiguos reinos en Asia Menor recuperaron algo de su independencia.

Uno de los legados de Alejandro fue que el lenguaje, la arquitectura, la religión, la literatura y la cultura de los griegos llegaron a predominar en Asia Menor. Por consiguiente, Pedro pudo escribir en griego y supo que podría comunicarse con casi todos en esas cinco provincias. El griego en la parte oriental de la

región del Mediterráneo fue como el inglés hoy, la segunda lengua universal.

A medida que el Imperio Romano creció en los dos siglos antes de Cristo, sus generales buscaron a tientas una frontera segura al oriente, pero nunca la encontraron. Roma tuvo que seguir avanzando al oriente hasta llegar a extenderse demasiado y agotarse por las luchas continuas. El imperio adquirió el reino de Pérgamo en 133 a.C., por herencia, y le dio el nuevo nombre de provincia de Asia. Bitinia fue legada al imperio a la muerte del rey Nicomedes III en el 74 a.C. Ponto fue anexada en el 64 a.C., después de guerras sangrientas y prolongadas con Mitrídates VI, rey de Ponto. La Galacia celta siempre había sido de alguna forma amistosa con Roma, y Augusto César la anexó pacíficamente en el 25 a.C. A la región salvaje y montañosa de Capadocia el ejército romano le permitió en parte su independencia, escogiendo éste a sus reyes, pero en el 17 d.C. el emperador Tiberio simplemente la anexó al imperio. Por lo tanto, las provincias a las que Pedro les estaba escribiendo formaban el rincón noreste del Imperio Romano.

La ocupación romana fue odiada al principio, ya que algunos de sus oficiales cobraban exorbitantes impuestos, igual como lo hacían en Palestina. Sin embargo, los romanos le llevaron unidad y paz a esa tierra agitada. Construyeron caminos, establecieron un sistema monetario unificado y edificaron nuevas ciudades. Establecieron una administración política romana, pero el idioma y la cultura siguieron siendo griegos. Los romanos unieron esas provincias con tanta fuerza que la parte oriental del Imperio Romano permaneció unida por mil años después de que la parte occidental, incluyendo la misma Roma, había sido dividida por invasiones bárbaras.

¿Quiénes podrían ser los miembros de las congregaciones establecidas en las cinco provincias? En realidad, al menos algunos eran judíos. Casi todas las iglesias misioneras de la época apostólica tenían un núcleo de miembros judíos, ya que las iglesias

por lo general empezaron con los misioneros que aprovecharon los contactos con las sinagogas judías que existían por todo el Imperio Romano. Visitantes de tres de esas cinco provincias habían ido a Jerusalén para la fiesta de la cosecha judía de Pentecostés; ellos habían escuchado el sermón de Pedro (Hechos 2:9). Pablo escribió una vez que la misión principal de Pedro se dirigía a los judíos (Gálatas 2:8). Desde luego, Pedro esperaba que sus lectores conocieran bien el Antiguo Testamento, y por eso hace 23 citas del Antiguo Testamento en sólo 105 versículos. Y en este saludo Pedro dice literalmente que son “extranjeros de la dispersión [diáspora]”. Los judíos usaron con frecuencia el término *diáspora* para referirse a los de su nación que habían sido expulsados o deportados de Palestina.

No obstante, para la fecha en que Pedro estaba escribiendo sus cartas, había empezado la gran oleada de gentiles que llegó a la iglesia cristiana. Por medio del trabajo misionero de Pablo y de otros, por ejemplo, “todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hechos 19:10). En 1 Pedro 1:18 y 2:10, Pedro parece que le está hablando a gente que no era de origen judío. Por lo tanto, vamos a suponer que esas eran congregaciones mezcladas racial y culturalmente, donde hasta los gentiles eran distintos unos de otros de modo significativo.

Ocasión

La razón principal que tuvo Pedro para escribir su primera epístola fue darles ánimo a los cristianos que estaban siendo presionados seriamente para que renunciaran a su fe. Las palabras *sufriamiento*, *aflicción* y *padecimiento* aparecen al menos 17 veces y ocurren en cada uno de los cinco capítulos. Él dice que es “fuego de la prueba que os ha sobrevenido” en 4:12. Puesto que la mayoría de los judíos y muchos de los gentiles no tenían el derecho a la ciudadanía en el imperio, no tenían derechos civiles ni derechos de propiedad. Podían arrestarlos y encarcelarlos, detenerlos sin fianza ni derecho al *habeas corpus* por tiempo

indefinido; sus captores los podían maltratar físicamente, confiscar sus bienes, mandarlos al exilio, enviarlos como esclavos a las minas del gobierno, y hasta los podían matar por la única razón de ser cristianos. La persecución oficial que Nerón desató en el 64 d.C. fue sólo la primera; hubo muchas otras oleadas de persecución hasta que se legalizó la cristiandad en el 311 d.C.

Pedro podía entender bien el desconcierto de esos cristianos, que no entendían por qué los hijos y las hijas de Dios debían sufrir ese trato. Él mismo una vez se mostró tan horrorizado con la idea del sufrimiento y la muerte de Jesús que tuvo que ser amonestado como si fuera el mismo Satanás (Mateo 16:23). En el aposento alto, el Jueves Santo, Jesús le dijo: “Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31,32). Las experiencias únicas de fracaso, arrepentimiento, perdón y restauración de Pedro lo habilitaron para escribirles a otros cristianos que sufrían; él había pasado por eso. Escribió esta carta para ayudarles a sus hermanos en la fe a ver que sus hogueras eran temporales, que la dificultad sólo purificaría su fe, y que la meta real de Dios para sus hijos está más allá del mundo cansado y moribundo. Pedro quiso que se aferraran a esa esperanza viva en un mundo hostil.

Estilo

Pedro ha de haber tenido el propósito de que esta carta se divulgara, es decir, que las iglesias en las cinco provincias la leyeran, hicieran sus propias copias y luego la enviaran a la próxima congregación. No hay ningún saludo específico individual. Primera de Pedro es una carta apasionada y elocuente en tres magníficos ciclos. Cada ciclo proclama los actos poderosos y salvadores de Dios y describe la respuesta de la fe en la vida del creyente. Pedro usa muchas citas del Antiguo Testamento y así teje el grandioso plan de Dios de la salvación durante los siglos en un todo perfecto. Los cristianos en toda la era del Nuevo Testamento

han encontrado consuelo y ánimo en esta epístola maravillosa, llena del Espíritu.

En 1 Pedro 5:12 dice que escribió “por conducto de Silvano”. Silvano (también llamado Silas) fue un miembro respetable de la iglesia de Jerusalén, mencionado como “profeta” (Hechos 15:32) y, junto con Pablo, un “apóstol” (1 Tesalonicenses 2:6). Silvano había acompañado a Pablo en su segundo viaje misionero, el cual los había llevado a través de lugares de por lo menos dos de las cinco provincias a las que Pedro les estaba escribiendo (Asia y Galacia). Las palabras de Pedro en 5:12 podrían querer decir que Silvano llevó la carta con él desde Roma hasta Asia Menor y que el mismo Silvano había sido su secretario, escribiendo lo que Pedro le dictaba.

Bosquejo

Tema: La esperanza viva en un mundo hostil

I. Saludos (1:1,2)

II. Ciclo 1: La esperanza viva (1:3–2:3)

A. El plan magnífico y glorioso del Padre (1:3-12)

B. Cómo vivirán los hijos del Padre (1:13–2:3)

III. Ciclo 2: La piedra viva (2:4–3:17)

C. La relación de Cristo con los creyentes (2:4-10)

D. La relación de los creyentes con otra gente (2:11–3:17)

1. Con la sociedad pagana

2. Con el gobierno y la autoridad

3. Con maestros y empleadores

Intermedio: Cristo como nuestro ejemplo de sumisión

4. Con los esposos

5. Con las esposas

6. Con los compañeros cristianos

7. Con la sociedad pagana otra vez

- IV. Ciclo 3: El Cristo viviente (3:18–5:11)
 - E. El Cristo triunfante y resucitado (3:18-22)
 - F. Ánimo para las personas (4:1-19)
 - 1. Vivir como cristianos
 - 2. Padecer como cristianos
 - G. Consejo para las congregaciones (5:1-11)
- V. Saludos finales (5:12-14)

PARTE UNO

Saludos

(1:1,2)

1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, ² elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas.

Nosotros firmamos las cartas al final. La gente del mundo antiguo las firmaba al comienzo. El autor ha dejado de usar su nombre de nacimiento, Simón, y ha tomado el sobrenombre que su Salvador le dio en el primer encuentro que tuvieron. Sin embargo, la fe como la piedra que lo sostuvo no fue algo que él generó, fue un regalo del Espíritu, y él estaba escribiendo a las gentes a quienes amaba, con el fin de ayudarles a tener también una fe como la piedra.

Aunque Jesús tuvo muchos *discípulos*, es decir, seguidores y aprendices, tuvo sólo unos cuantos *apóstoles*, en otras palabras, hombres a quienes él mismo llamó, a quienes les confió un mensaje único que venía directamente de él, a quienes él les dio su autoridad, y los comisionó directamente (la palabra *apóstol* significa “alguien que es enviado”). Cuando Pedro usa este término, les está diciendo a sus lectores (tanto a los de entonces como a los de ahora) que viene un mensaje de Dios mismo.

Pedro está escribiendo porque a Roma le había llegado la noticia de que los cristianos de Asia Menor estaban sufriendo mucha presión para que renunciaran a su fe. El maligno estaba tratando de hacerles la vida imposible por la relación que tenían con Cristo. Pedro quería que ellos vieran que la persecución y el dolor no son señales de fracaso, sino que se deben esperar en el

camino hacia el triunfo con Cristo. Con la ayuda del Espíritu Santo, esas dificultades pueden ser vencidas y hasta se pueden convertir en oportunidades de crecimiento y de bendición.

Pedro usa tres términos poco usuales para sus vidas. Les recuerda que son *elegidos*, es decir, que son cristianos no por casualidad sino porque Dios los amó lo suficiente para buscarlos y llevarlos a la fe; Dios los considera suficientemente valiosos para que valga la pena amarlos. Algunas veces los israelitas del antiguo Testamento reciben el nombre de pueblo escogido; ahora los cristianos son los escogidos; ahora los cristianos son el nuevo Israel, como lo explica Pablo en Romanos 9:6-8 y en Gálatas 3:29. Son *extranjeros* en el mundo, literalmente extraños, personas que viajan fuera sus hogares reales, residentes temporales, forasteros. Y como saben que van de pasada por esta vida, pueden soportar muchos malos tratos. También están de la *dispersión*. Esa palabra tenía un significado especial para los judíos. A pesar de que los judíos creían con vehemencia que Palestina era su tierra, durante los siglos fueron muchos más los que habían sido expulsados o deportados que los que todavía moraban allí. Las comunidades judías estaban dispersas por todo el Imperio Romano. Los cristianos también estuvieron *dispersos* por todo el imperio, rodeados frecuentemente de personas que desconfiaban de ellos y les temían.

Pedro les escribe en particular a los cristianos de cinco provincias en la península Anatolia (la parte occidental y central de la Turquía actual).

- *Ponto* está ubicada entre los montes Pónticos y a orillas de la parte sudoeste del mar Negro. Al interior de la llanura costera el terreno se vuelve montañoso y viajar se hace más difícil. En las tierras bajas de los deltas de los ríos el clima es templado y propicio para la agricultura; allí se producen desde hace siglos aceitunas, cereales y madera.
- *Galacia* se encuentra en las inmensas y altas llanuras centrales casi sin árboles; su principal ciudad Ancira está ubicada en lo que hoy es la capital de Turquía, Ankara. Su

gente en realidad era parte de las inmensas migraciones celtas, y por algunos sucesos curiosos, algunos galos celtas terminaron ahí en el siglo III a.C. Los romanos extendieron su territorio al extremo meridional, y los viajes primero, segundo y tercero de Pablo lo llevaron por ciudades de Galacia como Listra (el pueblo natal de Timoteo), Iconio y Derbe. A estos gálatas Pablo les escribió su epístola. San Jerónimo escribió que incluso en su tiempo (siglo V) todavía hablaban el idioma celta.

- *Capadocia* es muy montañosa, es la parte más remota de Asia Menor, ubicada al este. Aquí la cultura griega no había podido penetrar tan profundamente; no había grandes ciudades y la gente era muy pobre. Hay muchas menos tierras de labranza, así que la gente tenía que vivir del pastoreo de su ganado. Había algo de madera y minería, pero el problema de transporte hizo que el desarrollo económico fuera muy lento. Los inviernos son muy duros.

- *Asia*, situada por la costa occidental, fue la provincia más rica y urbana de Asia Menor. Desde los tiempos antiguos fue un puente comercial entre Europa y el continente de Asia. Tenía puertos espléndidos; tierras de labranza adecuadas en los valles extensos; las ciudades portuarias grandiosas de Éfeso, Troya, Esmirna y Mileto; y los vínculos más fuertes con Grecia. La costa occidental era tan griega como la misma Grecia; se habían establecido colonias griegas por toda la costa muchos siglos antes. La provincia de Asia fue un invento romano, al reunir los territorios de los reinos antiguos de Pérgamo, Troas, Caria, Misia y Frigia.

- *Bitinia* está en la costa sudoeste del mar Negro. Controla el estrecho del Bósforo, de importancia fundamental, que une al mar Negro con el mar Egeo. Es una región montañosa, profunda y de valles ribereños fértiles, y de

buenos puertos. Por cuestiones de administración los romanos la combinaron con el Ponto en una sola provincia. Pablo había pensado realizar obra misionera en Bitinia, pero “el Espíritu no se lo permitió” (Hechos 16:7); en lugar de eso, el Señor tenía asuntos urgentes para Pablo y Silas en Macedonia; ¡quería el evangelio en Europa!

El deseo ferviente de cada una de las personas de la Santa Trinidad es que todos los que escuchen o lean el mensaje de Pedro se reúnan con la familia de Dios, “para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”. Para hacer posible esos cambios en la vida, el Padre los decretó desde la eternidad por su divino conocimiento previo; el Hijo se sacrificó a sí mismo en la cruz y roció al pueblo con su sangre para el perdón de sus pecados; y el Espíritu mediante la Palabra, el agua y la cena obró “santificando”, es decir, empezó a transformar la vida de las personas para conformarla a la de él en lugar de la del diablo.

El saludo termina con una bendición apostólica doble, que las personas estén llenas hasta la abundancia de dos regalos preciosos de Dios: *la gracia*, es decir, la determinación persistente de Dios de amarlas; y *la paz*, es decir, la satisfacción serena y tranquila que está en el corazón de alguien que sabe que todo está bien entre él y Dios. Como los creyentes iban a encontrar abundante hostilidad, su Padre les dará gracia y paz en abundancia.

PARTE DOS

Ciclo 1: La esperanza viva

(1:3–2:3)

El plan magnífico y glorioso del Padre

³ Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, ⁴ para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarchitable, reservada en los cielos para vosotros, ⁵ que sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final.

⁶ Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, ⁷ para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual, aunque percedero, se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. ⁸ Vosotros, que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, ⁹ obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas

Cuando los cristianos de las cinco provincias comenzaron a sufrir por causa de su fe, algunos empezaron a tener dudas de si Dios todavía los amaba, si se daba cuenta de sus aflicciones o si podría hacer algo al respecto. La respuesta de Pedro es prorrumper en una gran doxología de alabanza. En el original, es en realidad una sola oración larga, un río de gloria ofrecido a Dios por su grandeza y sus magníficos regalos para una gente indigna. Quizá no haya otro párrafo en las Escrituras que le dé más consuelo a un cristiano afligido o agonizante.

Cuando los cristianos están dolorosamente conscientes de lo que se les ha quitado, como la libertad, la dignidad, la salud o el dinero, es un consuelo recordar los tesoros no se les pueden quitar: la misericordia de Dios, el nuevo nacimiento del Santo Bautismo y la herencia celestial que no puede perecer, estropearse ni desvanecerse. El mercado bursátil puede caer, los edificios se pueden quemar; los bancos se pueden ir a la quiebra; los doctores se pueden equivocar; el amor de los familiares puede fallar; pero las buenas cosas que Cristo da nunca fallarán porque están sobre la base de un hecho histórico irreversible: que Cristo resucitó de entre los muertos. Él vive; y porque vive, la esperanza también vive.

Esa esperanza no sube ni baja como los precios de las acciones en la bolsa de valores. Esa esperanza es valiosa porque no se deriva de nuestros esfuerzos sino de Dios; es el regalo de amor de Dios, no algo que nos venda o deba. Y, así, la vida eterna que Dios promete está guardada en el cielo para ustedes, y mientras tanto, él los protege.

¿Cómo pueden los cristianos perseguidos creer que están protegidos? Primero, Dios nunca nos prometió el cielo en la tierra; nunca nos prometió una vida terrenal sin dolor, enfermedad, hostilidad de los cómplices de Satanás, ni muerte. Lo que prometió es que les pone límites a los padecimientos que nos sobrevienen; permite sólo tantos problemas como sabe que podemos resistir. Segundo, promete que después de la noche de aflicciones, el alivio y la liberación vendrán por la mañana; esas aflicciones son por “un poco de tiempo” (versículo 6). Tercero, promete obrar todo para nuestro bien. De alguna forma, de algún modo, Dios vuelve cada desastre al revés y hace de esto una oportunidad para que sea una bendición. Cuarto, Dios recompensa a los cristianos por todo lo que tienen que renunciar por él. Pedro le dijo una vez a Jesús: “Nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido”, y él les dijo: “De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o padres o hermanos o mujer o hijos, por el reino de Dios,

que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna” (Lucas 18:28-30).

Cuando los incrédulos sufren, nada bueno sale de esa aflicción. Cuando los cristianos sufren, Dios hace que sus experiencias dolorosas les sirvan para fortalecer la fe y para quitar todas las distracciones dañinas que les impidan llegar a la meta. En el versículo 7, Pedro compara la fe con el oro, el cual tiene que llegar a un punto de fusión de 1,063° C para ser refinado lo suficiente para que sea útil. Todos necesitamos darnos cuenta de eso; la prioridad que debemos tener siempre es la relación con nuestro Salvador, para que nuestra reunión con él cuando reaparezca esté llena de alabanza, no de miedo. Cuanto más meditemos sobre estas promesas seguras de Dios, nuestro interior se llenará más de alegría y satisfacción. La compasión de sí mismo, las quejas y la envidia se desvanecerán. Ese gozo es “inefable”, es decir, se puede sentir más bien que describir. Y presten atención al tiempo del verbo en el versículo 9: “*obteniendo* el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas”.

¹⁰ Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, ¹¹ escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos. ¹² A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.

Los profetas del Antiguo Testamento, los ángeles, los cristianos del Imperio Romano que eran perseguidos y los cristianos de hoy todos están vinculados a un gran plan maestro del Espíritu, cuya meta es llevar a todos a la fe en Cristo. Una de las obras del Espíritu Santo fue darles a los profetas y a los

apóstoles los mensajes de Dios para la gente del mundo. Cuando los profetas del Antiguo Testamento pensaron acerca de la venida del Mesías, el que aplastaría la cabeza de Satanás, tal vez tenían en mente un poderoso superhéroe, alguien que por fuerza superior ocasionaría una gran destrucción y corregiría lo malo.

No obstante, el Mesías que el Espíritu les reveló en profecía fue un Siervo afligido. David (Salmos 22,41) e Isaías (capítulos 52,53) y Zacarías (capítulos 12,13) estudiaron sus propios mensajes, y quedaron perplejos sobre los tiempos y los lugares. Incluso los ángeles no saben todos los planes de Dios y tienen que estudiar la Palabra y esperar. Todos los profetas murieron en esperanza. Fue el privilegio (y consuelo) de la gente que leía la carta de Pedro saber que la palabra de Dios se había cumplido en su tiempo y que los sufrimientos de Cristo hicieron posible sus glorias. En otras palabras, la Biblia que los creyentes judíos habían estado leyendo predijeron los mensajes que Pedro y los apóstoles habían traído. El punto de Pedro era éste: los sufrimientos de Cristo no eran señales de fracaso sino eran parte del plan amoroso del Padre. Los sufrimientos de ustedes no son indicios de fracaso sino también son parte del plan amoroso del Padre.

Cómo vivirán los hijos del Padre

¹³ Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado. ¹⁴ Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, ¹⁵ sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, ¹⁶ porque escrito está: «Sed santos, porque yo soy santo.»

La esperanza viva que Pedro está describiendo no es sólo teórica. La fe, el conocimiento y las promesas de Dios en nuestra mente y corazón quieren salir e influir en la forma en que

pensamos, hablamos y actuamos. La segunda mitad de este ciclo describe la forma en que el evangelio cambia la vida de la gente. Estos 16 versículos son francos y apremiantes cuando llaman a los cristianos a una vida santa. Estos versículos expresan pensamientos parecidos a los de la Epístola de Santiago: “La fe sin obras está muerta” (2:26).

Pedro dice: “Estén preparados para la acción”. Adopten la actitud correcta. Es importante que los cristianos no se queden estancados en la etapa de “no puedo hacer nada”. Es apropiado que los cristianos confesemos que no nos podemos salvar a nosotros mismos, no podemos producir una vida de pura justicia, no nos podemos elevar al nivel de exaltación de Dios. Pero cuando la justicia de Cristo se nos ha dado, cuando hemos recibido el conocimiento y el poder del Santo Espíritu, nuestra voluntad vuelve a nacer y podemos elegir buenas cosas. No podemos elegir regenerarnos a nosotros mismos, pero los cristianos que han sido regenerados por el poder del Espíritu pueden hacer elecciones morales. Al ser lavados por el agua, inspirados y guiados por la Palabra, y habilitados por la Cena del Señor, podemos en verdad actuar como hijos obedientes; podemos efectivamente ser sobrios.

Éste es un gran concepto. Cuando confesamos que somos “pobres pecadores”, no debemos permitir que esa verdad paralice nuestra vida de obediencia y servicio. La victoria de Cristo en la cruz y en la tumba es una victoria doble: sobre la culpa y sobre el poder del pecado. Los creyentes ya no son esclavos del pecado; podemos elegir ya no vivir en él. Como dijo Pablo en Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

“Sed sobrios”, dice Pablo en el versículo 13. Por nacimiento somos adictos al pecado; somos “pecadohólicos”. Sin el Espíritu, nuestra vida puede ser dirigida por cualquier motivo posible menos por la voluntad de Dios. Estamos ebrios de pecado, nos controlan toda clase de maldades: la codicia, el temor, el enojo, la culpa, el racismo, los celos, el odio a sí mismo, la avaricia y la inseguridad. Sin embargo, al ser redimidos por Cristo y santificados por el Espíritu, podemos salir de esas maldades y podemos tener dominio

de nosotros mismos. La palabra *sobrio* en griego significa literalmente eso, estar “alerta, bien despierto, ser dueño de sí mismo”. Pedro nos está diciendo que nos sacudamos las telarañas de la cabeza y nos concentremos.

Hay que concentrarse en la meta: “Esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado”. Todos necesitamos una terapia regular de prioridades de la palabra de Dios. Satanás usa las exigencias de la vida y nuestra propia debilidad para enredarnos tanto en trivialidades, que perdemos la realidad global y olvidamos quiénes somos y a dónde vamos. Pedro quiere que nuestra cabeza esté clara y nos concentremos en la meta: recibir la corona de gloria en el día del juicio.

Recuerden quiénes son. Como hijos de Dios que hemos vuelto a nacer, de verdad encontramos gozo y satisfacción haciendo lo que Dios quiere. Gozamos efectivamente obedeciendo su voluntad. Y con la fortaleza que viene de Dios, nos podemos alejar de ceder a los deseos malignos de un incrédulo. El conocimiento nuevo nos ayuda a ver que la conformidad con el mundo pecador trae esclavitud y muerte, que los que están encadenados en esa esclavitud compartirán el destino horrible que está reservado para los condenados.

¹⁷ Si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación, ¹⁸ pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, ¹⁹ sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. ²⁰ Él estaba destinado desde antes de la fundación del mundo, pero ha sido manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros. ²¹ Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

¿Por qué los cristianos con frecuencia no llevan vidas santificadas? Porque no pensamos. En este párrafo, Pedro nos ayuda a pensar bien, a ver las cosas como son realmente. Es tan profundo que todo el párrafo en el griego original se desborda en una sola oración. ¡Piensen! ¡Recuerden a quién le están orando: ¡al Padre! Están unidos a él ahora, y todo lo que ustedes hacen afecta la reputación de él. Recuerden que él juzga la obra de cada uno. Dios se preocupa no sólo de lo que hablamos sino también de lo que hacemos con nuestra vida. Los hijos obedientes, respetuosos y temerosos de Dios saben que la palabra *Padre* no se sólo una palabra mágica que se debe invocar, es una relación sagrada que nos llama a una nueva forma de pensar y *de vivir*. En Juan capítulo 8, Jesús reprendió a los escribas y fariseos por su autocomplacencia; invocaban al Padre, pero no eran del Padre porque sus obras eran malas. No estaban escuchando la palabra de Dios y su verdadero padre era el diablo.

¡Recuerden la vida tan vana que les transmitieron sus antepasados! Pedro se puede estar refiriendo a los judíos que lo escuchaban, que crecieron bajo el yugo del judaísmo, del legalismo rabínico y del Talmud (un compendio inmenso de opiniones de los rabinos). Esa forma de vida se había vuelto vana, porque disolvió las palabras seguras de Dios en una confusión de opiniones e interpretaciones humanas contradictorias. Era vana porque le pedía a la gente santidad y austeridad sin la gracia perdonadora y misericordiosa del Mesías. Esa forma de vida siempre lleva ya sea al orgullo, imaginando que los propios esfuerzos son lo suficientemente buenos para Dios, o a la desesperación, sabiendo que los propios esfuerzos nunca serán suficientes para Dios. ¡Qué forma tan vana de pasar la vida!

No obstante, lo que las tradiciones religiosas de los griegos ofrecían era todavía peor. En la cultura griega, se les enseñaba a las personas que su destino ya estaba determinado, controlado por tres mujeres misteriosas y caprichosas llamadas las tres “Parcas”. Se les enseñaba que la muerte llevaba las almas por un sombrío

río subterráneo al reino del Hades, un mundo lúgubre y deprimente. Allí los espíritus de los muertos se dejaban llevar sin rumbo fijo de un lado para otro, siempre con rostro afligido y ausente. Unos cuantos preferidos de los dioses, tales como los grandes poetas y los héroes alcanzaban el paraíso de Elíseo, y aquellos a quienes los dioses deseaban castigar estaban condenados al Tártaro, un lugar de tormento eterno. “¡Vana!”, dijo Pedro.

Mientras siguen su vida, recuerden lo que le costó a Dios hacerlos suyos, la preciosa sangre de Cristo. ¡El Padre habla muy en serio cuando dice que ustedes le pertenecen! ¡El Hijo habla muy en serio cuando los rescata! Los corderos de los sacrificios de las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento tenían que ser aparentemente perfectos, sin defecto ni mancha (Éxodo 12:5); esos corderos simbolizaban al Cordero de Dios, Jesucristo. En la cruz, por fuera, Jesús no se veía muy bien, como lo dijo Isaías proféticamente: “No hay hermosura en él, ni esplendor; le veremos mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos ” (53:2), pero su perfección era una perfección *interior*, sin defecto ni mancha de pecado (Hebreos 7:26). La sangre de Jesucristo ha hecho lo que ninguna otra religión ni filosofía en la historia humana podría hacer: quitar la culpa del pecado de los seres humanos y reemplazarla con la propia justicia de Dios, y todo esto como regalo de Dios, que se recibe por fe. El Padre mostró que aceptó el sacrificio de su Hijo resucitándolo de los muertos y glorificándolo a su mano derecha. Esa es nuestra fe; esa es nuestra esperanza.

Pedro dijo que ese era el plan de Dios desde toda la eternidad. Nuestras mentes están fijadas en un sistema de tiempo medido; vamos sólo hacia delante y a una velocidad establecida. Pero Dios ronda de un lado para otro en el tiempo, viendo los momentos individuales y todo el panorama al mismo tiempo. Cuando Dios estaba planeando la creación, cuando diseñó a la gente para que fuera santa, perfecta y pura en el huerto de Edén, también previó

la necesidad de un Salvador. Desde toda la eternidad, el Hijo fue escogido como el Redentor de las criaturas caídas de Dios, y ahora, en esta época del Nuevo Testamento, él se ha revelado finalmente como quien nos regresará al favor de Dios.

²² Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido.

Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro, ²³ pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre, ²⁴ porque:

«Toda carne es como hierba

y toda la gloria del hombre como flor de la hierba;

la hierba se seca y la flor se cae,

²⁵ mas la palabra del Señor permanece para siempre.»

Y ésta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada

Pedro quiere que sus lectores aprecien plenamente lo que Dios ha estado haciendo por ellos y en ellos, y por qué motivo. Dice: “habéis renacido”. Todos nosotros tenemos padres, cuya simiente en el momento de la concepción nos dio vida. Pero es una vida corta, efímera, que pronto terminará, porque nuestros padres terrenales nos hicieron mortales como ellos. La simiente de ellos era percedera. Sin embargo, la Palabra impercedera de Dios hace lo que ningún padre terrenal podría hacer: cambiarnos a inmortales, a seres impercederos.

Pedro cita las palabras famosas de Isaías que se encuentran en Isaías 40:6-8, al principio de la segunda parte consoladora y llena del evangelio de su grandioso libro. Sólo la eterna Palabra poderosa y viva de Dios le puede dar vida eterna a la gente de nuestro planeta moribundo. La Palabra de la que habló Isaías era la misma que había llevado a la fe a los cristianos de las cinco provincias, la Palabra predicada (literalmente “evangelizada” o “predicada como buenas nuevas”) a ustedes. La misma Palabra

eterna y vivificante está viva hoy en dondequiera que la Biblia se lea y se proclame.

Esa Palabra poderosa hizo llegar a la fe a estos cristianos del medio oriente, o como Pedro lo dijo: “al obedecer a la verdad”. Eso no es otra cosa que nuestro interior que ahora le está diciendo sí a Dios, que está reconociendo y celebrando el amor de Dios para con nosotros. Cuando creemos en el perdón de Jesús, que nos lavó y con su sangre nos compró, estamos realmente limpios ante Dios, o purificados, como dice Pedro. La purificación de nuestros antecedentes ante Dios también inicia el proceso de purificación de nuestras actitudes. Por ejemplo, el egoísmo natural empieza a transformarse en amor desinteresado, real, auténtico, sincero hacia otra gente, especialmente nuestros hermanos y hermanas en la fe. Y cuando Dios empieza a hacer esos cambios en nosotros, podemos, *debemos* seguir haciéndolos. Pedro sólo emite un mandato: “Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro”.

Jesús dijo el Jueves Santo por la noche: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros”. Los cristianos de la iglesia primitiva se hicieron famosos porque compartían unos con otros, porque cuidaban a los enfermos, a los pobres y a los necesitados que había entre ellos, por su hospitalidad y generosidad, por tratar con dignidad y respeto a la gente que en el siglo I no estaba entre lo mejor de la sociedad: esclavos, viudas, ancianos y niños. Nada ha cambiado en dos milenios; hoy las congregaciones, que no sólo hablan sobre doctrina sino también demuestran amor cristiano, encuentran respeto y credibilidad para su mensaje. El punto de Pedro es que el verdadero amor es un asunto más de la cabeza que de los sentimientos. El amor real es una elección: ¡opten por mostrarlo en su vida!

¿Cómo? Las congregaciones se pueden asegurar de que no sólo las personas pudientes sino también los pobres y necesitados sean bien recibidos entre ellas. Las calumnias y las quejas no sólo destruyen el compañerismo cristiano, sino que hacen desistir del deseo de regresar a los que buscan ayuda espiritual. Pero cuando

las personas que tienen hambre de Dios y de su amor encuentran personas que se aman unas a otras, sinceramente, de corazón, esa clase de compañerismo es una poderosa atracción. El mundo en el que vive mucha gente que no tiene iglesia es frío, insensible, cruel, impersonal e indiferente; cuando esas personas encuentran amor y aceptación de cristianos cariñosos, también encuentran el amor y la aceptación de un Padre cariñoso.

2 Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia, ² y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, ³ ya que habéis gustado la bondad del Señor.

Estos tres versículos cierran la sección sobre la vida personal de santidad (llamada también santificación). Es importante no confundir esas ideas con la justificación, el regalo de justicia y santidad que Dios le da al mundo, que es aceptado y recibido por los que creen en Cristo. La justificación es completa y perfecta; todos los que son bautizados en Cristo están revestidos de Cristo y se pueden apropiarse su perfecta santidad y obediencia. Pero la santificación, el proceso real de transformación de nuestra vida por el Espíritu, va en progreso, es imperfecta e incompleta. La justificación no implica acción humana; es en su totalidad un regalo de Dios. La santificación desafía e implica nuestro corazón, nuestra mente y nuestra voluntad de cristianos que han vuelto a nacer.

Cuando los cristianos nacen de nuevo, no saltan a la madurez espiritual; el crecimiento espiritual es lento. Eso es verdad en cuanto a nuestro cuerpo, el cual debe crecer lentamente, y es cierto también en cuanto a nuestro espíritu, que empieza como “niño espiritual”. Los niños pequeños deben ser amamantados; los cristianos nuevos necesitan la leche materna de las historias bíblicas sencillas y básicas, que les ayudarán a crecer y madurar.

¡Este maravilloso alimento espiritual nos ayuda a conocer lo bueno que es sentirse amado y salvado! Aquí Pedro se estaba refiriendo probablemente al Salmo 34:8-10: ¡Qué bueno es saber que a aquellos que buscan a Jehová no les faltará nada!

Observen que Pedro quiere que el alimento espiritual sea *no adulterado*. Resulta irónico que algunas personas dediquen tanto esfuerzo a examinar las etiquetas de los alimentos que compran, prefiriendo los alimentos que se cultivan sin pesticidas ni fertilizantes artificiales, siendo cautelosas con los químicos y los aditivos, y, sin embargo, no dedican ningún esfuerzo a examinar las enseñanzas oficiales de la iglesia de la que se hacen miembros y de la confesión a la que pertenecen. Dios ha pasado grandes sufrimientos para darle su Palabra pura al mundo; lo menos que debemos hacer es insistir en que nuestras iglesias conserven la pureza en sus doctrinas.

Con todo esto a nuestro favor, con un renacimiento y alimento espirituales, Pedro ahora nos exhorta a que crezcamos. Ese es un concepto radical. ¡Podemos elegir la clase de personas que queremos ser! Pedro nos exhorta a que optemos por tener nuestra vida en armonía con Dios. A desechar:

- *la malicia*: la actitud perniciosa que se deleita en el sufrimiento de otra gente. Cámbienla por la compasión, por una voluntad de ayudar a otra gente a sobrellevar sus cargas.
- *el engaño*: desear tanto las cosas que lleguen al punto de mentir o usar trucos, o evitar la responsabilidad. Sustitúyanlo con la honestidad y la franqueza, diciéndole a la gente la verdad en amor.
- *la hipocresía*: ocultar los verdaderos sentimientos, sólo fingiendo que se preocupan por otra gente, con falsa amistad. Reemplácela por amor sincero y preocupación real.
- *la envidia*: sentir celos de la vida y de las posesiones de otras personas, con decepción por su propio destino en la

vida y guardando resentimiento a Dios por “hacerles trampa”, como si merecieran algo mejor. Cámbienla por una actitud que esté atenta a las bendiciones de Dios, que esté satisfecha de su vida y en alegre gratitud para el amoroso Padre.

- *la maledicencia*: gozarse en criticar, humillar, denigrar a otra gente. Sustitúyanla con alabanza y ánimo a otros, alegrándose por el éxito que tienen.

Ciclo 2: La piedra viva (2:4–3:17)

Al comenzar el segundo ciclo, llegamos al centro de gravedad de 1 Pedro, a algunos de los versículos más espléndidos de todo el Nuevo Testamento. Pedro presenta un retrato poderoso de Cristo nuestro Salvador, y luego con lenguaje conmovedor les dice a los cristianos la identidad tan exaltada que tienen debido a su conexión con él. Su relación con Jesucristo cambia, enaltece y enriquece su relación con todos los demás en su vida.

La relación de Cristo con los creyentes

⁴Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, ⁵vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

Siempre ha parecido que el Salvador del mundo, Jesucristo, se relaciona con la raza humana en una forma velada e indirecta. En los tiempos del Antiguo Testamento, vino a algunas personas como el Ángel de Jehová; también vino mediante sus representaciones o “tipos”: sumos sacerdotes y corderos de sacrificio. Vino por medio de las palabras mesiánicas de los profetas; vino encarnado en un rabino judío humilde e itinerante. Viene hoy en las páginas de las Escrituras, en el agua y la Palabra del Santo Bautismo, y en el pan y el vino de la Santa Cena. Alas Desgraciadamente esa manera indirecta es una ofensa para muchas personas, y por eso rechazan la afirmación que hace Jesús cuando dice que es *el* camino, *la* verdad y *la* vida.

Pedro edifica toda esta sección sobre una metáfora especial para Jesús, la “piedra viva”; esa metáfora ocurre en varios lugares en el Antiguo Testamento. Quizá el motivo por el que la metáfora de la piedra atrae tanto a Pedro es porque refleja su propio sobrenombre; él era *Pedro*, un hombre piedra edificado sobre la roca. Jesús es una piedra viva, una piedra que divide a toda la humanidad en dos grupos: los que lo aceptan y los que lo rechazan. El Padre ha elegido a su Hijo para ser el único Salvador que el mundo tendrá. Tanto en su unción como en su transfiguración, la voz del Padre no dejó duda de que Jesucristo era el escogido y era muy precioso para él.

Cuando nos convertimos en cristianos, cuando nacemos otra vez a una nueva identidad, nos hacemos como Cristo. Nos convertimos en pequeñas piedras, y la meta de Cristo es unirnos en un gran edificio llamado la santa iglesia cristiana. ¿No parece interesante que se nos llame piedras en lugar de ladrillos? Todos los ladrillos son iguales; todas las piedras son diferentes en color, textura, tamaño y forma. Pero hay un lugar para todos nosotros en el edificio de Dios. Todos los creyentes diferentes son unidos en un mosaico deslumbrante y hermoso para la gloria de él.

Y, fíjense: hemos venido a ser no sólo parte de ese gran templo de Dios, sino somos hechos sacerdotes para servir en ese templo, sacerdotes santos, santos mediante la sangre del Cordero. Cristo Jesús dejó anulada de una vez por todas la necesidad de señales exteriores y de apoyos como el templo de Jerusalén, corderos y machos cabríos, y los sacerdotes levitas de la familia de Aarón. En la era del Nuevo Testamento, *nosotros* somos la casa de piedras vivas de Dios; *nosotros* somos los sacerdotes santos con un ministerio sumamente importante para llevar a cabo.

(Noten: Cuando Pedro estaba escribiendo esta carta, el Templo de Jerusalén que había existido por mil años estaba a punto de llegar a su fin. Para aplastar una rebelión judía, las legiones romanas del este, bajo el comando de Tito, le pusieron sitio a Jerusalén. Cuando la ciudad cayó en el 70 d.C., los romanos desmontaron literalmente el Templo piedra por piedra con el fin

de destruir la identidad judía. El Templo nunca se reconstruyó; y a pesar de que hoy Jerusalén está otra vez bajo el control militar y político de la nación de Israel, no se ha podido levantar un nuevo Templo, porque el sitio ha sido convertido en un lugar santo para los musulmanes y contiene dos de los edificios más sagrados de todo el Islam: la cúpula de la Roca y la mezquita de Aqsa).

No obstante, el verdadero templo de Dios vive. Los sacrificios espirituales que Dios nos invita a traer no tienen nada que ver con esparcir sangre y quemar incienso, y no es necesario que se ofrezcan en un lugar en particular, tal como el monte Sion en Jerusalén. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; acudimos a él con humildad y corazón arrepentido para recibir la gracia. Ofrecemos nuestro cuerpo como sacrificio espiritual, dedicando la vida entera a su servicio. Le ofrecemos nuestros talentos y habilidades, nuestro dinero, tiempo y energía, todo lo nuestro. La meta de cada uno de esos ministerios es la misma meta del propio ministerio de Jesús: atraer a toda la gente a él.

6 Por lo cual también dice la Escritura:

**«He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo,
escogida, preciosa;
el que crea en él, no será avergonzado.»**

Pedro recurre a tres profecías majestuosas del Antiguo Testamento que describen al Mesías como una piedra. La primera es de Isaías 28:16, donde Dios Padre proclama que el fundamento real del pueblo de Dios no es un bloque de granito, no es *algo* sino *alguien*. El Padre pone a *alguien* como la piedra angular, y *todo* el que crea en él nunca será avergonzado.

Cada una de esas tres profecías del Antiguo Testamento describe a Cristo como una clase diferente de piedra. La primera es una piedra angular. Hoy la piedra del ángulo se pone principalmente por motivos ceremoniales. En la faz de la piedra se inscribe el año de construcción, y con frecuencia se hace una cavidad para guardar objetos y papeles valiosos en una cápsula.

El valor estructural real de la piedra angular, si se es un cantero, es servir como punto de referencia para que el edificio quede derecho. La piedra del ángulo es la primera, y también la más grande, de calidad superior. Como tal se debe extraer, medir, cortar, darle forma, y por último se tiene que colocar con gran precisión en su lugar. Los albañiles construyen un edificio desde las esquinas. Esa primera piedra determinará que las líneas de profundidad, anchura y altura del edificio queden rectas. Si la piedra angular se tuerce un poco, todo el edificio terminará viéndose torcido, porque todas las piedras o ladrillos toman sus líneas de la esquina.

De la misma forma, Jesucristo es el modelo de rectitud en nuestra vida. En un mundo lleno de mentiras y los engaños de Satanás, la palabra del Señor permanece recta y verdadera. Su Palabra de ley destruye las excusas, las racionalizaciones y los compromisos morales de todas las edades y culturas y a todos nos hace responsables de las normas inalterables de Dios. La palabra del evangelio corta todas las mentiras de Satanás acerca de nuestra falta de valor y desesperación y nos presenta el amor invariable del que fue crucificado y resucitado. Cualquiera que construya su vida en estas líneas verdaderas nunca lo lamentará, ni en la vida terrenal ni en el día del juicio.

**⁷ Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso. En cambio para los que no creen:
«La piedra que los edificadores desecharon
ha venido a ser la cabeza del ángulo»**

La segunda metáfora en cuanto a la piedra la obtiene Pedro del Salmo 118:22, el salmo que le cantaban al Mesías las multitudes que lo adoraban el Domingo de Ramos (este versículo también se cita en Hechos 4:11 y Romanos 9:33). Tal vez Pedro estaba pensando en esa tarde histórica, en el contraste violento entre los gritos de “¡Hosanna!” el domingo y “¡Crucifícale!” el viernes.

La cabeza del ángulo es una piedra en forma de cuña que se pone en lo alto de un arco. La arquitectura romana fue uno de los grandes logros de la civilización romana, y los ingenieros y arquitectos de Roma habían desarrollado el arco como la característica propia de su identidad. Un arco o una serie de arcos no sólo era algo hermoso, sino que proporcionaba una forma brillante de traspasar una pared con puertas o luz sin debilitarla. El arco de medio punto estaba formado de piedras especialmente moldeadas puestas sobre una forma curva de madera. Cuando la piedra angular era argamasada en lo alto, el molde de madera se podía quitar. Todo el peso y la tensión que se generaban sobre la puerta o la ventana se dirigían a los lados mediante las piedras del arco y la piedra angular. La piedra angular del arco tal vez no parezca importante; sin embargo, si se derrumba la piedra angular, el arco colapsará, como también el resto de la pared.

De la misma manera, los cristianos afligidos necesitan que se les recuerde que Cristo Jesús es la piedra angular de su vida. Si se derrumba a Cristo de esa posición, nuestra vida colapsa. Los “edificadores” del Salmo 118 son los líderes religiosos del pueblo israelita; ellos decidieron construir la vida espiritual de la nación sin Cristo. Lo rechazaron porque no les gustaba cómo se veía, no se parecía en nada al “mesías” que estaban esperando. Lo dejaron en el suelo de la cantera y usaron otros materiales de construcción. Pero la estructura de ellos colapsó sin él. Indignado por el rechazo de su Hijo, el Padre retiró su mano de misericordia y les permitió a los romanos deshacer la nación.

⁸ y:

«Piedra de tropiezo y roca que hace caer.»

Ellos, por su desobediencia, tropiezan en la palabra. ¡Ése es su destino!

La última metáfora de la piedra que menciona Pedro la ha sacado de Isaías 8:14 y produce escalofríos. A Jesucristo no le

gusta que lo rechacen y lo tiren al suelo. Cuando eso pasa, la piedra angular se vuelve piedra de tropiezo, es decir, él se moverá para hacer tropezar a los orgullosos edificadores para que se derrumben. Cristo le promete bendiciones ilimitadas a todos los que depositan su confianza en él, pero promete maldecir ilimitadamente a los que desobedecen y no creen el mensaje del evangelio. No hay un término medio; o Cristo es la piedra y la cabeza del ángulo de su vida o es una piedra de tropiezo, un canto rodado temible, un enemigo implacable que lo derrumbará.

La segunda parte del versículo 8 le parece un poco confusa a alguna gente, como si Dios hubiera predestinado a algunas personas a ser condenadas. No es así. Dios nuestro Padre quiere que todas las personas sean salvas y que vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Todo lo que Pedro está diciendo es que algunas personas desobedecen (no creen) el mensaje, y eso las designa a tropezar (a ser condenadas en el juicio).

Una roca que juzga y destruye nos recuerda a Daniel capítulo 2. Nabucodonosor, rey de Babilonia (reinó en 605–562 a.C.), tuvo un sueño grandioso e inquietante, un sueño que nadie sino el profeta Daniel pudo recordar o interpretar. Nabucodonosor vio una gran estatua que tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y las caderas de bronce, piernas de hierro, y pies de hierro y de barro. Además, vio una piedra que no fue cortada por manos humanas, que golpeó a la estatua y la hizo añicos. El viento se llevó los pedacitos sin dejar rastro, pero la piedra se convirtió en un gran monte y llenó toda la tierra. La interpretación de Daniel fue: esta piedra (Cristo) va a aplastar a todos los grandes imperios de la tierra, pero ella misma perdurará para siempre.

La solemne declaración que hace Pedro en el versículo 8 les debe haber dado algún consuelo a los cristianos afligidos de las cinco provincias de Asia Menor. A veces ha de haberles parecido que sus perseguidores se estaban saliendo con la suya con el maltrato que les estaban infligiendo. A veces poner a Cristo en la posición de la piedra angular en la vida puede que no haya parecido ninguna ventaja. Sin embargo, por la fe se les aseguró

que a la larga habría justicia; Dios se encargaría de sus perseguidores. Por la fe podían ver que ellos formaban parte de un gran edificio que crecía, un templo glorioso formado por el pueblo de Dios que algún día lo verían completo.

⁹ Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. ¹⁰ Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia.

Esta sección sobre la relación de los creyentes con Cristo, la piedra viva, concluye con dos versículos que deben estar entre los más importantes en todo el Nuevo Testamento. Con frases sin igual, rítmicas, poéticas, Pedro proclama la identidad nueva y majestuosa de los hombres, mujeres y niños cristianos que vuelven a nacer, y luego, en sólo 14 palabras (en griego), nos dice el nuevo significado de toda nuestra existencia.

Los cristianos afligidos se pueden convertir en cristianos que dudan; la aflicción algunas veces hace que duden de la sabiduría de Dios. Se preguntan si Dios sabe lo que está haciendo y se quejan por lo que no está haciendo. Dudan del amor de Dios, temen que sea inconstante como ellos y que se pueda cansar de batallar con sus hijos desobedientes. Ponen en duda el poder de Dios, temiendo que sus problemas estén más allá de la capacidad que él tiene para cambiarlos.

Pedro quiere que sus hermanos y hermanas dolidos sepan que su sufrimiento no cambia *nada*. ¡Recuerden quiénes son! ¡Recuerden quiénes *eran*! En el versículo 10, Pedro cita al contemporáneo de Isaías, el profeta Oseas, cuyo mensaje completo se podría resumir en estas pocas palabras: “No sois mi pueblo... pero ahora sois mi pueblo”. Al separarse de Dios, toda la humanidad, pecadora de nacimiento, hostil a la palabra de Dios y

a su voluntad, lleva esta horrible etiqueta: “No sois el pueblo de Dios”. Él estaba tan enojado con los israelitas infieles que le ordenó a Oseas que tomara como esposa a una prostituta bien conocida, como ayuda visual para reprender la infidelidad de la nación. Oseas le debía dar a su hijo el nombre *Lo-ammi* (hebreo para “no pueblo mío”); “porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios”. “Ni yo seré vuestro Dios” es la declaración más catastrófica que cualquier ser humano pueda oír.

Por nacimiento, nadie vive bajo la misericordia de Dios. Nosotros nacemos bajo la maldición del pecado, la muerte y el infierno. El nombre horroroso que a Oseas se le ordenó ponerle a su hija, *Lo-ruhamá* (“la no compadecida”), es el mismo que también a nosotros se nos asignó (Oseas 1:6).

Pedro dice: “ahora *habéis* alcanzado misericordia”. “Ahora sois pueblo de Dios.” Cuando la Palabra y el sacramento obran el increíble cambio en los seres humanos que nosotros llamamos la conversión, las cosas cambian. Cuando un ser humano se relaciona con Jesucristo por fe, las cosas cambian. Nuestra condición ante Dios cambia: Dios nos ve revestidos con las túnicas de justicia de su Hijo y nos declara “¡No culpables!”. Nuestra actitud también cambia: en lugar de odiar la palabra de Dios y sus caminos, los amamos. Vemos a Dios como Padre en lugar de juez y carcelero.

En el versículo 9 Pedro, a quien consideraban un “hombre común, sin educación”, describe la nueva identidad del pueblo de Dios en cuatro frases breves y elegantes, que cuando se recuerden le darán tranquilidad de espíritu al hijo más entristecido de Dios. Esto son ustedes, hermanos y hermanas:

- *linaje escogido*: Dios amó no sólo al mundo, sino que los amó a ustedes en particular, tanto que los buscó y los trajo a la fe; él los quería.
- *real sacerdocio*: ¡no lo uno ni lo otro, sino los dos! Ustedes han sido tanto adoptados en la familia real del cielo como unguados en el sacerdocio santo de Dios. Eso quiere decir que tienen pleno y libre acceso a comunicarse con Dios, pueden orar directamente, sin necesitar otro

mediador sino Jesucristo, y están comisionados para toda la vida a un ministerio espiritual de amor y servicio.

- *nación santa*: por la fe en Cristo ustedes han llegado a formar parte del gran ejército de creyentes, esa red invisible que ha venido a ser lo que la nación visible de los israelitas bajo su monarca nunca fue: una nación de gente santa. La fe en Jesucristo los hace santos y los hace parte de la gran iglesia cristiana en la tierra y en los cielos, la comunión de los santos.

- *pueblo adquirido por Dios*: hay una gran satisfacción al darse cuenta de que están relacionados con Dios, que tienen un lugar, un hogar espiritual, relaciones de obligaciones mutuas. Nosotros somos posesión de Dios no como esclavos, como cosas que son poseídas, sino como hijos por quienes él acepta una gran e interminable obligación.

La relación de los creyentes con otras personas

En los versículos 4 a 10, Pedro ha estado hablando acerca de la relación del cristiano con Cristo, la forma cómo la piedra viva está construida sobre *la* piedra viva. Ahora viene una sección de asuntos prácticos de la vida cristiana. En los versículos 11 a 3:17, Pedro les ayuda a los cristianos que están bajo presión a ver la forma de relacionarse con la gente que hay en su vida: con sus vecinos paganos, su gobierno, sus amos y empleadores, sus esposos y esposas, y sus hermanos en la fe.

¹¹ Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma. ¹² Mantened buena vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras.

Abstenerse de los deseos carnales y llevar una buena manera de vivir. ¿Suena obvio? Tal vez. ¿Parece fácil? Quizás. Pero no es nada de eso. Todos necesitamos esta exhortación con regularidad para permanecer saludables espiritualmente. Lo necesitamos para nosotros. ¿Por qué? Porque estamos en guerra; los deseos malvados de nuestra naturaleza pecaminosa buscan apoderarse del cristiano que hay en nosotros y destruirlo. Todos nosotros somos vulnerables a la deformación de nuestro sistema de valores que hace que estemos obsesionados con las cosas materiales y nos lleva a descuidar nuestras relaciones humanas. Los próximos párrafos de Pedro son una terapia espiritual que nos ayuda a ver lo que es importante.

Nos ayuda a recordar que somos extranjeros y forasteros en la tierra. Eso no nos resulta obvio a nosotros tampoco. Los cristianos perseguidos necesitan pensar como viajeros para que no vean la pérdida de sus posesiones como un desastre terrible. El Señor podría reemplazar esas cosas cien veces más en la próxima vida. Los cristianos del siglo XXI, especialmente los que viven en países desarrollados como Estados Unidos, necesitan estas palabras todavía más. Es fácil sentirse cómodo aquí y gastar el tiempo y los recursos para tratar de sentirnos aún más cómodos. Tener muchas cosas es un problema peor que tener pocas.

Las personas que aprenden a verse a ellas mismas como viajeras que van de paso por su vida terrenal se están preparando para pensar a largo plazo. Satanás posee las satisfacciones a corto plazo; todo lo que este hijo falso del infierno tiene que ofrecer es para ahora. Ira, odio, lascivia, drogas y sed de alcohol quieren ser satisfechos ahora, ¿y a quién le importa el futuro? Pero el pensamiento a largo plazo considera las consecuencias de los actos presentes. Cuando los cristianos maduran, aprenden a decirle no a la seducción de la satisfacción inmediata, si los ataca a ellos o a otras personas o a su relación con el Señor más adelante.

Las instrucciones que da Pedro para llevar una vida piadosa en los próximos 22 versículos no son fáciles; cada una va en contra de nuestras tendencias pecaminosas. Pero no nos debemos

paralizar al confesar que somos “pobres pecadores”. Hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? Aunque nunca alcanzaremos la perfección en la vida cristiana, Dios espera con razón ver crecimiento. El Espíritu de Dios, obrando mediante la Palabra y los sacramentos, permite ese crecimiento. Pablo escribe en Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Llevar una buena vida también les ayuda a los cristianos a verse bien ante sus vecinos no creyentes. Aun cuando traten de presionarlos para que estén en conformidad con ellos, están viendo cómo actúan. Puede ser que ellos no entiendan sus creencias, pero tendrán que reconocer una vida exterior de honestidad, de trabajo duro, de respeto hacia los demás y de amor por la familia. Su vida cariñosa y moral no puede convertir a sus vecinos que adoran a Mitra, el dios de la luz, pero ellos (con renuencia) tendrán que darle al verdadero Dios la gloria cuando regrese.

¹³ Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ¹⁴ ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. ¹⁵ Ésta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos. ¹⁶ Actuad como personas libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. ¹⁷ Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey.

Los hombres del sanedrín que pedían la crucifixión de Cristo lo difamaron ante Poncio Pilato como destructor de las autoridades gubernamentales y como una amenaza para la paz pública. Sin embargo, ¿no fue Cristo quien les dijo a sus seguidores: “Dad, pues, a César lo que es de César” (Mateo 22:21)? En Cesárea, el sumo sacerdote Ananías y el abogado del sanedrín, Tértulo, exhortaron al gobernador Félix a condenar a su prisionero el apóstol Pablo porque “es una plaga, promotor de sediciones... por

todo el mundo” (Hechos 24:5). Y ¿acaso no fue Pablo quien escribió las fuertes palabras en Romanos 13:1-7, con el mandato de que todos los cristianos mostraran respeto y obediencia a sus gobernantes (aun paganos)? El humilde y respetuoso comportamiento de Cristo y de Pablo, el del mártir Policarpo, obispo de Esmirna (69–156 d.C.), y de muchos otros miles que sufrían persecución silenciaron esta habla ignorante y ganaron respeto por la fe cristiana.

La sumisión es una de las virtudes cristianas más grandes. Es difícil someterse. Las actitudes pecaminosas que hay en nosotros: el orgullo, el egoísmo, la arrogancia, la terquedad; no quieren ceder. Es especialmente difícil para los cristianos que sufren persecución tener que someterse a los gobernantes, sabiendo que son injustos. Pero eso agrada a Dios, que establece toda la autoridad humana y todavía está detrás de ella. Pedro en verdad la aplica: “*Por causa del Señor, someteos*”, dice. Dios hizo que los seres humanos necesitaran estructura en su vida. Ningún tipo de sociedad es posible sin liderazgo y sin alguna forma de autoridad. A pesar de la corrupción pecaminosa que hay en toda autoridad gubernamental hecha por el hombre, Dios prefiere eso a la anarquía. Incluso un gobierno tan infectado de injusticia y corrupción como el Imperio Romano hacía la vida cotidiana posible para los ciudadanos, porque hasta cierto punto castigaba a los malhechores y elogiaba a los ciudadanos que contribuían a la sociedad (versículo 14).

Debido a que estamos metidos en tantas relaciones, algunas religiosas y otras seculares, siempre existirá alguna tensión aquí. Martín Lutero escribió acerca de esta tensión en su famoso tratado de 1520 *La libertad cristiana*: “El cristiano es un hombre libre, señor de todo y no sometido a nadie; el cristiano es un siervo, al servicio de todo y a todos sometido.” ¿Es posible que las dos declaraciones sean verdaderas? Por supuesto. Somos libres en Cristo (versículo 16). Somos sacerdotes reales, hijos e hijas del Rey Altísimo. Pero también somos siervos (aun esclavos). Tenemos fuertes obligaciones para con Dios, para con nuestra

familia, para con los hermanos en la fe, para con nuestra comunidad y país, e incluso para con los incrédulos. Y en verdad, también para con los infieles. Pablo escribió en 1 Corintios 9:19: “Siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar al mayor número”. Según Pedro, cuando le mostramos respeto a la gente (versículo 17), cuando les mostramos amor a nuestros hermanos en la fe, tememos a Dios y honramos al Rey, Dios ama eso, la gente es bendecida por eso, y los incrédulos que nos rodean quedan impresionados.

Los cristianos de nuestros países no tienen un rey a quien rendir honores, pero tienen un presidente, senadores, representantes, jueces, y un gran número de funcionarios estatales y locales. Aunque ahora está de moda que los comediantes y los presentadores de programas de entrevistas ridiculicen a los funcionarios electos presentándolos como incompetentes, borrachos, egoístas, a pesar de que la política en cualquier país raras veces está libre de escándalo financiero o sexual, podemos ejercer nuestra fe mostrando apoyo a los que están tratando de dirigir. Al involucrarnos en proyectos de la comunidad, al informarnos sobre asuntos políticos y luego cuando votamos, mostramos que estamos respaldando a nuestro gobierno y honramos al Señor que nos dio la democracia.

¹⁸ Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. ¹⁹ Lo que merece aprobación es que alguien, a causa de la conciencia delante de Dios, sufra molestias padeciendo injustamente, ²⁰ pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado? Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.

Este párrafo ha causado alguna consternación entre ciertos lectores y críticos del cristianismo, porque ¿no parece que Pedro está apoyando la práctica de la esclavitud humana? En realidad,

Pedro (y Pablo, en la carta a Filemón, que era amo de esclavos, por ejemplo) no apoya la práctica ni pide su derrocamiento. Ellos sencillamente trabajaron con esto como un aspecto ineludible de la vida en todas partes del Imperio Romano. La servidumbre involuntaria ha existido en toda la historia humana, desde los primeros registros de la historia humana hasta la terrible guerra civil de Estados Unidos en el siglo XIX. De hecho, hay informes de posesión humana en varias partes del mundo en el siglo XXI. Es evidente que Pablo no aprobó ese comercio de esclavos, porque en 1 Timoteo 1:10 enumera a los comerciantes de esclavos entre los asesinos y adúlteros como “transgresores e insumisos”. En 1 Corintios 7:21 anima a los esclavos cristianos a obtener su libertad si pueden, pero no se deben preocupar si no les es posible; aquellos que el Señor llama son los libertos de Dios.

Debe notarse que la esclavitud que se practicaba en el siglo I tenía muy poco que ver con la terrible esclavitud racial de las Américas. La esclavitud romana no estaba basada en la raza; la gente terminaba en la esclavitud como prisionera de guerra o por una difícil opción económica. De hecho, los esclavos romanos muchas veces tenían más educación que sus amos, podían adquirir propiedades, comprar su libertad, casarse con quienes querían y gozaban de ciertas protecciones legales. De alguna manera, ser esclavo era económicamente preferible a ser un trabajador libre, porque el esclavo romano tenía asegurados la ropa, la comida y el hospedaje. El gran orador Cicerón escribió que la duración promedio de esta servidumbre era sólo de unos siete años.

El cristianismo se difundió rápidamente entre la gran población esclava del imperio. Pedro les aconsejó a esos cristianos que se consideraran libres en el Señor, pero que respetaran la obligación que les impuso su posición en la sociedad. No quiso que la fe cristiana fuera vista como un simple movimiento revolucionario político o económico; lo que importaba era la relación de las personas con su Salvador Jesucristo y llevar a otras personas a esa relación. Eso muy bien podría ocurrir mostrando que los cristianos eran realmente los mejores ciudadanos (y los

mejores esclavos). Por eso alaba tanto a las personas que soportaron el sufrimiento injusto en lugar de tomar represalias.

En el versículo 18 está bien traducida la palabra como “*criados*”, porque interpreta a las personas dedicadas al servicio doméstico, o como los llamaríamos hoy *empleados*. Los cristianos de la actualidad pueden vivir su cristiandad por la forma respetuosa y colaboradora en que desempeñan su trabajo, especialmente cuando tienen que trabajar para un jefe que es opresivo e injusto. A cualquiera le agrada un jefe amable, halagüeño y justo todo el tiempo. Se necesita ser cristiano para trabajar alegremente con un antipático.

²¹ Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. ²² Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. ²³ Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente. ²⁴ Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. ¡Por su herida habéis sido sanados! ²⁵ Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

La idea clave es la sumisión. En el uso bíblico, la sumisión no quiere decir que sean inferiores o que la persona a quien se sometan sea superior. Ser un súbdito o un esclavo o una esposa no disminuye el valor de la persona ante Dios. Como dijo Pablo en Gálatas 3:28: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.” Tener la voluntad de someterse, según la condición en la vida, significa que se ama al Señor y se ama a la gente lo suficiente para renunciar a algo de la libertad, sometiéndose voluntariamente al gobierno (versículo 13), a los amos (versículo 18), a los maridos (3:1), o a los ancianos en la iglesia (5:5). Nuestra inspiración para

la sumisión voluntaria viene de Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

La sumisión voluntaria de Cristo es importante no sólo como un ejemplo. Fue la manera como redimió a la raza humana. Pedro menciona tres veces a Isaías capítulo 53, la historia grandiosa de los sufrimientos del Siervo de Jehová, cuyo propio sacrificio humilde trajo vida y consuelo a todos los que creen en él. Cristo cargó nuestros pecados en su cuerpo en el madero, y esto no sólo para darnos el perdón sino para que podamos morir al pecado y vivir para la justicia. Ese es el misterio del proceso de la santificación: mientras crecemos en la fe y el entendimiento, nuestra vida se hace más como la de Cristo. Nuestros propios problemas y sufrimientos se transforman de la desgracia al ministerio.

Las palabras finales de Pedro en el capítulo 2 consuelan a los cristianos afligidos que pueden pensar que su sufrimiento demuestra que han sido abandonados. Cuando las personas llegan a creer, Cristo acepta una responsabilidad solemne para con ellas; se obliga a sí mismo a ser su *Pastor*, es decir, el que tiene la responsabilidad de guiar, proteger y alimentar a sus ovejas. Además él es nuestro *obispo*, el que vigila a Israel, que nunca dormita ni duerme, el que nos llevará de este mundo triste a uno mejor que él mismo hará.

3 Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que también los que no creen a la palabra sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, ² al considerar vuestra conducta casta y respetuosa. ³ Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, ⁴ sino el interno, el del corazón, en el incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios, ⁵ pues así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios estando sujetas a sus maridos, ⁶ como Sara obedecía a Abraham, llamándolo señor. De ella habéis

venido vosotras a ser hijas, si hacéis el bien sin temer ninguna amenaza.

He aquí una tercera forma impactante en que los cristianos muestran su nueva vida en el sometimiento: esposas a esposos. Así como al pecador egoísta que hay en nosotros no le importa en particular ceder a la autoridad de gobernantes ni empleadores, también los matrimonios tendrán problemas cuando las mujeres no les permitan a sus esposos desempeñar la función de ser la cabeza. Así como los ciudadanos y los criados cristianos respetuosos dan una buena impresión de Cristo, también lo hacen las esposas cristianas respetuosas y sumisas. Los romanos y los griegos paganos que temían que la cristiandad arruinaría la sociedad destruyendo el gobierno, los negocios y las relaciones familiares se sorprendieron cuando los cristianos fueron los mejores ciudadanos y trabajadores, y las mujeres cristianas fueron las mejores esposas.

Los hombres no son superiores a las mujeres en el mundo de Dios. No tienen mayor dignidad, inteligencia o valor. Sin embargo, tienen una *función* diferente que Dios les ha dado en el matrimonio, que consiste en ser la cabeza (vea 1 Corintios 11:3 y Efesios 5:23). El esposo debe ser Cristo para su familia, amándola y sacrificándose él mismo como lo hizo Cristo, usando mayor fuerza, autoridad y dotes de mando para honrar a Dios y proveer y proteger a la familia. Los hombres cristianos se someten ellos mismos a Jesucristo, quien es su cabeza. Una mujer no tiene nada que temer al someterse a un hombre cuando él mismo está sometido al Señor, porque el hombre usará su dirección no para servirse a sí mismo ni para pedir mucho, sino para servir y bendecir a su esposa y a sus hijos. Por esto es muy importante que la gente soltera cristiana busque un cónyuge que sea cristiano.

Sin embargo, ¿qué pasa si la mujer llega a la fe en Cristo y su esposo no? ¿El hecho de que él no reconozca a Cristo como la cabeza de *él* quiere decir que ella no debe lo reconocer como la cabeza de *ella*? No, dice Pedro. Si él no es creyente, la prioridad

será ganarlo para Cristo, y eso no sucederá si ella se aleja de él, muestra que lo desprecia, o le muestra falta de respeto en público o en privado. Entonces él le echará la culpa a la fe cristiana de ella por la desdicha de su matrimonio. Lo que Dios espera es que la esposa creyente trate a su esposo bien; de esa forma el testimonio silencioso del amor y la sumisión de ella hará ver bien a Cristo, y luego el esposo tal vez llegue a la fe por la forma en que ella lo trata.

Las esposas temerosas calificarán eso de esclavitud conyugal. Pedro pensó que era liberador. Dice: “Sin temer ninguna amenaza”. Les recordó a sus lectores el caso de Sara, la madre de todos los creyentes, que tuvo para su esposo, Abraham, respeto y sumisión, llamándolo señor (Génesis 18:12). “De ella habéis venido vosotras a ser hijas, si hacéis el bien”. Las hijas de Sara tienen la bendición de Dios en sus hogares, y tienen la promesa de protección también cuando viven como él quiere.

Otra presión destructiva que enfrentaban las mujeres cristianas era la presión de la sociedad para que se vieran hermosas. En esa época, como ocurre también ahora, las mujeres se sentían implacablemente juzgadas, valoradas y calificadas por su apariencia. Pedro les asegura que no tenían que seguir esas reglas, preguntándoles de quién buscaban más la aprobación. En lugar de vestirse para competir por la atención de los hombres y la aprobación de las mujeres, las mujeres cristianas se debían preguntar por lo que Dios valora. A las mujeres santas del pasado que pusieron su fe en Dios, les importaba más lo que Dios pensaba de ellas, y así no permitían que los sentimientos de inseguridad por su apariencia exterior las hiciera sentir infelices y las llevara a peinados estrafalarios, productos de belleza, joyas y ropa de marca con la vana esperanza de que eso les diera importancia.

La clase de belleza que Dios valora más es la interior. Prefiere mucho más un espíritu bondadoso y tranquilo que uno llamativo y que tiene carácter fuerte. El versículo 3 no les está diciendo a las mujeres de hoy que los peinados, las joyas y la ropa bonita sean un pecado, sino que las mujeres (y los hombres) deberían apreciar

la belleza de carácter más que la belleza en las revistas de moda. La verdadera belleza va de adentro para afuera, no viceversa.

⁷ Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.

Las trampas en las que un esposo cristiano podía caer eran dobles: (1) usar su dirección y autoridad en forma egoísta para controlar, abusar y dominar; (2) considerarse superior al ver que su fuerza física, y quizás emocional, era mayor, despreciando a la esposa por ser más débil que él. Así como la sociedad mide a las jóvenes y las califica sobre la base de su belleza, la sociedad califica a los jóvenes sobre la base de su fuerza. Los muchachos fuertes sin Jesucristo tienden a no respetar a las personas que perciben como débiles. En las relaciones donde no está Cristo, el fuerte se aprovecha del débil.

Dios desea que sus hombres *piensen* en el trato que les dan a sus mujeres, que sean considerados con ellas, que tomen en cuenta las diferencias que hay entre el hombre y la mujer como algo que Dios les ha dado y que por lo tanto tienen un propósito. El hecho de que las mujeres en general sean más débiles físicamente siempre las ha hecho más vulnerables a la agresión, la violación y la explotación sexual. El doctor James Dobson ha escrito mucho, después de aconsejar a cientos de cónyuges con problemas; dice que las mujeres además parecen ser más vulnerables emocionalmente a la inseguridad y a la baja autoestima. Las esposas necesitan que sus maridos las traten con *honor* como al cónyuge más débil, sin desdén. Ellos deben recordar que las esposas son herederas junto con ellos del cielo. Dios está viendo a sus hombres y los hace responsables, y decide cómo responder a sus oraciones considerando el comportamiento para con sus esposas.

⁸ En fin, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables. ⁹ No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados a heredar bendición,

Pedro pasa ahora a la sexta clase de relación: la relación con los hermanos en la fe. La enfermedad del pecado que hay en nuestro corazón conduce a toda clase de patologías en las congregaciones cristianas: pleitos, frialdad, resentimiento, orgullo, obsesión de controlar, edificación de una muralla defensiva y el deseo de venganza. El poder santificador del Espíritu Santo cambia esas actitudes, y Pedro exhorta a los lectores cristianos para que le permitan al Espíritu que obre las siguientes cualidades en la relación con los hermanos en la fe:

- *ser de un mismo sentir*: la decisión consciente de trabajar con la gente, de reprimir el ego, de desear y escoger adaptarse a las necesidades y carencias de los demás
- *compasión*: la decisión consciente de interesarse por los problemas de los demás y no sólo por los propios
- *amor*: la decisión consciente de estar dispuesto a esforzarse y hacer algo para proporcionarle algo bueno a otra persona
- *misericordia*: la decisión consciente de abrir el corazón y los sentimientos al dolor y a los problemas de otra persona, ser tierno y misericordioso con la gente
- *amistad*: la decisión consciente de pensar menos en sí mismo y más en la otra persona
- *bondad*: la decisión consciente de no “pagar con la misma moneda” sino más bien hacer a un lado todos los pensamientos de venganza y devolver palabras y acciones bondadosas

Cuando los grupos cristianos exhiben características cristianas de esta clase, aumenta el gozo, los amigos no creyentes se acercan y encuentran el mensaje creíble, y Dios es honrado.

¹⁰ porque:

**«El que quiere amar la vida y ver días buenos,
refrene su lengua de mal**

y sus labios no hablen engaño;

¹¹ **apártese del mal y haga el bien;**

busque la paz y sígala,

¹² **porque los ojos del Señor están sobre los justos,**

y sus oídos atentos a sus oraciones;

pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal.»

Con el objeto de apoyar este argumento, Pedro hace una larga cita del Salmo 34. Su punto: por sus acciones, los creyentes tienen una influencia tremenda en la calidad de su vida. No somos como una bola en el juego de billar automático, que rebota al azar. Dios ve cómo actuamos y responde conforme a ello. Le pidió a Moisés que les dijera esto a los israelitas cuando honraran a sus padres: “Para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra”. En otras palabras, Dios aumentaría la calidad y cantidad de su vida.

Pedro quiere que sus lectores sepan que eso no es sólo un debate teórico, en el que se discuten ideas abstractas que no tienen conexión con la realidad. Ésta *es* la realidad. Las decisiones que los cristianos toman determinarán si aman sus vidas y si verán días buenos o si el rostro del Señor se pondrá contra ellos. El Salmo 34 muestra una y otra vez esta relación de causa y efecto. “Los ojos del Señor *están* sobre los justos”, es decir, su valentía en el sufrimiento y sus actos de amor nunca pasarán desapercibidos. Dios los ve. “Sus oídos [*están*] atentos a sus oraciones”, es decir, Dios promete que escuchará y considerará las peticiones de los que hacen su voluntad, algo que no les promete a los hipócritas religiosos.

¹³ ¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? ¹⁴ Pero también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os inquietéis

Pedro ya podía escuchar las protestas: “Las personas nada más se aprovecharán de nosotros”. “¿Ser buenos con ellas? ¡Pedro, si tratan de matarnos!” “Si no es tiempo para los debiluchos, necesitamos armarnos para que no nos intimiden.” “Ojo por ojo es lo que mi padre me enseñó.”

Sin duda, Pedro debió sonreír cuando escribió esas palabras respecto de la pasividad no violenta. Después de todo, ¿no era él quien estaba armado en Getsemaní? ¿No fue él quien le pegó y le cortó la oreja a Malco? Él podía comprender muy bien la droga seductora de las represalias, porque el Jueves Santo estaba preparado para morir, pensando que así estaría honrando a Dios.

No obstante, su maestro le había enseñado bien. El Imperio Romano necesitaba y quería buenos ciudadanos, y a la cristiandad generalmente se le permitió crecer con rapidez porque los cristianos eran buenos ciudadanos. Pero aun en tiempos de persecución, Pedro quiso que los creyentes perseveraran y confiaran en que Dios cuidaría a su iglesia. Planear resistencia armada sólo aumentaría el miedo y la paranoia. Si realmente quieren vivir sin miedo, dejen las cosas a Dios. Permitan que Jehová los guarde de todo mal y que derrame sus bendiciones.

¹⁵ Al contrario, santificad a Dios el Señor en vuestros corazones,, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros. ¹⁶ Tened buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. ¹⁷ Mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.

El segundo ciclo, “La piedra viva”, concluye ahora con una llamada inspiradora al evangelismo personal. Esto es lo máximo en el amor a los enemigos que tenemos. ¿Qué mejor forma podría haber de tratar a un vecino pagano que intentar darle la vida eterna también? Aquí hay verdades eternas para el evangelismo, tanto en el nivel personal como en el de las congregaciones que quieren mantener la búsqueda de almas como una de sus prioridades máximas en la vida de su iglesia:

- *Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones.* ¿Parece obvio? ¿Necesitan oír esto los cristianos? Por supuesto que sí. La gente odia la hipocresía y la pueden oler a 200 metros de distancia. El egoísmo venenoso que hay dentro de nosotros se filtra de nuestra naturaleza pecadora, y ésta debe ser reprimida cada día. El yo cristiano en ustedes debe reafirmar su fe a diario, volviendo a dedicar cada día su vida al Señor, dándole honor y gloria a diario, orando cada día pidiendo fortaleza para defender la verdad, escuchando cada día la voz del Salvador en su maravillosa Palabra. Y cuando sus propios corazones estén llenos de gratitud por haber sido rescatados de la muerte y del infierno, estarán preparados para hablar, y lo que digan tendrá profundidad y convicción. No parecerán falsos, no se oirán ni olerán a falsedad.

- *Estad preparados.* Cuando vean el futuro, saben que en los meses que vienen tendrán oportunidades para compartir su fe. Piensen en lo que tienen que decir. ¿Pueden resumir la fe cristiana en pocas palabras? Aquí hay un simple resumen de cuatro palabras claves del mensaje de ley y evangelio de la Biblia que pueden tener presente para ayudar a organizar todos los hechos que conocen de la Biblia:

1. *Pecado:* Digan a la gente cómo estamos separados de nuestro Creador al nacer, que ningún ser humano puede llegar al nivel de santidad de Dios, que toda la gente por naturaleza está bajo la maldición de Dios.

2. *Gracia*: Mencionen a la gente que Dios nos ama de todos modos, que envió a su Hijo para tomar la carne humana como la nuestra para vivir y morir y resucitar en nuestro lugar, que Dios declaró al mundo no culpable a causa de Jesús.
3. *Fe*: Cuenten a la gente que todas estas cosas buenas: perdón, paz, vida espiritual ahora, vida para siempre, llegan a nuestra vida personalmente cuando creemos en las promesas maravillosas de Dios y que el poder y la capacidad para creer son dones que vienen de Dios mediante su Palabra y los sacramentos.
4. *Obras*: Relaten a la gente que el Espíritu de Dios que viene a vivir en los creyentes ahora les permite vivir por Dios, que los creyentes ven los caminos de Dios como una delicia y encuentran gozo en someter su voluntad a la de él.

- *Dad la razón de la esperanza que hay en vosotros*. Cuando hablen a la gente, no tienen que discutir con ella, luchar para tener el tono perfecto de venta, tratar de hacer los caminos de Dios lógicos y razonables, ser inteligentes o tratar de llevar la carga de convertirla. Digan sólo la verdad. Mencionen únicamente lo que pasó y digan cómo saben estas cosas: la Biblia dice así. Nada más ayuden a la gente a encontrar los mensajes de la Biblia por ella misma y dejen que el poder del Espíritu actúe. La razón de la esperanza es eterna y poderosa y elegantemente simple: ¡la Biblia!

- *Sed amables*. Nadie puede soportar el evangelismo que viene de un “sabelotodo” agresivo e insistente. Nadie aguanta a una persona que habla todo el tiempo. De hecho, la primera base para el evangelismo eficaz es nada más escuchar; hacer preguntas; dejar a la persona contar la historia de él o de ella.

- *Mostrad respeto.* Nadie puede aguantar a un evangelista que se enorgullece de su propia denominación ridiculizando a otros grupos cristianos. Hay un tiempo y un lugar para hablar con prudencia de los desacuerdos entre grupos de la iglesia cristiana, pero la conversación con un cristiano que se ha alejado o con alguien que no es cristiano no lo es. El respeto también tiene una importancia inmensa cuando comunicamos a Cristo a los de otra cultura. La gente estará más dispuesta a escuchar su mensaje si siente su respeto, que ella y su cultura tienen valor para ustedes. Es importante elevar a Jesucristo, no su propia cultura o incluso las tradiciones en su iglesia.

PARTE CUATRO

Ciclo 3: El Cristo viviente

(3:18–5:11)

En la tercera sección principal, la última de su carta, Pedro aparta la mirada de sus hermanos en la fe que están afligidos y temerosos para ponerla en la realidad objetiva del Salvador victorioso. La obra exitosa de Cristo y su coronación triunfante es el fundamento para la esperanza y confianza en nuestra vida.

El Cristo triunfante y resucitado

¹⁸ Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; ¹⁹ y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados, ²⁰ los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. ²¹ El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo, ²² quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes.

El centro de la esperanza y del gozo para cualquier cristiano es el evangelio, y el evangelio es articulado aquí tan clara y convincentemente como en cualquier parte de las Escrituras. Solo consideren el impacto poderoso de las siguientes cuatro frases:

- *Cristo padeció por los pecados*: estas palabras reconocen nuestra maldad, nuestros problemas, nuestra culpa, pero para solucionarlas nos señala a lo que alguien ha hecho por

nosotros, en nuestro beneficio, en nuestro lugar. Nos recuerda que nuestra necesidad es grave, pero que la solución es todavía mayor: la muerte del Dios hombre, Jesucristo.

- *una sola vez*: estas palabras proclaman la universalidad y la finalidad de las palabras de Cristo en la cruz: “Consumado es” (Juan 19:30). ¡En realidad consumado está! Aunque pecamos repetidamente en la vida, el acto de expiación de una sola vez de Cristo cubre todos los pecados de todas las personas.

- *el justo por los injustos*: En esto consiste el centro del evangelio cristiano, en que se hizo una sustitución. El Padre cargó la culpa de los pecados del mundo sobre un sustituto justo y luego lo ejecutó en nuestro lugar. La severidad del castigo sobre Jesús significa al mismo tiempo la grandeza de la misericordia para con los que creemos. Como enseña el capítulo 53 de Isaías, el centro del evangelio es “él por mí”.

- *para llevarnos a Dios*: no podemos llegar a Dios por nosotros mismos. Dios nos ha llevado a él.

Los versículos 18 a 22 narran los grandes sucesos de la humillación y la exaltación de Cristo en una forma casi como la del Credo Apostólico. Fue muerto en la carne, vivificado en espíritu, en el cual fue y les predicó a los espíritus encarcelados (en el infierno), fue resucitado, subió al cielo, y está a la diestra de Dios, reinando sobre toda la creación, incluyendo a todos los ángeles (“autoridades” y “poderes” al parecer son designaciones misteriosas de los rangos diferentes, o tipos, de ángeles). Si todas estas cosas son ciertas, entonces nuestros sufrimientos en realidad no importan. Si Cristo está en el trono celestial, no importa realmente quién está en el trono en Roma. Si Cristo ha resucitado y vive, en verdad no importa si la muerte (temporalmente) reclama las vidas de los santos.

Los versículos 18 y 19 merecen algo de explicación. Algunas traducciones escriben la palabra “espíritu” con mayúscula, lo cual

indicaría que el Espíritu Santo estaba plenamente implicado en la resurrección de Cristo y en su descenso al infierno. Es preferible la traducción de la Reina Valera 1995: “Siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado *en espíritu*; y *en espíritu* fue y predicó...” Esto mostraría que el descenso de Cristo al infierno ocurrió antes de la resurrección de su cuerpo y fue un descenso en espíritu.

El descenso al infierno se enseña claramente sólo aquí en las Escrituras. Vemos que no fue parte del sufrimiento de Cristo; en verdad sufrió el horror y la desolación del infierno, pero eso sucedió en la cruz; el descenso al infierno en espíritu fue para proclamarles su victoria a los espíritus encarcelados, tanto a los espíritus humanos como a los demoníacos, cuyo tormento había empezado. Jesús hizo lo que hacen con frecuencia los generales victoriosos: van a la capital del enemigo e izan la bandera del conquistador. La predicación de Jesús no tuvo el propósito de darles a los condenados una segunda oportunidad para arrepentirse, sino el de proclamar simplemente su victoria.

Un ejemplo del tipo de espíritus rebeldes que se encontraban en la cárcel de los espíritus es el de los infieles que hubo durante los primeros seis siglos de la vida de Noé (vea Génesis capítulo 6). A pesar de la paciencia de Dios y de su esperanza para que se arrepintieran, él vio que *todo* designio de los pensamientos en el corazón de los hombres *sólo* era malo *todo* el tiempo. La desobediencia a su Palabra y a su voluntad provocó su ira de manera tan intensa que ahogó a toda criatura viviente de la faz de la tierra, excepto los que estaban en el arca.

Y, hablando del arca, eso llevó a Pedro a un camino lateral interesante, que es el papel del bautismo en el grandioso plan salvador de Dios. Las mismas aguas que estaban destruyendo la tierra estaban al mismo tiempo salvando a Noé y a su familia, ya que ellas mantuvieron a flote el gran barco y fueron librados de las terribles convulsiones que estaban sucediendo en la superficie de la tierra. Puesto que las aguas subterráneas estaban saliendo a la superficie y azotando estrepitosamente y destruyendo la tierra,

era mucho más seguro estar en un barco flotando sobre toda esa agua. Lo que Pedro dice es que las aguas “salvadoras” del diluvio prefiguran el agua del bautismo que ahora los salvan a ustedes también. El diluvio preservó realmente a Noé y no fue sólo un símbolo. El bautismo no sólo *simboliza* nuestra salvación sino que en realidad la *da*, al unirnos con la muerte y la resurrección de Cristo. El valor del bautismo no consiste en que nos da una piel limpia quitándonos la suciedad, sino en que nos da una conciencia limpia y nos quita la suciedad del pecado.

Ánimo para las personas

Vivir como cristianos

4 Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también **armaos del mismo pensamiento, pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado,** ² **para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las pasiones humanas, sino conforme a la voluntad de Dios.** ³ **Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, placeres, borracheras, orgías, disipación y abominables idolatrías.** ⁴ **A estos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan;** ⁵ **pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos,** ⁶ **porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.**

El primer y gran significado de los sufrimientos de Cristo es que de esa manera hizo el pago en sustitución por los pecados del mundo. Pero hay un segundo significado, y Pedro lo describe en esta sección sobre nuestra respuesta a las poderosas verdades objetivas del evangelio que se describen en 3:18-22.

La segunda implicación es que así como Cristo sacrificó su cuerpo por nosotros, debemos estar dispuestos a sacrificar las ganancias terrenales y los deseos físicos con el fin de darle prioridad a los asuntos espirituales. Eso es lo que quiere decir Pedro cuando dice: “quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado”. Eso no quiere decir que nuestro sufrimiento personal traiga perdón de pecados; quiere decir que la persecución y el sufrimiento pueden tener el efecto benéfico de quitar las distracciones pecadoras de nuestra vida y poner la atención más arriba. El sufrimiento puede ser una cura difícil pero eficaz contra el materialismo. Hay más tiempo para orar en una celda, ¿no es así? La observación de Pedro les debe ayudar a sus amigos afligidos a no ver las persecuciones que sufren como el desastre final ni como prueba de que Dios ya no se preocupa por ellos. Lo contrario es la verdad; Dios está usando estas dificultades para refinar y purificar los deseos de ellos y sus prioridades, para que reflejen más su voluntad.

Los niños tienen una obsesión irresistible por subir las escaleras mecánicas que están bajando. Eso no es difícil cuando está vacía, pero cuando la escalera que baja está llena de gente, subir es un verdadero desafío, porque se va en contra de la corriente. La vida cristiana va contra la corriente; Pedro quiere que los cristianos sepan que la oposición que están enfrentando al tratar de llevar una vida cristiana no es señal de que algo está mal. De hecho, es un indicio de que algo anda bien. Debemos esperar oposición, desaprobación, desprecio, maltrato y hasta persecución cuando nos atrevemos a poner resistencia a vivir en pecado, porque la gente que lleva una vida enredada en el pecado quiere que otros los acompañen. Y eso por obvias razones: alivia sus sentimientos de culpa y hace sus actividades pecadoras (Pedro menciona idolatría, adulterio y borracheras) parezcan normales.

Pedro quiere que sus lectores sepan que toda la gente, no sólo los cristianos, tienen responsabilidad ante Dios, y que él está dispuesto, bien dispuesto, a juzgar a los vivos y a los muertos. Dios está *preparado* emocionalmente para la tarea de dividir a toda la

raza humana en dos grupos, y también está preparado cronológicamente; esto es, el día del juicio divino puede venir sobre este planeta en cualquier momento.

El versículo 6 es difícil. Parece que Pedro está diciendo que este juicio inminente sobre todo pecado y todos los pecadores es el motivo por el cual fue proclamado el evangelio de salvación: para llevar a la gente al arrepentimiento y a la fe en el Salvador. Los creyentes que ya murieron (sobre todo en persecución) no perderán este gran premio. Los creyentes pueden en verdad ser “juzgados en carne según los hombres”, es decir, estar sujetos a las autoridades humanas, los tribunales, la policía y las cárceles, pero eso sólo implica juicios temporales y externos.

⁷ El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios y velad en oración. ⁸ Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados.

⁹ Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. ¹⁰ Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. ¹¹ Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Entonces, ¿qué es esto de “vivan en espíritu según Dios”? Sencillamente que cuando las personas llegan a la fe en Jesucristo como quien las salvó de la terrible ira de Dios, cambian su actitud. Cambian en la forma de ver su vida y a otras personas; cambia la visión de lo que es valioso e importante; cambia la percepción del tiempo. Cuando el Espíritu del Señor cambia la forma en que piensan, también les da poder para hacer cambios en su vida, cambios que agradarán a Dios, que le ayudarán a otra gente a acercarse a Cristo, y eso evitará que sus almas queden atrapadas.

¿Cómo cambia el regreso inminente de Jesucristo para juzgar a los vivos y a los muertos la forma en que los cristianos pensamos y vivimos? En los versículos 7 a 11 Pedro lo muestra:

- *con sensatez*, en otras palabras, mantener a Dios en el trono de nuestra vida, tener siempre su ley y su evangelio ante nosotros y rechazar las mentiras de Satanás.
- *con sobriedad*, es decir, tomar la decisión de reprimir nuestro yo pecador y permitir que el yo cristiano establezca las prioridades y tome las decisiones. Pedro dice que eso nos permitirá orar mejor; no es fácil orar cuando se sienten culpables de un pecado del que no se han arrepentido; es difícil acercarse a su Padre cuando lo han estado alejando.
- *con amor*. Al tratar a otras personas con amor se honra y se adora a Dios (después de todo, eso cumple la intención de la segunda mitad de sus Diez Mandamientos), bendice a otras personas al reflejar el amor de Dios en la vida de ellas, y endulza nuestra propia vida. El egoísmo no produce satisfacción, sólo amargura de espíritu. La mejor forma de agradecerle a Dios por el perdón que nos da es mostrando misericordia a los que pecan contra nosotros.
- *con hospitalidad*. ¿Le sorprende esto? Es más fácil ver el espíritu de avaricia en otros. Es vergonzoso ver a los niños pequeños pelear por los juguetes y ver a los pacientes padres tratar de enseñarles a compartir. ¿Se les ha ocurrido que a Dios, que nos ha dado todo lo que tenemos, le gustaría que sus hijos adultos compartieran sus juguetes?
- *con servicio*. ¡Cuánta libertad hay en ver que mi propósito en la vida es servir! Puedo ver las habilidades y capacidades que tengo y dedicarlas al servicio de Dios y a satisfacer las necesidades de otra gente, y puedo confiar en que mi Padre enviará a gente que me ayude en mis necesidades.

¡Es muy emocionante cuando las congregaciones elevan a *todos* como ministros de Cristo, como sacerdotes reales que desempeñan un trabajo en su reino! Da valor y dignidad en la vida

de las personas verse como compañeras de Cristo, no sólo como sus mascotas. Cada cristiano es parte de la red humana que Dios usa para distribuir su amor y gracia. Cada congregación ha de ver que su ministerio no sólo se lleva a cabo los domingos por la mañana o sólo con lo que el pastor hace en sus visitas o en sus clases. El ministerio es desempeñado por todos los miembros cuando dan testimonio, animan, reprenden y oran con la gente que hay en su vida.

¡Todo viene de Dios! Él nos ha dado la verdad para contarla, y los que se atreven a hablar en su nombre, ya sean clérigos o laicos, deberían sacar toda su “conversación religiosa” de la Biblia. Dios es quien da la fuerza para servir, y los que siempre se sienten cansados pueden acudir a él para fortalecerse espiritualmente. A él sea la alabanza, la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén. Cuando Pedro usa la antigua palabra hebrea *amén*, pone un signo de admiración en estos pensamientos grandiosos: “Ésa es la verdad”.

Padecer como cristianos

¹² Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciera. ¹³ Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

Las primeras persecuciones contra los cristianos las realizaron los judíos que vieron en Cristo una gran amenaza para sus creencias religiosas y su forma de vida. El mismo Sanedrín que había matado a Jesús se encargó de que el diácono Esteban fuera el primer mártir (Hechos 7). Después de ese asesinato, se abrieron las compuertas del odio y la persecución, y la mayoría de los cristianos tuvo que huir de Jerusalén (Hechos 8). Sin embargo, llevaron la fe con ellos y plantaron nuevas congregaciones por

dondequiera que fueron. El nuevo centro de la iglesia vino a ser Antioquía en Siria. Otro duro golpe se dio cuando el rey Herodes Agripa I con indiferencia hizo decapitar a Jacobo para congraciarse con sus súbditos judíos. Pablo encontró muchas veces una hostilidad amarga de parte de los judíos en sus viajes misioneros, como por ejemplo en Tesalónica donde algunos judíos provocaron disturbios y lo expulsaron de la ciudad (Hechos 17). El mismo Pablo más tarde estuvo bajo arresto en Jerusalén porque una muchedumbre judía lo estaba golpeando y tratando de matarlo (Hechos 21).

El gobierno romano al principio no hizo caso de la cristiandad, pensando que era sólo un brote del judaísmo, el cual tenía permiso para existir. Para cuando Pedro escribió su primera carta, sin embargo, la división entre el cristianismo y el judaísmo era evidente para todos, y la cristiandad fue considerada como un movimiento peligroso y subversivo. El emperador Nerón (que gobernó en 54–68 d.C.), un hombre violento e inmoral, en julio del año 64 decidió culpar a los cristianos de Roma del terrible incendio que había destruido parte de la ciudad. Según el historiador romano Tácito, cientos de cristianos fueron arrestados, condenados por creencias antisociales, cubiertos con pieles de animales salvajes y destrozados por perros; otros fueron crucificados, cubiertos de brea y luego les prendieron fuego para que se quemaran como antorchas cuando cayera la noche.

El emperador Domiciano (81–96) exigió que todos los súbditos lo reconocieran como “Señor y Dios”. Es obvio que adorar a este emperador sería repulsivo para los cristianos. Si bien muchos de sus vecinos paganos no creían en realidad que Domiciano fuera un dios encarnado, participaron complacientemente en los sacrificios como un deber patriótico. Durante ese tiempo el apóstol Juan, supervisor de las congregaciones de la provincia de Asia, fue exiliado de Éfeso a la isla de Patmos en el mar Egeo.

Bajo el emperador Trajano (98–117), los gobernadores regionales sabían que tenían plena autoridad para arrestar, castigar

y hasta matar a los cristianos sólo por llevar el nombre cristiano. En 107 d.C., mientras Trajano viajaba por Antioquía, hizo que el obispo Ignacio fuera arrestado, llevado a Roma y arrojado a las bestias salvajes. A Simeón, jefe de la iglesia en Jerusalén, también lo mataron. En 112 d.C. Plinio, gobernador de Bitinia, le escribió a Trajano pidiéndole consejo sobre cómo tratar a la gente acusada de ser cristiana. Estaba preocupado por la rápida difusión del movimiento, ya que esa “superstición contagiosa no se limita a las ciudades, sino que su infección se ha extendido a los pueblos y al campo”. Plinio se refirió a un edicto bien conocido de Trajano que les prohibía a los cristianos reunirse “según tus órdenes”. Hizo torturar a dos mujeres esclavas que eran cristianas para que así dijieran la verdad al interrogarlas.

En la época del emperador Antonino Pío (138–161), el gobernador de la provincia de Asia arrestó a Policarpo, el anciano obispo de Esmirna de 86 años, y le ordenó que maldijera a Cristo y sacrificara incienso al emperador. Policarpo se negó. Fue atado a un palo en el estadio, con un montón de paja a sus pies. Aun así se negó a maldecir a Cristo y en voz alta confesó su fe en una oración a la Trinidad. Fue quemado vivo en la hoguera.

El emperador Marco Aurelio (161–180) les tenía verdadera aversión a los cristianos y dio órdenes de que cualquier secta religiosa que causara disturbios públicos debía ser castigada con severidad. Hubo ejecuciones en Roma, y docenas fueron torturados y ejecutados también en Viena y en Lyon en Galia (Francia). El obispo Pontino, de 90 años, murió encarcelado por las heridas que recibió en la tortura. Aurelio les dio autorización a sus agentes para matar a cualquier cristiano profeso “según la ley”; en otras palabras, con una muestra de legalidad perfecta. El emperador Septimio Severo (193–211) renovó las persecuciones, incluso haciendo del bautismo un crimen. En el 203 d.C. le tocó el turno a África; mataron a muchos cristianos en Cartago (lo que hoy es Túnez).

Sin embargo, por lo general los emperadores y sus procónsules no trataron de perseguir hasta el último cristiano. Los romanos

estaban contentos de permitir que sus súbditos adoraran en muchas tierras sus propios dioses con tal de que les rindieran adoración a los dioses romanos y al emperador divino. El hecho de que los cristianos no quisieran mostrar aun ese simple gesto de respeto sacó de sus casillas a las autoridades; eso los enfureció tanto como hoy una bandera en llamas enfurece a algunos estadounidenses superpatrióticos. Los cristianos denunciaron la inmoralidad y la idolatría que vieron; condenaron a los dioses romanos falsos, predijeron con certeza la caída de Roma y algunas veces rechazaron el servicio militar. Los romanos acusaron a los cristianos de magia demoníaca, de orgías secretas y de canibalismo. Pero a pesar de esos riesgos, los cristianos confesaron discretamente su fe y formaron congregaciones. Para el siglo III, había congregaciones por todas partes del imperio, desde Armenia hasta la Gran Bretaña, desde España hasta Egipto.

En el siglo III, cuando el imperio comenzó a desmoronarse, los romanos temerosos culparon a los cristianos de poner a los dioses romanos en contra de ellos. En el 249 d.C., mientras presionaban los ataques bárbaros, el emperador Decio (249–251) ordenó que cada ciudadano le rindiera homenaje a los dioses de Roma. Muchos cristianos obedecieron; otros no. Los obispos de Jerusalén y Antioquía murieron en prisión, y a los obispos de Roma y Toulouse los mataron. En Roma, decapitaron a los cristianos, los quemaron en una estaca y los echaron a las bestias.

Seis años después, el emperador Valeriano (253–260) volvió a ordenar conformidad con los ritos religiosos romanos. Otra vez los cristianos se opusieron. Al obispo romano, Sixto II, y a cuatro diáconos los mataron. El obispo Cipriano de Cartago fue decapitado; el obispo de Tarragona en España fue quemado vivo. Aun así, mientras se desmoronaban los valores paganos antiguos, la gente siguió a Cristo.

La persecución final fue la peor. El emperador Diocleciano (284–305) exigió sacrificios a los antiguos dioses romanos. Al ceder a la presión de sus principales comandantes militares, en febrero del 303 d.C. ordenó la destrucción de todas las iglesias

cristianas, la disolución de todas las congregaciones, la confiscación de todas las propiedades cristianas, la exclusión de los cristianos en los cargos públicos, y la muerte a cualquier cristiano que fuera sorprendido en una asamblea pública. La catedral de Nicomedia quedó reducida a cenizas. Comenzaron los arrestos y las torturas. Enfurecido por la oposición, Diocleciano les ordenó a todos los gobernadores provinciales que buscaran a cada cristiano y que usaran cualquier método para obligarlos a aplacar a los dioses.

Cuando Diocleciano presentó la dimisión, sus compañeros Maximiano y Galerio llevaron a cabo su edicto con un celo feroz. Hubo muchos mártires en cada provincia. Mataron a los cristianos usando todas las formas imaginables. Por ocho años el terror hizo estragos; quizá 1,500 personas murieron y muchas veces más que ese número fueron torturadas. Pero la corriente de la opinión pública finalmente se puso en contra de la persecución cuando la gente se dio cuenta de la fidelidad de los cristianos hacia su Salvador y la nobleza con que ofrecieron su vida. Galerio mismo estaba muriendo, y en un repentino temor les imploró a los cristianos que oraran por él. En el 311 d.C., emitió un edicto de tolerancia, reconociendo plenamente al cristianismo como una religión legal. El escritor cristiano Tertuliano tenía razón: “La sangre de los mártires es como semilla”.

Desgraciadamente, la persecución ha seguido en todos los siglos, en todos los lugares del mundo. Tomen Japón, por ejemplo. El cristianismo en Japón fue sembrado por sacerdotes jesuitas valientes y activos en el siglo XVI. La iglesia gozó de un rápido crecimiento, pero hubo una relación incómoda con los sogunes. A principios de 1600, un nuevo sogún llamado Ieyasu asumió el poder. A pesar de que al principio fue amable con los cristianos, pronto se convenció de que el occidente estaba implantando el cristianismo sólo para debilitar al Japón con el propósito de invadirlo y colonizarlo. En 1614 ordenó la expulsión de todos los misioneros y la supresión del cristianismo. Muchos japoneses cristianos fueron deportados; y hombres, mujeres y niños fueron

decapitados, quemados en la hoguera o crucificados. Algunos se unieron y resistieron; mataron a cada uno de ellos. Las leyes en contra de la cristiandad se impusieron aun con más severidad y el país no aceptó a ningún extranjero. A cada jefe de familia se le exigía obtener cada año de los sacerdotes budistas un certificado de que ningún miembro de su familia era cristiano.

La persecución siguió en el siglo XX en otras partes del mundo. De hecho, en su libro *In the Lion's Den*, la escritora cristiana Nina Shea afirma que en el siglo XX han muerto más cristianos que en los 19 siglos anteriores juntos. Por ejemplo, en los comienzos del siglo XX, los musulmanes turcos sacrificaron a cientos de miles de armenios cristianos. Cuando la revolución bolchevique prevaleció en Rusia, el gobierno comunista de Vladimir Lenin hizo de la hostilidad hacia los cristianos un rasgo central de la vida soviética; el ateísmo fue la filosofía estatal oficial. Todas las propiedades y los bienes de la Iglesia Ortodoxa Rusa fueron confiscados de inmediato por el estado. En 1929 Joseph Stalin comenzó una década de terror para la iglesia con el fin de destruirla. El noventa y dos por ciento de los edificios eclesiásticos fueron cerrados y destruidos o convertidos en museos, bodegas o fábricas. Todos, excepto uno de los seminarios fueron clausurados. El número de sacerdotes se redujo un 95 por ciento; decenas de miles de personas desaparecieron en los gulagui.

El triunfo de Mao y sus comunistas en 1949 anunció una terrible era para los cristianos de China. Mao consideraba la iglesia cristiana como una amenaza para su gobierno a causa de sus vínculos con el occidente, y por eso intentó expulsar o matar a todos los misioneros. Había 8,325 misioneros protestantes en 1936 y menos de 20 en 1952. A la iglesia se le obligó a estar bajo el control absoluto del gobierno chino o pasar a la clandestinidad; fueron censuradas todas las publicaciones cristianas. De 1945 a 1950, se sabe que al menos 29 misioneros y 81 jefes chinos de la iglesia fueron asesinados.

Nina Shea ha documentado el secuestro y la muerte de más de un millón de sudaneses, la mayoría de ellos cristianos y no musulmanes, a manos del gobierno islámico del país en años recientes.

¹⁴ Si sois ultrajados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, por lo que hace a ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. ¹⁵ Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, ladrón o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno; ¹⁶ pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. ¹⁷ Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? ¹⁸ Y «Si el justo con dificultad se salva, ¿qué pasará con el impío y el pecador?» ¹⁹ De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador y hagan el bien.

Al maestro de Pedro le agradaba hacer declaraciones paradójicas como “los últimos serán primeros”, con el propósito de enseñar los caminos de Dios. En estos versículos, Pedro añade unas cuantas declaraciones paradójicas propias: “Si sois ultrajados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados” y “¡si alguno padece como cristiano... glorifique!” ¿Cómo es posible que hiciera esas sorprendentes declaraciones?

- Las dice para que puedan rebosar de alegría cuando la gloria de Cristo sea revelada; en otras palabras, para que mantengan su mirada fija en la recompensa y no se distraigan con basura temporaria.
- El glorioso Espíritu de Dios está con ustedes; necesitan eso mucho más que la aprobación y las felicitaciones de los enemigos de Dios.

- Dios se encargará de esos enemigos pronto. Si hasta los hijos de Dios deben pasar por el terrible día del juicio, ¿cómo será para los incrédulos? ¡Horrible! No envidien su “libertad” de las limitaciones.

Pedro cita libremente Proverbios 11:31 para mostrar que Dios, que es justo hasta el extremo, ve y recuerda todas las cosas, incluyendo las heridas infligidas a los santos. Por eso nos podemos *encomendar* con entusiasmo a nuestro Creador fiel. Eso quiere decir que podemos dejarle la venganza a Dios, dejar que él se preocupe de equilibrar los platillos de la justicia, y sencillamente esperar su regreso en confianza y con esperanza. Encomendarnos a él también significa confiar en él para tener fortaleza, paciencia, vigor y resistencia, sabiendo que con su ayuda podemos llegar a la meta celestial.

Consejo para las congregaciones

5 Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo, anciano también con ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: ²apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; ³no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. ⁴Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.

Ahora, Pedro les habla a los hombres que tienen posiciones de liderazgo en la congregación. No hay palabras más grandiosas e inspiradoras en toda las Escrituras para preparar a los pastores para los papeles que van a desempeñar, y por eso esas palabras se usan en el rito luterano de ordenación e instalación de pastores. Los que tienen el liderato deberían ser los *ancianos*, no tanto porque tengan que estar entrados en años, sino porque tienen experiencia,

capacitación y respeto. Ellos son *pastores*, cuyo trabajo es evaluado no tanto porque se sientan cómodos sino por cómo les va a las ovejas que ellos están alimentando, protegiendo, guiando. Y ellos las cuidan, es decir, se les encomienda una responsabilidad espiritual y una autoridad espiritual.

El pueblo de Dios prospera cuando quienes los dirigen tienen estas características:

- cuando sirven por voluntad propia, no por obligación. A diferencia de los sacerdotes aarónicos, ser pastor no es algo que se hereda. Nadie debe ser presionado ni forzado a entrar en el ministerio por un sentimiento de culpa.
- cuando no están en él por dinero. Las congregaciones tienen la obligación solemne de proporcionarles una vida decente a sus obreros y sus familias. Los obreros tienen una solemne obligación de que el dinero no los motive.
- cuando se ven ellos mismos como siervos, no señores. Así como los esposos tienen a Cristo como modelo para usar su autoridad y responsabilidad en sus hogares, Dios quiere que su iglesia sea dirigida por hombres que usen su autoridad para llevarle bendiciones a su rebaño, no para obtener ellos ganancias egoístas.
- cuando reprimen su deseo de ser adulados y permiten que el Señor se encargue de los premios y de la gloria. Las personas que dirigen tienen la promesa estupenda del Pastor Principal, que les promete coronas apropiadas de gloria cuando él regrese. Eso nos basta.

⁵ Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.»

⁶ Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo. ⁷ Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.

Una de las enfermedades del pecado que ha asediado siempre a las familias y a las iglesias es la insubordinación. Esa enfermedad aqueja mucho más a los jóvenes. “¡Nadie me va a decir lo que tengo que hacer!” Obviamente, un joven con esa actitud está desempleado, ya que la esencia del trabajo es que alguien le paga para hacer lo que esa persona quiera que haga, y quien paga su salario tiene el derecho de decirle cómo hacer su trabajo. Los jóvenes que tienen la actitud equivocada pueden realmente hacerle daño al rebaño de Dios; los grandes líderes no pueden dirigir si la gente no los va a seguir. Las mentes jóvenes pecadoras imaginan que desafiar es demostración de fuerza; Dios dice que los jóvenes muestran fuerza subordinándose ellos mismos en amor a las personas que los dirigen. Los jóvenes que con su actitud exigen respeto de otros usualmente terminan sin nada de respeto; la verdad es que la gente más respetada en cualquier comunidad es la que demuestra más una actitud humilde y ayuda a la gente.

En realidad, todo el pueblo de Dios necesita esforzarse constantemente por vestir el manto de la humildad, tratar a otros con respeto y aprecio. La cita de Proverbios 3:34 muestra la opinión de Dios, que le promete gracia especial a la gente humilde y malas noticias para los orgullosos. Aquí hay más consuelo para los afligidos cristianos en las cinco provincias. Dios no siempre es quien nos castiga, pero siempre es quien nos levanta. Y él promete que lo hará “a su debido tiempo”, en otras palabras, cuando su gran visión de nuestra vida haga que todo coopere para nuestro bien. Podemos, con plena confianza, echar todas nuestras ansiedades sobre él, descansar serenamente con la certeza de que él nos cuida. El Salvador demostró para siempre su compromiso absoluto con los creyentes, desde la cruz y desde la tumba vacía; nuestra vida realmente estará bien.

⁸ Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. ⁹ Resistidlo firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en

todo el mundo. ¹⁰ Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. ¹¹ A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

¿Se preguntan por qué su vida con frecuencia es una lucha? ¿Por qué sus problemas no se evaporan de inmediato cuando van a la iglesia y oran? ¿Se quejan del descuido, de la falta de amor o de la imprudencia de los miembros de su familia? ¿Se preguntan por qué todavía les fascinan ciertos pecados aun cuando les han traído consecuencias negativas antes? Bien, dice Pedro, despierten y comprendan contra qué pelean en su vida: tienen a un temible enemigo, uno de los más grandes del mundo de los espíritus, un dragón cuya cola puntiaguda arrastró a la tercera parte de las estrellas del cielo, es decir, sedujo a otros ángeles para que se unieran a su conspiración rebelde (Apocalipsis 12:3,4). Qué pensamiento tan espantoso. Por todo el mundo, este espíritu poderoso se dedica a llevarlos a rastras al infierno también.

No obstante, aquí están las buenas noticias: el descendiente de la mujer, profetizado en el Edén, ha aplastado la cabeza de la serpiente. Su poder de acusar (eso es lo que el nombre del diablo realmente significa) está quebrantado, porque Cristo ha perdonado todo el pecado. El poder de Satanás para controlar y manipular está roto, porque el Espíritu del Señor vive en los creyentes y les da su fuerza. Y ahora viene la gran promesa; ¡Cristo comparte con ustedes su poder para reprender a Satanás, y éste tiene que obedecerlos! Como dijo Santiago: “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (4:7). Una palabra pequeña puede en realidad tumbarlo, la palabra del evangelio, que no hay condenación para aquellos que están en Jesucristo. Quédense firmes en esa fe, y recuerden que cuando sufren, no quiere decir que haya algo mal en ustedes. Recuerden que sus hermanos y hermanas en la fe por todo el mundo están sufriendo también mientras esperan el regreso de Cristo y la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra.

El mismo Dios que los llamó a la gloria eterna mediante el evangelio no permitirá que sus sufrimientos duren un minuto más de lo que es su voluntad, y Dios ya tiene preparado su plan de liberación. Desde el punto de vista de Dios, sus sufrimientos duran tan sólo *un poco*, porque al tiempo indicado nuestro amoroso Padre vendrá con fuerza y restauración. Él hará que los tiempos dolorosos hagan que ustedes y la iglesia sean fuertes, firmes y constantes. Y en cambio ustedes podrán aconsejar bien a otras personas que sufran. Sólo pensar acerca de las promesas de restauración del Señor hace que Pedro rebose de alabanzas en otra doxología: “¡A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos!”.

Saludos finales

(5:12-14)

¹² Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis.

¹³ La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan. ¹⁴ Saludaos unos a otros con un beso de amor. Paz sea con todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén.

Pedro concluye su maravillosa carta con algunas notas personales. Silas le ayudó en algo a preparar la carta; él era un gran obrero de la iglesia antigua, que había acompañado a Pablo en su segundo viaje misionero. A Silas se le llama profeta en Hechos 15:32 y apóstol en 1 Tesalonicenses 2:6. Silas en verdad fue un trabajador fiel; estuvo al lado de Pablo en la cárcel de Filipos, con los pies sujetos en el cepo, cantando y orando durante la noche. Silas pudo haber ayudado a Pedro siendo su escriba o les pudo haber entregado personalmente la carta a las iglesias en las cinco provincias.

Los saludos vienen del primo de Bernabé, algunas veces llamado Juan, que tenía el sobrenombre de Marcos, que estuvo con Pedro cuando escribió y era tan cercano a Pedro que lo llama “mi hijo”. (Juan) Marcos era el hijo de María; Pedro fue a la casa de ella después de escapar milagrosamente de prisión. Marcos por supuesto fue el autor del segundo evangelio biográfico de nuestro Señor Jesús; ya en el siglo II d.C. los escritores cristianos estaban diciendo que Marcos obtuvo su información de Pedro, un testigo de casi todo. A principios de su ministerio, Marcos había decepcionado a Pablo al abandonarlo en Panfilia, pero acompañó a Bernabé en su viaje misionero a Chipre y después fue otra vez

el asistente de confianza de Pablo (Colosenses 4:10). En 2 Timoteo 4:11, Pablo escribió: “[Marcos] es útil para el ministerio”.

Los saludos también vienen de “la iglesia que está en Babilonia”. Como Pedro se está dirigiendo a una serie de congregaciones, parece que la frase “elegida juntamente con vosotros” se refiere a las iglesias desde las que está escribiendo. Eso parece señalar a las iglesias de la ciudad de Roma, cuya hostilidad hacia los cristianos motivó el sobrenombre del enemigo más temible del Israel del Antiguo Testamento, Babilonia (vea las notas de introducción sobre el lugar donde se escribió).

Pedro celebra la íntima relación en la fe de estas iglesias, algunas en Europa y otras en Asia, enviado un “beso de amor” y exhortándolos a darse un abrazo. Los primeros conversos encontraron muy atrayente ese cuidado manifiesto, e incluso hoy ésa es una marca de las iglesias crecientes. “Estas personas realmente se preocupan unas de las otras.”

Las palabras finales que les escribe Pedro a estos cristianos afligidos tienen el propósito de darles la paz de Dios. Por la fe en Jesucristo gozarán de ella, y eso les permitirá vivir en paz con otros pecadores y con ellos mismos. Ojalá la paz que Pedro prometió quede con todos los que leen este libro. Y que todos los hijos de Dios encuentren en este libro *la esperanza viva en un mundo hostil*.

Confía tu camino,
Tu pena y tu dolor
A tu Señor divino,
Del mundo el Creador.
El que a los orbes rige
Con gloria y majestad,
Él mismo te dirige
Por sendas de verdad.
¡Oh mi alma desgarrada,

Espera con quietud!
Pronto estarás librada
De toda esclavitud.
Entonces, ¡cuán dichosa!,
Con Dios tú morarás:
En calma y paz gozosa
Su faz contemplarás. (CC 270:1,4)
— *Paul Gerhardt*, 1607–1676

INTRODUCCIÓN A 2 PEDRO

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”

Esta carta es un regalo magnífico de un Dios amoroso para su amado pueblo. Y sin embargo, no ha recibido mucho respeto durante los siglos; ha estado siempre a la sombra de 1 Pedro y las grandiosas cartas de Pablo. Su legítimo lugar entre los libros inspirados del Nuevo Testamento fue cuestionado por algunos jefes importantes de la iglesia de los primeros cristianos. J. N. D. Kelly escribe: “Ningún libro del Nuevo Testamento tuvo una lucha más larga y dura para ganarse la aceptación.” Se cita raras veces en los escritos de la iglesia de los primeros siglos. Y aun en tiempos recientes, escribe Kelly: “Actualmente casi nadie duda que 2 Pedro es seudónima” (la obra de un escritor posterior, que la hizo parecer como si fuera de Pedro mismo).

No obstante, 2 Pedro soporta toda crítica, sobrevive a sus escépticos y permanece en el lugar que le corresponde en el Nuevo Testamento. El poder de su mensaje finalmente persuadió a los primeros cristianos de que venía de Dios. Y la importancia de su mensaje hoy convencerá y les dará fortaleza a los cristianos en su lucha contra el maligno.

Estos tres capítulos son la última voluntad y el testamento de Pedro. Son palabras sabias y profundas que vienen de un jefe cristiano maduro que sabía que se acercaba la hora de su muerte. La carta contiene advertencias solemnes y maldiciones terribles, pero también ofrece un estupendo consuelo evangélico. La idea principal de la carta se encuentra en el último versículo: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Autor

El escritor, un testigo presencial de la transfiguración de nuestro Señor y un “amado hermano” de Pablo, se identifica en el primer versículo. A pesar de que hay al menos 14 personas que tienen el nombre Simón o Simeón en la Biblia, sólo hay un Simón Pedro (“Simón Piedra”). Jesús mismo le había dado a su discípulo Simón ese sobrenombre y había alabado su confesión de fe (Mateo 16:15-18). Sobre esta confesión de fe que era como piedra, Jesús edificaría su iglesia. Segunda de Pedro es la última palabra para la iglesia de este apóstol y una piedra fuerte sobre la cual los cristianos pueden edificar su vida. (Para un resumen de la vida y el ministerio del apóstol Pedro, vea las notas de introducción a 1 Pedro).

Fecha en que se escribe

A pesar de que el mismo Jesús predijo que Pedro sufriría la muerte de un mártir (1:14 y Juan 21:19), la Biblia no cuenta la historia de ese martirio. En un escrito del 325 d.C., Eusebio afirma que Pedro y Pablo sufrieron el martirio al mismo tiempo en Roma bajo el emperador Nerón. Este último lanzó la primera persecución en contra de los cristianos después del desastroso incendio de Roma en el 64 d.C. Se suicidó en el año 68 d.C., por lo que sería razonable sugerir un tiempo entre esos años como la fecha en que se escribió 2 Pedro, ya que Pedro dice en 1:14 que no le queda mucho tiempo de vida.

Lugar donde se escribe

No se puede afirmar con certeza nada acerca del lugar donde se escribió. No obstante, es razonable sugerir que se escribió en el mismo lugar de la primera carta, que sería Roma (a la que se refiere sarcásticamente como “Babilonia” en 1 Pedro 5:13). La ciudad original de Babilonia en el río Éufrates era una ruina en

este tiempo. Pero los primeros cristianos usaban el término para referirse a Roma, a la que llegaron a temer tanto como los israelitas del siglo VI a.C. habían temido y sufrido el poder de Babilonia.

Destinatarios

El versículo 1 del capítulo 3 dice que ésta es la segunda carta de Pedro, así que parece razonable pensar que los primeros lectores de la carta eran los mismos destinatarios de 1 Pedro. Primera de Pedro capítulo 1 los describe como cristianos que viven en las provincias romanas de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, es decir, en el rincón noreste del Imperio Romano (para notas de estas cinco provincias y la gente que vivió allí, vea la introducción a 1 Pedro).

¿Por qué les escribió a ellos en particular? Quizás porque había ayudado a evangelizar esas áreas y así sintió una preocupación paternal por ellos aun cuando se encontraba a unos mil seiscientos kilómetros de distancia. Tal vez él y los otros apóstoles habían llegado al acuerdo de supervisar diferentes áreas de trabajo, y esas provincias estaban bajo su responsabilidad. Puede ser que haya escuchado que las congregaciones de esas regiones estaban pasando por ciertos problemas que no podían esperar una visita personal y era necesario tratarlas de inmediato por carta.

Ocasión

¿Por qué estaba Pedro tratando asuntos particulares? Cuando Pablo les escribió a congregaciones específicas, con frecuencia trató problemas específicos. Sin embargo, las cinco provincias de Asia Menor formaban una región tan extensa que Pedro no podía tratar con los problemas de una congregación en particular; más bien estaba tratando asuntos universales que tal vez afectaban a muchas de ellas. De hecho, como Satanás recicla regularmente sus mentiras, lo que escribe Pedro parece tan nuevo y urgente hoy como lo fue hace dos mil años.

¿Por qué necesitaba Pedro escribir esta segunda carta? Es probable que a Roma le hayan llegado informes de que había problemas en Asia Menor que no eran problemas relacionados con la creación de nuevas congregaciones, sino problemas en general respecto al crecimiento y al bienestar de las iglesias ya establecidas allí, ahora en la segunda generación de su existencia. El propósito que tenía Pedro en esta carta no era enseñar las bases del cristianismo; eso ya se había hecho. Pedro supuso que sus lectores estaban familiarizados con los hechos históricos del evangelio de Jesucristo. Ellos ya habían sido llevados a la fe. Sus amigos necesitaban ayuda para vivir su fe y sobrevivir a los ataques de Satanás en contra su fe. La relación con Jesucristo estaba en juego. El destino eterno de ellos estaba en juego. Pero estaban *olvidando* las enseñanzas importantes que una vez habían aprendido, y por eso Pedro les escribió para recordarles, para refrescarles la memoria, de les que sería “otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Estas congregaciones estaban atribuladas al menos en estas cuatro formas:

- Estaban olvidando su nueva identidad en Cristo y dejando de vivir como cristianos.
- Su confianza en la divina autoridad de las Escrituras se estaba tambaleando.
- Estaban muy relajados en cuanto a las amenazas de los falsos maestros que se infiltraban en las congregaciones.
- Estaban muy preocupados por el momento en que vivían y no eran lo suficientemente conscientes de la venida del gran juicio.

Es interesante que el plan del Espíritu para estos cristianos y sus congregaciones no fuera que atacaran los males exteriores, sino que crecieran interiormente, en lo espiritual. Necesitaban “[crecer] en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Estilo

Pedro quizás estaba entrado en años cuando escribió esta carta, pero su mente estaba bien. Su carta es compacta, vívida, encendida de pasión hacia su gente amada. Con lenguaje claro y convincente, describe la gravedad de las amenazas de Satanás, pero con igual claridad habla con triunfante confianza acerca de la victoria final de Jesucristo y los creyentes. Sus oraciones están llenas de pensamientos condensados, tienen mucha seriedad, revelan una profunda perspicacia en pocas palabras. No se puede leer de prisa 2 Pedro, como no puede saborear una deliciosa comida con rapidez. Es mejor hacerlo con lentitud, saboreando cada oración como si fuera un bocado complejo del platillo principal exquisitamente preparado.

En comparación con su primera carta y con otras cartas del Nuevo Testamento, 2 Pedro no cita muchos pasajes específicos del Antiguo Testamento. Sin embargo, Pedro hace alusión a unos cuantos sucesos y a personas del Antiguo Testamento: Noé y el diluvio, Lot y la destrucción de Sodoma, y Balaam. Donde Pedro hace varias citas es en el capítulo 2. El segundo capítulo es tan similar a la Epístola de Judas que es obvio que uno está haciendo una paráfrasis del otro.

Al principio puede parecer sorprendente que un autor del Nuevo Testamento use material escrito originalmente por otro. En realidad, eso es algo que ocurre con bastante frecuencia en las Sagradas Escrituras. Algunos autores del Antiguo Testamento tomaron material escrito antes y lo tejieron en su obra. Los autores del Nuevo Testamento citan con libertad a autores del Antiguo Testamento, algunas veces ampliamente; ¿por qué no podían también citar obras apostólicas del Nuevo Testamento? Pablo incorporó himnos cristianos anteriores y hasta citó a poetas y autores paganos en sus cartas. Entonces, lo que tenemos en las similitudes entre 2 Pedro capítulo 2 y Judas no es plagio sino más bien una demostración más de la unidad del mensaje de todas las Sagradas Escrituras.

¿Está Pedro citando a Judas o viceversa? No se sabe con seguridad. Se pueden dar buenos argumentos a favor de cualquier alternativa. No obstante, parece razonable sugerir que Judas escribió primero. El segundo capítulo apasionado de Pedro difiere notablemente de la enseñanza y la exhortación calmadas de los capítulos 1 y 3. Pedro había querido hablar sobre el peligro terrible de los falsos maestros, que es el énfasis principal de la epístola de Judas. Parece razonable pensar que Pedro había visto una copia de la carta contundente de Judas que ya estaba circulando, admiró el mensaje, e incorporó simplemente partes en su carta, con su estilo y todo.

Bosquejo

Tema: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”

- I. Saludos (1:1,2)
- II. Procuren con diligencia vivir lo que creen (1:3-11)
 - A. Recuerden quiénes son (3,4)
 - B. Afiancen su llamamiento y su elección (5-11)
- III. Crezcan en la certeza de lo que creen (1:12-21)
 - A. Tienen el testimonio de un testigo presencial (12-18)
 - B. Tienen el testimonio aun más cierto de los profetas (19-21)
- IV. Cuidense de los falsos maestros (2:1-22)
 - A. Advertencia: el problema es terrible (1-3)
 - B. Consuelo: Dios hace responsables a todos los maestros ante él (4-10)
 - C. Perspicacia: el verdadero carácter de los falsos maestros (10-22)
- V. Prepárense cada vez más para el juicio final (3:1-16)
 - A. Recordatorios de las veces en que Dios ya ha intervenido violentamente en la historia humana (1-9)

- B. Profecía vívida del día del juicio (10)
- C. Reto a vivir piadosamente en vista del fin (11-16)
- VI. Exhortación final (3:17,18)

PARTE UNO

Saludos

(1:1,2)

1 Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: ² Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

Simón fue el nombre que recibió al nacer; le pusieron ese nombre por el del segundo hijo del gran patriarca Jacob. Sin embargo, tal vez no le gustaba usar ese nombre para referirse a sí mismo. En primer lugar, había otro Simón entre los doce, Simón el Zelote; en segundo lugar, prefería mejor el sobrenombre profético que Jesús le dio el día en que se encontraron (Juan 1:42): Pedro (griego), o Cefas (arameo), que quiere decir “hombre piedra”. Simón era el nombre que Jesús solía usar cuando la fe de él como la roca se había vuelto como la arena, tal como Jesús predijo que Satanás lo iba a “zarandear como a trigo” y lograría que negara a su Señor (Lucas 22:31), o cuando a orillas del mar de Galilea, el Señor resucitado lo humilló tres veces antes de volverlo a comisionar al ministerio de tiempo completo. Así sus epístolas se conocen como 1 y 2 Pedro, no 1 y 2 Simón.

El término que usa primero para describirse a sí mismo (como lo hicieron los medios hermanos de Jesús, Santiago y Judas, en sus epístolas) es *siervo*. Éste también es un cambio desde los días cuando era discípulo. En esos días, él y otros de entre los doce habían estado disputándose los puestos prominentes, discutiendo quién era el más grande, esperando el poder, la autoridad y los honores más altos. Pedro nunca olvidó la lección que Jesús les enseñó acerca del verdadero liderazgo horas antes de su crucifixión, cuando se arrodilló, les lavó los pies a los discípulos

y dijo: “Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”. En el mundo de los negocios, la calidad de jefe o el líder se mide a veces en términos de poder sobre otras personas. En el mundo de Cristo, ser un verdadero jefe quiere decir considerarse el primer siervo. ¡Qué apropiado! Pedro no tenía nada que no se le hubiera dado primero a él. La relación con su Padre celestial mediante Cristo fue un regalo; el apostolado no lo ganó sino se le dio para la gloria de Dios y para el beneficio de la iglesia.

Este siervo también era un *apóstol*. La clave para entender el apostolado es la palabra *directo*. A los apóstoles

- Cristo los *llamó directamente* de su vida anterior.
- Cristo *les dio el mensaje directamente*, en lugar de provenir de las Escrituras.
- Cristo *les dio autoridad* para representarlo *directamente*, en vez de en forma indirecta mediante, digamos, el voto de una congregación.
- Cristo *los envió directamente* (eso es lo que en realidad significa la palabra *apóstol* en griego: “alguien que es enviado”).

Pedro fue un apóstol de Jesús. Ese nombre se le dio al hijo de María antes de que naciera, anunciado por un ángel del Señor a su padrastro José. Jesús (*Yeshua*, *Yoshua* o *Yehoshua* en hebreo) significa “Jehová es salvación”. Un nombre apropiado para alguien que “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21).

También se le llama el Cristo, una palabra griega que significa lo mismo que el término hebreo *Mesías*. Los dos nombres quieren decir “el Ungido”. En los tiempos del Nuevo Testamento, Dios instituyó la práctica del ungimiento para hacer dos cosas: separar al hombre escogido por Dios para un trabajo crucial (los profetas, sumos sacerdotes y reyes fueron ungidos para mostrar públicamente la elección de Dios y su autoridad), y segundo, para darles regalos especiales del Espíritu Santo con el fin de prepararlos para los rigores de sus obras. Jesús fue ungido en el río Jordán para su obra como Salvador; la voz resonante del Padre mostró que él lo había elegido con amor, y el descenso de la

paloma mostró que Jesús, en su naturaleza humana, había sido fortalecido por el poder del Espíritu.

Observen además los otros términos con los que Pedro designa a Jesús, términos que los falsos maestros tratan implacablemente de socavar: Jesús también es

- *Salvador* — quien en persona trae el perdón que nos libra del infierno.
- *Dios* — es decir, que es plenamente uno con el Padre y con el Espíritu, y merece nuestro culto y adoración.
- *Señor* — quien exige nuestra lealtad y obediencia como su derecho.

Pedro tiene el propósito de que su carta no vaya dirigida a una congregación o a una persona en particular sino a todos los cristianos, a todos los que han recibido una fe “igualmente preciosa que la nuestra”. Noten que la fe que nos relaciona con nuestro Dios, la cuerda de salvamento que nos saca del infierno y nos une a nuestro Padre, no es algo que debemos producir nosotros mismos, ni que podemos hacer; es un don de Dios que recibimos, que viene a nosotros mediante la Palabra y el sacramento. Mientras que la vida cristiana en verdad involucra nuestras propias obras y esfuerzos, la vida cristiana empieza cuando Dios abre nuestra mente y corazón para creer las grandes cosas que él ha hecho.

Cuando los creyentes conocen al Dios trino y a su Salvador Jesús con más plenitud mediante la palabra de Dios, su vida cambia. La gracia y la paz abundan. *La gracia* es la actitud del Padre de mirarnos amorosamente por amor a Jesús, no reteniendo nuestros pecados contra nosotros. Cuanto más conocemos al Padre por medio de Cristo, más nos gozamos viviendo en su favor en lugar de en el temor de su ira; gozamos más *la paz* en el corazón en lugar de la culpa o el repugnante pozo sin fondo del egoísmo. Y como la seguridad, el consuelo y significado verdaderos se originan en el corazón de Dios, cuanto más lo conozcamos, mejor será nuestra vida. Cuanto más conozcamos a nuestro Salvador mediante la palabra, más abundarán la gracia y la paz.

Procuren con diligencia vivir lo que creen (1:3-11)

La primera debilidad que hubo en la primera generación de creyentes a la que Pedro le quería hablar era la falta de crecimiento en la vida cristiana. La iglesia estaba dando a luz a nuevos cristianos, pero muchos se quedaban como niños, y eso los hacía vulnerables a sus propios temores y dudas, a los falsos maestros y a Satanás. Así como su amigo Santiago había escrito, la fe real produce obras reales.

Pedro podía oír las excusas de antemano: “No sabía que se esperaba *eso* de mí”, “No puedo cambiar mis costumbres”, “No tengo que cambiar mi vida ya que vivimos bajo la gracia”. Y así comienza mostrándonos que todos los primeros movimientos eran de Dios. No sólo reconcilió Dios a todo el mundo con él mediante la muerte de Cristo, sino que dio hasta la habilidad de creer. El punto de Pedro era que todo el fundamento de nuestra nueva vida espiritual es ciento por ciento algo que Dios hizo, pura gracia, puro amor.

³Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia; ⁴por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguéis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones.

Éste es un párrafo increíble: conciso, profundo con misterios celestiales, luchando contra los límites del lenguaje humano para expresar el propósito que un Dios bondadoso y soberano tiene para los hombres, mujeres y niños caídos. Vean cómo el versículo 3

disipa los argumentos ligeros y pecadores que quieren evadir el propósito de Dios para nuestra vida:

Pregunta: ¿No fue mi decisión, mi idea de convertirme en cristiano?

Respuesta: No, no lo fue. Dios lo llamó por su propia gloria (y ¿sabe qué?, ¡usted existe para el propósito de él!) y bondad (él decidió amarlo).

Pregunta: No puedo cambiar mi forma de vida. Sé que no es lo que Dios dice, pero ¿no es ese mi destino?

Respuesta: ¡Incorrecto! “*Todas las cosas...* [necesarias para la santidad] nos han sido dadas” por su poder (note el tiempo del verbo).

Pregunta: ¿Por qué no veo nada del poder de Dios obrando en mi vida?

Respuesta: Ese poder obra “mediante el conocimiento de él”.

El conocimiento de Dios viene de la Palabra de Dios. Como les dijo Moisés a los israelitas: “Este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos... Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Deuteronomio 30:11,14).

Los cristianos que están batallando con su débil voluntad, con la confusión respecto al propósito de su vida y su significado, o la culpa paralizadora, pueden regresar a la Palabra de Dios y escuchar otra vez sus promesas grandiosas y preciosas; éstas son las bases de una nueva vida en Cristo. Lo que sigue son ejemplos de las promesas preciosas de Dios:

- “[Dios] nos escogió en [Cristo] antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4).
- “Así dice Jehová, Creador tuyo, Jacob, y Formador tuyo, Israel: ‘No temas, porque yo te redimí; te puse nombre; mío eres tú’” (Isaías 43:1).
- “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

- “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).
- “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor” (Apocalipsis 21:3,4).

Las personas que creen estas preciosas promesas obtienen inmensas bendiciones. Pedro dice que participaremos en la naturaleza divina. ¡En verdad! ¡Qué declaración tan sorprendente! Para algunos, quizás, suene como la carnada en el anzuelo de Satanás para Eva: “Seréis como Dios” (Génesis 3:5). Pero lo que Satanás le vendió a Eva fue el pérfido engaño de estar separado de Dios. La halagó haciendo que se imaginara como una nueva diosa soberana en el universo. Pedro nos promete lo contrario: en lugar de ser separados de Dios, participar “en la naturaleza divina”, quiere decir acercarnos aún más a Dios, recuperando su imagen santa, amando lo que él ama, aborreciendo lo que él detesta, compartiendo su obra y sus gozos, compartiendo y aprobando sus juicios justos. Por medio de la fe ya tenemos a Cristo en nosotros (Colosenses 1:27), con el objeto de que seamos hechos conforme a la imagen del Hijo de Dios (Romanos 8:29). Cuando él aparezca seremos como él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3:2).

Los cristianos pueden ir sólo en una de dos direcciones: o están creciendo en su fe y en su vida, creyendo y viviendo las promesas preciosas de Dios, participando en la divina naturaleza, o se están muriendo en la fe y en su vida, yendo por “la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones” (versículo 4). A todo el que no elija creer en las promesas de Dios y vivir en ellas, las mentiras de Satanás lo engañarán. Esas mentiras con frecuencia desencadenan a corto plazo una gran emoción, pero cuando se convierten en una forma de vida, pudren el carácter de la persona, envenenan lo que queda de la fe y conducen al infierno.

“¡Huyan!” dice Pedro. ¿Cómo? Crean las preciosas promesas de Dios, y luego cambien su vida con el poder que Dios les ha dado. Pedro ilustra esos cambios de vida con una serie de ocho metas en la vida para todos los cristianos.

⁵ Por esto mismo, poned toda diligencia en añadir a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; ⁶ al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; ⁷ a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.

⁸ Si tenéis estas cosas y abundan en vosotros, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. ⁹ Pero el que no tiene estas cosas es muy corto de vista; está ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.

Todos necesitamos que se nos recuerde que la victoria de Cristo en el Calvario fue una doble victoria: sobre *la culpa* del pecado, lo cual significa que Dios ya no nos culpa de los pecados y ha quitado su maldición por ellos, y sobre *el poder* del pecado. Dios nos ha dado la capacidad de reprender al diablo y escoger lo que Dios considera recto. Pedro nos promete una vida eficaz y productiva si procuramos con diligencia vivir lo que creemos. El propósito de Dios siempre ha sido tomar a gente redimida, perdonada y creyente y transformarla con el fin de hacerla útil para *sus* propósitos.

Si las personas cristianas deciden neciamente no crecer en la vida cristiana, hay algo que no está bien en ellas. Pedro dice que tienen la vista muy corta; es decir, se preocupan sólo por lo que está ante sus propias narices y no se interesan por asuntos importantes del futuro. Eso es en realidad peor que la miopía; esas personas están *ciegas espiritualmente*; no están viendo su peligro espiritual. Pedro tiene una receta para las cataratas espirituales: *¡procuren con diligencia vivir lo que creen!*

El crecimiento espiritual es casi tan lento como el crecimiento físico, pero no sucede automáticamente. En la base del cráneo de cada persona está la glándula pituitaria, que estimula y regula el crecimiento físico de los niños y luego concluye el proceso de crecimiento cuando el cuerpo ha llegado a su madurez. Nadie tiene que elegir crecer, sólo sucede. Sin embargo, el crecimiento espiritual no sucede por sí mismo. Dios no acepta hacer por las personas lo que él las ha capacitado hacer, y les ha permitido a los creyentes elegir crecer en la fe y en la vida.

Pedro usa las ocho capas de los versículos 5 al 8 como un recurso literario para ayudarnos a recordar algunos de los principales aspectos de la vida que le agradan a Dios. No está diciendo que encaren un aspecto a la vez y lleguen a la perseverancia sólo después de haber dominado el control de sí mismos. Él quiere que sepamos que podemos elegir crecer o elegir estancarnos y decaer. Quiere que sepamos que las siguientes características no sólo agradan a Dios, sino también hacen nuestra vida mejor.

- *diligencia*: permitirle a Dios que nos defina lo que está bien, cómo tratar a las personas, y lo que es valioso, tratar de ser como Jesús, no sólo pensando: “QHJ” (¿Qué haría Jesús?), sino también: “QOJ” (¿Qué ordenó Jesús?).
- *conocimiento*: ésta es una palabra griega diferente al “conocimiento” de los versículos 2 y 3. Esa palabra se refiere al conocimiento salvador de nuestro Redentor que nos da Dios; ese conocimiento se nos ha dado en abundancia y ya lo tenemos. Este conocimiento, sin embargo, es la profunda comprensión que ustedes obtienen de los caminos de Dios al optar por la lectura de la Biblia, unirse al estudio bíblico, escuchar un sermón bíblico, o leer un comentario bíblico como lo están haciendo ahora.
- *dominio propio*: es importante que los cristianos elijan pelear en contra de sus apetitos pecaminosos. La cultura en la que viven los cristianos del siglo XXI glorifica y

alaba la indulgencia propia y la rendición a la pasión. La intensidad del sentimiento personal supuestamente hace que tenga valor. Pero si tomo el camino más fácil hoy y cedo al pecado, seré aun más débil mañana. Si elijo hoy decirle no a Satanás, mañana seré más fuerte para decir no.

- *paciencia*: la capacidad de hacerle una promesa a Dios y cumplirla, negarse a ustedes mismos a corto plazo para beneficiarse a largo plazo, aceptar un golpe de Satanás ahora, sabiendo que su furia pasará muy pronto, confiando en que el futuro de las bendiciones de Dios supera los sufrimientos temporales, *vencer*, como le escribió Juan a cada una de las siete iglesias en Asia Menor en Apocalipsis capítulos 2 y 3.

- *piedad*: una actitud de respeto hacia la voluntad y los caminos de Dios, una actitud de culto a Dios por su grandeza y bondad, una conciencia de Dios en todo lo que hacemos.

- *afecto fraternal* — los que no son cristianos saben muy bien que hablar es fácil. Los escépticos tienen un termómetro incorporado que mide la hipocresía religiosa; pueden olerla a 50 metros. No pueden fingir bondad fraternal. Las palabras que les dijo Jesús a sus discípulos el Jueves Santo siguen siendo verdad: “En esto *conocerán* todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). El afecto verdadero que se demuestra en público puede ser el imán evangélico más poderoso para las personas cuya vida ha sido aplastada por el egoísmo y el desprecio de otros.

- *amor*: Hollywood nos dice que el amor es un sentimiento sobre el cual no tenemos dominio. El amor no viene de ninguna parte, debe ser obedecido, y cuando se desvanece, todas las obligaciones de la relación ya no existen. La Biblia nos dice que la forma más alta del amor es la que se hace con la cabeza, no una fuerza a la que se responde con

las glándulas. De alguna manera, los falsos maestros tienen la tendencia a no tener familias muy estables. La falta de amor verdadero revela el fingimiento de lo que dicen.

¹⁰ Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección, porque haciendo estas cosas, jamás caeréis. ¹¹ De esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Aquí hay una sacudida: a primera vista estos dos primeros versículos parece que socavan el mismo evangelio diciendo que nuestra elección, nuestro llamado a la fe y la recompensa celestial de alguna forma dependen de los esfuerzos humanos en lugar de la sola gracia de Dios. ¿Cómo pueden los seres humanos hacer más segura la *elección* de Dios, es decir, la decisión de él desde toda la eternidad de garantizar nuestra ciudadanía en su reino? ¿Cómo pueden nuestros esfuerzos hacer su Palabra más poderosa al llamarnos a la fe? Y si somos salvados por la gracia, ¿por qué las buenas obras están relacionadas aquí con el recibimiento en el cielo? ¿Acaso no escribió Pablo: “No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9)?

Pedro sabía exactamente lo que estaba diciendo. Sus palabras causan un impacto intencional en los cristianos que han sido perezosos y descuidados, a quienes las palabras aparentemente piadosas acerca de la gracia de Dios les han dado un sentido falso de seguridad. Llevados a la confusión por los falsos maestros que se infiltraron en sus congregaciones y debido a su propia capacidad por el autoengaño, algunos cristianos empezaron a pensar que el cristianismo era sólo cuestión de asentir intelectualmente al mensaje de las grandes obras de Dios; puesto que Dios lo hizo todo, el crecimiento en su vida espiritual era innecesario y quizás hasta imposible. El resultado: “fe” sin frutos, “evangelio” sin crecimiento, conocimiento en la cabeza sin el poder para la vida.

La gracia costosa de Dios se hizo barata y la soberanía de Dios sobre las vidas redimidas se debilitó. Eso era peligroso. ¡Debían procurar con diligencia vivir lo que creían!

Como escribió Santiago con tanta firmeza en su epístola, la fe sin frutos está muerta. Cuando la fe muere, las personas pierden la conexión con el Salvador. La culpa del pecado regresa y también regresa el poder del pecado sobre ellas. Por eso, Pedro exhorta a sus hermanos a que estén ansiosos por hacer segura su elección, no por causa de Dios, ya que su elección soberana es segura desde toda la eternidad, sino hacerla segura *para ellos mismos*. Mientras usaban la sabiduría y el poder que Dios les había dado, ellos podían crecer en *su propia* certeza de causa y efecto, que Dios en verdad los había escogido para que fueran de él. Cuando vieran los cambios auténticos en su vida, crecerían en la conciencia de que el Espíritu Santo realmente estaba obrando en ellos.

El apóstol Pablo animó a los cristianos en la misma forma cuando les escribió a los filipenses: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (2:12,13).

Pedro adjunta dos promesas maravillosas de Dios al crecimiento de una vida piadosa; dice: “jamás caeréis”. Eso no quiere decir que nunca iban a volver a pecar; más bien, quiere decir que nunca serán arrancados de Cristo. Quiere decir que la fe real, expresada en obras reales, permanecerá arraigada en el Salvador, el Buen Pastor, que les promete a las ovejas creyentes que “nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:28).

La segunda promesa que hace Pedro es que todas sus obras piadosas serían recordadas. Cuando los cristianos vean a su Señor cara a cara, él reconocerá sus actos justos públicamente (vea Mateo 25:31-46). Les dará la bienvenida como el anfitrión de un banquete recibe a sus invitados: sus cabezas serán ungidas con aceite, sus copas estarán rebosando y las mesas de los comedores estarán seguras de cualquier enemigo (Salmo 23). Jesús mismo prometió que los cristianos generosos recibirán una bienvenida calurosa en

el cielo de parte de la gente a quien ellos ayudaron con su dinero: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas” (Lucas 16:9).

PARTE TRES

Crecan en la certeza de lo que creen
(1:12-21)

¹² Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente. ¹³ Tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación, ¹⁴ sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. ¹⁵ También yo procuraré con diligencia que, después de mi partida, vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.

Cuando los creyentes que debían haber tenido mejor conocimiento decidieron quedarse como niños en la fe, Pedro les dijo que eran de “vista muy corta” y “ciegos” (versículo 9). Los acusa además de amnesia espiritual. Gracias a Dios, no fue como una enfermedad de Alzheimer espiritual, que sería irreversible, sino un olvido crónico que Pedro dice que se puede curar. La amnesia espiritual perjudica tanto como la amnesia física, le quita la persona la conciencia de sus relaciones y eso la debilita. Despoja a la persona de la conciencia de su identidad, y eso le roba el propósito a la vida. Por eso Pedro escribe su carta para “recordaros siempre”, “despertaros con amonestación... procuraré con diligencia que...vosotros podáis... tener memoria de estas cosas”.

Todos nosotros olvidamos cosas. La información se sale lentamente de nuestro cerebro cada día. Algunas veces la falta de memoria es divertida; se han hecho miles de bromas y se han escrito miles de comedias de televisión sobre la falta de memoria de la gente en situaciones cómicas. Pero el olvido se puede hacer costoso de repente; cuando alguien pierde una cita importante porque no pudo encontrar las llaves del auto, cuando los peces de colores flotan muertos en la pecera a causa de un olvido, cuando

se le acaba la gasolina ya entrada la noche, cuando pierde una entrevista decisiva porque estaba viendo un programa de televisión, o se le olvida tomar un importante medicamento.

Algunas veces el olvido es horrible y peligroso, como cuando un cónyuge “olvida” que está casado y cae en adulterio. O cuando los adolescentes “olvidan” que están unidos a sus familias y las arrastran a las dificultades y a la vergüenza. O cuando los jefes de la iglesia “olvidan” que son siervos y empiezan a mandar en tono autoritario a la gente como si fueran grandes señores.

Y algunas veces el olvido produce enfermedad espiritual y hasta la muerte, como cuando se les olvida a las personas que son por naturaleza pecadoras e impuras, olvidan el costoso rescate con el que Cristo las sacó del infierno, olvidan al príncipe de las tinieblas y sus otros enemigos espirituales, o cuando olvidan ponerse la armadura y recoger las armas espirituales. Pedro, sin duda, estaba harto de sus propios fallos de memoria, y por eso no ridiculiza a sus lectores por sus debilidades. Ustedes *sí saben* estas cosas, y dice: “[estáis] confirmados en la verdad presente”.

No obstante, como la vida se le iba a terminar pronto, Pedro quiere aprovechar una última oportunidad para fortalecerlos y animarlos. A diferencia de los falsos maestros, no lo hizo con toda clase de enseñanzas novedosas sino refrescándoles la memoria con las enseñanzas de la Palabra vivificante de Dios que da vida, *verdades que ya conocían*. Y quiso hacer todo esfuerzo para que la memoria de ellos siguiera siendo continuamente refrescada también después de que él muriera. ¿Cómo podría ocurrir eso? Escribiendo esta carta, por una razón: una carta escrita se puede leer y volver a leer, y enseñarla a otros. Por otra, Pedro pudo haber estado aludiendo a las prácticas apostólicas de reclutar y capacitar a nuevos obreros para el reino con el propósito de que ellos siguieran el proceso de recordarles. O posiblemente se estaba refiriendo a su memoria que le ayudó a San Marcos a escribir su evangelio acerca de la vida de Cristo. Marcos estaba con Pedro en Roma y estaba tan cerca de Pedro como un hijo (1 Pedro 5:13).

Uno de los problemas espirituales más serios que acosaban a los cristianos en las cinco provincias radicaba en olvidaron la autoridad espiritual. Estaban olvidando la verdadera fuente de su información acerca de Dios y estaban cayendo en la incertidumbre acerca de qué creer. Los falsos maestros estaban explotando a la gente con sus propias revelaciones inventadas y prometiendo a la gente placeres y “libertad”. Pero no hay muchas verdades; sólo hay una verdad (versículo 12). Y así Pedro les refrescó la memoria sobre ciertos sucesos en cierta montaña que involucraban a tres discípulos, dos profetas y un Mesías.

¹⁶No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad, ¹⁷pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: «Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia.» ¹⁸Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

Todos los ataques de Satanás a la iglesia tarde o temprano resultarán en esto: un ataque a los apóstoles y profetas del Señor como fuentes verdaderas y autorizadas de información acerca del Señor. Ese ataque es tan antiguo como el Edén: “Conque Dios os ha dicho...” La nueva generación de maestros que requería atención en las iglesias de Asia Menor estaba menospreciando la confiabilidad de Pedro, de los otros apóstoles y del mensaje escrito de los profetas del Antiguo Testamento.

Pedro reconoció el peligro mortal. Estaban negando *el poder y la venida* de Jesucristo. Estaban haciendo que la gente dudara de que Jesús realmente posee y ejerce el poder de Dios, que en realidad él entra a la vida de las personas y obra para beneficio de ellas. Estaban haciendo que la gente pensara que Jesús nunca iba a regresar, que no eran responsables ante él por sus creencias y su vida. (¿Suena familiar? “No moriréis”). La ironía amarga es que

la misma gente que estaba inventando historias ingeniosamente (2:3) acusaba a Pedro de inventar historias ingeniosas. Como el propagandista nazi Joseph Goebbels volvió a descubrir muchos siglos después, si dicen mentiras por mucho tiempo y bien fuerte, la gente empezará a creerlas, no importa lo repulsivas o escandalosas que sean. Como Pablo, Pedro sabía que el fundamento de todas las enseñanzas cristianas era el mensaje de los profetas y los apóstoles. Sin ese seguro cimient, toda la estructura se podría venir abajo.

Y entonces les recordó que él había estado presente en la transfiguración, seguramente uno de los acontecimientos más significativos en la vida y obra de Jesús. Hacia el final de su ministerio galileo de dos años, Jesús se retiró al norte a Cesárea de Filipo cerca de la cabecera del río Jordán. Unos pocos días después llevó a Pedro, Santiago y Juan a un “monte alto”, tal vez el monte Hermón a 2,814 m, para permitir que vieran algo que ningún otro ser humano podría ver antes del día del juicio: la gloria verdadera del Hijo de Dios. Se transfiguró ante ellos; es decir, empezó a brillar con el brillo de la presencia de Dios mismo. Su rostro se hizo como el sol; incluso sus ropas eran de una blancura brillante, como nadie en la tierra las podría emblanquecer.

Al Salvador lo rodeaba una nube brillante a la que Pedro llama “magnífica gloria”. En el Antiguo Testamento, “la gloria de Jehová” se refiere a la aparición de Dios en nube y fuego para marcar un avance importante en su plan de salvación. Dios se apareció a Abraham en un horno humeante, a Moisés en una zarza que ardía, al pueblo de Israel y al ejército egipcio en una columna de nube y fuego. El día de la dedicación del templo de Jerusalén, tan pronto como el sacerdote llevó el Arca del testimonio al Lugar santísimo, la nube llenó la casa de Jehová. De esa manera el Dios Salvador expresó su aprobación y su presencia real entre su pueblo.

Cuando la nube de gloria brilló alrededor de Jesús en la montaña alta, el Padre le estaba demostrando su aprobación de la persona y obra de su Hijo. También mostró que mediante Cristo

estaba presente en la tierra entre su pueblo. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Ahora declara Pedro: “Vi que esas cosas sucedieron”, no para jactarse sino para demostrar la autoridad que tenía para hablar de parte de Cristo. A diferencia de los propagadores de ideas inventadas, él había sido un testigo ocular.

Pedro fue además un testigo auricular. Vio la gloria; también escuchó la voz. En tres ocasiones diferentes durante el ministerio de Cristo, la voz del Padre había resonado sobre su amado Hijo: una vez en el bautismo en el Jordán, donde Juan el Bautista lo ungió para su trabajo como Salvador; otra vez durante la Semana Santa, cuando el Padre confirmó que la obra de Cristo le estaba en realidad dando gloria; y en el monte alto en el norte, frente a tres discípulos aterrados y dos grandes profetas del Antiguo Testamento, Moisés y Elías. La gloria y la voz proclamaron contundente el amor del Padre, su aprobación, su complacencia, y fortalecieron inmensamente a Cristo en su determinación de ir a la cruz por la humanidad.

También se fortaleció la seguridad de los testigos oculares. La fe de los discípulos en Cristo algunas veces tambaleaba, como la nuestra, porque nos decepcionamos con la forma sutil y escondida en que viene Jesús. El pesebre, la cruz, el bautismo y la Santa Cena prometen el Cristo victorioso por la fe, no por la vista. Sin embargo, Pedro sí vio y oyó una vez. Nunca lo olvidó, y no quiere que sus amigos lo olviden tampoco. Quiere que crezcan en la certeza de lo que creen. Jesús es verdaderamente quien dice ser; en realidad hizo lo que dijo que haría; y realmente da lo que dijo que daría.

¹⁹ Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.

Aquí hay un párrafo que es a la vez poderoso y un poco extraño, el final del gran argumento de Pedro sobre la seguridad y la autoridad. Hay dos razones por las que los cristianos de Asia Menor están establecidos con firmeza en la verdad que tienen ahora (versículo 12): el testimonio verbal de los apóstoles que eran testigos oculares y la palabra de los profetas.

La palabra *profeta* en las Escrituras puede significar al menos cuatro cosas. En su sentido más amplio, significa sencillamente alguien que habla por Dios. Todos los creyentes pueden (y deben) hacerlo. Sabemos lo que Dios ha dicho y hecho, y cuando transmitimos esa palabra para edificar a otros en su fe, estamos profetizando. Pedro le había explicado a la multitud en Jerusalén en el día de Pentecostés que un rasgo de la vida del Nuevo Testamento es que todo el pueblo de Dios, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, “profetizarán”, alabarán a Dios públicamente y proclamarán sus obras maravillosas. En 1 Corintios, Pablo escribe mucho sobre los gozos y los problemas en la forma en que se dieron esos testimonios públicos.

En el sentido estricto, los profetas eran personas que Dios escogió para un ministerio especial y a menudo les dio poderes milagrosos especiales para reforzar su mensaje. Con frecuencia en su divino mensaje incluyeron las predicciones del futuro dadas por Dios (lo que probablemente es la interpretación más común de la palabra *profecía* en el habla moderna). Los profetas en este sentido, tan distintos de los creyentes “ordinarios”, recibieron mensajes directamente de Dios y se les otorgó autoridad especial. Había profetas en los tiempos del Nuevo Testamento: Ana (Lucas 2:36), Agabo (Hechos 11:28; 21:10), Judas y Silas (Hechos 15:32), los profetas de Antioquía (Hechos 13:1), y las cuatro hijas de Felipe (Hechos 21:9).

Sin embargo, el término *profeta* se usa más comúnmente en la Biblia para referirse a los mensajeros especiales de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento. Algunos mensajes tenían el propósito de ser dichos sólo a ciertas personas en tiempos limitados; esos mensajes dados por Dios han desaparecido. De

algunos profetas tan sólo sabemos los nombres, y de otros no sabemos ni eso; de cada uno se dice que es “hombre de Dios”. Otros mensajes orales nos han llegado a nosotros en forma resumida, como ocurre con los relatos de la predicación poderosa de Elías y Eliseo en 1 y 2 Reyes. Los estadistas Moisés y David son llamados profetas. Finalmente, los 16 hombres cuyos mensajes Dios hizo que se escribieran y se incorporaran en las Sagradas Escrituras son especialmente notables, los profetas del Antiguo Testamento de los libros de Isaías a Malaquías.

Ahora, de todas esas capas de significados que hay detrás de la palabra *profeta*, ¿a cuál se refiere Pedro en el versículo 19? Es un versículo difícil. Hay dos formas de entender su punto acerca de “más segura”. La primera forma sería que la experiencia del testimonio presencial de Pedro en el monte de la Transfiguración cumple, confirma, y para decirlo así, hace más segura la palabra de Dios del Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías. El contraste está entre el Nuevo Testamento y el Antiguo Testamento; el testimonio de los apóstoles en el Nuevo Testamento hace al Antiguo Testamento más seguro, y juntos forman una base sólida e inquebrantable para nuestra fe.

Hay otra forma de entender el versículo 19, y también tiene sentido. Consiste en ver el versículo 19 como un contraste entre los muchos mensajes *hablados* y sermones de la era apostólica y los mensajes *escritos* de las Sagradas Escrituras. Esta opinión tiene mérito también. Una traducción más literal del versículo 19 sería: “Y nosotros tenemos, más segura, la palabra profética”. Según esta manera de entenderlo, Pedro estaría dirigiendo a los cristianos confusos a las verdades eternas y a la roca justa de las Escrituras escritas. En una época en la que mucha gente afirmaba que hablaba por Dios, era tranquilizador saber que había una fuente de información y autoridad espiritual escrita e inquebrantable.

Satanás es el príncipe de las tinieblas, y todos los que trabajan para él, a sabiendas o sin saberlo, extienden sus tinieblas. En la oscuridad de Satanás algunas personas se enorgullecen de su propia bondad, son hostiles a la idea de que necesitan un Salvador

y están satisfechas de que pueden comprender qué es bueno y qué es malo por ellas mismas. En las tinieblas algunas personas sienten desesperación y temor, sabiendo que son malvadas, pero sin saber que tienen un Salvador. Y a otras personas simplemente no les interesan los asuntos espirituales; la indiferencia reina en su corazón. Como los animales, su principal preocupación es satisfacer sus apetitos. Satanás usa a los falsos maestros para empujar a los cristianos a esas tinieblas.

La Escritura de Dios nunca mentirá; es absolutamente fiable; podemos poner nuestra vida allí. La mejor forma para que los cristianos crezcan en la seguridad de lo que creen es regresar a la palabra escrita de Dios. Los horrores que proceden de las puertas del infierno no pueden prevalecer contra el evangelio de Cristo. Pedro dice que la palabra de Dios es una lámpara que ilumina en un lugar oscuro. Ese lugar oscuro está dentro de nosotros, en nuestra mente y corazón. Hacemos bien en prestar atención a esa Palabra, porque sólo ella hace retroceder la oscuridad y la confusión del infierno.

Cuando la Palabra obra, la mañana alborea y la noche se desvanece. La carta de Pedro se añadirá pronto a la colección de la Escritura, y mediante el milagro de la palabra de Dios, todos los lectores pueden experimentar la transfiguración con Pedro, Santiago y Juan. La gloria de Cristo que resplandeció y la gloria majestuosa del Padre ahora resplandecen sobre nosotros. La espera tan larga de la raza humana por un Salvador ha terminado; el día de gracia está amaneciendo. Como Zacarías, extasiado por esta demostración de la fidelidad de Dios, le dijo a su hijo nacido por milagro, Juan (el Bautista):

para dar conocimiento de salvación a su pueblo,
para perdón de sus pecados,
por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
con que nos visitó desde lo alto la aurora,
para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de
muerte,

para encaminar nuestros pies por camino de paz
(Lucas 1:77-79).

En la astronomía popular, al planeta Venus algunas veces se le da el nombre de estrella de la mañana. Por supuesto, no es una estrella. Sin embargo, capta y refleja los rayos del sol, justo antes del amanecer, y su luz es una señal segura de que la noche se va alejando y el día se acerca. A Jesucristo se le da el nombre de estrella resplandeciente de la mañana en Apocalipsis 22:16. Su venida a nuestro mundo indica que el poder de la noche de pecado, enfermedad, muerte e infierno ha sido quebrantado y pronto terminará. Su Palabra refleja su luz. Su pueblo espera con ansia la revelación plena del Hijo de Dios cuando regrese para llevarnos a casa.

²⁰ Pero ante todo entended que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, ²¹ porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

A mediados de los 60 d.C., aún no existía el Nuevo Testamento completo. Cuando Pedro habla de obras proféticas, probablemente está pensando en la Biblia que conocía, es decir, los libros del Antiguo Testamento. Pero lo que escribe en los versículos 20 y 21 acerca del origen y la confiabilidad de las obras proféticas se aplica muy bien a sus dos cartas, a las de Pablo, a las de Juan, Santiago y Judas, a los cuatro evangelios y al libro de los Hechos, a Hebreos y a Apocalipsis. En unas cuantas generaciones, estas obras serían recopiladas como el Nuevo Testamento.

“Ante todo”, dice Pedro. ¡*Ante todo!* Cada persona sobre la tierra que desea conocer algo acerca de su Creador debe buscar una fuente de información: ¿qué dice y qué hace Dios, y cómo lo puedo saber con seguridad? Los falsos maestros que se estaban infiltrando en las congregaciones de Asia Menor estaban

explotando a la gente “con palabras fingidas” (2:3). Con la motivación de la codicia, el poder, el control, la adulación o lo que sea, los falsos maestros quieren reemplazar la palabra de Dios con la de ellos, a la autoridad de Dios con la de ellos.

Los hombres han creado leyes y enseñanzas que le han causado un daño tremendo a la fe y a la vida de las personas a través de los años. La imaginación humana es interminablemente rica en ideas que se imponen a los que no son creyentes y a los inmaduros. José Smith soñó una extraña mitología en Nueva York a principios del siglo XIX, y la organización mormona de hoy, formada de muchos millones de miembros, es el resultado. Las ideas que el hombre inventa como el purgatorio, la oración a los “santos” en el cielo y la legitimación del estilo de vida homosexual sólo aleja a la gente de Cristo.

Pedro quiso que sus lectores supieran que el fundamento sólido de las Escrituras hizo aún más firme el testimonio de los testigos oculares. Ninguno de los autores de las Escrituras tuvo que aportar su propio material. El Señor Dios lo proporcionó y controló su contenido, usando el vocabulario único, el estilo y la situación en la vida de los propios profetas. La verdadera profecía nunca tuvo su origen ni interpretación en la voluntad del hombre. Entonces, ¿de dónde recibieron los profetas la información? “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”

A este proceso se le llama inspiración; eso significa que la tercera persona de la Santa Trinidad hace suya la tarea de darle información de Dios al ser humano elegido (el profeta), haciendo que la persona escriba y supervisando el contenido para que el producto final sean las palabras de Dios mismo. Pablo le esto escribió a Timoteo: “*Toda* la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16), haciendo un juego de palabras con la palabra griega *pneuma*, que significa “Espíritu” y “soplo”. El soplo de Dios, como si nos estuviera hablando en voz alta, sale de cada página de las Sagradas Escrituras. ¡Podemos depender de ellas para nuestra vida! ¡Debemos prestarles atención!

PARTE CUATRO

Cuidense de los falsos maestros

(2:1-22)

Ahora Pedro trata el asunto penoso y grave de los falsos maestros. El segundo capítulo de su carta es largo, una ráfaga furiosa contra esos destructores de la fe. Es un escrito poco usual. Como se dijo antes, parece como si Pedro hubiera tomado algunas frases de la carta de Judas. La escritura no es lineal sino circular; en lugar de ir de un tema a otro, el hilo del pensamiento da vueltas y vuelve sobre sus pasos.

El capítulo es de naturaleza general, no es muy específico. Pedro no menciona nombres de los falsos maestros ni las falsas enseñanzas. No menciona congregaciones individuales ni pastores. La intensa imagen que pinta es muy compleja, seguramente ni siquiera al más flagrante de los falsos maestros se le podría atribuir cada una de las críticas de Pedro. No hay amonestaciones a los lectores para que vigilen o vayan al ataque. El objetivo principal de Pedro es describir la corrupción interna de las personas que dicen las mentiras de Satanás en el nombre de Dios, para anunciar la ira temible de Dios y el juicio seguro sobre ellas, y para prometerles protección a todos los que permanezcan fieles a la palabra de Dios.

Entonces, ¿cuál es el punto de Pedro?

1. *Los falsos maestros vendrán con seguridad.* Satanás tratará de arruinar la iglesia no sólo asaltándola desde afuera, con persecución y oposición del gobierno, sino pudriendo la iglesia desde adentro. Los falsos maestros con frecuencia usan terminología cómoda, tradicional; por lo general, no dan a conocer que están subvirtiendo la Biblia. Como trabajan dentro de la estructura de la iglesia, pueden ganar muchos seguidores. Nunca es seguro determinar la verdad con base en el número de partidarios de una idea en particular.

2. *Los falsos maestros tienen ciertas características.* Pedro menciona algunas en términos generales.

- Niegan al Señor soberano que los compró.
- Presentan sus propios pensamientos como la palabra de Dios.
- Desprecian y rechazan la autoridad.
- Prometen libertad, pero esto resulta sólo en esclavitud.
- Blasfeman las “glorias” (hay más sobre esto en esta carta).
- Ocultan una vida personal obscena y corrupta: adulterio, codicia, materialismo.

3. *Los falsos maestros les hacen daño a otras personas.* Hacen que el camino de la verdad parezca malo. Arrastran otra vez a la incredulidad a personas que recientemente han sido salvadas. Sus herejías no son sólo opiniones diferentes inocuas, sino que destruyen. Alejan a la gente de Cristo.

4. *Los falsos maestros están podridos por dentro.* El Espíritu del Señor que habló por medio de Pedro podía ver el corazón de esa gente y revelar lo que estaba allí. Nosotros no podemos leer la mente ni el corazón de otros, pero Dios sí puede. Pedro dice que la motivación de los falsos maestros no es el deseo serio de la verdad sino más bien la codicia, la arrogancia, los deseos corruptos, amor al dinero y a su placer.

5. *Dios conoce la verdad sobre los falsos maestros.* Pedro dice lo que piensa Dios de ellos: no son profetas verdaderos sino falsos; desprecian la autoridad; son atrevidos, contumaces, codiciosos, amantes del placer, animales irracionales, generación maldita, son vanos, arrogantes, corruptos y blasfemos.

6. *Los juicios y castigos de Dios son seguros.* Puede parecer como si los falsos maestros salieran impunes y tuvieran éxito mintiendo en el nombre de Dios. No es así. Dios dice que su destrucción es segura y será muy veloz y repentina. Dios se encargará de eso, como lo hizo con el diablo y sus ángeles rebeldes, con la gente de la época del diluvio y con Sodoma y

Gomorra. Habrá justicia al final. Los falsos maestros perecerán como bestias, en oscuridad absoluta.

7. *Dios rescatará a los fieles.* Dios rescatará a los creyentes de ese peligro como lo hizo cuando rescató a Noé de la destrucción del agua y a Lot de la destrucción del fuego.

2 Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. ² Y muchos seguirán su libertinaje, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado. ³ Llevados por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya hace tiempo la condenación los amenaza y la perdición los espera.

No es suficiente que los cristianos crezcan en el aprecio por la maravillosa palabra de Dios que los apóstoles y los profetas nos trajeron; también es necesario crecer en el conocimiento de la presencia y el peligro de los falsos maestros que afligirán la iglesia hasta que Jesús regrese. De hecho, nadie puede decir que está siguiendo completamente la verdad a menos que también rechace las mentiras. La vida cristiana sería mucho más sencilla si todos los enemigos fueran de afuera y la vida en nuestras congregaciones y escuelas fuera tranquila y pura. Lamentablemente, las Escrituras nos enseñan que el peor daño para la fe y la vida de la gente viene con frecuencia de la corrupción interna.

En Apocalipsis capítulo 13, Juan describe las agresiones contra los creyentes que provienen de poderes externos como “la bestia del mar”. Pero había una “bestia de la tierra” también: líderes y maestros podridos espiritualmente que llevan a cabo el trabajo sucio de Satanás aquí mismo entre nosotros. Esos peligros son mucho más difíciles de reconocer, y eso los hace todavía más terribles. Los falsos maestros pueden tener una personalidad agradable y ser amables, pueden estar bien vestidos, ennoblecidos

con títulos universitarios, y hasta con formación de seminario, pero si dejan la segura roca de la palabra de Dios por la especulación humana atractiva, “[haciendo] mercadería de vosotros con palabras fingidas”, son tan peligrosos para la fe de ustedes como una víbora de pantano.

En estos días es de muy mal gusto criticar las creencias de otros; se cree que la verdad es relativa, es decir, que las creencias de los demás son tan buenas como las de cualquiera. Cada persona puede decidir lo que es verdad *para ella*. Porque se avergüenzan del fanatismo y las persecuciones que han manchado la historia del cristianismo, las personas han ido en la dirección opuesta. No se pueden criticar las creencias o la posición confesional de una persona, así como no se puede criticar a alguien por preferir cierto restaurante. Todo depende del gusto personal. Pero, ¿qué dice *Dios*?

Los falsos profetas acosaron a la gente de Israel en toda la historia. El rey Acab tenía cuatrocientos “profetas” que le decían lo que él quería escuchar (1 Reyes 22:6). El problema estaba en que el consejo de esos profetas contradecía directamente la palabra de Micaías, el profeta verdadero del Señor en esa época. A veces esos “profetas” les aconsejaron a las personas que rechazaran al Señor por completo y en lugar de eso las llevaron a adorar a Baal, Moloc, Quemos y otros dioses hechos por el hombre en las naciones vecinas. A veces promovían la mezcla de la idolatría con la verdad.

El Nuevo Testamento relata con tristeza infiltraciones ya en la primera generación de la iglesia. Himeneo y Fileto destruyeron la fe de algunos (2 Timoteo 2:17); Alejandro el calderero le hizo un gran daño a Pablo (2 Timoteo 4:14); y los nicolaítas hicieron que mucha gente se descarriara (Apocalipsis 2:6,15). En realidad, no importa si sus intenciones eran nobles o egoístas; el efecto es el mismo de cualquier forma. La gente que se aparta de la Palabra también se apartará de su Salvador. La ironía amarga es que los mismos falsos maestros tenían un Salvador en Cristo y lo rechazaron: “[negaron] al Señor *que los rescató*”.

Pedro hace dos predicciones lamentables: (1) las falsas enseñanzas harán que muchos se descarrién, y (2) la vida inmoral de los líderes malos harán ver mal a Cristo y a la fe cristiana. Eso es tan cierto en los casos famosos y públicos de inmoralidad (tales como Jimmy Swaggart o Jim Bakker) como lo es en un líder cristiano del que se sabe en su comunidad que maltrata a sus hijos y descuida a su esposa.

Las herejías algunas veces son pequeñas: reglas hechas por los hombres respecto al vestido personal, la música o la comida. ¡Pero Pedro dice que la iglesia del Nuevo Testamento debía esperar que algunos líderes de la iglesia atacaran el señorío del mismo Cristo! Pablo escribió en 1 Corintios capítulo 15 que en Corinto algunos estaban enseñando que no había tal cosa como la resurrección del cuerpo. ¡Imagínense cómo le quita eso el fundamento al evangelio! No sabemos específicamente lo que sucedía en la antigua Asia Menor, pero podemos ver con seguridad lo que ocurre hoy. Por ejemplo, el “Seminario de Jesús” niega la soberanía del Señor. Esos teólogos “cristianos” interconfesionales someten a votación cuáles pasajes bíblicos de los cuatro evangelios creen que realmente puedan ser verdaderos. Como es de esperar, piensan que casi ninguna de las palabras ni de las obras de Jesús se pueden considerar como objetivas, como historia real. Esa actitud escéptica penetra filtra en el pensamiento de los estudiantes a quienes les enseñan, causando que los falsos maestros atraigan muchísimos seguidores (versículo 2).

A Jesús, el soberano Señor, lo niegan decenas de miles de misioneros mormones que caminan por las calles del mundo. Niegan su lugar legítimo en la Santa Trinidad y niegan su don gratuito de salvación por la sola gracia. Al soberano Señor también lo niegan los profesores de religión que ridiculizan la idea de la expiación por la sangre, y ven a Jesús sólo como un gran maestro moral. Lo niegan los líderes que quieren mostrarse tan tolerantes e imparciales, que son incapaces de declarar que una idea religiosa está equivocada. Las parejas de testigos de Jehová que distribuyen su literatura de la Atalaya también lo niegan; cuando mucho dirán

que Jesús es “un dios”, pero de ninguna manera le rinden culto ni lo adoran. Los cristianos fieles se preguntan gimiendo: ¿Por qué les permite Dios que sigan en eso? ¿Por qué no les pasa nada malo? ¿Cómo es posible que su organización haya crecido tanto? Pedro les asegura a sus lectores que Dios ya ha pronunciado su condenación y que serán castigados a su debido tiempo, en el tiempo de Dios, por el daño que han causado.

⁴ Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio. ⁵ Tampoco perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, y trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos. ⁶ También condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente. ⁷ Pero libró al justo Lot, abrumado por la conducta perversa de los malvados, ⁸ (pues este justo, que habitaba entre ellos, afligía cada día su alma justa viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos).

⁹ El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio;

Los niños necesitan una estructura previsible en su vida. Deben saber que la maldad se castiga y lo bueno se premia, y se sienten preocupados si los malhechores salen impunes de su maldad. Los cristianos temerosos, al ver que los falsos maestros corrompen la fe de la gente, pueden llegar a la conclusión de que Dios ha perdido el interés en su iglesia o que ha perdido su capacidad de protegerla.

Debido a que tenemos esos temores, Pedro nos recuerda tres historias del Antiguo Testamento que muestran la justicia de Dios que llega lenta pero segura, así como él libera en el momento oportuno de los creyentes fieles.

Ejemplo 1: los ángeles malvados. La mitología popular imagina que los demonios del infierno andan corriendo por el universo y gozando de sus maldades. La realidad es que mientras los dedos de los demonios pueden estar trabajando en el mundo, sus tobillos están encadenados al infierno, un calabozo sombrío. Y Satanás no es el rey del infierno, señoreando sobre los condenados. Él es el prisionero No. 000-000-001 y será el primero en tocar el lago de azufre ardiente.

Ejemplo 2: el gran diluvio. El arca y las parejas de animales han sido la inspiración de lindos juguetes para los niños y de empapelados para los dormitorios de los niños. Pero la terrible realidad es que la enorme cantidad de agua se precipitó desde abajo y desde arriba ahogó a casi toda la raza humana. Cualquiera que hubiera escuchado los clamores angustiados de los impíos entre las aguas no tendría ninguna duda de que Dios toma muy en serio a su Palabra y la lleva a cabo con consecuencias reales.

Ejemplo 3: Sodoma y Gomorra. Cualquiera que visite hoy el área no puede comprender por qué Lot la quiso como tierra de labranza o de pastoreo. La palabra *fértil* no se puede usar para describir ningún suelo de la parte meridional del mar Muerto. No sólo quemó Dios las ciudades por la gran maldad de sus habitantes, sino que golpeó la región tan fuerte que parte de ella ahora está bajo agua. Ahora es en realidad el punto más profundo de la faz de la tierra (unos 400 m por debajo del nivel del mar). En ese lugar no crece nada; los animales no pueden vivir ahí. ¡La lluvia de fuego fue tan intensa que Abraham pudo ver la nube de humo desde Hebrón, a 50 km!

Sin embargo, Dios se acordó de los justos Noé y Lot, y los salvó. Aquí hay varias cosas dignas de mención. Primero, los dos eran voces solitarias que anunciaban al Señor y su verdad, y aun cuando parecía que nadie los escuchaba, ellos no renunciaron a su fe. Segundo, Dios supo cómo rescatarlos aun cuando sus mundos se venían abajo. Ni el oleaje de las aguas ni la lluvia de fuego les hizo daño. Tercero, Dios dice que son justos, aunque los dos eran imperfectos, personas pecadoras (como ustedes y yo). Génesis,

capítulo 9, registra la triste historia de la embriaguez y la desnudez de Noé; el capítulo 19 menciona el ofrecimiento increíble que hizo Lot de sus hijas a una turba de violadores que estaban afuera de su puerta, y también su negativa a dejar a su querida, hermosa Sodoma. A pesar de nuestro pecado, somos contados como justos por la fe en Cristo nuestro Salvador, y nosotros también podemos reclamar las promesas de protección y liberación de Dios cuando venga en el día del juicio.

Pedro nos exhorta a captar la conclusión (versículo 9): “El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio”.

¹⁰ y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en placeres e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y obstinados, no temen decir mal de los poderes superiores, ¹¹ mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en poder, no pronuncian juicio de maldición contra ellos delante del Señor.

¹² Esos hombres, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición,

Un tema clave que hace que esos falsos maestros sean tan corruptos y peligrosos es que desprecian la autoridad y les enseñan a otros a despreciarla también. Esa actitud pernicioso es el centro de todo pecado humano, y fue también el centro de la rebelión original de Satanás. Satanás, que fue una vez un ángel de la luz, quiso deshacerse de la autoridad de Dios sobre él y ser como Dios. Persuadió a Eva para que hiciera lo mismo. En toda la historia, Satanás ha tentado a la gente para que evada o rechace rotundamente la Biblia como la palabra autorizada de Dios. Y cuando alguien no tiene que someterse a la Biblia, la sumisión a Dios se deteriora, porque la Biblia es la única fuente de información confiable de lo que Dios quiere de nosotros. La autoridad de los profetas y de los apóstoles se desvanece. El

liderazgo de la iglesia viene a ser político, deja de ser una dirección espiritual. El desprecio a la autoridad del gobierno está de moda. El liderazgo en el hogar también sufre cuando los hombres con debilidad espiritual no quieren dirigir, y las mujeres con debilidad espiritual no quieren seguir.

El pecado básico que hay dentro de los pecadores es que nos queremos liberar de la jurisdicción de Dios y declarar nuestra independencia, ser nuestro propio dios. Una forma en que esto ocurre es hablar con insultos y blasfemias de cualquiera que tenga autoridad sobre nosotros. Pedro dice en el versículo 10 que esos falsos maestros no tienen miedo de calumniar las “poderes superiores”. Ésa es una forma oscura pero aceptable de traducir un versículo difícil en griego; la idea es que se burlan de la importancia de los ángeles (potestades superiores) en los planes y la obra de Dios.

No obstante, una traducción más literal del versículo 10 dice: “Audaces, voluntariosos, no temen blasfemar las glorias”. La palabra *gloria* o *glorias* se podría referir a Dios, no a los ángeles. Entonces, el punto de Pedro podría ser que esos maestros, al librarse de toda autoridad, hasta ridiculizan las glorias de Dios y se burlan de la idea de sumisión humana humilde ante su Palabra. En contraste, sin embargo, los ángeles buenos en el cielo son tan respetuosos que no hablan con insultos ni siquiera de los falsos maestros que con justicia se lo merecen. Se contentan con que el Señor los juzgue y los condene. ¡Y sí lo hará! Dios habla muy en serio en cuanto a la gente que distorsiona su Palabra; vea por ejemplo las terribles maldiciones que él pronuncia en Apocalipsis 22:18,19 sobre todo el que le añada o le quite a su mensaje bíblico.

¹³recibiendo la recompensa de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Éstos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros se recrean en sus errores. ¹⁴Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia y son

hijos de maldición. ¹⁵ Han dejado el camino recto y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad ¹⁶ y fue reprendido por su iniquidad, pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta.

Los cristianos que se esfuerzan en poner la otra mejilla y en amar a sus enemigos algunas veces se sienten incómodos con que Dios castigue duramente a sus enemigos. Algunos de los salmos hasta nos dirigen a orar para que Dios venga su nombre y su pueblo afligido. Es claro que las almas de los mártires en el cielo están orando por eso (Apocalipsis 6:9-11). Nos estremecemos porque sabemos cuán imperfecta es la justicia humana; en los tribunales, la evidencia se puede corromper, usarla para culpar injustamente a un acusado, o interpretarla mal. Los testigos pueden mentir, los abogados pueden estar más interesados en su carrera que en la verdad. Los jueces y los jurados se pueden equivocar. Pero no debemos temer la justicia de Dios, será perfecta.

Debemos entender la ira de Dios. Para la gente pecadora Cristo Jesús es el único camino para unirse al compañerismo amoroso de un Dios justo y recto. Ya es bastante malo que una persona rechace a Cristo, pero al menos sólo se está destruyendo a sí misma. Cuando la gente que está buscando a Dios acude a la iglesia y busca protección en su compañerismo y educación espiritual en sus enseñanzas, eso pone una responsabilidad especial a los que lideran la iglesia para alimentar a esas personas, no hacerlas pasar hambre ni envenenarlas.

No hay intrínsecamente nada malo en comer, beber, en el sexo ni en el dinero. Usados con moderación y de acuerdo a la voluntad de Dios, todos son regalos amorosos de Dios. Pero cuando los cristianos los utilizan mal y lo hacen en forma flagrante y pública, con su actitud humillan a Cristo y colman de vergüenza al evangelio. Los líderes “cristianos” que llevan una vida lujosa, que andan de juerga y se embriagan, y cometen adulterio son “hijos de maldición”. Dan el ejemplo; le dan permiso a la gente para que

cedan a sus deseos pecaminosos y digan que su relación con Dios está bien. Piensen en el daño que se le hizo al honor y a la credibilidad del movimiento a favor de los derechos civiles por causa de las historias difundidas sobre la inmoralidad sexual cometida por algunos de sus máximos líderes. Piensen en cómo los burlones y escépticos se sintieron satisfechos y asintieron cuando el presidente de una denominación cristiana con muchos millones de miembros fue declarado culpable de fraude y malversación con su amante.

Cuando los líderes usan su liderazgo como un medio para enriquecerse, son tan malos como el profeta Balaam (Números 22–25), que quería lanzar una maldición sobre los israelitas por dinero, a pesar de que sabía que Dios los quería bendecir. Su propia asna, con el milagro que el Señor le dio de hablar, era más sabia que él y lo protegió de algunas de sus locuras. Balaam sí llevó un desastre a Israel, aunque no fue por la hechicería; les aconsejó a las mujeres moabitas que usaran la tentación sexual para que los hombres israelitas cometieran adulterio y así adoraran a los dioses moabitas. Veinticuatro mil israelitas murieron por una plaga que Dios les envió.

¹⁷ Esos hombres son fuentes sin agua y nubes empujadas por la tormenta, para quienes la más densa oscuridad está reservada para siempre. ¹⁸ Hablando palabras infladas y vanas, seducen con pasiones de la carne y vicios a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. ¹⁹ Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción, pues el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.

Las fuentes sin agua son peores que cuando no hay fuentes, porque dan la ilusión de agua. Engañan a la gente para que pasen tiempo allí, pero no pueden satisfacer su sed con el agua que da vida. Para las personas que destruyen la fe de otros, según Jesús, sería preferible que los montes cayeran encima de ellas y los

collados las cubrieran en vez de experimentar la ira de Dios (Lucas 23:30). Pedro menciona aquí sólo las tinieblas absolutas e interminables del infierno. Es muy lamentable que los falsos maestros arruinen su propia fe; pero al aprovechar la debilidad pecaminosa de los que están a su cuidado, los falsos maestros alejan a la gente de Cristo y hacen que regresen a la incredulidad. Al prometerles libertad de las leyes “opresivas e infantiles” de Dios, como Satanás lo hizo a Eva, ellos los empujan otra vez a la esclavitud de la depravación.

²⁰ Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su último estado viene a ser peor que el primero.

²¹ Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. ²² Pero les ha acontecido lo que con verdad dice el proverbio: «El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.»

Algunos cristianos han entendido mal las promesas que le hace Jesús a su pueblo y han llegado a la conclusión de que, una vez que son salvos, siempre lo serán; es decir, una vez que se hacen creyentes, no pueden alejarse nunca. Por su parte, Jesús jamás permitirá que nadie sea arrancado de sus brazos, pero nos dejará que saltemos si insistimos. El versículo 20 dice que algunos falsos maestros fueron una vez cristianos, pero se cansaron del mensaje y regresaron a la incredulidad. Habían conocido al Señor Jesucristo y habían escapado de la corrupción del mundo, pero quisieron regresar a esa corrupción. ¡Qué terrible!

Ahora el juicio será aun más duro, ya que ellos sabían la verdad pero la despreciaron. Uno de nuestros grandes maestros del sínodo dijo una vez: “Dios tiene una paciencia infinita con la gente que quebranta sus mandamientos, pero no permitirá que su

evangelio sea despreciado.” Como Jesús lo dijo: “Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco” (Lucas 12:47,48).

Pedro termina su crítica en contra de los falsos maestros con una reflexión triste y sobria sobre la capacidad humana para la tontería. Compara al que abandona a Cristo y la fe cristiana con un puerco lavado que regresa al lodo, o peor, con un perro que ha vomitado y regresa a olfatear y volver a comer su vómito.

Es triste decirlo, pero las sombrías predicciones de Pedro para Asia Menor de una iglesia infiltrada por falsos maestros se cumplieron repetidamente. El historiador Roland Bainton dice: “El oriente, con su intelectualismo persistente, fue un suelo fértil para el crecimiento de las herejías.” A los griegos les agradaba el aprendizaje y el debate, y su lenguaje era complejo, capaz de muchos matices y sutilezas. Así que no es de sorprender que el maligno quisiera explotar esas características para su propia meta mortal de confusión y dispersión de las ovejas.

En los años que siguieron a las dos cartas de Pedro, la iglesia de Asia Menor experimentó un rápido crecimiento. En el siglo II había congregaciones esparcidas por todo el territorio de lo que hoy es Turquía. Pero su unidad de fe y práctica pronto se vio resquebrajada por una oleada tras otra de enseñanzas falsas.

Los primeros ataques de Satanás tenían el propósito de socavar la confianza de los cristianos en las Escrituras como la fuente de absoluta autoridad para su fe. Surgió una tendencia no muy bien organizada pero mortífera de falsas enseñanzas llamada *gnosticismo*. Entre los líderes del movimiento gnóstico estaba Marción, que había nacido en la ciudad costera de Sínope en el mar Negro. Marción y otros falsos maestros tales como Cerinto y Basílides enseñaban que había un vasto nivel de conocimiento al que los cristianos adelantados podían aspirar, información que iba mucho más allá del “nivel principiante” de la Biblia. Enseñaban que la materia y el cuerpo humano eran básicamente malos, que

sólo el espíritu tenía un valor duradero; negaron la validez de los sacramentos; rechazaron la mayor parte del Antiguo Testamento, incluyendo las historias de la creación en Génesis; e incorporaron toda clase de mitos paganos en sus enseñanzas. Ese movimiento atrajo a muchos cristianos ortodoxos, de la misma manera como las sectas de la ciencia ficción y el mormonismo seducen a la gente crédula con la promesa de que “hay mucho más que sólo la Biblia”. En parte, para combatir las falsas enseñanzas del gnosticismo, los conversos cristianos a la hora de bautizarse confesaban su fe con la declaración poderosa de las enseñanzas bíblicas que pronto tuvo la forma de lo que ahora llamamos el Credo Apostólico.

Otro ataque importante contra las Escrituras provino de un hombre llamado Montano de Frigia, en la parte central de Asia Menor. Él y dos mujeres, Prisca y Maximila, rechazaron la afirmación de que la Biblia es la autoridad final; enseñaron que ellos eran los vehículos personales del Espíritu Santo y que la revelación de Dios era continua. Tan convincente fue su práctica de hablar en lenguas y el movimiento *montanista* al que ellos le dieron origen, que incluso el gran maestro Tertuliano decidió adherirse a ellos.

En el siglo IV, todo el mundo cristiano oriental estaba convulsionado con discordias sobre la identidad de Dios. Arrio, un presbítero (anciano) en Alejandría en el delta del Nilo, atacó públicamente la doctrina de la Trinidad, aseverando que Cristo había tenido un principio, había sido creado de la nada, era mutable, y por lo tanto no era igual al Padre. Aunque surgió en Egipto, el *arrianismo* pronto envolvió a Asia Menor también, y por un tiempo incluso uno de los emperadores fue arriano.

A Arrio se le opuso principalmente otro egipcio, un diácono llamado Atanasio (en cuyo honor el Credo de Atanasio lleva su nombre). Dios también hizo surgir tres grandes escritores ortodoxos y líderes en Capadocia: Gregorio, obispo de Nazianzo (330-390 d.C.); Gregorio, obispo de Niza (330-394); y su hermano Basilio, obispo de Cesárea de Capadocia (329-379). Los tres se

opusieron al arrianismo, enseñando que Dios es tres personas pero de una sola sustancia. Dos grandes reuniones de jefes de la iglesia apoyaron de forma crucial las enseñanzas de la Biblia acerca del verdadero Dios: una en Nicea en 325 y otra en la capital imperial, Constantinopla (hoy Estambul), en 381. De esos dos grandes concilios vino la redacción del Credo Niceno, el cual confiesan hoy todos los cristianos verdaderos. El rechazo que hizo de Arrio de la trinidad vive hasta ahora en las enseñanzas falsas de los Testigos de Jehová.

Después, Satanás asaltó la fe de los cristianos del oriente sembrando la confusión acerca de la identidad de Jesucristo. Aunque las Escrituras son muy claras en la enseñanza de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, plenamente divino y plenamente humano al mismo tiempo, un falso maestro tras otro causó divisiones en la iglesia al distorsionar las verdades básicas de las dos naturalezas de Jesús. Un patriarca (arzobispo) de Constantinopla llamado Nestorio enseñó que las dos naturalezas de Jesús eran totalmente separadas, casi como si Jesús tuviera no sólo dos naturalezas sino dos identidades en dos personas separadas que no tuvieran ninguna unión. Es triste decirlo, pero los resentimientos habían ido creciendo entre la iglesia del imperio y los cristianos de más al oriente, en Siria y Persia, donde el nestorianismo tenía su mayor atracción. Cuando el Concilio de Éfeso en 431 rechazó *el nestorianismo*, los grupos del oriente se separaron.

Un maestro influyente llamado Pablo, de la ciudad de Samosata, situada en la frontera entre Capadocia y Armenia, enseñó que Jesús era un gran hombre, perfectamente bueno, que se hizo Cristo en su bautismo, y que fue adoptado por el Padre a su muerte (*adopcionismo*). Pablo de Samosata también tuvo muchos seguidores.

La mente especulativa griega no podía dejar de especular sobre el enigma de las dos naturalezas de Jesús. Un monje de Constantinopla llamado Eutiques, así como Julián de Halicarnaso

en el sudoeste de Asia Menor y otros, enseñaron que Jesús era realmente sólo divino. La idea de que Jesús tenía una naturaleza nada más (*monofisismo*) se extendió entre los cristianos en Egipto (coptos), Etiopía y Armenia, tanto como entre los sirios que no eran todavía nestorianos. La humanidad plena de Jesús fue completamente afirmada, sin embargo, en el importante Concilio de Calcedonia en Asia Menor en 451, y esa opinión prevaleció en la mayor parte de la cristiandad.

Por la gracia de Dios, las falsas enseñanzas del gnosticismo, montanismo, arrianismo, nestorianismo, adopcionismo y monofisismo, aunque desviaron a muchos por un tiempo, no prevalecieron en la iglesia en general. Ésas no son sólo trivialidades religiosas para teólogos ociosos que no tienen nada que hacer, son enseñanzas de vida y muerte. Nuestra salvación depende de un Salvador que es plenamente humano, que puede servir como sustituto de ustedes y de mí bajo la ley de Dios, y sufrir la ira de Dios con un sufrimiento humano real, pero que también es plenamente Dios, cuya sangre puede cubrir a un mundo de pecadores, pecadores del pasado, del presente y del futuro.

Aunque estos cismas enconados fueron muy malos para los cristianos de Asia Menor, iban a aparecer otros peores. Después de la muerte de un líder religioso árabe llamado Mahoma en 632, sus seguidores musulmanes salieron del desierto, determinados a unir a todos los árabes en una sola nación, bajo la bandera del Islam. Esos ejércitos cogieron a los cristianos en una etapa de debilidad y desorganización, y los musulmanes triunfaron en la batalla de Yarmuk en 636. Para el año 648 toda Arabia, Siria, Mesopotamia, Egipto y Palestina (incluyendo Jerusalén) estaba controlada por los musulmanes, y la presencia cristiana empezó a disminuir. Para 717, los árabes eran lo suficientemente fuertes para asaltar la capital de Constantinopla, aunque ese ataque fracasó. Para 1071, en la batalla de Manzikert en el oriente de Anatolia, los cristianos bizantinos perdieron el control de Asia Menor y tuvieron que retirarse al pequeño territorio que todavía poseían en

Europa, dejando así la gran masa de tierra de Asia Menor a la invasión y colonización de musulmanes turcos. Constantinopla misma finalmente cayó en 1453, y hoy Turquía es 98 por ciento musulmana, con sólo una diminuta presencia cristiana.

Prepárense cada vez más para el juicio final (3:1-16)

Después de la crítica en contra de los falsos maestros que hace en el capítulo 2, Pedro regresa a los dos temas anteriores de respetar el mensaje profético y apostólico y de vivir la fe propia. Una vez más, reprende a sus “amados” por su amnesia espiritual y les recuerda las cosas que en un tiempo conocían bien.

3 Amados, ésta es la segunda carta que os escribo. En ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, ² para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador, dado por vuestros apóstoles.

El objetivo de Satanás es confundir a los cristianos. Quiere que dudemos del amor de Dios, que minimicemos el pecado; que nos dejemos llevar por la suficiencia, la desesperación y la indiferencia (la que surta mejor efecto para sus propósitos malvados); que seamos más descuidados y mundanos en nuestra vida diaria; que amemos la basura y dejemos de lado el tesoro; que desatendamos las relaciones importantes y nos quedemos avergonzados y en silencio en nuestro testimonio. El objetivo de Cristo es restablecer en nuestra mente un “limpio entendimiento”. Cuando Pedro les quiso restablecer la mente, ¿a dónde los dirigió? ¡Otra vez, a la Palabra! Escuchen cuando su Dios les hable mediante sus profetas (Antiguo Testamento) y apóstoles (Nuevo Testamento, de los cuales Pedro era uno). La carta que estaban leyendo los cristianos no era sólo un pequeño memorándum de oficina con algunas sugerencias. Es el mensaje de Dios. Su Palabra es la única fuente

de *verdad*, absolutamente confiable, y además es una fuente interminable de *poder* espiritual.

³ Sabed ante todo que en los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones ⁴ y diciendo: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.»

⁵ Estos ignoran voluntariamente que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, ⁶ por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.

⁷ Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

Los “últimos días” del versículo 3 no sólo son las 48 horas inmediatamente antes del regreso de Cristo. Esta es una de las frases que aparecen en el Nuevo Testamento para referirse a todo el tiempo entre la primera venida de Cristo y su venida final. Lamentablemente, la iglesia siempre tendrá infiltrados, algunos muy influyentes, que en realidad negarán que Dios se relacione con el mundo.

Una variación de esta terrible mentira es el deísmo, la filosofía de Thomas Jefferson y otros líderes políticos estadounidenses. Jefferson creyó en la creación, pero no mucho más. En su opinión, el dios creador distante formó el mundo, le dio cuerda como a un reloj gigante y ahora lo deja que gire por sí solo. Él observa pero no se involucra.

Otra variación es el uniformitarianismo y la teoría de la evolución. En esta opinión, que parece que domina al mundo de la ciencia hoy, se supone que todos los procesos físicos y químicos que suceden en el mundo siempre han existido, que nunca ha habido ninguna intervención en el mundo de fuerzas exteriores. Satanás usa esas mentiras convincentes y tranquilizadoras para

adormecer a las personas; les dice que pueden tener su propia moral y vivir de la forma que deseen, como rebeldes igual que él, y les miente como le mintió a Eva, diciéndole: “No moriréis”.

No obstante, Dios *ha* entrado en el universo, y sí se relaciona indudablemente con él. Pedro les recuerda a sus lectores el tremendo impacto de la palabra creativa de Dios en el principio. Hoy en día los científicos teorizan sobre el “big bang”, una enorme explosión en el espacio, al azar, sin dirección y sin forma, hace miles de millones de años, de cuyos fragmentos provino nuestro sistema solar y la vida humana. Pedro nos recuerda que el universo llegó a la existencia en forma ordenada, apareciendo en seis días increíbles por la palabra de Dios. ¡Dios estaba allí!

¿Es necesario que Pedro les recuerde otra vez la terrible experiencia del gran diluvio? Las aguas que una vez habían sido puestas cuidadosamente en el vapor atmosférico, en ríos, lagos, océanos y acuíferos de repente se precipitaron con gran estruendo en la superficie de la tierra. Ése no fue sólo un lamentable desastre natural, fue el impacto directo sobre la gente real de la ira real de Dios. La gente del tiempo de Noé se reía de la idea de mostrar responsabilidad ante Dios. Cuando los pulmones se les llenaron de agua, se dieron cuenta demasiado tarde de que en verdad estaban viviendo en el mundo de alguien más, y que el Dios Creador al que ellos no le hicieron caso realmente se preocupó por la forma en que estaban viviendo. “No cometan el mismo error”, exhorta Pedro. Los falsos maestros ignoraron *deliberadamente* esta verdad importante. Pedro quiere que sus lectores *deliberadamente* lo recuerden.

Y ahora, la misma palabra de Dios que crea e inunda, dice que Cristo regresará. Dice que todo el mundo está destinado a la destrucción. Todo este universo está quebrado, manchado de maldad todo el tiempo, y tiene que desaparecer. Quienes rechazan el derecho que tiene Dios sobre su vida se destruirán en el día del juicio, el cual es tan cierto como la creación y el diluvio y que tendrán un impacto tan grande en el universo como aquellas dos intervenciones masivas del poder verbal de Dios.

⁸ Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. ⁹ El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.

Si la gente de los días de Pedro pensaba que Dios nunca iba a regresar (si en verdad estuvo allí en primer lugar), cuánto más endurecida e indiferente es la gente de hoy, con dos mil años más sintiéndose a gusto con la mentalidad de que “nada pasará”. Es imperativo que el pueblo de Dios entienda por qué los últimos días han durado tanto hasta ahora y por qué pueden durar aun más. *No* se debe a que Dios sea olvidadizo o indiferente, o senil o impotente, o esté dormido. Se debe a que es paciente. Es por nosotros; quiere darle a gente como nosotros una oportunidad de arrepentirse y vivir. Tenía a mucha gente en Asía Menor para llamar a la fe. Y la única razón por la que el mundo ha durado el tiempo suficiente para que ustedes estén leyendo este libro, es porque Dios todavía tiene personas que va a reunir en su iglesia. ¡Ojalá que su paciencia no despierte en ustedes la indiferencia sino el evangelismo!

¹⁰ Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

Esta tierra, aunque en apariencia es tan hermosa como Sodoma, está condenada. En un día que sólo Dios sabe, intervendrá en forma repentina, enorme y destructiva en el universo. Pedro lo llama “el día del Señor”, una expresión que usaron con frecuencia los profetas del Antiguo Testamento para enseñar que Dios en verdad interviene en la historia humana para cambiar el curso de los acontecimientos. El concepto de “el día del Señor” es el principal mensaje de los profetas Joel y Sofonías.

Ese día vendrá para los infieles como el ataque de un ladrón. Parece que los ladrones saben cuándo robar; el robo siempre es inesperado, produce siempre un impacto cruel, y para cuando nos damos cuenta, es muy tarde evitarlo. Deja un sentimiento de impotencia y enfado.

Pedro quizás estaba recordando las palabras de advertencia y preparación que Jesús les dijo el martes de la Semana Santa. Los discípulos habían estado balbuceando sobre la belleza eterna del templo de Jerusalén cuando Jesús hizo esta solemne profecía: “El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán conmovidas. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora el ladrón habría de venir, velaría y no lo dejaría entrar en su casa” (Mateo 24:29, 42-44).

Sin embargo, para los creyentes cristianos ese día no vendrá como un ladrón, terrible y espantoso. Será como un padre amado que por fin regresa a casa de un largo viaje de negocios, que entra repentinamente por la puerta, con los brazos bien abiertos para abrazar a sus hijos, con los bolsillos repletos de regalos. Los corazones de sus hijos no se llenarán de terror sino de alegría. “¡Padre! ¡Por fin regresaste!”

Pedro dice: “Los elementos ardiendo serán deshechos”. Aquí no se refiere a los elementos de la tabla periódica, que por supuesto no se conocía en los 60 d.C., sino más bien a la estructura ordenada del universo. *Todo* se quitará, todo lo de arriba (los cielos) y todo lo de abajo (la tierra). Todo lo que parece tan permanente, los océanos y las cordilleras, y todo de lo que podríamos depender, la luz radiante del sol y la cadena alimenticia, será desmantelado.

“La tierra y las obras que *en ella* hay serán quemadas” también. La Reina Valera lo traduce en forma literal del griego. Esas obras por supuesto son de Dios, y una humanidad atónita contemplará las maravillas exteriores e *interiores* de la estructura ordenada de Dios. Pero también las obras que serán quemadas serán las que la gente ha hecho. “No hay cosa creada que no sea

manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Sí, los ojos de Dios son tan universales que pueden ver las obras de miles de millones de personas, su memoria es lo suficientemente grande para tenerlas todas presentes, y su mente es lo bastante perspicaz para evaluarlas.

¹¹ Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, ¹² esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! ¹³ Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

¹⁴ Por eso, amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz.

La sangre de Jesucristo, que nos limpia de todos los pecados, nos libera del terror del fin. La ira de Dios pasará sobre nosotros así como el ángel de la muerte pasó por todas las casas de Egipto que habían sido marcadas con la sangre del cordero de la Pascua. Estamos seguros al cuidado de Dios; nadie puede arrebatar las ovejas confiadas de las manos del Buen Pastor.

¿Y ahora qué? ¿Qué importancia tiene el conocimiento previo del día del juicio en nuestra vida diaria? Pedro es directo, llama a las personas que han sido lavadas, justificadas, y llenas del poder y de los dones del Espíritu Santo a “andar en santa y piadosa manera de vivir... sin mancha e irreprochables, en paz”. No quiere que la gente esté muerta de miedo pensando en el día del juicio. El conocimiento de la destrucción final no debería hacer que la gente sea ociosa, indiferente, infructuosa, ni que desperdicie los dones de Dios. Él invirtió mucho en sus hijos para que les pudieran llevar las bendiciones de él a otras personas. El claro conocimiento del final, más bien, nos dará energía para llevar una vida de

adoración a Dios, para obedecer su Palabra, edificar comunidades cristianas y hacer ver a Dios bien donde vivimos.

Algunas veces los cristianos consideran que la iglesia es un buen lugar para esconderse hasta la segunda venida; ven a la iglesia como un refugio donde se pueden alejar de la gente impía. Una visión mejor es verla como un lugar donde se pueden sentir reconfortados y curados, donde reciben capacitación e inspiración, para glorificar a Dios en el mundo con palabras y actos. Los cristianos piden en oración: “ven pronto, Señor Jesús”, confiando en que el Señor en verdad contestará esa oración.

El poeta norteamericano Robert Frost reflexionó así sobre el fin de la tierra: “Algunos dicen que la tierra terminará en fuego, otros dicen que en hielo”. Pedro dice que será en fuego. Algunos físicos predicen que la venida del fin del mundo vendrá dentro de millones de años, cuando el combustible se acabe y la tierra se enfríe lentamente hasta que la vida humana ya no se pueda sostener. Pedro dice que vendrá con violencia, de repente y con mucho fuego. Aquí no hay hielo. El calor será tan intenso que la estructura molecular de la materia misma colapsará.

Todo esto parece aterrador, ¿verdad? No teman. Los creyentes serán testigos de esos espectáculos en los brazos seguros de los santos ángeles de Dios, que nos llevarán de la tierra cuando el juez regrese (1 Tesalonicenses 4:13-18). Además, Dios viene no sólo para quitarnos las cosas; después de que el desmantelamiento del universo se complete, pronunciará su palabra creadora una vez más y aparecerá una nueva tierra. Esa no será una clase de existencia completamente diferente, extraña y foránea, sino nuestro propio universo, desmantelado y reconstruido, transformado y renovado. El nuevo mundo tendrá algunas grandes ventajas sobre el viejo: el cielo y la tierra se juntarán, no se separarán, como lo vio y escuchó Juan en Apocalipsis 21:3: “El tabernáculo de Dios está ahora *con* los hombres”. “El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán” (Apocalipsis 22:3). “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

“Mora la justicia”, es decir, ya no habrá pecado, maldad, violencia, guerras, crueldad, crimen ni cárceles. El viejo orden de cosas habrá pasado. La segunda mitad del capítulo 65 de Isaías es una descripción poética de la vida maravillosa que tendremos con Dios. “Nunca más se oirán en ella voz de lloro ni voz de clamor” (versículo 19). Jesucristo ha hecho mucho más que sólo traernos al huerto de Edén, en donde Adán y Eva comenzaron. Una vez que entremos en los nuevos cielos y en la nueva tierra, ya no habrá más pruebas ni tentaciones satánicas.

¹⁵ Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito ¹⁶ en casi todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen (como también las otras Escrituras) para su propia perdición.

Todos los cristianos anhelan la venida de Jesús. Todos suspiramos diciendo: “¡Ven pronto, Señor Jesús!” Pero no nos irriteemos por su “lentitud” ni desperdiciemos el tiempo precioso. El hecho de que Jesús no haya regresado todavía significa que es paciente, y su paciencia significa salvación para más gente cada vez. Los cristianos de Asia Menor veían que su iglesia, aun cuando sufría, crecía a pasos agigantados, pasó de ser una cadena diminuta de sembrados misioneros a ser una red poderosa que abarcaba toda Anatolia. Después de haber sido perseguida por los paganos al principio, la iglesia creció a un punto tal que el paganismo fue declarado ilegal y el cristianismo se convirtió realmente en la religión estatal.

En nuestro tiempo, cada año que pasa se ve la obra del Espíritu poderoso de Dios. Los cristianos del occidente, que viven entre la gente que se está cansando de la cristiandad, ven el crecimiento explosivo de la cristiandad en partes del mundo que no eran

cristianas antes, tales como la región septentrional del Sahara en África y en el oriente de Asia. Muchos cristianos pensaron que la iglesia de China iba a colapsar cuando Mao Tse-tung y sus comunistas usurparon el poder en 1949. En realidad, cuando la iglesia pasó a la clandestinidad se hizo más fuerte, se multiplicó mucho más rápido que en los “años misioneros” antes del comunismo.

Los lectores de Pedro en las cinco provincias de Asia Menor habían oído esas mismas enseñanzas de Pablo. Algunas de las cartas de Pablo ya habían circulado, tal vez las cartas a los efesios, gálatas o colosenses de Asia. Pablo escribió con autoridad apostólica, y la gente necesitaba oírlo como si estuvieran escuchando al mismo Cristo. Algunas de las enseñanzas de Pablo fueron (y todavía son) en verdad difíciles, debido a las limitaciones de comprensión de la gente o la terquedad de sus corazones para someterse a las palabras que no les gusta oír. Cuando se ausentó de las congregaciones que había establecido, Pablo soportó mucho maltrato de los alborotadores (lea 2 Corintios acerca de su defensa espiritual de la integridad de su obra allí). Y como la Palabra de Dios es nuestra cuerda de salvamento que nos llevará a Dios, castigará con severidad a todo el que la distorsione.

PARTE SEIS

Exhortación final

(3:17,18)

¹⁷ Así que vosotros, amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos caigáis de vuestra firmeza. ¹⁸ Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

Pedro hace una última súplica emotiva; no les habla como a adversarios a los cuales tenga que convencer ni como a hijos malos, ni como a paganos, sino ahora, por cuarta vez, a sus “amados”. ¡Escribe todo esto porque los ama! Esas enseñanzas no son nuevas: la gente ya había tenido la preparación básica del cristianismo, pero la urgencia de ellos se había desvanecido y las personas se estaban volviendo olvidadizas. Las enseñanzas del día del juicio deberían estar muy presentes en la conciencia de los cristianos y debían afectar todo lo que hacen, como individuos y como iglesia.

“¡Guardaos!” Satanás está tratando de destruir su relación con Dios corrompiendo y corroyendo el mensaje salvador. No todos los pastores predicán la verdad. No todos los evangelistas proclaman el evangelio real. No todos los maestros “cristianos” enseñan a Cristo. No todo el que dice que es amigo lo es en realidad. Satanás está usando “los inicuos” para tratar de que los cristianos tropiecen y así caigan de su posición segura, el lugar que la sangre de Jesús compró para ellos y se lo dio mediante las promesas de la palabra. “¡Guardaos!”

¿Cómo? Aquí, al final de su carta, viene el gran tema de Pedro, articulado y explicado con mucha elocuencia y pasión en los tres capítulos: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor

y Salvador Jesucristo”. Cuando esos cristianos de Asia Menor crecieran en el conocimiento de la palabra de Dios, crecerían en sabiduría para discernir cuáles eran las mentiras de Satanás, crecerían en poder para rechazar esas mentiras, crecerían en el celo misionero para rescatar a la gente que está perdida, crecerían en el amor para cuidar pacientemente a la gente, crecerían en la certeza de su propia salvación y crecerían en la compasión para mostrar amor a la gente que sufre.

“¡A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad!” La carta termina con un *amén*, que quiere decir “la verdad”. ¡Amén! ¡Toda la gloria sea para ti, rey Jesús! ¡Esa es la verdad! ¡Eres mi Señor — ordéname! Eres mi Salvador: lávame, y seré más blanco que la nieve! Eres Jesús: ven a salvar a tu pueblo de su pecado. Eres Cristo: escogido y ungido para redimir al mundo. ¡Toda la gloria sea para ti!

Mientras terminan esta carta, creciendo en gracia y conocimiento, ¿añadirán su amén personal al de Pedro?

Brillante en celestial fulgor,
Su luz esparce alrededor
La estrella matutina:
El día anuncia de solaz,
De libertad y dulce paz
En hora ya vecina.
Cuando dando
A nuestra alma la fiel palma
De victoria, Dios nos llevará a la gloria.

(CC 340:1)

Philipp Nicolai, 1566-1608

INTRODUCCIÓN

A 1 JUAN

Para que tengan comunión

Están a punto de empezar una aventura maravillosa. Al final de la Biblia se encuentra escondido uno de los libros más cortos y, sin embargo, más profundos de las Escrituras. Este libro es más de lo que parece. La obra de Juan al principio parece simple, hasta simplista, casi infantil. Pero en esas frases sencillas se encuentran verdades teológicas majestuosas e ideas de gran penetración y profundidad en la majestad de Dios, su plan de rescate bondadoso y sus grandes esperanzas para la vida de los creyentes.

Es probable que Juan estuviera muy entrado en años cuando escribió esta carta. Entonces, como ahora, sería tentador prestarle poca atención a lo que al principio parecen ser sólo desvaríos inconexos de un hombre anciano. Pero eso sería un error terrible. La carta de Juan sintetiza el mensaje que el Señor le dio y una vida de servicio a Cristo y de pastorear a la gente de Cristo en un libro de sabiduría escrito con brevedad y precisión para todos los cristianos de cualquier época. Aquí encontrarán principios sencillos y elegantes de la fe y la vida cristiana, expresados convincente y fervientemente.

Autor

El texto mismo de la carta no identifica a su autor. El título que aparece en su Biblia fue puesto por los editores. Pero, desde los principios de la iglesia, no ha habido ninguna duda seria acerca de quién la escribió. El escritor fue un testigo ocular del ministerio de Cristo desde el principio (1:1). Escribió con la autoridad calmada de un apóstol; no solicitó otra autoridad que lo apoyara. Le dio mandatos al pueblo y esperó que lo obedeciera. Usó el mismo sorprendente nombre para Cristo, *el Verbo*, que aparece

sólo en el evangelio de Juan (Juan 1:1) y en el Apocalipsis de Juan (Apocalipsis 19:13) para describir a Jesús como la suprema revelación misma de Dios.

El testimonio de la iglesia antigua es unánime y generalizado en atribuirle la autoría al apóstol Juan: Ireneo, obispo de Lyon (actual Francia, 140–203), Clemente de Alejandría (Egipto 155–215), Tertuliano de Cartago (hoy en día Túnez, 160–225), Orígenes de Alejandría (185–253), Cipriano de Cartago (200–258) y Eusebio de Cesárea (Palestina, 260–340), todos consideraron a Juan como el autor de esta carta.

Juan

El nombre de Juan en el hebreo original, *Iochanan*, significa literalmente: “El Señor es misericordioso”. En el Antiguo Testamento hay diez Juanes. Hay cinco en el Nuevo Testamento, donde su ortografía en griego es *Ioannes*. La forma en latín usa con frecuencia la inicial J en lugar de I, y de *Joannes* viene el nombre alemán *Johannes*, el francés *Jean* y el español *Juan*.

Juan era hijo de Zebedeo y de Salomé, que probablemente era hermana de María, la madre de Jesús (dependiendo de cómo se entienda Juan 19:25). Si es así, entonces Juan es primo hermano de Jesús, y tal vez eso explique por qué Juan fue muy cercano personalmente a Jesús. A veces se menciona a Juan con su hermano Jacobo (para distinguirlo del otro discípulo que tenía el mismo nombre, que tiene que llevar siempre el título humilde de “Jacobo el menor”). Los dos hijos de Zebedeo tenían personalidades tan enérgicas que Jesús los apodó “Boanerges”, o “hijos del trueno”. Juan era un pescador galileo de oficio, desdeñado por lo selecto del Sanedrín como hombre “sin letras y del vulgo” (Hechos 4:13). Es posible que Juan haya sido el discípulo de Juan el Bautista que no se nombra y que, junto con Andrés, fue el primero de los doce en conocer a Jesús cuando comenzó su ministerio en Judea (Juan 1:35-42). Juan recibió su primer, y aparentemente temporal, llamamiento como discípulo

en Judea, junto con Felipe, Natanael, Pedro y Andrés. Después regresaron a pescar, aunque al parecer también comenzaron a viajar con Jesús. Un tiempo después, Jesús llamó a Juan y a otros para que fueran “pescadores de hombres” permanentes y de tiempo completo.

A Juan siempre se le menciona al principio de la lista de discípulos de los cuatro Evangelios y Jesús lo escogió como uno de los tres discípulos para capacitación y experiencias especiales. Juan, junto con Pedro y Jacobo, fue testigo de la resurrección de la hija de Jairo, de la transfiguración y la oración de Jesús en Getsemaní. Fue Juan quien se quejó acerca del exorcismo “ilegal” (Marcos 9:38). Lamentablemente, esa atención especial a veces se le subió a la cabeza; él y su hermano, animados por la madre, le hicieron un ruego solapado a Jesús para obtener una posición de poder y honor en el venidero “orden del mundo nuevo” que esperaban pronto. Los otros discípulos estaban enojados con ellos, por supuesto, pero no porque los dos habían pedido poder y prominencia especiales, sino porque los “hijos del trueno” habían pensado en ello primero. El incidente desagradable y egoísta fue una ocasión para que Jesús les enseñara a sus futuros guías espirituales acerca del líder que se caracteriza por ser un servidor (Mateo 20:24-28).

Juan estaba muy consciente de su especial relación con Jesús. Aunque nunca se llama por su nombre, usa una frase poco usual: “el discípulo a quien Jesús amaba”. Él se había recostado al lado de Jesús durante la última Cena, Caifás lo conocía y de hecho así pudo entrar al palacio del sumo sacerdote (Juan 18:15-18), y parece haber sido el único discípulo que estuvo al pie de la cruz. A él Jesús le encargó a su madre, al menos hasta que los otros hijos de ella se hicieran creyentes. Juan fue uno de los primeros discípulos que corrió a la tumba vacía. Identificó correctamente al Señor resucitado en el mar de Galilea (Juan 21:7), y acerca de su futuro Jesús le dio a Pedro esta misteriosa declaración: “Si quiero que él quede hasta que yo vuelva, ¿qué a ti?” (Juan 21:22).

Los primeros capítulos del libro de Hechos presentan a Juan como a uno de los líderes entre los apóstoles. Aunque por lo general es Pedro el que habla, Juan se encuentra allí orando y esperando al Espíritu Santo prometido, está experimentando el Pentecostés, sanando al cojo que pedía limosna, es arrestado, encarcelado y se encuentra compareciendo ante el Sanedrín. Los apóstoles no quisieron quedarse callados, no importaba lo que les costara: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20). A él y a los otros apóstoles los arrestaron otra vez. Durante la noche experimentaron una fuga angelical de la cárcel, y en la mañana estaban otra vez predicando en el Templo. A pesar de que los arrestaron otra vez, se salvaron de ser ejecutados por el consejo del fariseo Gamaliel, pero el sumo sacerdote hizo que fueran azotados de todos modos para estar seguro de que le pusieran atención. Ellos escucharon, pero al día siguiente estaban en el Templo y en las casas privadas, difundiendo la palabra acerca del Salvador.

La resistencia nunca cesó. Después del asesinato de Esteban se desató una persecución todavía más grande. Jerusalén se quedó casi sin creyentes, que se convirtieron en los misioneros de Dios cuando viajaron a otras partes en busca de seguridad. Juan y los otros apóstoles se quedaron en Jerusalén, pero comenzaron a hacer viajes a los campos para comunicarse con los nuevos grupos de creyentes (Hechos 8:14). La situación empeoró; el gobernante local, Herodes Agripa I, arrestó arbitrariamente a Jacobo, el hermano de Juan, y lo decapitó para congraciarse con los líderes judíos.

En algún momento de su ministerio apostólico, Juan escribió su biografía majestuosa de Jesús. Algunos eruditos piensan que los otros tres evangelios ya habían aparecido. Puesto que Mateo, Marcos y Lucas proporcionaron satisfactoriamente la narración básica objetiva de los principales *sucesos* de la vida de Jesús, Juan pudo suponer que sus lectores tenían acceso a esa información, y por eso pudo incluir más *enseñanzas* y discursos de Jesús.

No se sabe cuándo escribió Juan las tres cartas del Nuevo Testamento que llevan su nombre. Parece que lo más acertado es pensar que esas cartas fueron escritas en la última parte del ministerio de Juan. En las cartas 2 y 3 de Juan, él se llama a sí mismo “el anciano”. En 1 de Juan se dirige a sus lectores como “hijitos” nueve veces. Sería molesto y paternalista si eso viniera de un hombre joven o de mediana edad, pero resultaría cariñoso si viniera de un anciano.

El único hecho adicional que se conoce de la vida de Juan procede del prólogo del libro de Apocalipsis. Allí Juan revela que está en exilio en la isla de Patmos, probablemente durante el reinado del emperador Domiciano (81-96 d.C.), sufriendo todavía por su Señor, soportando la separación de la gente a quien quería servir. En Patmos vio, en espíritu, a su Señor una última vez, triunfante y sereno, y se le otorgó una serie de visiones de lo que la iglesia iba a soportar hasta el regreso de Cristo. Los cinco libros de Juan que aparecen en el Nuevo Testamento pueden haber sido las últimas obras que se incluyeron en el canon del Nuevo Testamento.

Ireneo, obispo de Lyon de Galia (Francia), fue alumno de Policarpo, quien a su vez fue discípulo de Juan. Ireneo escribió que en sus últimos años Juan fue obispo de Éfeso, supervisando esa congregación grande tanto como las otras de tierra adentro, que su exilio ocurrió en el 95 d.C., que pudo regresar del exilio en el 97 y que murió a fines del siglo.

Destinatarios

Juan no identifica a sus lectores. Sin embargo, sí parece que está muy familiarizado con ellos; los llama “hijitos” una y otra vez. Si Ireneo está en lo cierto acerca del ministerio de Juan como supervisor de las iglesias del oeste de Asia Menor, tal vez ésas sean las personas a quienes consideraba como sus “hijitos”. En Apocalipsis, a Juan le fueron dadas siete cartas breves para las

iglesias que había en un círculo en general alrededor de Éfeso (Apocalipsis 2,3). Si suponemos que Juan estaba en Éfeso y sirviendo personalmente a la congregación de allí, entonces esas congregaciones más pequeñas de tierra adentro: Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea pueden estar entre los lectores originales de 1 Juan.

Éfeso era la ciudad más grande en toda Asia Menor y también era un puerto importante y una entrada a las ciudades y a los pueblos de tierra adentro. El templo de Artemisa, que orgullosamente se levantó en el centro de la ciudad por casi seiscientos años, era una de las siete maravillas del mundo antiguo (Justiniano, emperador de oriente, más tarde envió las enormes columnas de piedra del templo para que se usaran en la gran iglesia Hagia Sofía en Constantinopla). Con los años, el excelente puerto se anegó por la erosión río arriba y el comercio se realizó en otra parte. Pablo fundó la congregación cristiana de Éfeso a mediados de los 50. Después de muchos siglos de cristianismo, toda Asia Menor fue invadida por musulmanes turcos. Hoy la presencia cristiana es diminuta, y todo lo que queda de Éfeso son columnas quebradas y un sitio arqueológico parcialmente descubierto.

Ocasión

Los ataques de Satanás contra la iglesia, contra la Palabra de Dios y en contra de Cristo mismo nunca se interrumpen. Ya en el siglo I, surgió la falsa enseñanza, suscitada por hombres respetables e inteligentes como Cerinto, que socavó las enseñanzas de los apóstoles. Cerinto era un egipcio judío que improvisó enseñanzas del Antiguo Testamento, fragmentos del cristianismo y la filosofía pagana. Ese movimiento antiguo enseñaba que existía mucho más conocimiento espiritual, conocimiento secreto, que la Biblia no contenía. La palabra griega para conocimiento, *gnosis*, le dio el nombre de *gnosticismo* al movimiento. Así como los de la nueva era de hoy, los maestros gnósticos aseveraron lo siguiente:

- No hubo encarnación ni nacimiento virginal, ni muerte expiatoria ni resurrección del cuerpo.
- El Cristo celestial y el Jesús terrenal eran dos cosas distintas.
- Toda la materia es mala y sólo la mente y el espíritu son puros; por consiguiente, como los cuerpos humanos son básicamente malos de todos modos, y son sólo moradas temporales para el alma, no importa la forma de vivir.
- Los líderes gnósticos “avanzados espiritualmente” ya no eran pecadores.
- La Biblia era una fuente insuficiente de información.
- Los apóstoles no tenían autoridad especial para decirle a la gente cómo debía pensar y vivir.

El resultado lamentable del gnosticismo fue que los creyentes estaban perdiendo la confianza en la Biblia, perdiendo la certeza de ser salvos, dejándose llevar por una vida pecadora e impenitente, haciéndose más egoístas e hipócritas y sin amor en sus iglesias y en sus familias, con ideas confusas sobre el liderazgo y la autoridad, y con la pérdida de la capacidad para distinguir la verdad del error. La carta de Juan es un poderoso discurso de verdad, reprensión, exhortación ardiente y de amor, con el fin de traer a la gente a una relación más fuerte y más viva con su Señor. Y como Dios es luz (1:5) y Dios es amor (4:8,16), los cristianos reales siempre combinan el pensamiento recto con una vida recta. En los cristianos verdaderos, la fe y el comportamiento son inseparables. La mente cristiana, el corazón cristiano y la vida cristiana son inseparables. No pueden existir separados.

Estilo

El estilo literario de Juan es único en todas las Escrituras, con una diferencia marcada respecto de las cartas de San Pedro o San Pablo. Aquí no encontrarán citas del antiguo Testamento, no hay nombres, excepto una breve alusión a Caín. No hay saludos ni

instrucciones personales. Las oraciones de Pablo son complejas y largas; las oraciones de Juan son cortas, su vocabulario limitado. El hilo del pensamiento de Pablo es lineal: toma un tema, escribe sobre eso y sigue. El enfoque de Juan es más circular: salta de un concepto a otro, conectándolos todos y luego regresa una vez más al pensamiento original. El estilo de los escritos de Juan recuerda mucho el estilo de enseñanza del propio Jesús; vean, por ejemplo, el largo discurso de Jesús el Jueves Santo en Juan capítulos 13–17. El estilo de Juan se ha descrito como una “escalera de caracol” en donde el lector va dando vueltas y vueltas, siempre hacia arriba.

A Juan le agrada la repetición y el paralelismo de pensamiento. Prefiere exponer principios abstractos a presentar ejemplos concretos. Y así el predicador o el líder del estudio bíblico tiene la tarea de tomar esos principios y abstracciones y desarrollar ejemplos concretos, ilustraciones e historias de la vida. A Juan le gustan las metáforas y las usa como grandes temas en todo su libro: luz, tinieblas, verdad, amor, comunión, vida, mundo. Le complace tejer órdenes importantes en la estructura de sus obras: obedecer, permanecer, amar, saber. Le agradan las paradojas: expone algo y luego aparenta que afirma lo opuesto. Jesús, por supuesto, había hecho lo mismo, y esas enseñanzas audaces, al revés, fueron formas memorables de comunicarle los caminos de Dios a la gente. Por ejemplo, parece que Juan esta en los dos lados del asunto del pecado; dice: “Todo aquel que peca, no lo ha visto [Cristo] ni lo ha conocido”, pero también dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros”. Dice en 2:7 “No os escribo un mandamiento nuevo”, pero luego añade en el versículo 8: “Os escribo un mandamiento nuevo”.

En su evangelio, Juan, más que Mateo, Marcos o Lucas, anotó los famosos dichos de “yo soy” (el pan de vida, el buen pastor, el vino, el camino, la verdad y la vida). Igualmente, en su primera carta, Juan declara sus grandiosas ideas añadiendo dos declaraciones memorables del tipo “yo soy”: “Dios es luz” y “Dios es amor”.

Bosquejo

Es imposible bosquejar con precisión la primera carta de Juan. En estos cinco cortos capítulos hay mucha repetición de ideas. Lo que sigue es un intento de resumir el movimiento general de las ideas de Juan mientras van dando vueltas.

Tema: “Para que tengáis comunión”

I. Introducción: Lo que hemos contemplado, lo testificamos, lo anunciamos a ustedes para que tengan comunión con nosotros, con el Padre y con su Hijo (1:1-4)

II. Ciclo 1: Los cristianos andan en la luz (1:5–2:28)

A. Guarden sus mandamientos (1:3–2:8)

B. Amen a su hermano (2:9-11)

C. Recuerden quiénes son (2:12-17)

D. Tengan cuidado con los anticristos (2:18-23)

E. Permanezcan en Cristo (2:24-28)

III. Ciclo 2: Los cristianos saben (2:29–4:6)

A. Saben que son hijos de Dios (2:29–3:10)

B. Actuar con amor los ayuda a saber (3:11-24)

C. Prueben a los espíritus con lo que conocen (4:1-6)

IV. Ciclo 3: Los cristianos aman (4:7–5:5)

A. Si Dios nos ha amado así, debemos amarnos unos a otros (4:7-21)

B. Éste es el amor: guardar los mandamientos de Dios (5:1-5)

V. Conclusión: Un repaso de algunos de los grandes temas (5:6-21)

A. Los creyentes saben que el Padre envió al Hijo (6-12)

B. Los creyentes saben que tienen vida eterna (13-17)

C. Los creyentes saben que están en Cristo (18-21)

PARTE UNO

Introducción

(1:1-4)

1 Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida ²—pues la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó—, ³ lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. ⁴ Estas cosas os escribimos para que vuestro gozo sea completo.

Un aspecto que Juan y Pablo tenían en común en su ministerio era que los dos encontraron resistencia a su autoridad apostólica. Así como Pablo había preparado una defensa conmovedora de su autoridad en 2 Corintios, también Juan debía iniciar su carta presentando las razones por las que sus palabras eran las mismas palabras de Dios y por lo tanto necesitaban toda la atención de la gente. Entonces, como ahora, el mundo religioso estaba lleno de estafadores religiosos que aprendieron por su cuenta y se habían nombrado ellos mismos. “Os he escrito esto sobre los que os engañan” (2:26).

Juan quiso que la gente creyera su testimonio acerca de Cristo porque él era un testigo presencial de todo esto desde el principio. Sus oídos habían escuchado la voz del Padre en el monte de la Transfiguración, habían escuchado los chillidos de los demonios al ser arrancados de los cuerpos humanos miserables, había escuchado los sermones de su maestro un día tras otro por tres años. Sus ojos habían visto a Lázaro salir de su tumba, todavía

envuelto como una momia, había visto a Jesús hablando con Moisés y con Elías, había visto las tormentas violentas del lago calmarse al instante. Sus manos habían tocado las evidencias de la presencia del Hijo de Dios: el pan y el vino de la primera Cena del Señor, la brida del burro el Domingo de Ramos, redes que arrastraban pescas milagrosas. En realidad, sus otros dos sentidos también podrían dar testimonio: él olió el perfume que roció los pies de Jesús, y probó el pan milagroso y el pescado con el que alimentó las cinco mil personas.

El punto de Juan al presentar sus cartas credenciales es hacer que sus lectores estén seguros de que en verdad están recibiendo el Verbo de vida. Juan usa el término especial *Verbo* [Palabra] para referirse a Cristo mismo. Las palabras comunican los pensamientos y los mensajes de una mente a otra. Jesucristo es la suprema revelación que hace Dios de sí mismo, la comunicación final de su amor, la Palabra *personal* de Dios además de sus muchas palabras *habladas* y el cumplimiento de ellas.

¿Y por qué es importante eso? Porque toda la gente nace moribunda en un planeta moribundo. Porque toda la gente al nacer es pecadora, nace fuera de la familia de Dios, muerta espiritualmente, enfrenta una vida de dolor, una muerte segura y la condenación en el infierno. El Verbo que le trae vida a la gente viene mediante el mensaje de los apóstoles. El mensaje obra la fe en el corazón de la gente, y después la fe vuelve a unir a la gente en la comunión con Dios el Padre, con su Hijo y con todos los otros creyentes. Juan estaba preocupado porque sus lectores estaban perdiendo la confianza en el mensaje y en los mensajeros originales, y por eso escribió su carta enérgica para que ellos (y nosotros) también podamos tener comunión con los apóstoles, con el Padre y con su Hijo, para despertarlos y sacudirlos. ¡Hagan nuestro gozo completo! ¡Escuchen!

PARTE DOS

Ciclo 1: Los cristianos andan en la luz

(1:5–2:28)

⁵ **Éste es el mensaje que hemos oído de él y os anunciamos: Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él.**

⁶ **Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad.** ⁷ **Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.**

⁸ **Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.** ⁹ **Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.** ¹⁰ **Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros.**

2 **Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo.** ² **Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.**

Los problemas que afligían a estos cristianos del siglo I siguen afligiendo a los cristianos del siglo XXI. ¿Cómo sé con seguridad que soy cristiano? ¿Cómo puedo saber con seguridad que Dios me ama, me perdona y me quiere en su familia?

Hay tres poderosos testimonios para contestar esas preguntas. Se puede pensar que esos testimonios son tres círculos concéntricos. Juan empieza con el círculo exterior y sigue hacia adentro. Pero para seguir una progresión lógica, empecemos en el centro, que Juan expresa en 2:1,2. Esta enseñanza se llama la *justificación objetiva*. Es el centro mismo del mensaje evangélico,

que Dios, de su propia y pura gracia y misericordia, sacrificó a su Hijo, Jesucristo, con el fin de declarar absuelto al mundo. Es el mensaje de que el Hijo ofreció voluntariamente su vida como un sacrificio propiciatorio, es decir, un pago personal de sangre para reconciliar a dos partes enemistadas (Dios y la raza humana) “en uno” de nuevo. Este regalo de misericordia es *objetivo*, es decir, viene sencillamente de la bondad de Dios, aparte por completo de cualquier valor o esfuerzo humano. También es *universal*; Dios lo pronunció a todo el mundo: pasado, presente y futuro.

El sacrificio propiciatorio de Cristo, que se nos dio “siendo aún pecadores” (Romanos 5:8), es una piedra inquebrantable de consuelo, un trato hecho, una realidad que Satanás y el infierno no pueden borrar. “¡De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito!” Note el sujeto de la oración: ¡Dios! Note el complemento directo: ¡el mundo! Nuestra salvación ocurrió por iniciativa de Dios, con la crucifixión de su Hijo, y fue sellado y garantizado para siempre con el veredicto inquebrantable del Padre. Y ahora, “Si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo”.

El siguiente círculo exterior en los tres círculos de testimonio es el de *la fe*. La gente que no conoce el evangelio, o que lo ha escuchado pero no lo cree, no experimentará sus bendiciones. Juan tiene palabras duras para la idea de que toda la gente por ella misma es básicamente lo suficiente buena para Dios, sin la necesidad del arrepentimiento ni de la cruz. Acerca de esas ideas dice: “Nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros... lo hacemos a él [Dios] mentiroso y su palabra no está en nosotros”.

Juan escribe en 1:8-10 que encontramos confirmación del mensaje del evangelio mediante los cambios de fe que Dios obra en nuestra mente y corazón por medio de la Palabra y los sacramentos. Pablo escribió: “Por gracia sois salvos *por medio de la fe*” (Efesios 2:8). A esto se le da el nombre de *justificación subjetiva*, es decir, que mediante la fe que el Señor nos dio,

recibimos personalmente lo que Cristo compró para el mundo. En las palabras de Juan: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”. Obviamente, no es la fe en y por sí misma lo que nos salva, sino que la fe es un canal viviente para el Cristo viviente que nos salva.

Los cristianos de hoy también obtienen un gran consuelo de la antigua práctica de la confesión y la absolución. Algunas veces eso funciona mejor individualmente, cuando un pastor o amigo saca la confesión de culpa del pecador, le ayuda a llevarla a la cruz de Jesús, y le anuncia la misericordia y el perdón de Dios. Algunas veces ese proceso ocurre también en los pensamientos íntimos y en las oraciones de un cristiano arrepentido. Y por supuesto, la confesión y la absolución en la liturgia de la Santa Comunión son una forma inestimable para que los adoradores experimenten *subjetivamente* el perdón de Dios.

El tercer círculo de los “niveles de testimonio”, el que Juan en realidad menciona primero, se encuentra en 1:5-7, y ése es el testimonio de la vida cristiana. A esto se le da el nombre de *santificación*, es la santidad y obediencia que los cristianos demuestran en sus palabras y en sus actos. Nuestra propia santidad nunca es completa, es una obra que está en marcha. Pero es un indicador imprescindible de la verdadera fe, como los demostró convincentemente Santiago en su epístola. Juan tiene también dos puntos convincentes:

- La fe sin buenas obras no es fe; está muerta. “Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad” (versículo 6). “Andamos en tinieblas” es una metáfora para la vida de los incrédulos, una vida que se caracteriza por quebrantar impenitentemente los mandamientos de Dios.
- Cada acto de bondad, de servicio y culto que los cristianos hacen le da consuelo a su corazón, porque esas obras muestran que su fe está viva, que el Espíritu está vivo en ellos, y por lo tanto su perdón está vivo y es seguro. “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos

comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado” (versículo 7).

El punto de Juan no es que nuestras buenas obras sean la causa de nuestra salvación; su punto es que nuestra vida es evidencia de una fe viva que nos acerca a nuestro Salvador viviente.

Guarden sus mandamientos

³ En esto sabemos que nosotros lo conocemos, si guardamos sus mandamientos. ⁴ El que dice: «Yo lo conozco», pero no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él. ⁵ Pero el que guarda su palabra, en ése verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. ⁶ El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.

Es fácil leer los relatos de la idolatría flagrante y descarada que hay en el Antiguo Testamento y pensar que esas cosas nunca podrían ocurrir ahora. Baal, Osiris y Moloc parecen muy lejanos, ¿no es así? Y sin embargo, también en la actualidad la tentación a la idolatría es muy fuerte. Las personas, algunas veces hasta la gente de la iglesia, preferirían adorar a un dios hecho por ellas mismas. Hay cierta atracción a “adorar” a un dios que se supone que está lejos y es afable, que no le pide mucho a nadie, que la mayor parte del tiempo no interfiere en la vida.

El apóstol critica esas necedades con toda la fuerza de su autoridad apostólica. Los hechos son éstos: un componente inequívoco de la verdadera fe es *la obediencia*; la verdadera fe siempre está acompañada de la voluntad que hay en el creyente para someterse a la voluntad de su Dios; la fe acepta la autoridad de Dios sobre la vida propia.

Desde luego, es importante conocer las enseñanzas del cristianismo. De igual modo, es importante creer que son verdaderas. Pero a menos de que ese “conocimiento de la cabeza” y la “fe de la cabeza” operen en las actitudes y en las acciones de

nuestra vida, son hipocresía. Ese es un terrible problema. Toda la gente es vulnerable a engañarse a sí misma, y todos necesitamos la terapia de la realidad de Juan. El punto de Juan no es que toda obra pecadora muestra que la fe y el conocimiento cristianos están muertos; su punto es que la verdadera fe es siempre conocida y evidenciada por palabras y obras de obediencia a la voluntad de Dios. Su punto es que no nos debemos conformar con el cristianismo teórico sino con el cristianismo viviente y visible. *Podemos* llevar una vida que honre a Dios. *Podemos* mostrar crecimiento y mejorar en la obediencia a la voluntad de Dios. Como dijo Pablo: “Todo lo *puedo* en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Juan lo dice de esta forma: El amor de Dios se ha perfeccionado en nuestra obediencia a su Palabra.

Piensen en el daño que se le ha hecho a la reputación de la iglesia cristiana cuando la vida de los creyentes no es diferente de la de los paganos, o cuando sus obras contradicen directamente sus supuestas enseñanzas. Piensen en el daño que se hizo durante las Cruzadas, cuando los cruzados “cristianos” saquearon las ciudades y pueblos de Asia; la Inquisición, cuando los matones eclesiásticos arrestaron, exiliaron o asesinaron a los “herejes”; el comercio de esclavos, cuando las iglesias de los poderosos toleraron y hasta justificaron la esclavitud racial; o durante el Holocausto en Europa, cuando los perseguidores y atormentadores de los judíos eran supuestamente seguidores del Salvador judío.

Piensen en el daño que se le ha hecho a la reputación de la iglesia cuando los líderes resultan ser pedófilos y malversadores. Piensen en la ofensa contra Dios cuando el índice de divorcios de los cristianos es igual al de los que no son cristianos. Cuando una pareja que no está casada, que afirma que es cristiana, convive, tal vez no conoce lo que la Biblia dice. Pero si la iglesia se lo dice, y todavía se niegan casarse o separarse, entonces su “fe” es falsa.

⁷ Hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio.

Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. ⁸Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya alumbra.

Los que escribió Juan en los versículos 3 al 6 no fue de ninguna manera una sorpresa; todas las enseñanzas del Nuevo Testamento, y en realidad las del Antiguo Testamento también, afirman que Dios habla muy en serio acerca de la obediencia a su voluntad. Vuelvan la vista hacia el monte Sinaí y verán que Dios fue tan contundente en las demandas de la Ley que los israelitas aterrados le rogaron a Moisés que Dios dejara de hablarles. Retrocedan hasta el huerto de Edén para que vean la seriedad de Dios en cuanto a la obediencia sus mandamientos.

Las palabras de Juan acerca del “nuevo mandamiento” probablemente fluyen de las palabras poderosas que dijo Jesús en el aposento alto el Jueves Santo por la noche (Juan 13:34). Esas palabras les causaron tal impacto a los cristianos, que después decidieron darle nombre a ese jueves especial no por la institución de la Cena del Señor, sino por el “nuevo” mandamiento. En inglés, el Jueves Santo lleva el nombre de Maundy Thursday. Probablemente *Maundy* se deriva del latín *mandatum*, mandamiento.

La obediencia a la voluntad de Dios no es nueva; lo que es nuevo es que en Cristo se cumplieron todas las leyes de Dios. La obediencia de Cristo fue perfecta: “un mandamiento nuevo, que es verdadero en él”. La obediencia de Cristo es una ofrenda de vida al Padre y es también un ejemplo y una motivación para el pueblo de Dios. Juan (Apocalipsis 22:16) y Pedro (2 Pedro 1:19) dicen que Jesús es la estrella resplandeciente de la mañana y el lucero de la mañana respectivamente, es decir, una luz celestial brillante que aparece antes del alba anunciando que la oscuridad ya se va desvaneciendo y el amanecer se acerca. La vida santa de

Cristo y su muerte inocente son nuevos; demuestran definitivamente que el poder del pecado y de Satanás está quebrantado.

Una cosa más, Juan dice que su nuevo mandamiento es verdadero *en vosotros*. Los cambios que el evangelio hace en una persona no son sólo secretos, teóricos o del futuro. ¡La obra de la conversión que hace el Espíritu Santo lleva a su obra de santificación, y los frutos de esa obra son reales y visibles! Como lo dijo Jesús, la gente *sabrá* que ustedes son mis discípulos “si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:35). El mandamiento y el poder de Dios son nuevos para nosotros y también en nosotros cuando los creemos y los vivimos.

Amen a su hermano

⁹ El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está todavía en tinieblas. ¹⁰ El que ama a su hermano, permanece en la luz y en él no hay tropiezo. ¹¹ Pero el que odia a su hermano está en tinieblas y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

El odio viene del infierno, de Satanás, el rey de los que odian. Ya en las primeras páginas de las Escrituras vemos a Caín, el flagrante aborrecedor de su hermano, y vemos su miserable resultado (Génesis 4). Tanto Jacobo como José sufrieron el odio de sus familias. Los que odian no obtienen lo que quieren; después del primer estallido de adrenalina que viene con el odio y el pleito, el que odia se queda con una ira corrosiva, depresión y un vacío mayor, porque el odio, por necesidad, aleja a otra gente. El odio no mejora la vida, la amarga. La gente tiene límites en su capacidad emocional; entre más lleno de odio esté su tanque, menos lugar tiene para el amor.

Todos tenemos dificultades porque tenemos que reconocer que los mandamientos de Dios son puros y nosotros no. Pero saber que no podemos obedecer a Dios perfectamente no nos debe dar

licencia para dejar de preocuparnos por los mandamientos de Dios. Debemos saber cuándo decir: “No, no puedo” y “Sí, sí puedo”. Si digo que nunca he odiado, me engaño a mí mismo y la verdad no está en mí; pero cuando le confieso a Cristo el pecado de odio y confío en él, puedo decir que su perfección es mía. Y él no sólo me da su perdón sino su Espíritu, y ese Espíritu nos da la capacidad de decirle sí a Dios, de someternos a su voluntad, de obedecer su mandamiento, de cambiar el odio por el amor.

Es muy tranquilizador orar diciendo: “Perdonanos nuestros pecados”, pero no podemos quedarnos allí. La parte que dice “así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” muestra que Cristo mismo quiere que la fe se traduzca a la acción. Cuando Cristo los ilumina y su Espíritu les da poder, los cristianos *pueden* quitar ese odio de su corazón y aprender a mostrarles amor a sus hermanos. Mostrar amor, sin embargo, requiere un acto de voluntad consciente, una elección consciente. Y al darnos el poder para hacer buenas elecciones, Cristo entonces nos bendice haciendo nuestra vida mejor; podemos caminar sin tropezar.

Recuerden quiénes son

Hora Juan hace una pausa en su instrucción y escribe un pequeño poema maravilloso y místico de seis versículos. Con cadencia rítmica expone las verdades poderosas y las implicaciones del evangelio:

**¹² Os escribo a vosotros, hijitos,
porque vuestros pecados os han sido perdonados por su
nombre.**

**¹³ Os escribo a vosotros, padres,
porque conocéis al que es desde el principio.
Os escribo a vosotros, jóvenes,
porque habéis vencido al maligno.
Os escribo a vosotros, hijitos,
porque habéis conocido al Padre.**

**¹⁴ Os he escrito a vosotros, padres,
porque habéis conocido al que es desde el principio.
Os he escrito a vosotros, jóvenes,
porque sois fuertes
y la palabra de Dios permanece en vosotros,
y habéis vencido al maligno**

Lo que dijo Juan sobre las altas exigencias y las esperanzas de Dios pueden dejar a algunos de sus lectores creyentes sintiéndose deprimidos y derrotados. Pero los objetivos de Juan no sólo eran declarar la guerra contra la hipocresía, la desobediencia y el odio; él quería también alentar a sus hermanos y hermanas con la confianza y fortaleza que da el evangelio. Este pequeño poema es una roca poderosa de seguridad ante los maestros gnósticos que les estaban diciendo a los cristianos que ellos todavía no tenían la salvación.

¿A quién le dirige Juan este poema? A los hijitos, padres, jóvenes, dos veces a cada quien. Ahora, ¿qué quiere decir con eso? Probablemente no es su intención literalmente restringir ese mensaje a los niños, a los jóvenes y a los padres. No hay nada en el contexto ni en el contenido del poema que restrinja su aplicación a un sexo o a una edad. Tal vez esa sea una forma poética de mostrar que las verdades del evangelio se les aplican a todos, a todas las generaciones, o posiblemente a todos los niveles de madurez espiritual. Así como Juan los llama a todos “*hijitos*”, las mujeres pueden encontrar consuelo en lo que les escribió aquí a los “padres” y “jóvenes”.

¡Y qué consuelo tan espléndido hay aquí! Juan escribe acerca de la vida de esos cristianos, no de lo que debería ser o de lo que podría ser, ni siquiera de lo que será. Escribe de las cosas que sucedieron (tiempo pasado) y están sucediendo (tiempo presente). No tienen que renunciar a sus iglesias cristianas para cambiarlas por los lugares secretos de reunión de los gurús gnósticos. Aquí está la ventaja que sus lectores ya tienen:

- “Vuestros pecados os *han sido* perdonados por su nombre”. Toda la vida cristiana descansa en el perdón incondicional que Cristo ha comprado para nosotros, que su mismo nombre comunica.
- “*Conocéis* al [Padre] que es desde el principio”. El Padre no está tentando a las personas con la posibilidad de que se hagan miembros de su familia en algún tiempo en el futuro. Mediante la fe en Cristo, ya han nacido de nuevo en una nueva familia; ya conocen al Padre. Al contrario de lo que algunos falsos maestros les están diciendo, ustedes ya están en la familia del Padre.
- “*Habéis* vencido al maligno”. ¡Increíble! Cristo Jesús aplastó la cabeza de la serpiente en la cruz. Por fe compartimos todas las victorias de Cristo, y así como su victoria es final y segura, la nuestra también lo es.
- “*Sois* fuertes”. No, “pueden ser”. Son. El Señor les ha dado a todos sus soldados armas poderosas. No estamos inermes ante el maligno, tenemos la espada del Espíritu y el escudo de la fe; tenemos el poder de orar y la protección del arcángel Miguel y todos los ángeles.

“La palabra de Dios *permanece* en vosotros.” A pesar de lo que los falsos maestros le habían estado diciendo a la gente acerca de la incapacidad de la Biblia como fuente de revelación y fuerza, Juan dice que permanecen vivos. Tienen la Palabra, que los puede guiar y ayudar a pensar. Poseen la Palabra, que les revela a Dios, corrige lo que está equivocado, da esperanza e inspira amor.

¹⁵ No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, ¹⁶ porque nada de lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— proviene del Padre, sino del mundo. ¹⁷ Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Esta es otra de las paradojas de Juan. El más famoso de todos los pasajes de la Biblia dice que Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito para morir por nosotros (Juan 3:16). Aquí Juan dice que no nos atrevamos a amar al mundo. ¿Qué significa eso?

Comprendan que las Escrituras usan el término *mundo* en varios sentidos. Puede significar el planeta, el ambiente creado por Dios. Se puede referir a la gente que habita en el planeta. Por supuesto, *el mundo* en estos dos sentidos es bueno. Dios (y nosotros) ama nuestro planeta y a su gente. Pero Juan usa el término en un tercer sentido: para expresar la manera en que el pecado pervierte los deseos humanos y la reacción humana a las situaciones de la vida. *El mundo* en este sentido es lo opuesto a los valores del cielo. Juan ilustra lo que él quiere decir con el término *mundo* identificando tres maldades “mundanas” que salen del corazón pecador humano: los deseos de la carne, la codicia y la soberbia.

Todas las personas se quieren sentir bien respecto de sí mismas, bajar la tensión de su vida. Pero nuestra naturaleza pecadora nos incita a buscar atajos para esta felicidad que en realidad nos dejan de cualquier manera menos felices. Amar al mundo en este sentido podría significar beber mucho o tomar pastillas para anesthesiarse, comprar y vender drogas ilegales como una forma rápida de ganar dinero, o preferir el juego o el robo en lugar de trabajar. Todas estas acciones son impulsadas por los deseos malvados, y todas están en conflicto con la Palabra de Dios. De esas cosas nacen las adicciones.

Todos quieren sentir amor y quieren expresar su sexualidad. Sin embargo, el mal que habita en nosotros puede torcer esos deseos inocentes y volverlos codicia. La codicia es la fuerza que motiva el adulterio, la ruina matrimonial, la prostitución, la pornografía y la propagación extendida de las enfermedades transmitidas sexualmente. Todas esas acciones prometen satisfacción, pero ninguna la provee; todo eso conduce sólo a más adicción.

Toda la gente quiere ser alguien, todos anhelamos alabanzas; pero el pecado que hay en nosotros nos empuja a ser demasiado impacientes y a no permitir que otras personas descubran nuestras buenas cualidades a su propio ritmo. Por eso apresuramos el proceso con jactancia, olvidando que todas nuestras posesiones y todas nuestras capacidades son dones de Dios. La jactancia niega los regalos de Dios, insulta a quien los da, llena de orgullo al presumido con aires de grandeza.

Todos estos apetitos, posesiones y situaciones son pasajeros, dice Juan. No satisfacen, dejan a la gente fría y muerta espiritualmente. Lo que realmente importa es hacer la voluntad de Dios, y quienes la hacen vivirán para siempre.

Tengan cuidado con los anticristos

¹⁸ Hijitos, ya es el último tiempo.

Un cuarto aspecto clave de “andar en la luz” es saber qué hora es y quiénes son nuestros enemigos. Juan dice que su época es el último tiempo. Esa expresión tan importante les recuerda a todos los cristianos que el gran plan divino de salvación fue cumplido totalmente mediante la encarnación, la vida santa, el sufrimiento, la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesucristo. Ahora tenemos el reloj marcando “un cuarto para”, y sólo Dios puede ver los números reales que faltan para que llegue a la hora.

En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios puso mucha energía en la nación de Israel y la arraigó firmemente en Palestina. No es que estuviera excluyendo a las otras naciones, sólo quería que *alguien* permaneciera fiel a su Palabra y a sus promesas. Su Palabra del Antiguo Testamento está llena de invitaciones para todos los pueblos. Su plan era *centrípeto*; se puede decir que es una estrategia de invitar a “venir”. El Tabernáculo, y más tarde el Templo, atrajo a la gente a Jerusalén. Pero la obra que completó Cristo lo cambió todo. Las leyes ceremoniales temporales antiguas

y los decretos civiles fueron cumplidos y terminados. La nueva estrategia de Dios era *centrífuga*; era la estrategia de “ir”. El mensaje del evangelio estaba listo para ser llevado al mundo, y Jerusalén perdió su importancia decisiva cuando el velo del Templo se rasgó y luego el Templo mismo fue destruido en el 70 d.C.

Los cristianos se dieron cuenta muy pronto de que Satanás iba a despertar un antagonismo amargo contra ellos desde afuera. Al instante, tuvieron el odio de los judíos incrédulos y el de los paganos del Imperio Romano. En la primera generación después de la ascensión de Cristo, los primeros cristianos experimentaron la persecución de unos y otros. Esteban y Jacobo fueron mártires bajo el estado judío, y Pedro y Pablo (según los primeros historiadores de la iglesia) sufrieron el martirio en Roma.

No obstante, Juan les recordó a sus lectores la triste profecía de que la iglesia iba a ser perjudicada desde adentro también. Algo del daño vendrá de las deserciones, cuando los maestros se alejen de la comunión y funden sus propias sectas “cristianas”. Un daño aun peor vendrá de los jefes influyentes que edificarán la falsa doctrina sobre las mismas estructuras de las organizaciones de la iglesia cristiana.

Según vosotros oísteis que el Anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. ¹⁹ Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestara que no todos son de nosotros.

²⁰ Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas. ²¹ Os he escrito, no porque seáis ignorantes de la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ²² ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Éste es el anticristo, pues niega al Padre y al Hijo. ²³ Todo aquel que niega al Hijo, tampoco

tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre.

Juan advierte en contra de un traidor que viene de adentro a quien designa como “anticristo”. La preposición griega *anti* significa “contra” o “en lugar de”; en el término *anticristo*, los dos significados tienen sentido: un agente de Satanás que se opone a Cristo y está tratando de reemplazar a Cristo.

Durante siglos, ha sido muy difícil para los cristianos identificar exactamente lo que las Escrituras quieren decir con *anticristo(s)*. Parece que hay tantas opiniones como intérpretes. Es importante que nos quedemos cerca de las palabras reales de las Escrituras y que vayamos entre los dos extremos: ni tratar de identificar cada característica y detalle de cada profecía simbólica con algún suceso específico en la historia del mundo y en la historia de la iglesia, ni, por otro lado, dejar de aplicar la profecía y hacer caso omiso de los mensajes como irrelevantes en el presente.

El Anticristo es una de varias metáforas que usan las Escrituras para enseñarles a los cristianos acerca de los socios humanos de Satanás que hacen el trabajo de tratar de destruir la relación de la gente con su Salvador. El término *anticristo* ocurre sólo en las epístolas de Juan, 1 Juan 2:18-23; 4:3; y 2 Juan 7. Daniel 7:8,20-26 profetiza *un cuerno pequeño* que perseguirá a los santos de Dios. Daniel 11:36-39 habla de un *rey impío* que proferirá cosas inauditas contra Dios. En Mateo 24:24 Jesús advierte contra los *falsos Cristos* y *falsos profetas*. Juan habla de los *falsos profetas* en Apocalipsis 16:13. Apocalipsis contiene muchas de estas metáforas: Juan también ve a *la bestia de la tierra* en 13:11-18, la *gran ramera* en el capítulo 17 y *Babilonia* en el capítulo 18. En 2 Tesalonicenses 2:3-12 describe al *hombre de pecado*. Estas nueve metáforas, aunque difieren mucho en imagen, coinciden considerablemente en el significado.

Esos pasajes usan lenguaje profético, es decir, son simbólicos, no mencionan ni identifican específicamente a personas ni movimientos en particular y están expresados en lenguaje general deliberado. Los escritores sagrados están más interesados en alertar a los creyentes sobre las falsas enseñanzas que en mencionar a falsos maestros específicos. De los lectores dependerá que apliquen estas verdades. Los escritores usan lenguaje pictórico, que es menos preciso, por supuesto, pero más vívido y más fácil de recordar. El lenguaje profético con frecuencia funciona como un telescopio, es decir, puede tener múltiples cumplimientos.

En la capacitación original elemental para los cristianos, los lectores de Juan han aprendido que el “anticristo” venía (no hay el artículo *el* definido en el griego del versículo 18). Ahora habían comenzado a sufrir el daño. Juan quería que sus lectores entendieran lo que estaba sucediendo para que siguieran siendo fuertes personalmente y mantuvieran su mensaje correcto en el ministerio. Había mucho en juego: la verdad es el único poder de la iglesia y su gran tesoro. Alejarse de la verdad significa alejarse de Dios. Juan explicó en los versículos 18, 19, 23 y 24 lo que quería decir con *anticristo*:

- Está sucediendo ya en el siglo I (“así ahora”).
- Había muchos de ellos (note el plural “anticristos”).
- Esos falsos maestros habían dejado la comunión (“salieron de nosotros”).
- Ahora eran apóstatas, que habían caído de la fe y no formaban parte ya de la familia de Dios (“no todos son de nosotros”).
- Todo el que negaba a Jesús como el Cristo era un mentiroso y *el* anticristo (en el versículo 22 sí hay un artículo definido).
- Negar a Jesús como el Cristo quiere decir negar al Padre también.

Con el fin de hacer un resumen de la descripción del anticristo en Juan, vayamos a 4:3 y 2 Juan 7 e incluyamos esa información también:

- El espíritu del anticristo niega que Jesucristo ha venido en la carne.
- Ese espíritu ya está en el mundo.
- Todo el que no reconozca que Jesucristo ha venido en carne es un impostor y es el anticristo (aquí otra vez 2 Juan 7 tiene el artículo definido).
- Hay muchos de ellos.

¿Ven el peligro? Cristo es lo único que nos une a Dios, y por eso Satanás ataca allí para separarnos. El propósito de su plan malvado es destruir en las personas la confianza de que Jesús es Dios verdadero y pleno, coigual con su Padre en la Santa Trinidad, y que Dios el Hijo fue encarnado como un ser humano verdadero, de la manera como las Escrituras del Antiguo Testamento dijeron que sería el Mesías.

Satanás en realidad se había infiltrado en las congregaciones con los falsos maestros que creían y enseñaban esas necedades anticristianas y racionalistas. Con el tiempo, esos maestros gnósticos, gente como Cerinto, salieron para formar sus propias sectas. Lamentablemente, atraieron a sus círculos a personas que una vez habían sido miembros vivientes de una verdadera congregación cristiana.

Las tres grandes confesiones de fe que se usan hoy entre los cristianos: el Credo Apostólico, el Credo Niceno y el Credo de Atanasio, tienen su origen en terribles conflictos doctrinales a principios de la iglesia. Cada credo tenía un propósito doble: afirmar la Santa Trinidad y afirmar las dos naturalezas de Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre. Cada credo resume lo que las Escrituras dicen y arma a los cristianos para la lucha contra el espíritu del anticristo.

Como Juan y los otros apóstoles predijeron, toda la historia de la iglesia del Nuevo Testamento ha sido afectada por maestros

anticristianos que una vez estuvieron entre las congregaciones creyentes de la Biblia pero luego salieron y lograron alejar a la gente de Cristo. Charles Taze Russell había sido congregacionalista antes de unirse a algunos estudiantes de la Biblia en Nueva York y transformar esa organización en los Testigos de Jehová. El patriarca de los Testigos, Joseph “el Juez” Rutherford, fue primero un cristiano bautista, antes de que se alejara del cristianismo. Los Testigos de Jehová se conocen en todo el mundo porque se empeñan en negar a la Trinidad y porque no quieren rendirle culto a Cristo. Por eso no es de extrañar que no celebren la Navidad. No creen que Cristo fue encarnado para ser nuestro Salvador. Jim Jones fue un ministro de los Discípulos de Cristo antes de que formara su secta mesiánica en las selvas de Guyana. Cuando les dio la orden, todos los seguidores se suicidaron.

Aunque parece que Joseph Smith no fue un miembro formal de ninguna denominación, estaba muy familiarizado con la vida de la iglesia cristiana a principios de la década de 1800. Fue muy influido por el estilo lingüístico de la versión King James de la Biblia en inglés cuando inventó el Libro de Mormón, que ha sacado a millones de personas del verdadero cristianismo y las ha llevado a la muerte espiritual. Su socio, Sidney Rigdon, una vez fue bautista y más tarde fue ministro de la iglesia de Campbell. Su sucesor, Brigham Young, que estableció a los mormones en Utah, Estados Unidos, había sido metodista en su juventud. El mormonismo rechaza por completo la doctrina de la Trinidad y la divina encarnación de Jesucristo.

Juan dice: “Si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros”. Hay una señal muy peligrosa cuando los jefes religiosos ya no pueden soportar la restricción y responsabilidad de trabajar en un compañerismo cristiano y emprenden su propio camino.

El énfasis de Juan en estas breves referencias ha sido sobre cosas que ocurrían ya en su vida, con la amenaza general de los

muchos anticristos, de maestros que sacaban a la gente de las mismas iglesias cristianas para llevarlas a las sectas anticristianas. Pero existe la semilla de un sentido más estricto del significado, que se desarrolla más en otras partes de las Escrituras. Juan insinuó también a un enemigo *singular* (versículo 18), uno enemigo que venía (es decir, que todavía no estaba en la escena); ese poder terrible no iba a sacar a la gente de la iglesia, sino que se iba a entrometer para tratar de envenenarla desde adentro. De manera extraña, aunque Juan habla en su mayor parte de muchos anticristos en sus cartas, la mayoría de la gente hoy usa el término casi exclusivamente en el singular.

El Anticristo en el sentido más estricto, en el sentido de un gran Anticristo que viene, sólo se insinúa en la Epístola de Juan. El concepto se desarrolla más y en mayor detalle en la predicción aterradora de la manifestación del hombre de pecado que se hace en 2 Tesalonicenses capítulo 2 (vea el comentario sobre *Tesalonicenses* de La Biblia Popular, p. 97-120). Durante siglos, los teólogos cristianos han usado la expresión “el Anticristo” de manera equivalente con el “hombre de pecado”, para describir esa gran amenaza para la iglesia. En ese sentido más estricto, “el anticristo” se refiere a una sola identidad, la cual emergió lentamente en la historia de la iglesia, que permaneció en la iglesia visible, pero que obtuvo un poder blasfemo tremendo.

Lo que Pablo predijo en 2 Tesalonicenses capítulo 2 se cumplió cuando toda la cristiandad en Europa Occidental fue secuestrada lentamente por los obispos de Roma. En los mil años transcurridos entre 500 y 1500 d.C., el obispo de Roma pasó de ser uno de los muchos líderes importantes de la iglesia regional al punto de decir que él era el representante personal de Jesucristo en la tierra. Durante siglos, el obispo de Roma, ahora llamado el papa (el “santo padre”), a sabiendas o sin darse cuenta, actuó como el agente anticristiano de Satanás para socavar el tesoro más grande de la iglesia: la salvación sólo mediante Cristo y el conocimiento de esa salvación por medio de las Sagradas Escrituras.

Empezaron a reemplazar el sencillo evangelio de Cristo con abusos increíbles y falsas enseñanzas. A la gente se le enseñó, por ejemplo:

- que nunca podría estar segura de que sus pecados eran perdonados.
- que ningún pastor de una congregación se podía casar.
- que la jerarquía de la iglesia, no las Escrituras, tenía la autoridad final en la iglesia.
- que había un lugar después de la muerte en donde incluso los creyentes tenían que sufrir los tormentos terribles para terminar de pagar sus pecados (el purgatorio), y que los papas tenían el poder de liberar a las personas de esos tormentos.
- que ciertas personas (los santos) habían llevado una vida tan pura en la tierra, que habían acumulado un excedente de buenas obras, y que mediante oraciones y actos de devoción, los pecadores podrían obtener alguna parte de este “tesoro de méritos”.
- que era necesario para la salvación de cada criatura humana, que estuviera sujeta al pontífice romano.
- que los papas, cuando hablaban de asuntos de la fe y la vida, eran infalibles.

Esos abusos y falsas enseñanzas eran tan atractivos que algunos de los primeros reformadores, tales como Juan Wycliffe y Juan Hus, empezaron a murmurar que el papa debía de ser el gran Anticristo. Tres de las Confesiones Luteranas del siglo XVI: la Apología, los Artículos de Esmalcalda (con el agregado del Tratado sobre el poder y la primacía del papa), y la Fórmula de Concordia, afirman que el pontificado es el Anticristo. La declaración más contundente viene de los Artículos de Esmalcalda, Parte II, Artículo IV: “...el papa es el verdadero Anticristo, que se ha colocado encima de Cristo y contra él, puesto que no quiere que los cristianos lleguen a ser salvados sin su poder”.

A los luteranos se les unieron otros protestantes que en sus obras usaron el término *Anticristo* para el papado: La Segunda Confesión escocesa de 1580 (presbiterianos escoceses), la Confesión de Westminster de 1643 (presbiterianos ingleses), la Declaración Savoy de 1658 (congregacionalistas ingleses), y las Confesiones bautistas de 1688 (bautistas ingleses y americanos).

Bien, ¿y ahora qué? ¿Qué pueden hacer los cristianos ante todas esas amenazas, la amenaza de ser atraídos por una secta que no es cristiana y la de verse engañados por los falsos maestros dentro de la iglesia? Juan da confianza; Dios no ha dejado a su pueblo indefenso: “Vosotros tenéis la unción del Santo” (Cristo). A cada creyente le han sido dados dones espirituales, que recibió el día en que fue bautizado (ungido), empezando con el regalo básico del Espíritu Santo y el don de la fe: “[vosotros] conocéis todas las cosas”. Esa unción del Espíritu nos permite oír y creer la palabra de Dios, la verdad. Los objetivos de las verdades de la palabra de Dios son más grandes que cualquier maestro falso, cualquier líder de una secta o cualquier tirano de una organización eclesiástica. Sabemos todas las cosas; no necesitamos ningún conocimiento secreto gnóstico. Ya sabemos la verdad lo suficientemente bien para detectar cuando alguien está mintiendo sobre Jesucristo.

Es esencial que los creyentes piensen por ellos mismos, que no permitan que sean atraídos por sectas que producen emociones pero que no son cristianas. Es esencial que no se crea simplemente todo lo que dicen los líderes de la iglesia. Es de crucial importancia que los cristianos evalúen con cuidado tanto los movimientos y los grupos espirituales nuevos como lo que dicen las denominaciones establecidas. El tamaño de una denominación no es una garantía de la verdad. Tenemos las herramientas que necesitamos: hemos sido ungidos con el Espíritu Santo y con la fe (tenemos el poder), y tenemos la palabra clara y firme de Dios (sabemos todas las cosas).

Permanezcan en Cristo

24 Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. 25 Y ésta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna.

26 Os he escrito esto sobre los que os engañan. 27 Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

En el primer ciclo de esta carta, “los cristianos andan en la luz”, Juan exhorta a sus lectores a que guarden los mandamientos de Dios, amen a sus hermanos, recuerden quiénes son y tengan cuidado con los anticristos. Hay una exhortación final: ¡*Permanezcan en Cristo!* El verbo griego se repite una y otra vez (24 veces en 1 de Juan). ¿Por qué? Porque la naturaleza humana tiende a desviarse. Porque el pecado que hay en nosotros hace que la gente se dé por vencida, pierda interés, se fastidie, anhele la novedad, sea llevada por los apetitos en lugar de la cabeza. La perseverancia no sucede por sí sola, es una elección consciente.

Los agentes de Satanás, a sabiendas y sin saberlo, están difundiendo una mentira terrible entre los creyentes: tal vez no se salven totalmente: necesitan tener el conocimiento que hace falta, tener experiencias válidas, hablar en lenguas, ser bautizados por inmersión, estar en la “verdadera” organización y siguen interminablemente. Cada una de esas cosas trata de sustituir una obra humana por la obra de Cristo. Cristo hizo *lo suficiente* por nosotros mediante su encarnación, la cruz y la resurrección. Los lectores de Juan sabían eso ya, no necesitaban que se les volviera a instruir. Tenían la unción del Espíritu por el bautismo y por la palabra de Dios. Cuando las personas que una vez fueron cristianas

han perdido a Cristo, no es porque no hayan llegado a los niveles avanzados de la vida cristiana, es porque abandonaron lo básico.

Es fascinante ver la relación estrecha que existe entre 1 Juan y el largo discurso de Jesús en el aposento alto (Juan 14-17). Juan había oído esas cosas del mismo Maestro una y otra vez el Jueves Santo por la noche. Jesús mismo había usado la palabra *permanecer* once veces sólo en Juan capítulo 15. Por ejemplo, Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que *permanece* en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (versículo 5). ¡Permanezcamos en él!

²⁸ Ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.

Es agradable tener la conciencia limpia si se necesita visitar la comisaría o el juzgado. Es bueno pasear por allí sabiendo que no se tiene por qué temer a los agentes de policía ni a los jueces. El trato con esas autoridades poderosas puede ser placentero. Pues bien, Juan dice: “el mundo pasa, y sus deseos” (versículo 17), y este “es el último tiempo” (versículo 18). Imagínense el terror que algunas gentes experimentarán cuando se encuentren con el Señor Jesús en persona. Se van a sentir abrumadas al darse cuenta de repente que han desperdiciado su tiempo, de que creído neciamente mentiras, han elegido por desgracia lo malo y han perseguido las cosas equivocadas. El día en que Cristo regrese a este planeta será el peor día de la existencia de esas personas.

Pero ese día será completamente diferente para los que permanecen unidos a Cristo, que resistieron la tentación de desviarse en busca de revelaciones y experiencias nuevas, que vencieron la tentación del aburrimiento espiritual y la indiferencia. La gran recompensa para todos los que eligieron permanecer con Cristo será un primer encuentro gozoso, seguro y sin ninguna vergüenza. ¡Gozaremos el día del juicio!

PARTE TRES

Ciclo 2: Los cristianos saben

(2:29–4:6)

Los líderes de sectas como Cerinto y Joseph Smith alejaron a la gente de su comunión cristiana original haciéndola dudar del amor de Dios, de su salvación, de la Biblia, de los apóstoles y de sus maestros anteriores. Juan quiere ayudar a sus lectores para que pasen de la duda a la confianza, regocijándose con él en todas las cosas que podrían *saber*. En los versículos que siguen, usa la palabra *saber* al menos 16 veces, demostrando así que la vida cristiana no es temerosa ni miserable, sino un camino gozoso de seguridad, porque está edificada en las promesas seguras del evangelio que vienen de la palabra fiel de Dios.

Saben que son hijos de Dios

²⁹ Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.

Juan regresa al hilo de pensamiento que había presentado antes (1:7): los cristianos pueden tener gran consuelo en las cosas justas que ellos mismos observan que hacen. Aunque nuestra relación con Dios, nuestra fe y nuestro perdón son invisibles, nuestras obras son muy visibles. Cuando nuestra conexión con la Vid de justicia hace que su jugo vital corra por nosotros y dé frutos, tenemos una oportunidad de ver la evidencia real de nuestra relación con el Salvador real. Sería un error asfixiarnos en nuestra indignidad pecadora hasta el punto de que no pudiéramos ver los frutos gozosos del evangelio en nuestra propia vida y en la de nuestros hermanos en la fe. ¡Esas buenas obras muestran que estamos vivos espiritualmente! ¡Celebrémoslas!

Juan usa otra gran metáfora aquí: renacer. A través de la Palabra y los sacramentos, hemos nacido otra vez en la familia de Dios. Juan se goza ampliando las posibilidades de esa imagen.

3 Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. ²Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es

¡Hijos de Dios! ¡Asombroso! Pero no fue siempre así. Cuando entramos primero en este mundo, lo hicimos como enemigos de Dios. Él tenía otros adjetivos para describir nuestro primer estado: insensatos, desobedientes, extraviados, esclavos. Las emociones dominantes que gobiernan la vida de los rebeldes pecadores son malicia, envidia y odio, dice Pablo en Tito 3:3.

Dios llama a los creyentes con varios nombres nuevos: somos sus siervos, una nación, sus súbditos reales, sacerdotes, soldados. Pero el término más amado de todos es que nos llama sus hijos. Y ése no es sólo un título honorífico; él nos ha adoptado en su familia, nos hace hermanos y hermanas de su Hijo, Jesús, mediante el bautismo. Pablo escribe en Gálatas 3:26 que todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, porque todos los que fueron bautizados en Cristo han sido revestidos de Cristo. Los certificados o las actas de bautismo son también nuestros documentos de adopción.

¡Cómo quita el temor y la duda el hecho de ser *hijos* de Dios! Éste no es un término condescendiente; el punto no es hacernos sentir que somos pequeños, como niños. El punto es hacernos sentir amados, importantes y seguros. Dios Padre se ha responsabilizado de manera solemne a hacer por nosotros lo que todos los buenos padres hacen por sus hijos: proveer nuestras necesidades diarias, darnos protección y guía. Nos provee con un

sentido de ser alguien, de ser amados. Está con nosotros en las emergencias, como los buenos padres que pagan la fianza de sus hijos que se encuentran en problemas. Cuando necesitamos ayuda, cuando oramos, no tenemos que sentirnos como si nos estuviéramos acercando a un extraño. ¡Estamos hablando con nuestro Padre! Podemos recurrir a la relación que él ha iniciado; fue su idea, él la hizo, él nos adoptó, no fuimos nosotros. Él se inclinó hacia nosotros porque no podíamos subir hacia él.

Y como llevamos la santidad de Cristo, ya tenemos la vida eterna en nosotros. No sabemos exactamente cual será la diferencia que habrá entre nuestro cuerpo celestial y el cuerpo terrenal, pero podemos tener una buena idea de que será maravillosa, porque seremos como Jesús. ¡Imagínese eso, Jesús nos ama tanto que mantuvo su cuerpo aun después de la resurrección y ascensión, sólo para que pudiera seguir siendo nuestro hermano humano para siempre! Pablo dice en Filipenses 3:21 que el poder que le permite a Jesús dominar todo transformará nuestro cuerpo modesto para que sea como su glorioso cuerpo. ¡Vaya! ¿Vale la pena esperarlo o no? Si esas son las promesas que nos esperan, por qué buscamos algo mejor? ¿Qué nuevas revelaciones, nuevas ideas, nuevos conocimientos podrían ofrecer las sectas gnósticas que sea mejor que esto?

Por ahora, la relación de Padre e hijo no la ve el resto del mundo. Francamente, a simple vista, no nos vemos como realeza celestial. Pero aun cuando no recibamos ningún respeto del resto del mundo, eso no debe hacer que dudemos del amor del Padre. La mayor parte del mundo tampoco pudo imaginar que Jesús fue el Hijo de Dios.

³Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

⁴Todo aquel que comete pecado, infringe también la Ley, pues el pecado es infracción de la Ley. ⁵Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. ⁶Todo aquel que permanece en él, no peca. Todo aquel

que peca, no lo ha visto ni lo ha conocido. ⁷ Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. ⁸ El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

⁹ Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. ¹⁰ En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios.

Ahora ya han visto un patrón: Juan odia el concepto de “gracia barata” (la idea de que podemos acudir a Dios para que nos perdone, deleitarnos por ello, y luego vivir de la forma que se nos antoje). La gracia de Dios es gratuita, pero es sumamente costosa. Requirió que Cristo ofrendara su vida, y nos exige la nuestra cuando la recibimos. Después de consolarnos de inmediato con el mensaje de que somos hijos de Dios, Juan nos desafía a actuar como tales. Hay una perfecta conexión entre la justificación (el veredicto que nos da Dios de “inocente”) y la santificación (la forma en que llevamos la vida para Dios). La primera no nos costó nada; la segunda nos costó todo. En cuanto a la justificación, decimos: “No podemos”. En cuanto a la santificación, decimos: “Sí, sí podemos”.

Por iniciativa propia, Dios transformó nuestra identidad de criminales confinados en el pabellón de los condenados a muerte a ser hijos amados. Nos ungió con el Espíritu Santo para darnos la fe salvadora en Cristo y también para cambiar nuestras actitudes y nuestra vida. En las palabras de Juan, nos estamos purificando a nosotros mismos. Eso no significa que alcanzaremos la perfección moral y la pureza total en esta tierra. Juan reprende ese pensamiento en 1:8: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos”. Obviamente, la obediencia a la voluntad de Dios nunca será perfecta. Lo que Juan quiere decir es que Jesús vino para destruir el pecado: la culpa del pecado que

flota sobre nuestra cabeza, y el poder del pecado que sujeta nuestra mente y corazón. Vino a declarar la guerra contra el pecado, que en cada caso es rebelión que quebranta la santa voluntad de Dios. El pecado es malvado. Así, todos los que Dios redimió, los que ahora son los hermanos de Cristo, odian el pecado también; no se quieren sentir cómodos con el pecado; ellos también le declaran la guerra.

Y menos aún vamos a permitir que el pecado caracterice nuestra vida ni que sus hábitos repugnantes nos sigan dominando. Mientras crecemos en la fe, también lo hacemos en la determinación de dejar el comportamiento que ofende y enoja a Dios. Un corolario de “amo a Dios” es “odio el pecado”. Proverbios 8:13 dice: “El temor de Jehová es aborrecer el mal”. Juan habla con franqueza: las personas que han dejado de luchar contra el pecado están espiritualmente muertas; no ven ni conocen al verdadero Dios. Los creyentes verdaderos pueden caer en el pecado, pero nunca se rinden. Los creyentes verdaderos pueden caer en el pecado, pero se arrepienten, reciben gustosamente el perdón de Cristo y afirman su deseo de cambiar.

Juan dice: “Nadie os engañe”. Los anticristos que trabajaban para el diablo estaban seduciendo a los cristianos para que abandonaran la lucha contra el pecado, haciendo que se viera como una lucha sin sentido. Ustedes deben admitir que hay cierta lógica diabólica en esa opinión; si tenemos el perdón en Cristo, si nuestro cuerpo va a morir de todos modos y nuestro verdadero destino es vivir en el cielo, ¿qué importa si nos complacemos a nosotros mismos ahora? ¿Por qué luchar tanto por la castidad, la moderación y la bondad cuando el adulterio, el exceso en la bebida y la violencia son mucho más divertidos?

Sólo parecen divertidos. En realidad, son parte de la terrible rebelión de Satanás contra el Señor del universo. Satanás no es el rey alegre del infierno, como los presentan las caricaturas y los chistes de mal gusto. Él es el cerebro malvado y retorcido que está detrás de todo pecado, y su destino ya ha sido anunciado: pronto será lanzado de cabeza al lago que arde con fuego y azufre. ¿Quién

desea eso? Como escribió Pablo: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Hemos nacido de Dios, dice Juan. Dios se hizo literalmente nuestro Padre ([su] “simiente... permanece” en nosotros, versículo 9). Esa simiente viene a nosotros en la Palabra y sacramento con nuestro “nuevo ADN”, trayendo un nuevo modelo que encuentra su gozo haciendo la voluntad de Dios.

Estos temas todavía son urgentes hoy. La juventud “cristiana” convive sin casarse y descarta las preocupaciones de la familia y de la iglesia como tradicionalismo anticuado. Las iglesias con programas débiles de cuidado espiritual les permiten a las parejas no casadas que vivan juntas, y que permanezcan en la comunión oficial sin que nadie las reprenda. Las congregaciones ponen sus mejores recursos humanos en otros proyectos y dejan que decaiga la búsqueda de personas y la capacitación de los ancianos. Llega a ser muy fácil hacerse miembro de la iglesia: sólo unas cuantas clases bíblicas y una ceremonia de confirmación, y luego no se espera nada de crecimiento espiritual adicional. La gente se irrita con la idea de que traten de sacarlos del comportamiento pecaminoso, citando mal algunos famosos pasajes bíblicos: “El que esté libre de pecado que tire la primera piedra” y “No juzgues, para que no te juzguen”.

Con el fin de que vivamos lo que Juan nos dice, será necesario que los cristianos aprendan cómo tomar la corrección de otros. Un espíritu orgulloso no escucha a nadie. Cuando estamos metidos en el pecado, Dios quiere usar a otros cristianos para sacarnos de eso, pero eso no puede pasar si somos demasiado orgullosos para escuchar y arrepentirnos. Proverbios 15:32 dice: “El que desprecia la disciplina se menosprecia a sí mismo; el que escucha la corrección adquiere inteligencia”.

Proverbios 17:10: “La reprensión aprovecha al inteligente más que cien azotes al necio.”

Si conocen a alguien que está en un pecado habitual, ¿le hablarán para recuperar a esa persona? ¿Y permitirán que otra persona los corrija a ustedes cuando están pecando?

A la inversa, cuando escuchan palabras temerosas de un cristiano desesperado, ¿le ayudarán a esa persona para que vea las buenas cosas que ha hecho, y que dan prueba viva de la fe viva? ¿Y se permitirán ustedes encontrar gozo y consuelo cuando otras personas los elogian por la forma en que han permitido que la fe obre en su vida?

Actuar con amor los ayuda a saber

Vivir como viven los hijos de Dios nos ayuda a saber que el Espíritu vive en nosotros. Las últimas palabras del versículo 10 nos presentan otra forma importante para que nuestra fe brille y así saber que somos salvos: amando a los hermanos. Los siguientes tres párrafos son una colección desconectada de dichos sobre el tema general de que Dios nos ama y del amor de unos a otros.

¹¹ Éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. ¹² No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano, justas.

¹³ Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os odia. ¹⁴ Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte. ¹⁵ Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.

Este párrafo contrasta sin mucho rigor el amor que viene del cielo con el odio que viene del infierno. Juan señala cinco puntos importantes; otra vez los hace girar como una escalera de caracol.

1. Que “nos amemos unos a otros” no es una enseñanza periférica, ni una enseñanza opcional en el cristianismo; es central en el mensaje del Nuevo Testamento. Cuando Juan dice “desde el principio”, se refiere probablemente a la noche de la transición del antiguo pacto al nuevo pacto. Poco después de la Cena del Señor,

Jesús pronunció su majestuoso “nuevo mandamiento” que sus discípulos debían amarse unos a otros, tanto que todos conocieran que eran sus discípulos (Juan 13:34,35).

2. La historia grotesca de Caín, el primer asesino (Génesis 4), ilustra lo que pasa cuando la gente no controla sus emociones y sus deseos malvados. Ese asesinato no apareció de la nada, salió de la mente de Caín, cuando alimentó lentamente su irritación, luego la envidia, después el resentimiento, más tarde el odio, y por último el deseo de matar. El Señor mismo intervino para tratar de revertir el progreso de ese pensamiento malvado: “Si hicieras lo bueno, ¿no serías enaltecido?; pero si no lo haces, el pecado está a la puerta, acechando. Con todo, tú lo dominarás” (versículo 7).

Lo que es peor, cuando fue enfrentado con este horrible pecado, Caín no mostró remordimiento, sólo un espíritu enfadado e irritado. No gozó del resto de su vida, y sus descendientes impíos fueron responsables directamente del gran diluvio que destruyó a la mayoría de la raza humana.

3. Si el amor es uno de los frutos del Espíritu (Gálatas 5:22) y el odio uno de los frutos del infierno, entonces no debe sorprender que los cristianos sean aborrecidos (versículo 13). Es de esperar que las personas que odian al Dios que no pueden ver odien a la gente de Dios, a la que sí pueden ver. Los cristianos que estaban en la parte oriental de Asia Menor tendrían que ser testigos de la ejecución del amado Policarpo, obispo de Esmirna. Policarpo fue discípulo del mismo Juan y fue quemado en la hoguera hacia el año 155 d.C. porque no renunció a Cristo.

4. Las comunidades cristianas que los apóstoles fundaron y alimentaron eran en verdad lugares de amor, apoyo y aceptación, así como lo son las congregaciones cristianas hoy. Juan exhorta a sus amigos a celebrar el amor que podían ver en sus hermanos en la fe, porque ese amor demostraba que estaban verdadera y espiritualmente vivos. Y como una parte muy grande de la vida de fe es invisible, es esencial que a la fe real se le permita expresarse en obras reales. Como les dijo Pablo a los cristianos de Corinto: “Nuestras cartas sois vosotros... conocidas y leídas por todos los

hombres. Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Corintios 3:2,3).

5. El odio no es ilegal. De hecho, ninguna de las leyes civiles se puede hacer cumplir en los pensamientos de la gente, porque sólo Dios y el individuo saben con seguridad lo que está pasando en la cabeza de la persona. Sin embargo, en el versículo 15 Juan dice que el odio es el equivalente moral del asesinato y exhorta a los cristianos a estar limpios por dentro también.

¹⁶ En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. ¹⁷ Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? ¹⁸ Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

El párrafo anterior fue un contraste en espiral entre el amor y el odio. Este párrafo va en espiral alrededor de los temas del amor y la compasión por los demás. Subamos los tres escalones en forma de proverbios de los versículos 16 a 18.

1. La fuente de todo amor y el ejemplo final y modelo del amor es, por supuesto, Jesucristo. Su glorioso sacrificio propio en la cruz del Calvario no sólo nos compró el perdón que necesitábamos para ser otra vez hijos de Dios, también nos inspira a amar y perdonar a la gente en nuestra vida. La parábola de Jesús sobre el deudor despiadado (Mateo 18:21-35) muestra el tamaño comparado de las deudas que nosotros tenemos y las que otros tienen con nosotros. ¡Qué alegría es honrar a Cristo mostrando compasión hacia los demás! Su sacrificio es el fuego que motiva todo lo que hacemos.

2. Lo opuesto al odio asesino de Caín es la voluntad cristiana de sacrificarse por un hermano. No es coincidencia que los

cristianos hayan estado a la cabeza en el desarrollo de ministerios de misericordia en muchas comunidades por todo el mundo: hospitales, escuelas, orfanatos, despensas de comida y lugares seguros para los incapacitados y los ancianos. Los cristianos con recursos que no ayudan a la gente necesitada deben comprobar su pulso espiritual.

3. El versículo 18 es un ruego vehemente para que los cristianos dejen la hipocresía. Hablar sin actuar no engaña a mucha gente. Incluso los que no creen, y en especial ellos, pueden oler la hipocresía religiosa a una buena distancia. Como lo dijo Santiago en su segundo capítulo, si alguno tiene una frazada extra, y todo lo que es capaz de hacer por la persona que está temblando de frío es decirle “calentaos”, su supuesta fe debe estar muerta. En el mundo de los deportes, es común que los representantes de los jugadores les digan a los dueños de los equipos: “Muéstreme el dinero”. En otras palabras, no alaben a mi cliente y digan lo importante que es para su equipo y luego le ofrezcan una miseria. La oferta en efectivo muestra lo que realmente piensan. “Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.”

¹⁹ En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él, ²⁰ pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. ²¹ Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; ²² y cualquiera cosa que pidamos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él. ²³ Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. ²⁴ El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

De vuelta al conocimiento. Los versículos 19 a 24 no son regaños moralizadores ni legalistas. Juan tiene confianza total en el evangelio. Creyó con todo su corazón que:

- Dios apasionadamente quiso ganarse a la gente otra vez, estaba enviando su Palabra a todas partes, y mediante el poder del Espíritu Santo estaba haciendo nuevos creyentes en todas partes.
- el Espíritu, al obrar por medio de la Palabra y el sacramento, haría que los corazones y las mentes de las personas crecieran espiritualmente.
- los corazones cristianos tienen el deseo de agradar a Dios y están abiertos para que los guíen.
- los frutos de la fe (las buenas obras) fluirán de un cristiano vivo.
- cada vez que nuestro corazón nos condene (es decir, cuando Satanás envíe mensajes a nuestro sentido de culpabilidad y nos engañe para pensar que somos fracasos indignos), podemos encontrar consuelo real y satisfacción en las obras reales que se hacen con amor real.
- Dios es mayor que nuestro corazón, es decir, aun cuando nuestro análisis es muy confuso y débil para pensar bien, Dios nos ha comprendido y sabe que todavía somos cristianos. Y nos ayudará a encontrar la confianza interna que necesitamos.

Juan vincula todo este debate a la oración. Aunque no lo crean, la confianza espiritual tiene mucho que ver con la vida de oración. Como escribió Santiago, el que ora con un corazón dudoso mejor que ni espere nada del Señor; tal persona es de doble ánimo, inconstante (1:6,7). ¡Uf! El punto de Juan es que a Dios al parecer le resulta un insulto cuando la gente se acerca a él sin entusiasmo, insegura de su amor, dudando de su relación. El punto de Juan es también que encontrar satisfacción en las obras que proceden de la fe, en la obediencia a la voluntad de Dios, ayudará a nuestra confianza. Entonces oraremos con más seguridad, le

presentaremos nuestras peticiones directamente al Señor, apelaremos a su obligación paternal, creeremos más en él, pediremos las cosas más en armonía con la voluntad de Dios y recibiremos también más.

¿No es asombroso? ¡Qué cadena de incentivos poderosos para vivir la fe! Obedecemos al Señor y ocurren toda clase de cosas buenas: adoramos y agradamos a Dios, le damos algún beneficio a nuestro prójimo, crecemos en el sentido de paz interna, crecemos en confianza y recibimos de él todo lo que le pedimos. ¡Estupendo!

Juan dice que se puede resumir en dos cosas lo que Dios más desea de nosotros: que *creamos* en su Hijo, Jesucristo (“Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”; Juan 8:31,32), y que nos *amemos* unos a otros (“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros”; Juan 13:35). Cuando hacemos esas cosas, el sentido de unidad con Cristo se hace más fuerte: vivimos en él y él en nosotros (versículo 24). En realidad, somos parte de su cuerpo, y él en verdad mora en nosotros. ¡Formidable!

Juan les recuerda a sus lectores una última fuerte evidencia de que son salvos: “Y en esto *sabemos*... por el Espíritu que nos ha dado” (versículo 24). Aquí por primera vez en 1 Juan se nombra a la tercera persona de la Trinidad. La gran obra del Espíritu Santo es llevar lo que Cristo compró para todo el mundo y unirlo personalmente a los individuos. La Biblia nos dice que todos los que son bautizados reciben el Espíritu Santo (Hechos 2:38), que el bautismo es el lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo (Tito 3:5,6). El Espíritu obra en la vida humana también mediante la palabra de Dios. El Espíritu es la fuente de energía para todos los cambios que Dios produce en los cristianos convertidos. El Espíritu es la fuerza que impulsa, la fuerza viva que produce el poder para un comportamiento piadoso en la vida cristiana: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio (Gálatas 5:22,23).

Uno de los dones más preciosos del Espíritu es la fe, la seguridad interior de que la palabra de Dios es verdadera, que realmente somos amados y perdonados en Cristo, y que nos dirigimos a una reunión gozosa con nuestro Padre amado. Pablo escribe: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16). Todos los cristianos tienen el Espíritu; todos los cristianos pueden oír esa voz consoladora. Las palabras tiernas de Juan nos recuerdan que no estamos solos en la lucha espiritual; tenemos el poder de Dios mismo obrando en nosotros.

Prueben a los espíritus con lo que conocen

Los cristianos *conocen*, dice Juan. Conocen que son hijos de Dios. Actuar en amor los ayuda a conocer. Ahora los reta a poner su conocimiento en obra para enfrentar la crisis de los falsos maestros. La evaluación de los maestros religiosos es un trabajo no sólo de profesionales religiosos; cada cristiano tiene la responsabilidad de tener cuidado de lo que “consume”.

4 Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. ² En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; ³ y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del Anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.

Desde el punto de vista de Dios, el tema de los maestros espirituales (Juan los llama espíritus en los versículos 1-6) es de enorme importancia. El Padre envió a su Hijo a nuestro planeta perdido y moribundo para rescatar a sus habitantes. El poder espiritual del cielo que une a los pecadores perdidos con su Salvador está invertido en la Palabra y los sacramentos. Él decidió

confiarle a su iglesia esos medios poderosos de gracia y comisión a los creyentes para que sean sus agentes en el propósito de rescatar a la gente. “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos... enseñándoles”, dijo el Señor resucitado. Esos medios son suficientes para la obra: “Las Sagradas Escrituras... *te pueden hacer* sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”, dice Pablo (2 Timoteo 3:15). Jesús dijo: “El que crea y sea bautizado, será salvo” (Marcos 16:16).

La Palabra y los sacramentos deben ser llevados a la gente, puesto que nadie ha nacido con ellos. Y como todos los cristianos empiezan su vida espiritual como niños espirituales, necesitan guía espiritual y doctrina firme que los ayude a crecer. Y así Jesús formó un equipo de jefes espirituales, los instruyó con cuidado, y luego los envió a reclutar y a capacitar a otros líderes que enseñaran. Por desgracia, Satanás ve la palabra de Dios por lo que es: un golpe mortal al control que tiene sobre la gente del mundo. Y por eso recluta y capacita a una fuerza contraria de líderes espirituales que se quieren infiltrar en la iglesia y, a sabiendas o sin saber, deshacer la verdad de Dios. Tan sutil y astuto es el maligno, que muchos de sus agentes en realidad piensan que están trabajando para Dios.

Está de moda ser tolerante. Después de todo, ¿quién quiere que lo llamen intolerante? Sin embargo, algunas enseñanzas espirituales son mortales, porque alejan de Cristo y de su cruz. Si algunos médicos hoy estuvieran tratando a la gente con sanguijuelas y sangrías para deshacerse de los malos “humores”, serían una amenaza para la salud. El estado les negaría la licencia para practicar la medicina. Si un equipo de ingenieros estuviera diseñando un puente nuevo inmenso que se debía de construir de concreto sin varas de refuerzo, sería muy peligroso usarlo. El estado nunca les daría un permiso de construcción.

Aquí, entonces, está el dilema para los creyentes. Desean simplemente sintonizarse con Dios, pero cuando quieren escucharlo, oyen un murmullo de voces que afirman todas que hablan por él. Cada creyente en todas las épocas tiene que

confrontar el mismo terrible problema: ¿quién me está diciendo la verdad? ¿A quién escucho? Aquí el estado no puede y no debe involucrarse. Cada creyente tiene la gran responsabilidad de decidir a quién va a escuchar.

Eso ya estaba sucediendo en el tiempo de Juan. Espíritus (maestros espirituales) como Cerinto estaban alejando a la gente de su Salvador. El consejo de Juan para los creyentes es: pruébenlos. ¿Cómo? Puesto que no pueden leer la mente de ellos ni ver su corazón, escuchen lo que dicen. Evalúen su *confesión*, es decir, su posición, sus enseñanzas. La apariencia, el estilo, los edificios, las personalidades y el número de adherentes son todos irrelevantes. ¿Qué le están enseñando a la gente? Pueden ser cautivadores, tener dinamismo, conexiones y carisma, pero lo que importa es su confesión.

Juan da dos piedras de toque de la verdad. Cada maestro espiritual verdadero *confiesa* que Jesús ha venido en la carne. Ese no es todo el mensaje cristiano, por supuesto, pero es el corazón del mensaje cristiano y por eso es el principal blanco de Satanás y sus anticristos. La confesión involucra la doctrina de la Santa Trinidad, que expresa la identidad misma de Dios, e involucra la doctrina de las dos naturalezas de Cristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre en una persona.

Todo maestro verdadero pone esa verdad sagrada en el centro. Todas las sectas no cristianas lo niegan, y así se revelan ellos mismos como portadores de la enfermedad de tener el espíritu del anticristo. Aunque la secta de Cerinto era ya muy mala, las cosas empeoraron mucho para los cristianos de Asia Menor. En los años 300 y 400 la mayoría de la cristiandad estaba sumida en un conflicto terrible. Una clase de virus anticristiano llamado arrianismo, que negaba la naturaleza divina de Jesús, se extendió por muchas de las iglesias orientales. Para combatir ese virus, los héroes de la fe redactaron el Credo Niceno y el Credo de Atanasio, que existen con un gran propósito: confesar que Jesucristo ha venido en la carne.

La escena religiosa de hoy está invadida por espíritus falsos que niegan la Trinidad, las dos naturalezas de Cristo y la encarnación. Obviamente, las filosofías no cristianas del budismo y el hinduismo no quieren saber nada del Cristo bíblico, y tampoco el judaísmo, el islamismo, el unitarismo/universalismo, los mormones y los testigos de Jehová. La mayoría de las facultades universitarias de teología y filosofía se muestran hostiles a la idea de que Jesucristo ha venido en la carne. El punto de Juan es que hay un gran riesgo si permitimos que esa gente nos enseñe acerca de Dios. Reconózcanlos y evítenlos como sus maestros espirituales.

⁴ Hijitos, vosotros sois de Dios y los habéis vencido, porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo. ⁵ Ellos son del mundo; por eso hablan de las cosas del mundo y el mundo los oye. ⁶ Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.

Aquí está la segunda piedra de toque de la verdad para percibir a los “espíritus” verdaderos: “Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios, nos oye”. Juan y los otros apóstoles eran hombres humildes, pero no tenían duda alguna en cuanto al reclamo de autoridad apostólica para sus enseñanzas. ¡Y con toda la razón! Habían recibido su información directamente del Espíritu Santo, y como testigos oculares del Salvador. Recuerde: todavía no se disponía del Nuevo Testamento de la Biblia. Hasta que las copias escritas de los cuatro evangelios y Hechos, las 21 cartas, y Apocalipsis fueron reunidos y encuadernados, ¡la palabra de los apóstoles era la Biblia! La segunda prueba de la verdad se centra en la fuente de información que tenía la gente.

Toda la falsa enseñanza sale de otras fuentes menos de los apóstoles, ya sea de las filosofías paganas, el misticismo, la

astrología, la mitología popular, el racionalismo o la “investigación científica”. Cada secta obtiene sus ideas y sus mensajes de alguna fuente humana, y su autoridad se basa en lo que dice algún ser humano, ya sea Cerinto, Montano, Orígenes, Arrio, Thomas Muentzer, Joseph Smith, Mary Baker Eddy, El Juez Rutherford, el Maharishi Mahesh Yogi o el reverendo Sun Myung Moon. Juan dice: “El que no es de Dios, no nos oye [a los apóstoles]”. Así es como pueden reconocer el espíritu de la verdad y el espíritu de la falsedad. Pablo habló de los dos piedras de toque en esta forma: Son “miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los *apóstoles* [Nuevo Testamento] y *profetas* [Antiguo Testamento], siendo la principal piedra del ángulo *Jesucristo* mismo” (Efesios 2:19,20).

Aquí está la manera como los cristianos de hoy pueden escoger su camino a través del ruido de las afirmaciones religiosas. Las sectas están muy activas en nuestra generación. Hay gente que afirma que habla por Dios, proclama una palabra divina de *ahora* (que suplanta la palabra cansada *de antes* de la Biblia) y afirma que tiene el poder de exorcizar a los demonios, de obrar señales y milagros, de hablar en lenguas, sanar e interpretar los sueños. Hay gente que dice que tiene autoridad de Dios sobre la vida de otra gente. Las iglesias obligan por ley a la conciencia de la gente con las tradiciones impuestas por los hombres. “Probad... los espíritus”, dice Juan. Compare la confesión de ellos con las enseñanzas de los apóstoles, como hicieron los de Berea cuando Pablo fue a su sinagoga: “Recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

En algunas ocasiones, los falsos maestros gozan de gran éxito exterior. Eso podría consternar a los pequeños grupos de creyentes verdaderos, que pueden dudar de si todavía se encuentran en el camino de la verdad. Juan dice que eso debe es de esperar: “Ellos [los falsos maestros] son del mundo; por eso hablan de las cosas del mundo y el mundo los oye” (versículo 5). Los números nunca

garantizan de qué lado está Dios, como les podrían decir Elías y Noé. La popularidad no es lo mismo que la verdad; puede significar simplemente que hay muchos insensatos en el mismo lugar.

Podría llegar a parecer que los verdaderos cristianos fueran muy pocos. Imagínense cómo se deben sentir los cristianos en la India, China y Japón, rodeados de millones de personas que son devotas de Buda, Krishna o de los espíritus de sus antepasados. Puede parecer que es muy triste ser un cristiano bíblico en un salón de clase en una universidad secular donde no hay irrefutables, donde toda verdad y moralidad son relativas. Se pueden sentir muy solos los que son los únicos cristianos bíblicos en su clan familiar. Juan tiene palabras de esperanza: “Hijitos, vosotros sois de Dios y los habéis vencido”. La palabra de Dios es más poderosa que una tesis para el doctorado más poderoso y finalmente más influyente que el presentador del programa de entrevistas más popular. ¿Qué les puede dar más confianza a los cristianos? “Porque mayor es el que está en vosotros [el Espíritu Santo] que el que está en el mundo [Satanás]”. Somos más que vencedores, como nos dice Pablo (Romanos 8:37). El poder de Satanás está quebrantado; su cabeza maligna fue aplastada en el Calvario de una vez por todas y estamos seguros en los brazos de nuestro Salvador.

PARTE CUATRO

Ciclo 3: Los cristianos aman

(4:7–5:5)

Los pensamientos en espiral de Juan han girado alrededor de las ideas de la vida santa (“Los cristianos andan en la luz”) y la vida confiada (“los cristianos saben”), y ahora giran alrededor de la idea clave del amor vivo; el amor de Dios por nosotros, nuestro amor por Dios y el amor de los unos a los otros. La palabra *amor* se encuentra 31 veces en el próximo capítulo y medio. Las ideas que se expresan en los siguientes cinco párrafos dan vueltas; tienen mucho en común, y en el estilo peculiar de Juan, resaltan sus temas sencillos y sin embargo profundos.

Si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros

⁷ Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. ⁸ El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. ⁹ En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. ¹⁰ En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

¹¹ Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros. ¹² Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

Los cuatro párrafos de esta sección no son realmente párrafos como su maestro de español les hubiera enseñado. Usualmente, un párrafo tiene una oración con el tema, que después se desarrolla

y lo apoyan ideas conectadas directamente a esa idea principal. Juan ha escrito una cadena de afirmaciones breves, todas conectadas libremente con el tema del amor. Son como proverbios breves. Se puede imaginar a un hombre anciano dictándolos lentamente; cada uno es una pepita de oro tan importante que toma tiempo procesarlo en su mente.

Hay tres ideas principales agrupadas en los versículos 7 a 12:

1. Todo amor tiene su origen en el corazón del Dios que nos ama. Dios envió a su Hijo para tomar nuestra carne humana, humillarse a sí mismo y presentarse como la propiciación por nuestros pecados, para que podamos vivir por medio de él. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros.” Todos necesitan sentirse amados. En la escala de jerarquía de las necesidades, la necesidad de ser amado tiene que estar entre las primeras. El amor nos hace sentir que valemos, que somos alguien. Es una de las cosas más grandes y más importantes que un padre puede hacer por el bienestar de su hijo. La Navidad y el Viernes Santo son recordatorios anuales de la seriedad de nuestro Dios al adoptarnos en su familia.

Éstos son pensamientos de gran valor cuando surgen las dudas sobre si Dios es realmente un Dios amoroso. Los que no creen, miran el mundo y concluyen muy rápido que Dios no tiene poder, que es malo o es imaginario. En realidad, la evidencia parece abrumadora: ¿cómo puede haber un Dios amoroso ante el polio, el SIDA, la anemia de células falciformes, la diabetes, el cáncer, la guerra, el divorcio, la violación y el abuso sexual de menores? Pero la Navidad, el Viernes Santo y la Pascua lo cambian todo. Dios, en verdad, preparó la respuesta más grande posible a toda la miseria humana: ha encontrado una forma de permitirnos vivir en su mundo. Gratuitamente. Por medio de Jesús.

2. Cuanto más conscientes seamos de la misericordia que Dios ha tenido para con nosotros, más motivación tenemos para tener misericordia con las otras personas. Las aguas del mar Muerto no son aptas para beber ni adecuadas para la irrigación porque el agua

sólo entra a raudales; nada sale. De igual forma, la misericordia necesita seguir fluyendo, o nos estancamos. Si nos amamos unos a otros, dice Juan, el amor de Dios se ha hecho completo, es decir, cumplimos su propósito de amor y seguimos una reacción en cadena. El amor estimula más amor, y así en el corazón humano el odio se derrite, las heridas sanan, los resentimientos se olvidan, también los motivos de queja, se perdonan las ofensas, se comparte la esperanza, el vacío ya no existe y la soledad se alivia.

3. Todos los que creen en Jesús han nacido de nuevo. Eso quiere decir que ahora el Espíritu Santo vive en ellos y está generando pensamientos, palabras y obras de amor hacia otra gente. Cada vez que le mostramos amor a otra persona, le estamos diciendo a Dios, a la gente que nos rodea, y especialmente a nosotros mismos, que en realidad hemos nacido de nuevo, que el Espíritu está vivo en nosotros, que conocemos a Dios y que él nos conoce. Nadie ha visto a Dios cara a cara, pero la gente desde luego puede ver su amor en acción en los actos que salen de nosotros. A la inversa, podemos suponer que la gente sin amor también está sin fe.

¹³ En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. ¹⁴ Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. ¹⁵ Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. ¹⁶ Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros.

Aquí está otra vez: *conocemos*. ¿Puede adivinar lo que viene? Los versículos 13 y 16 regresan a los pensamientos del capítulo 3. Amar a los demás es un gran estímulo a la confianza; nos ayuda a crecer en la certeza de que el Espíritu en realidad vive en de nosotros.

Otro concepto que se repite es el triple “círculo seguro” (vea el comentario sobre 1:5–2:2) en el que Dios nos asegura que en verdad somos salvos:

- El círculo más íntimo son las acciones objetivas de Dios en nuestro beneficio: “El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo”.
- El círculo de en medio es nuestra fe subjetiva que cree y retiene lo que Dios ha hecho por nosotros: “Nos ha dado de su Espíritu”.
- El círculo exterior es el testimonio de cómo vivimos en respuesta al evangelio: “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él”.

Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en él. ¹⁷ En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸ En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.

“Dios es amor.” Una oración corta con un gran pensamiento. Es gemela de 1:5: “Dios es luz”. La idea es que nuestro Dios nos ilumina para ayudarnos a pensar bien y da amor poderoso que nos ayuda a actuar correctamente. Qué pensamiento tan consolador: cuando Juan dice que se deben amar unos a otros, ustedes no tienen que inventar ese amor. ¡Ya se encuentra allí! Dios ya lo ha puesto en su corazón; de ustedes depende usar lo que ya tienen. ¡Manifiéstenlo!

Dios es amor. Más consuelo: cuando no nos gusta lo que Dios hace, o cuando nos preocupa lo que creemos que él no hace, nos ayuda respirar hondo para darnos cuenta de que su emoción dominante hacia nosotros es el amor por causa de Jesús. Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que

lo aman, los que son llamados conforme a su propósito. Todo lo que hace y todo lo que elige no hacer se debe al grande amor que tiene por su gente. Ama a sus hijos mucho más que cualquiera de nosotros, los padres y las madres a nuestros hijos.

Los cristianos tienen muchos incentivos para mostrarse amor unos a otros. Juan menciona tres cosas aquí:

1. Vivir en amor es como disfrutar de la presencia del mismo Dios. “Como él es, así somos nosotros en este mundo”. “El que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él”. ¡Vaya! ¿Quién no querría esto?

2. Dejar que el amor domine el modo de pensar en la vida aleja el temor. Pregunta: ¿Quién desea vivir siempre con temor? Respuesta: Nadie. Vivir en amor expresa el amor que Dios les otorgó primero a ustedes, y los ayuda a crecer en la confianza de que Dios debe realmente pensar en que ustedes son de valor. No tienen que interpretar las aflicciones de su vida como señales de que Dios los está castigando. Tampoco tienen que echar a perder sus buenos ratos temiendo cuándo llegará el martillazo. No tienen que reprimir la felicidad, pensando: “Pagaré por esto más tarde”.

3. Pueden entrar al día del juicio silbando, porque el temor al castigo eterno ha desaparecido.

¹⁹ Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero.

²⁰ Si alguno dice: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es mentiroso, pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? ²¹ Y nosotros tenemos este mandamiento de él: «El que ama a Dios, ame también a su hermano.»

“Él nos amó primero.” Es un gran alivio saber eso cuando Dios nos ordena amar a otros (pecadores, que no lo merecen), no tenemos que producir ese amor completamente por nosotros mismos; sólo tenemos que recoger, usar y desarrollar lo que ya está allí. Dios no está diciendo: “¡Vengan y tengan amor!” Sólo

espera que usemos lo que tenemos. El Espíritu que nos ha convertido ha dejado un depósito de su amor en nuestro corazón, y cuanto más damos, más recibimos nuevamente del Espíritu. Es un gran consuelo saber que no tenemos que salvarnos a nosotros mismos, regenerar nuestros propios corazones muertos, transformar nuestras mentes hostiles, subir hasta donde está Dios, ni ganar su aprobación. ¡Dios ha tomado la iniciativa en todo! ¡Él nos ha dado las habilidades que espera que usemos! Dios no está ordenando lo imposible. Es natural, hasta automático, que cuando la gente crece en la conciencia del amor de Dios por ella, aumenta el deseo de mostrar amor a otra gente. “Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros” (versículo 16).

El amor de Dios es diferente del de Hollywood. La televisión y las películas presentan el amor como una fuerza emocional misteriosa a la que simplemente se responde y se tiene que obedecer. Cuando esa fuerza misteriosa se desvanece, ya no se necesita sentir ningún vínculo con otra persona ni sentirse obligado a ella. El amor de Dios es más una decisión de la mente que una reacción emocional. Es cerebral, no glandular. Jesús quiso tomar nuestra carne, pero no porque le encantó la idea de nacer en un pesebre. Jesús decidió hacer una propiciación por nuestros pecados, pero no porque quería experimentar los clavos y las espinas.

Un pastor cristiano dijo una vez: “El amor piadoso es la voluntad de incomodarse uno mismo para proporcionarle algún beneficio a otra persona.” Las familias cristianas y el compañerismo están llenos de ejemplos del Espíritu que obra en el corazón de la gente:

- cuando un cristiano casado decide quedarse con su cónyuge después de que la diversión del matrimonio ha pasado, por la única razón de que el Señor así se lo manda,
- cuando alguien renuncia a su libertad y a los viajes de vacaciones durante años, con el fin de cuidar a un pariente anciano,

- cuando los cristianos superan los años que han vivido en un ambiente racista y aprenden a aceptar y a apreciar a la gente de otra raza o cultura,
- cuando un padre ve con gusto que todo su dinero se va en lecciones de piano, en frenos o cuidados dentales, en matrículas en lugar de palos de golf (y después no se queja de eso),
- cuando una pareja que ya tiene una carga de responsabilidades decide poner otro plato en la mesa y acoger temporalmente a un niño abandonado,
- cuando un niño, sin que nadie se lo diga, regala algunas tarjetas de béisbol o una niña le regala una Barbie a otra niña que no tiene mucho.

Con las palabras fuertes e inflexibles del versículo 20, Juan regresa a otro tema clave de su libro: hay una conexión invisible entre la fe real y las acciones amorosas; ninguno de ellos existe sin la otra. Quiere destruir la hipocresía y hacer brillar la luz sobre los mentirosos. Quiere hacer que los cristianos se sientan incómodos con el cristianismo que es sólo de boca. Nadie puede amar a Dios si el odio a su hermano lo está consumiendo. La hipocresía es un problema terrible para los cristianos porque puede enmascarar una enfermedad espiritual o hasta la muerte. Es muy fácil fingir que se ama diciendo de vez en cuando las cosas debidas. Pero eso no es más que palabras; las obras son la realidad. El hecho es que la forma de tratar a otra persona (a la se puede ver) demuestra lo que realmente se piensa de Dios (a quien no se puede ver).

Esto es amor: guardar los mandamientos de Dios

Los primeros cuatro párrafos de Juan sobre el tema del amor tratan acerca de mostrar amor a otras personas. En el párrafo final sobre el amor, en 5:1-5, Juan describe el concepto de amar a Dios. ¿Qué le pueden dar a Dios si él lo posee todo? Los millares de animales que hay en los collados le pertenecen a él. En realidad,

la tierra es del Señor y toda su plenitud (Salmo 50:10-12). ¿Qué le pueden dar al Señor para mostrar el amor que tienen?

5 Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró ama también al que ha sido engendrado por él. ² En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos, ³ pues éste es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos, ⁴ porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ⁵ ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Cualquiera que crea que el hombre Jesús de Nazaret es el Cristo, es decir, que cumple todo lo que el Antiguo Testamento predijo sobre el Cristo (es decir, el “Ungido” o el “Mesías”) debe haber nacido otra vez por iniciativa y poder de Dios. Pablo afirma en 1 Corintios 12:3 que “nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’, sino por el Espíritu Santo”. Aquí, el versículo 1 resume el mensaje de 4:7-21: Si han nacido de nuevo, aman a Dios. Si aman a Dios, automáticamente amarán a la gente. Si aman al Padre, amarán a sus hijos también. Todo concuerda.

La verdadera fe y el verdadero amor son inseparables. Son como la cara y el sello de una moneda: dos caras del mismo poder. Ahora, el versículo 2 dirige nuestros pensamientos hacia lo que significa amar a Dios. Amar a Dios implica automáticamente estar dispuesto a someterse a Dios, poner los pensamientos e ideales en su cabeza, dejar que él dirija el comportamiento, ver la obediencia como algo estimulante, no degradante.

La obediencia es posible para los cristianos, que han sido regenerados y renacidos por el Espíritu Santo. La Palabra y los sacramentos tienen en verdad suficiente poder. Eso puede ser una sorpresa para los cristianos jóvenes, que sólo recientemente han pasado por el proceso de pensamiento que necesitaron para

entender el concepto de la justificación por la fe sola. En ese contexto, las Escrituras nos enseñan a decir: “No, no podemos” en cuanto a las obras humanas. El ser humano, por nacimiento, no puede hacer lo que Dios exige. Pablo también enseña esto repetidamente: “Estabais *muertos* en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1); “*No hay* justo, ni aun uno” (Romanos 3:10); “No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Toma un poco de tiempo para que los que no habían sido creyentes antes se sientan cómodos diciendo: “Confesamos que somos por naturaleza pecadores”, los domingos por la mañana.

Sin embargo, lo que resulta imposible para alguien que no cree, no es sólo posible sino esencial en la vida de un creyente. En cada uno de los cristianos que han nacido de nuevo, Dios ha perdonado para siempre el residuo culpable del pecado pasado, ha cambiado los harapos pecaminosos por túnicas de justicia, ha roto el poder que tiene el pecado para controlar, implantado el Espíritu Santo y cambiado la forma de pensar. La meta de salvarnos no era sólo negativa, sacarnos del infierno, sino transformarnos en algo positivo, para ser hombres y mujeres que piensan y actúan como Dios.

Aquí viene otra sorpresa: ahora es un gozo obedecer los mandamientos de Dios. La ley de Dios es en verdad mala noticia para la gente que no tiene fe en Cristo, pero a los creyentes les da gusto oír la voluntad de Dios y cumplirla. Los mandamientos de Dios no son pesados, su yugo es realmente fácil y su carga es ligera. ¿Cuántas cabezas caben en un yugo? Dos, ¿verdad? ¿Quién está arando junto con usted? Jesús, por supuesto. A diario él nos asegura el perdón de los pecados y nos da la fortaleza y la resistencia para cada día. El Salmo 119:35 dice: “Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella tengo mi voluntad”. Nos damos cuenta de que todos los mandamientos de Dios realmente son buenos para nosotros y en verdad llevan a la felicidad. Imagínense cuánto mejor sería si todos los que nos rodean guardaran los mandamientos de Dios; imagínense cuánto

más alegre sería la vida si ya no hubiera que ver la falta de respeto a las autoridades, la violencia, el adulterio, el robo, las críticas injustificadas y los malos deseos.

La fe obediente que nos une a Jesús nos permite compartir sus triunfos. Juan nos lleva al Jueves Santo otra vez. En Juan 16:33 Jesús les dijo a sus afligidos discípulos: “Estas cosas os he hablado para que *en mí* tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo.” Varias horas después, cuando moría desangrado en la cruz, aplastó la cabeza de la serpiente por nosotros y nos dio la victoria. Aquí, en los versículos 4 y 5, Juan dice que todo el que nace de Dios, todo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios, ha vencido al mundo. Entonces, esta “victoria sobre el mundo”, ¿qué es?

- regocijarse en la vida, en la esperanza y el perdón que tenemos por medio de Cristo
- permanecer fieles a Jesús a pesar de los ataques de Satanás
- resistir al diablo, sabiendo que tendrá que huir (Santiago 4:7)
- adoptar el sistema de valores de Dios en lugar de las filosofías humanas atractivas
- usar y gozar las cosas sin convertirse en materialista
- soportar el dolor y las aflicciones sin desesperarse ni amargarse
- levantarse de la muerte a la vida eterna en el día del juicio

¿Quién es el que vence? El que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Una vez más, Juan contradice a Cerinto y a las sectas (tanto antiguas como modernas), que aseveran que Jesús fue sólo el hijo de María y otro hombre cualquiera. La identidad verdadera de Cristo es el centro para todo en el evangelio.

PARTE CINCO

Conclusión: Un repaso de algunos de los grandes temas
(5:6-21)

El gran propósito de Juan en toda esta carta ha sido “que puedan también tener comunión con nosotros y con Dios”. Hay siete temas importantes que se encuentran en la carta como hilos dorados, uniéndolo todo y explicando cómo viven los cristianos su comunión: *obedeciendo, conociendo, permaneciendo, probando, amando, dando testimonio y venciendo*. Los cuatro párrafos finales regresan a algunos de esos temas, especialmente *conociendo*, para ayudarles a los creyentes a crecer en el sentido de la seguridad de que estaban unidos a la verdad. Las palabras *testificar* y *dar testimonio* se usan diez veces en los próximos siete versículos.

Los creyentes saben que el Padre envió al Hijo

⁶ Éste es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. ⁷ Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. ⁸ Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.

Los creyentes son vulnerables a las dudas porque gran parte del trato de Dios con la gente es discreto e indirecto, porque que la vida del creyente con Dios está oculta (Colosenses 3:3). ¿Cómo puedo saber que estas cosas son verdaderas? Satanás y sus falsos maestros anticristianos se gozan en el aprovechamiento de nuestra tendencia a dudar. Juan escribió una de sus espirales sobre el tema de dar testimonio, es decir, sobre que base cree el cristiano lo que

cree. ¿Cómo puede alguien estar seguro de algo acerca de Dios?

Mucho tiempo antes, el Señor mismo había establecido un procedimiento para los tribunales israelitas con el fin de llegar a la verdad (Deuteronomio 17:6; 19:15). Ese procedimiento consistía en hallar a dos o tres testigos objetivos aparte del demandante. Jesús mismo usó ese procedimiento cuando estableció su afirmación como el Salvador ante una multitud escéptica de sus compatriotas: “Si yo [sólo] doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio acerca de mí”. Cita a Juan el Bautista como su testigo, y luego cita a su Padre celestial, cuya voz resonante al momento de su unción (su bautismo en el Jordán) afirmó públicamente a su Hijo como su escogido.

Ahora Juan hace una declaración misteriosa y fascinante: dice que hay dos testigos inquebrantables de la naturaleza divina de Cristo, el agua y la sangre, y luego añade un tercero: el Espíritu Santo. ¿A qué se refieren esas palabras? Hay tres interpretaciones interesantes para estas palabras inusuales:

1. Por muchos siglos, ya desde el tiempo de San Agustín en el siglo V, muchos cristianos supusieron que “el agua y la sangre” eran una alusión a la separación de los líquidos que salieron del costado del Salvador crucificado. Juan estaba allí en ese momento, y en su biografía de Jesús, Juan señala de inmediato a esos líquidos separados como prueba de que Jesucristo estaba en realidad muerto, y como prueba de que el sacrificio por los pecados del mundo se había hecho en verdad. Escribió: “Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis, pues estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: «No será quebrado hueso suyo». Y también otra Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron»” (Juan 19:35-37).

El punto de Juan en el versículo es, entonces, contradecir la afirmación de los falsos maestros, ya sea en el sentido de que la muerte de Cristo nunca sucedió o en el sentido de que fue sólo la muerte de Jesús pero no la muerte del “Cristo” celestial.

2. Otra posibilidad interesante y también bíblica para el significado de *la sangre, agua y Espíritu* es que son referencias a los medios de gracia: al evangelio que trae a Cristo a nosotros en el bautismo (agua), en la Cena del Señor (sangre) y en la palabra de Dios (inspirada por el Espíritu Santo). Estas tres cosas, después de todo, son la cuerda de salvamento que nos une a Cristo. Así *conocemos*. Los testimonios de los apóstoles y los profetas son un fundamento para todo lo que conocemos acerca de Dios. Sólo ellos dan testimonio seguro de la creación, la caída, las promesas, la encarnación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión. ¡Qué mejor forma de quitar la duda de nuestro corazón que acudir a la Palabra!

Los sacramentos confirman la obra de la Palabra que nos hace creer y nos guarda en la fe. Los sacramentos personalizan el evangelio en una forma muy maravillosa. Una persona podría leer la Biblia o escuchar un sermón y pensar: “Eso no se aplica a mí”. No puede haber duda, sin embargo, de lo que significa que el agua del renacimiento y la renovación toca la cabeza de alguien. No hay equivocación sobre a quién van dirigidos el amor de Dios y el perdón cuando el cuerpo y la sangre del Señor mismo se ponen en la boca de alguien. ¿Qué mejor forma de quitar las dudas de nuestro corazón que recibir la Santa Cena?

La palabra de los profetas y los apóstoles, primero oral y luego escrita, es la obra especial y gozosa del Espíritu Santo, cuya gran misión en la historia humana es unir por la fe a los pecadores individuales con su gran Salvador. Pedro escribió: “Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). Jesús prometió (también en el aposento alto): “El Espíritu de verdad... os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13). La Palabra y los sacramentos anidan perfectamente juntos: “estos tres concuerdan” (versículo 8).

3. Hay una tercera posibilidad que atrae a muchos comentaristas contemporáneos. Consiste en que las palabras *agua* y *sangre* se refieren al principio y al final del ministerio público

de Jesús. Cerinto y los otros maestros gnósticos negaron las dos naturalezas de Cristo, afirmando que el “Cristo” del cielo simplemente bajó y reposó sobre el hombre Jesús durante su ministerio de enseñanza. Estaban más interesados en Jesús como un maestro de moralidad que como el sacrificio personal del Hijo de Dios por los pecados del mundo.

La referencia de Juan al agua, entonces, sería al bautismo de Jesús, su unción como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey en el río Jordán. En el Jordán, la voz resonante del Padre autenticó la identidad de Jesús como su Hijo y la aprobación de la misión de su Hijo. La referencia a la sangre sería a la crucifixión, donde las palabras de Jesús y las señales y maravillas que ocurrieron a su muerte convencieron aun a un oficial militar romano y a su destacamento de ejecución, de que: “Verdaderamente, éste era Hijo de Dios” (Mateo 27:54).

En algunas ediciones de la Biblia hay una oración entre corchetes en los versículos 7 y 8. Esa oración extra no pertenece al texto sagrado; entró en la Vulgata (la Biblia latina), y de allí a algunas de las primeras traducciones en español como la Reina Valera. Pero no hay manuscrito en griego con esa oración. Las traducciones modernas no la incluyen.

⁹ Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, porque éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. ¹⁰ El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. ¹¹ Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. ¹² El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

La gente de todas las culturas está acostumbrada a escuchar el testimonio humano en las cortes y le atribuyen gran valor a eso. ¡El mensaje cristiano ha de tener mucho más impacto, porque *Dios*

está hablando! El Espíritu, el agua y la sangre garantizan que se ha tendido un puente para volver a unir a Dios con el hombre. Jesucristo es el puente. Aquí también tenemos los “círculos de seguridad”. Las obras objetivas y las palabras de Dios son el centro del círculo.

El segundo círculo es el de la fe, el testimonio subjetivo que hay dentro de nosotros. La Palabra y el sacramento edifican y nutren la fe. Oímos las obras de Dios y decimos: “creo”, o en las palabras del versículo 10, tenemos este testimonio en nuestro corazón.

Es cierto que, siempre cuando miramos dentro de nosotros, hay el peligro de engañarnos a nosotros mismos. Satanás ya ha distorsionado ese testimonio en muchas personas para que sus sentimientos y su intuición se conviertan en la única piedra de toque de la verdad (es decir, sin relacionarla con la Palabra y el sacramento). Hoy, algunas personas evalúan la verdad y la moralidad por el modo en que se sienten. Las normas objetivas universales desaparecen y todo se convierte en relativo: “lo que es verdad para mí”. Algunos tratan de encontrar la verdad acerca de Jesús o de los mensajes de Jesús por medio de la meditación o de la oración. Dirán cosas como “El Señor me dijo...”, o “El Señor me habló anoche...” o “En verdad siento su presencia ahora...”. Y algunas veces lo que luego sale de su boca se aparta de las Escrituras y se hace parte de la mentira.

No obstante, a pesar de que el concepto de escuchar a un testigo interior y subjetivo puede estar sujeto al abuso, se puede usar correctamente. Una fe saludable está siempre fundada en la revelación objetiva de la palabra de Dios y está guiada por el Espíritu Santo mismo. Como lo dice Pablo en Romanos 8:16: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”, y en Gálatas 4:6: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abbá, Padre!’”. El consuelo interior que experimentamos como creyentes no viene de nosotros sino del Espíritu, con sus palabras y sus verdades. Es bueno que notemos que todos los dones

interiores que tenemos por ser los hijos de Dios: paz, gozo, benignidad, esperanza, no son accidentes. El Señor nos los dio para bendecirnos y también para darnos la seguridad de que nuestra fe es real.

Sólo hay una verdad: la verdad de Dios. Él ha dado con amplitud un mensaje auténtico para todo el mundo. Y ese mensaje exige jugar fuerte: es todo o nada. El cristianismo no es una de las muchas filosofías de las que se pueden seleccionar opiniones o ideas interesantes como en una cafetería. Juan dice: “El que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso”. Hace casi un siglo, August Pieper escribió: “Dios tiene paciencia infinita con la gente que peca contra sus mandamientos, pero no permitirá que su gracia sea burlada.” Las palabras de Dios son bien claras. Pablo escribió en Romanos 1:18,19: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad, porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó.”

No os dejéis engañar; de Dios nadie se mofa.

Los versículos 11 y 12 son el gran final, todo el significado central de la historia humana, la meta suprema de Dios, la misma esencia de la cristiandad. Juan lo resume todo en dos declaraciones pequeñas que hasta un niño podría entender:

1. Dios nos ha dado vida eterna.
2. El que tiene al Hijo, tiene la vida.

Pregunta: ¿Quién tomó la iniciativa para que esto sucediera? ¿Quién es la causa?

Respuesta: Dios.

Pregunta: ¿Cómo se obtiene?

Respuesta: Es un don. Dios lo da sencillamente a las personas.

Pregunta: ¿Cuál es ese don?

Respuesta: La vida. Una revivificación completa de nuestro espíritu interior y la promesa de revivificación de nuestro cuerpo físico también. La inmortalidad del cuerpo y del espíritu en el cielo.

Pregunta: ¿Quién llega a recibir esta vida?

Respuesta: Todo el que cree en Jesucristo como su Salvador (en las palabras de Juan: “El que tiene al Hijo”).

Pregunta: ¿Cuándo se dio este don?

Respuesta: Se dio al mundo en el Calvario, y se da personalmente a los individuos cuando llegan a ser creyentes. Los creyentes han empezado ya a experimentar una nueva vida (note el tiempo del verbo: “tiene la vida”).

Note la trascendencia solemne de la última mitad del versículo 12. Es una frase sencilla, tan sencilla que tal vez no la noten cuando están leyendo este capítulo. En su forma en español, son sólo 12 palabras pequeñas, ninguna más larga de cinco letras. Pero esas pequeñas palabras describen la amenaza grave e imponente que pende sobre muchísima gente. Lean estas palabras con cuidado: “El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”.

Lo que hagan con Jesucristo determinará la calidad del resto de su vida y determinará si pasan la eternidad en la agonía o en la alegría. Cristo no es sólo uno de muchos filósofos sociales interesantes como Confucio o Lao-tsé, tampoco es otro revolucionario religioso como Mahoma, ni otro gran maestro de la moral como Gandhi. Lo que hagan con él determinará su vida o su muerte.

Juan ha descrito con algún detalle lo bueno que es estar en Cristo. Consideren ahora lo que pasa si la gente rechaza el don de Dios, si rechaza el evangelio y opta por no creer en el Hijo. Juan dice simplemente: “No tiene la vida”. ¿Qué nombre se le da a un cuerpo sin nada de vida en él? Un cadáver. Si se mueve, dicen que es un zombi, un muerto vivo. El Padre no sacrificó a su Hijo “sólo porque quiso”; hizo ese gran sacrificio, que desgarró su corazón paternal, con el objeto de salvar a la gente del tormento que Satanás va a sufrir. Pablo dice que somos por naturaleza hijos de la ira de Dios, y a menos de que las personas vuelvan a nacer en Cristo, se quedan así para siempre.

Isaías dice en el capítulo 66 que el fuego del infierno nunca se apagará, que los gusanos nunca morirán y los condenados serán abominables a todo el resto de los hombres. Jesús dijo que a los que lo rechazan les esperan las tinieblas de afuera, el lloro y el crujir de dientes. En Apocalipsis 20:10 Juan dice que el infierno es como un lago de fuego y azufre, donde Satanás y sus ayudantes serán atormentados de día y de noche por los siglos de los siglos.

Por eso Juan escribe tan seriamente. Por eso debemos escucharlo. Por eso los ministerios de su congregación son tan importantes. Por eso el bienestar espiritual de su familia vale su mayor energía. Esto es de vida o de muerte para cada persona en el planeta.

Los creyentes saben que tienen vida eterna

Terminada la advertencia, Juan vuelve a tomar uno de sus temas principales, saber, y les da a sus lectores algunas veces temerosos tres declaraciones maravillosas de ánimo. Los maestros cristianos y los pastores se preocupan, y con toda razón, de la lentitud espiritual, la impenitencia y la indiferencia. Los maestros y los pastores cristianos quieren estar seguros de que la ley de Dios se proclame con energía, pero a veces exageran, y a pesar de que hablan del evangelio también, no hacen una comunicación tan viva de él como lo hicieron con la condenación ensordecedora del pecado. La gente se puede preguntar si realmente es salva. Algunos cristianos tienen tanto miedo del engreimiento que exageran la humildad y la contrición, y vuelven a la incertidumbre. Algunos maestros y pastores tienen miedo de que la gente pierda la motivación si se ponen muy cómodos, y casi no les importa si la gente vive en un estado de culpa no resuelta. Por las razones que fueran, si le preguntan a la gente, a los cristianos, qué le pasará cuando muera, muchas de las respuestas van desde “espero que pueda llegar al cielo” a “no lo sé”. Juan dice: “Ustedes lo saben”. Escuchen.

¹³ Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.,

¹⁴ Ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. ¹⁵ Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.

Aquí hay tres promesas maravillosas para fortalecer la fe, que vienen de un verdadero apóstol del Señor:

1. Ustedes *saben* que tienen la vida eterna.

Puede ser que no cuenten con las cosas que hacen prominentes a las personas de acuerdo con el sistema de valor del mundo: títulos universitarios, maestrías, opciones de compra de acciones, garajes triples, jacuzzi, o sus propios publicistas, pero no importa. Como cristianos, tienen lo que importa: ¡creen en el nombre del Hijo de Dios! Eso lo cambia todo. Pueden estar *seguros*; seguros de que Dios los ama, los aprueba, tiene sus nombres escritos en el libro de la vida, ha enviado ángeles que los protejan, los ama, y tiene sus nombres grabados en la palma de sus manos. Cristo me ama, ¿eso creo?, ¿eso espero?, ¿eso quisiera? ¡Se equivocan! “Cristo me ama, bien *lo sé*... la Biblia dice así”. Y otra vez, noten el tiempo del verbo: ya han empezado a vivir eternamente.

2. *Sabemos* que él nos oye cuando oramos.

Otro temor que obsesiona a los cristianos nos llega en el silencio que sigue a la oración. ¿Está escuchando Dios? ¿A él le importa? ¿Cayó esa oración al suelo, o llegó al trono de gracia y poder? Una de las características de la vida en esta tierra es que no obtenemos una respuesta inmediata a nuestras comunicaciones de oración. Pueden pensar que la oración es como si llamaran a Dios y dejaran el mensaje en su contestador automático.

¿Escuchó? ¿Quiere oír? ¡Por supuesto! Es nuestro Padre, y él se ha responsabilizado de nuestro bienestar. Nos ha invitado a orar, nos ha ordenado orar, nos ha prometido recompensas cuando

oramos, nos ha enseñado cómo orar, hasta nos ha regañado cuando nos olvidamos de orar. Siempre escucha a sus hijos.

3. *Sabemos* que tenemos lo que le pedimos.

Y él responde. Siempre contesta cada petición que procede de sus hijos. La respuesta puede ser sí, puede ser *no*, o tal vez *después*. Cada respuesta se mide según sus planes misericordiosos de bendecir nuestra vida y de controlar su mundo.

Hay unos cuantos comentarios sobre el concepto de la oración como un cheque en blanco. Una lectura superficial de éste y de otros pasajes puede llevar a algunos a pensar que un creyente le puede pedir a Dios cualquier cosa en cualquier momento y lo tiene garantizado. Algunos oran por \$50 millones o por un carro deportivo convertible, no lo reciben desde luego, y entonces se vuelven escépticos acerca de las oraciones y las promesas de la Biblia. La oración bíblica es más complicada que esa opinión vulgar. No es que Dios nos dé automáticamente todo lo que le pidamos; él le dijo no tres veces a su apóstol Pablo, por ejemplo, cuando Pablo le pidió que le quitara la invalidez física a la que se refiere como “una espina en mi carne” (2 Corintios 12:7-9).

La Biblia nos da en varios lugares algunas ideas de cómo los cristianos se comunican con su Padre y cómo desea el Padre que nos acerquemos a él.

- “Si pedimos alguna cosa conforme *a su voluntad*, él nos oye” (versículo 14). Si vamos a orar de acuerdo con la voluntad de Dios, tenemos que saber cuál es su voluntad. Eso quiere decir que debemos conocer su Palabra para que, cuando en el Padrenuestro oremos “hágase tu voluntad”, sepamos lo que Dios quiere y abramos el corazón para que sea el primer lugar en el que comience Dios. “¡Hágase tu voluntad, empezando conmigo!” Paradójicamente, las mejores oraciones no comienzan diciéndole a Dios lo que el que ora quiere, sino preparando el corazón para obedecer lo que Dios quiere.

Cuando oramos no es con el fin de que nuestra voluntad domine la forma en que Dios dirige el mundo, sino para mejorar nuestra vida y para que mejoremos la vida unos de otros. ¿Y quién sabe mejor lo que necesitan sus hijos? Dios sería cruel si hiciera todo lo que la gente quiere, porque se dañaría ella misma y a los demás. Los papás que aman a sus hijos escuchan cada petición que hacen los niños, pero no los dejan jugar con cuchillos filosos ni prender fuegos en la casa.

- “Buscad *primeramente* el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [materiales] os serán añadidas” (Mateo 6:33). En otras palabras, tengan lo que más importa en la vida. La venida del reino de Dios es más importante que la venida del reino de ustedes. Sintonícense primero con las cosas espirituales, con su relación con Dios. ¿Ha notado alguna vez, en las siete peticiones del Padrenuestro, cuántas tratan de cosas materiales (una) y cuántas tratan de cosas espirituales (seis)?

- “Todo lo que pidáis al Padre *en mi nombre*, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13). El nombre de Dios es todo lo que se conoce de él, su reputación divina. Al conocer a Cristo por los evangelios, podemos tener una idea de su agenda y podemos seguir con el programa. “En el nombre de Jesús” no es sólo un cliché que se dice al final de cada oración; es una oración para que mediante nosotros el Hijo le pueda dar gloria al Padre.

“En el nombre de Jesús” es también un recordatorio seguro de la forma en que podemos orar a Dios. Sólo por la intercesión de Jesús tenemos acceso al Padre en primer lugar. No es coincidencia que Jesús nos enseñó en su oración maestra a acudir a la relación familiar con nuestro Padre, una relación que sólo él hizo posible.

- “Pero pida con fe, *no dudando nada*; porque el que duda... No piense... que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6,7). Juan dice que esto es “confianza” (versículo 14).

- Si decidimos seguir en un *pecado sin arrepentirnos*, les ponemos un obstáculo a nuestras oraciones. “Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado” (Salmos 66:18). Pedro escribe: “Maridos... dando honor a la mujer... como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo” (1 Pedro 3:7).
- Cuando buscamos la voluntad de Dios para nuestra vida, es importante recordar que la Biblia no presenta a Dios con una voluntad específica por cada una de las decisiones de la vida. Hay ciertas cosas que él ha ordenado, ciertas cosas que ha prohibido, ciertas cosas que ha recomendado y ciertas cosas de las cuales ha recomendado en contra. Y luego está el gran espacio entre ellas sobre las cuales no se ha expresado, cosas que no ordena ni prohíbe. El término teológico para esas decisiones es *adiáfora*, “cosas en medio”. Un ejemplo tomado del Nuevo Testamento sería si es apropiado que los cristianos compren y coman la comida que se vende con descuento a través de los templos paganos. Pablo escribió acerca del dilema en 1 Corintios 8; no era doctrinal, moral, ni un asunto de pecado, era un dilema de amor, para que los dos grupos que había en la congregación de Corinto se amaran y respetaran uno a otro aunque no estuvieran de acuerdo en el significado de ciertas acciones.

Evidentemente, Dios no tiene una voluntad específica para cada una de las decisiones que se hacen a diario. Algunos cristianos se atormentan “buscando la voluntad de Dios” cuando están decidiendo sobre la profesión que estudiarán, con quién salir o sobre la compra de una casa. Y como no hay una respuesta específica en las Escrituras acerca de estas decisiones y sólo los profetas y los apóstoles recibieron información directa del Señor, los creyentes bien intencionados hacen un esfuerzo para ver las “señales” del cielo, como si vivir como cristianos fuera un juego

de mesa o un rompecabezas y el truco estuviera en adivinar lo que quiere el que controla el juego secretamente.

Dios ha dado algunos principios firmes y básicos en su Palabra acerca de la administración del dinero, de la elección de amigos y cónyuges, edificar a otros en amor, escuchar la sabiduría de otros y servirlo con la vida. El resto lo deja al juicio y la libertad de cada uno. En esa forma nos hace madurar para ser más como él y nos hace crecer en la habilidad para discernir y elegir.

¹⁶ Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. ¹⁷ Toda injusticia es pecado, pero hay pecado no de muerte.

Aquí hay un párrafo que ha dejado perplejos a muchos. En su peculiar forma, Juan otra vez nos hace que le prestemos atención a algunas expresiones memorables; pero necesitan algo de explicación. Conviene recordar que su carta no es un tratado básico de evangelismo, que le está escribiendo a gente que era ya cristiana. De hecho, la congregación principal a la que sirvió había existido durante 50 años. Pablo mismo había sido residente allí por un período extendido (Hechos 19:10; 20:31). Aunque el Nuevo Testamento escrito no estaba totalmente completo, las cartas apostólicas habían circulado en el occidente de Asia Menor por lo menos durante 40 años. Así Juan podía suponer que sus lectores tenían acceso a buena parte de la información espiritual apostólica, y por lo tanto no les tenía que explicar todo en detalle. Serían suficientes algunas alusiones y referencias breves.

Es obvio que este párrafo es sobre la restauración espiritual, acerca de ayudar a otro a encarrilar su pensamiento y su vida en la piedad. Pero ¿qué significa la frase “pecado de muerte” y “pecado que no sea de muerte”? Aquí hay algunas observaciones:

- Todo pecado es malo, desde el robo de galletas hasta el homicidio. Como Juan lo dice: “Toda injusticia es pecado”, es rebelión contra la voluntad de Dios, condenable, venenoso, dañino.
- Todo pecado ha sido perdonado en Cristo, y mediante el arrepentimiento y la fe, incluso los asesinos, ladrones y adúlteros como el rey David pueden encontrar perdón y restauración.
- La muerte a la que Juan alude es más probable que sea la muerte espiritual, no la física. Está hablando en este párrafo del bienestar espiritual, y así la “muerte” probablemente se refiere a ser condenado por Dios y ser enviado al infierno por la eternidad.
- El significado de la frase “pecado que no sea de muerte” se puede encontrar no tanto en *las acciones*, todo pecado es malo, sino en *la actitud* que va con ellas. Una paráfrasis útil podría ser: “Si alguno ve a su hermano cometiendo un pecado que muestra que no está muerto espiritualmente por completo”.
- Vemos a otra gente pecar a diario. ¿Tienen familia? Hagan una lista de control por una hora de 6 a 7 p.m. Vean. Escuchen. Podrían llenar una página de pecados “que no [sean] de muerte” sin mucho problema. Juan no dice que cada vez que vean a alguien pecando deben caer de rodillas; lo que parece merecer más esta concentración y oración especial es ver a un hermano en la fe cometiendo un pecado que revele que está atrapado en algún tipo de adicción o hábito malo.
- Uno pensaría que Juan exhortaría a sus lectores a que fueran a la persona, la confrontaran con el pecado, le expresaran amor y apoyo, la reprendieran y corrigieran. Y *es bueno* hacer todas esas cosas; otros apóstoles han escrito sobre hacer esas cosas, como por ejemplo Pablo en Gálatas 6:1,2: “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta,

vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

Pero además del testimonio personal, la lucha espiritual también se puede hacer mediante la oración. Juan dice: “Pedirá, y Dios le dará vida.” ¡Asombroso! ¡Qué promesa! Eso es tener un recurso espiritual formidable, especialmente si las circunstancias hacen difícil que se intervenga personalmente. Por la petición del creyente, Dios intervendrá en la vida del cristiano extraviado. ¡Qué promesa!

Ahora tal vez sería bueno detenerse por un momento para orar por su pastor y la junta de ancianos de la congregación, que están encargados del cuidado espiritual de sus hermanos en la fe. Oren por ellos, para que el Señor les dé sabiduría y fortaleza para su obra inmensa y muchas veces frustrante.

Los creyentes saben que están en Cristo

La escalera de caracol de la carta de Juan ahora llega a una noble conclusión, repitiendo todavía cuatro veces más la idea central de saber. En un lenguaje elegante, sencillo, conmovedor e intenso, colma a sus lectores creyentes con una ráfaga de ideas profundas, un último estallido de ánimo, consuelo, exhortación y adoración.

¹⁸ Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios lo guarda y el maligno no lo toca. ¹⁹ Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. ²⁰ Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna.

²¹ Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.,

Hay un mundo de pensamientos comprimidos en estos cuatro versículos. Desenvolvámoslos y encontremos los tesoros que Dios ha puesto allí para nosotros.

El versículo 18 al comienzo parece como perfeccionismo, la enseñanza falsa de que la gente puede progresar hasta un punto en el que ya no peca más. Juan ha hablado ya sobre este tema en 1:8-10: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.” Y escribió en 3:6,9 que los cristianos que vuelven a nacer no *continúan* pecando, es decir, que no hacen del pecado su forma de vivir, no lo gozan, no rechazan la corrección, y sobre todo, no se niegan a arrepentirse de él. La gente que está viva espiritualmente se arrepiente de sus pecados, encuentra perdón en Cristo y cambia su forma de pensar. Esa no es una exigencia fastidiosa, es una sencilla declaración de hecho. Es lo que pasa cuando el poder del Espíritu corre por la mente, el corazón y las manos de un ser humano que vuelve a nacer.

“Aquel que fue engendrado de Dios” es una referencia a Cristo, el Hijo unigénito de Dios. Aquí hay una promesa espectacular, que nos ayudará a poner la cabeza en la almohada cada noche en paz: Él guarda a los creyentes. No sólo el Padre se ha responsabilizado solemnemente por sus hijos, el Buen Pastor también se ha responsabilizado por sus ovejas. En el capítulo 10 de Juan vea el relato del discurso de Jesús el pastor, y goce en la seguridad de que los brazos de Cristo lo rodean. “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (versículo 28).

“Y el maligno no lo toca”, o más literalmente, no lo agarra, no le clava sus garras. Debido a que Cristo siempre está a la mano derecha del Padre intercediendo por los santos, por el lavamiento constante y diario de su sangre que gozamos, Satanás puede intentar agarrar, pero sus garras se resbalan de inmediato. Las heridas, aflicciones y tentaciones que tenemos que sufrir no son nada; son temporales. *Sabemos* que somos hijos de Dios.

Juan dice: “El mundo entero está bajo el poder del maligno”, o más literalmente, todo el mundo yace en la esfera de o bajo la influencia del maligno. Satanás puede ser el príncipe de este mundo (Juan 12:31) y puede tener gran influencia perversa para seducir y corromper, pero Jesús es el Señor: “*Toda* potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Jesús ha venido a destruir las obras del diablo, y en la cruz quebrantó el poder de Satanás para siempre. *Sabemos* que el Hijo de Dios ha venido.

Lo mejor de todo esto es que Dios quiere que sepamos todo eso y lo ha revelado. El Hijo de Dios vino a la tierra como el Verbo [la Palabra] hecho carne. Las palabras comunican; Jesús le comunicó a la raza humana que Dios es amistoso, que la ama y que el Salvador ha venido a hacer por ella lo que jamás podría ella hacer por sí misma. Él “nos ha dado entendimiento para *conocer* al que es verdadero” (versículo 20). Conocer a Dios es más que conocer algunos hechos acerca de Dios. Conocer a Dios como Juan quiere que se entienda es tener comunión con él, estar en él, confiar en él, creer sus palabras y encontrar la satisfacción más grande en la vida.

Y ahora viene el gran final. Las espirales han ido dando vueltas y vueltas, y ahora estamos en la cima, en el trono del mismo Dios. Hemos llegado a la meta que Juan nos ha puesto al comienzo de su carta: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros... con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”. Juan y los otros apóstoles no están tratando de enseñar religión o filosofía, sino más bien están compartiendo y celebrando una relación, una unión mística con Dios mismo. “Estamos *en el verdadero*, en su Hijo Jesucristo” (versículo 20).

“Éste [Cristo] es el verdadero Dios y la vida eterna”. Todas las sectas se hacen añicos contra esta piedra. Ni los gnósticos, ni los seguidores de Moon, tampoco los testigos de Jehová ni los mormones pueden soportar este versículo. La santa naturaleza divina de Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la

plenitud de la Deidad (Colosenses 2:9), está en el centro del plan de rescate de Dios para la raza humana. Sólo la sangre de Dios podía pagar los pecados de todos. Únicamente la sangre infinita del Dios infinito podía extender ese perdón al pasado y al futuro para cubrir a todas las generaciones humanas. Sólo el Dios Salvador nos podía llevar a un abrazo interminable con Dios mismo.

Y entonces, la oración final. Una vez más el anciano dice que sus amados son sus hijitos. Al saber que le quedaba poco tiempo en la tierra, que ha terminado su carta, que éstas serían sus últimas palabras, pronunció cuatro palabras: “Guardaos de los ídolos”. ¿En qué cree que estaba pensando él?

Los ídolos son cualquier cosa, humana o material, que ocupe en nuestra vida el lugar que le pertenece sólo a Dios. Los ídolos vienen en muchas formas. La mayoría de la gente piensa primero en las estatuas de las deidades paganas, y había muchas de ellas en Asia Menor. El templo de Artemisa en Éfeso, cuatro veces el tamaño del Partenón de Atenas, era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Peregrinos de todo el imperio iban a adorarla allí. En las décadas después de la muerte de Juan, el mitraísmo, una forma de adorar al sol, se extendió por toda Asia Menor. El Imperio Romano les exigía a todos los ciudadanos alguna forma de adorar al emperador, y esas exigencias obligaron a muchos cristianos en los siglos posteriores a hacer algunas elecciones terribles.

Sin embargo, la idolatría más peligrosa es el tipo sutil que es en parte cristiana, que usa terminología cristiana mientras niega su mensaje central. El dios falso que las sectas “cristianas” estaban proclamando era más peligroso para los creyentes que Zeus o Poseidón. Es idolatría, por ejemplo, transformar el afecto y respeto que todos los creyentes le tienen por la madre de Jesús en proclamarla como la intercesora de Dios, la corredentora del mundo y la reina del cielo. Esas ideas destructivas no tienen en absoluto bases en los hechos ni en las Escrituras. Cuando las

facultades de religión y filosofía de las universidades han expulsado la Biblia como la palabra santa e infalible de Dios, cualquier dios del que ellos hablen se ha convertido sólo en otro ídolo hecho por los hombres. Hijitos, guardaos de los ídolos.

¡Oh grande amor, amor incomparable,
Que al inocente haces el culpable!
Mientras me entrego a vida de placeres
Tú por mí mueres.
Rey de los reyes, ¿cómo a cada instante
He de alabarte por tu amor constante?
Muy débil soy, Señor, para ensalzarte
Y gracias darté. (CC 64:6,7)

— *Johann Heermann*, 1585-1647

INTRODUCCIÓN

A 2 Y 3 JUAN

Anden en la verdad y en el amor

Al final del Nuevo Testamento están escondidos los dos libros más cortos de la Biblia. Con sólo unas 300 palabras cada uno, son muy breves para presentar un resumen detallado de la doctrina cristiana. Pero el Señor en su misericordia los dio a las generaciones futuras para que tuviéramos una idea de lo que era la vida en la iglesia de los primeros cristianos. El lugar y la ocasión de estas cartas parecen muy antiguos en verdad; es difícil imaginar la vida de la iglesia donde no hay un Nuevo Testamento escrito, no hay seminarios, y pocos o ningunos pastores residentes. Sin embargo, las grandes preocupaciones de esas “minicartas”, que el pueblo de Dios ande en la verdad y en el amor, son eternas. A menos que esos dos temas sean los primeros en nuestra vida como iglesia de hoy, perderemos el evangelio de nuestro Salvador.

La brevedad de las cartas hace que sea fácil pasarlas por alto. Ninguno de los dos libros está representado en el leccionario de tres años para las lecturas de las Escrituras ni en los textos de los sermones, y por eso probablemente no se escuchan, no se leen ni se predica sobre ellas en la iglesia. Pero son ideales para el estudio personal y para examinarlas en un grupo. El tema: guardar el mensaje verdadero y evaluar a los mensajeros, nunca será obsoleto. El único gran tesoro de la iglesia es su mensaje, la Palabra que une a la gente con Cristo. Y si ese mensaje es confuso o se pierde, estamos perdidos. Por eso estas dos pequeñas cartas merecen su tiempo y energía, y servirán como una corrección e inspiración para todo lo que hacemos por el Señor.

Las consideraremos juntas, porque en realidad forman un par. Son tan similares en la brevedad, el tema y el vocabulario que el Dr. R. C. H. Lenski sugiere que fueron escritas el mismo día, desde el mismo lugar, para la misma congregación y con el mismo propósito general.

Autor

Ninguna de las dos epístolas menciona a su autor. Los títulos que aparecen en las páginas de la Biblia vienen de los redactores modernos. Pero desde tiempos antiguos, nunca ha habido ninguna duda seria de que el apóstol Juan sea el autor de estas dos cartas. Las dos cartas son tan parecidas a 1 Juan que se puede decir que son miniaturas de ésta. Ireneo, obispo de Lyon (130-200 d.C.), dice que Juan es el autor, lo mismo el canon muratorio (una lista fragmentaria de libros del Nuevo Testamento fechada alrededor del 200), Clemente de Alejandría (155-215), Orígenes (185-253) y Eusebio (265-339).

El autor de 2 y 3 Juan se llama a sí mismo “el anciano”. Al apóstol Juan le agradaban las metáforas. Del mismo modo que él nunca se nombró en su biografía de Jesús, se podría predecir que tampoco lo hará aquí. Llamarse sencillamente el anciano le agradaría tanto a su humildad, como a su sentido de autoridad. Es probable que ya estuviera entrado en años cuando escribió estas cartas. Habría sido bien conocido en las comunidades cristianas del occidente de Asia Menor, después de décadas de su ministerio de supervisión allí, de modo que reconocerían de inmediato que una carta del “anciano” tenía que venir del apóstol Juan. Ireneo dijo que Juan era el obispo de Éfeso en la costa occidental de Asia Menor, y lo más probable es que la escribió en los 80 o 90 d.C. Por ese tiempo pudo haber sido el último de los 12 discípulos originales, y el término *anciano* podría implicar afecto y respeto. Para información biográfica sobre el apóstol Juan, vea las notas de introducción a 1 Juan bajo “Autor”.

Destinatarios

Vea el comentario en 2 Juan 1 y 3 Juan 1 para notas sobre los destinatarios probables.

Ocasión

El motivo que tuvo Juan para escribir se centró en una característica de la vida de la iglesia de los primeros cristianos que nosotros ya no encontramos. En las congregaciones había pocos o ningunos pastores residentes, preparados en un seminario, a su servicio. Había un sistema informal de supervisores regionales, a los que llamaban obispos. Ellos supervisaban a un grupo de congregaciones, muchas de las cuales eran guiadas por laicos. Los obispos les daban alguna parte de la enseñanza; otra parte venía de maestros que viajaban, gente valiente y sacrificada que imitaba el ministerio de Pablo y vivía viajando. Un documento de la iglesia de los primeros cristianos describe dos tipos generales de obreros religiosos: los obispos y los diáconos que se quedaban en un área fija, y los profetas, apóstoles y maestros que viajaban.

No debemos pensar que toda la gente que vivía en el Imperio Romano en el 90 d.C. llevaba una vida ignorante, aislada e inculta. El ejército romano había unificado a todo el mundo mediterráneo. Los ingenieros romanos habían construido un sistema de carreteras que conectaban las ciudades, y las legiones romanas les daban seguridad. La marina de guerra había expulsado a los piratas del Mediterráneo y otra vez lo hizo seguro para quienes viajaban por mar. Una moneda unificada hizo posible el comercio en todo el imperio, y el sistema de banco unificado hizo posible extender las cartas de crédito al portador de un área urbana a otra. El idioma griego fue el primero o el segundo idioma universal en todo el imperio.

Esos regalos oportunos y extraordinarios de Dios hicieron posible que se extendiera con rapidez la fe cristiana. Con el impulso del Espíritu en Pentecostés, el evangelio se extendió de Judea a Siria y África. Los grupos cristianos empezaron a reunirse para apoyarse mutuamente. Los maestros itinerantes eran bienvenidos a quedarse por un poco de tiempo, y luego los enviaban al próximo grupo. El Nuevo Testamento exhorta a los

cristianos a mostrar hospitalidad (Hebreos 13:2, Romanos 12:13; 15:24). Jesús mismo gozó varias veces de la hospitalidad de amigos cuando viajaba en su ministerio y Pablo se quedó con personas como Lidia, Jasón, Gayo, Felipe el evangelista y Mnasón. Los mesones no estaban controlados y muchas veces eran peligrosos; había muchos ladrones, prostitutas y jugadores que se aprovechaban de los extranjeros. Los maestros cristianos que viajaban estaban contentos de hospedarse con compañeros cristianos.

Los maestros visitantes satisfacían las necesidades de esas congregaciones jóvenes. No sólo ofrecían enseñanza competente bíblica, sino además compartían información acerca de lo que pasaba en otras congregaciones cristianas. Ayudaron a edificar la red, la comunidad cristiana más grande. Pero he aquí el problema: ¿cómo se podía distinguir a un auténtico maestro de la Palabra de los falsos maestros? Satanás se aseguró de poner en el camino a viajeros mentirosos, trabajadores y amistosos. Y luego había algunos pretendientes que se autonombraron, que atraían la atención de la gente estafándola, obteniendo comida y hospedaje gratis, o dinero. Estos estafadores religiosos sabían manipular y aprovechar la generosidad, la confianza y la culpa de la gente.

Grupos pequeños de cristianos fronterizos en Norteamérica afrontaron problemas similares. En los días antes de los teléfonos, cuando toda la comunicación se tenía que llevar a pie o a caballo, podía tomar mucho tiempo comprobar las referencias de la gente que afirmaba ser profesional. La gente de la frontera tenía que aprender a evaluar las declaraciones allí mismo. Muchos de los que decían que eran pastores eran en realidad fraudes que buscaban una vida cómoda. La iglesia de los primeros tiempos también tuvo dificultad para investigar a sus obreros, y algunas veces sufrían a manos de charlatanes.

Un folleto sobre la organización de la iglesia en Siria que data de fines del siglo I ha sobrevivido; usualmente se menciona con su nombre griego, la *Didaché*. Ese documento presentaba reglas estrictas para tratar con los maestros itinerantes:

- Sólo podían permanecer una noche, dos en una emergencia.
- Cuando se iban, podían recibir comida para el viaje.
- Si pedían dinero, se podía suponer que eran falsos profetas.
- Si decidían quedarse más de uno o dos días, tenían que conseguir un empleo y trabajar.

Y así Juan escribió estas pequeñas notas: 2 Juan para advertir en contra de aceptar a los falsos maestros y 3 Juan para exhortar a los cristianos a aceptar a los maestros verdaderos. La necesidad de esta clase de vigilancia y trabajo nunca desaparece. Todo líder de negocio sabe lo importante que es reclutar, capacitar y supervisar a los trabajadores. Algunas de las capacidades y debilidades de las personas son evidentes inmediatamente; otras muestran su carácter verdadero y su valor sólo con el tiempo. Pero de cualquier manera, una buena administración y evaluación del personal son vitales para un negocio próspero.

De la misma forma, los jefes y los miembros de una congregación no se pueden permitir el lujo de relajarse y ser sólo consumidores de una experiencia religiosa. Deben evaluar a la gente que realiza el ministerio entre ellos. Tienen que aprender a discernir entre la verdad y el error. Deben aprender a capacitar y elegir buenos jefes y cómo responsabilizar a esos jefes de lo que hacen.

Bosquejo de 2 Juan: Perseveren en la doctrina de Cristo

- I. Introducción (1-3)
- II. Anden en la verdad y en el amor (4-6)
- III. Tengan cuidado con los engañadores (7-11)
- IV. Saludos finales (12-13)

Bosquejo de 3 Juan: Acojan a los hermanos

- I. Gayo: el amigo amado (1-8)
- II. Diótrefes: un tirano abusivo (9,10)
- III. Demetrio: un modelo de conducta digno de ser imitado (11,12)
- IV. Saludos finales (13,14)

PARTE UNO

2 Juan: Introducción

(1-3)

¹ El Anciano, a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, ² a causa de la verdad que permanece en nosotros y estará para siempre con nosotros:

Para comentarios sobre Juan llamándose el anciano, vea las notas de introducción bajo “Autor”. Pedro también había usado este término para referirse a él mismo (1 Pedro 5:1).

Ahora, ¿quién es la señora escogida, a quien va dirigida esta nota? Podría, desde luego, ser una mujer cristiana y sus niños. Una regla básica de la interpretación de la Biblia al tratar con un pasaje poco claro siempre es comenzar con el significado simple de las palabras. Pablo les escribió cuatro de sus cartas a individuos específicos, dos a Timoteo, una a Tito y otra a Filemón. Si eso es lo que Juan quiere dar a entender, entonces esta mujer, a la que no se nombra, debe ser una persona laica que guiaba con firmeza, alguien que con frecuencia ofreció hospitalidad a los maestros itinerantes o cuya iglesia se reunía en su casa. Podemos pensar, por ejemplo, en alguien como Lidia de Filipos, que le ofreció hospedaje y un lugar de reunión a Pablo (Hechos 16:15).

Sin embargo, es más probable que así como Juan eligió una metáfora de sí mismo (el “anciano”), estaba eligiendo una metáfora para sus primeros lectores también. En ese sentido, la “señora” podría ser una congregación, de hecho, probablemente una de las congregaciones de Asia Menor occidental que Juan supervisaba. Los comentarios que siguen supondrán este significado para la “señora elegida”. La Biblia con frecuencia se refiere a la iglesia, al pueblo de Dios, en términos femeninos:

- El pueblo de Israel recibió el nombre de virgen (Lamentaciones 1:15; 2:13; Amós 5:2), mujer casada (Isaías 62:4,5), madre (Isaías 54:1), y hasta viuda (Isaías 54:4).
- Los creyentes que vivían en Jerusalén eran llamados hija de Sión (Zacarías 9:9; Isaías 52:2).
- Cuando los creyentes eran fieles, se les llamaba la novia; cuando infieles, una prostituta (todo el capítulo 16 de Ezequiel se dedica a esas metáforas).
- Jesús se llamó a sí mismo el esposo (Mateo 25:5); nosotros somos la esposa (Apocalipsis 21:9; 22:17).
- Pablo usa las mismas imágenes: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2).
- Pablo describe a los creyentes en términos femeninos en Efesios 5:26,27: “para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo”.

Si la “señora elegida” es una congregación, entonces sus “hijos” (versículo 1) son los miembros, y los hijos de “la hermana, la elegida” (versículo 13) deben ser miembros de la congregación de Juan en Éfeso. Eran amados, amados por Juan y por todos los que conocían la verdad. El amor era la razón por la que él esperaba que escucharan sus palabras, y el amor era el motivo por el cual esperaba que actuaran conforme a sus palabras. Esta carta no fue un intento a ciegas, una venta en frío. Juan apelaba a una relación afectuosa y viva que ya existía.

Esta “señora”, esta congregación, fue *elegida*. ¡Qué extraordinario! A un observador casual, le debe parecer como si la gente optara por hacerse miembro de una congregación, eligiera sus filosofías religiosas, eligiera hacerse cristiana. En realidad, es al revés. La capacidad de creer la palabra de Dios, de confesar la verdad y de asociarse con otros cristianos es una capacidad que Dios ha dado primero. Las personas no eligen hacerse cristianas,

sólo están respondiendo porque Dios las eligió primero (Efesios 1:11-14). “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Jesús les enseñó a sus discípulos un poco acerca de la causa y el efecto la noche de su traición: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca... porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo” (Juan 15:16,19).

Juan, además, escribió porque se preocupaba por la *verdad*, y ellos también. Toda verdad viene de Dios. La verdad es cada expresión del lenguaje humano que está en conformidad con la justicia y la bondad de Dios. La verdad es realmente lo mismo que la palabra de Dios. La verdad de Dios no es una colección abstracta de hechos, útil sólo para hacer juegos religiosos de nombrar trivialidades de la Biblia. La verdad de Dios es una fuerza viva que revela a Dios como es, que revela el mundo como es realmente y que nos revela como en realidad somos. Es una fuente de energía espiritual, que nos faculta para pensar con claridad, elegir de manera sabia y actuar correctamente. Es el tesoro más grande de la iglesia, porque nos revela a Cristo y hasta nos da la capacidad para creer en Cristo.

Juan pronuncia una promesa de gran valor: que la verdad de Dios estará para siempre con nosotros. Jesús mismo lo había prometido a sus discípulos: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). Dios no les garantiza riquezas, fama, comodidad ni poder. Pero sí garantiza que nunca dejará de amarlos y que su Palabra siempre estará allí para ustedes.

³ Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.

Juan comienza el mensaje con una bendición conocida. Todas las cartas de Pablo tienen una bendición como ésta, y también las de Pedro, pero por extraño que parezca I Juan no, ni tampoco

Santiago ni Judas. Tercera de Juan tiene un pequeño fragmento al final: “La paz sea contigo”.

La *gracia* es una actitud que está en el corazón de Dios; es la decisión de Dios de amar a su pueblo a pesar de la maldad de éste. La *misericordia* es la gracia en acción; es la bondad de Dios que él les muestra a los pecadores rebeldes. La misericordia consiste en que Dios envió a su Hijo para hacerse humano, para vivir en nuestro planeta envenenado por el pecado, para sufrir, morir y resucitar para que le pudiera dar perdón y vida a un pueblo moribundo aquí. La *paz* es la nueva relación entre Dios y el pueblo; reemplaza el estado de guerra que existe sin Cristo. Debido a lo que pasó en el Calvario, Dios ha declarado la paz al mundo, y todo el que cree la tiene. Los creyentes de esa congregación elegida han empezado a conocer y experimentar la paz en su propia vida, y cuando la paz de Dios gobierna en el corazón de la gente, se esfuman la culpa, la duda y el temor.

El versículo 3 dice que el pueblo de Dios tiene gracia, misericordia y paz en conexión con la *verdad* y el *amor*. La verdad de Dios es la fuente de la paz de Dios. No se puede conocer la verdadera paz de Dios a menos de que él la revele. La Palabra divina es la fuente de la seguridad de que tenemos la paz de Dios. Todos los falsos maestros y todas las sectas atacan la Palabra de Dios en una forma u otra, tratando de persuadir a la gente que la Biblia es inadecuada, incompleta, confusa o anticuada. El amor es importante también, el amor del uno al otro en las familias cristianas y el amor entre los miembros de una congregación cristiana son indicadores seguros de que la gracia, la misericordia y la paz están vivas allí.

PARTE DOS

Anden en la verdad y en el amor
(4-6)

⁴ Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. ⁵ Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. ⁶ Y éste es el amor: que andemos según sus mandamientos. Éste es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio.

¿Está el vaso medio vacío o medio lleno en esta congregación? ¿No parece peculiar el versículo 4? Sólo *algunos* de ellos andaban en la verdad. ¿No sería eso causa para retorcerse las manos y alarmarse en lugar de regocijarse?

En realidad, este versículo sólo muestra lo experimentado y realista que era Juan. Todas las congregaciones son colecciones de personas que están en varias etapas de la vida cristiana. Algunos son niños que apenas entienden, que no tienen su vida bajo control todavía, pero al menos las luces están prendidas. Algunas personas son jóvenes espirituales, medio niños y medio adultos, y su comportamiento se balancea entre la madurez y la niñez. Y algunos son experimentados y maduros, guías, que capacitan y organizan a otros. Juan optó aquí por celebrar las victorias que se han ganado mediante la Palabra y la obra maravillosa de Dios. Su punto no es que hay que conformarse con la mediocridad de la congregación o pasar por alto o excluir a los miembros que no participan. Juan sabe que la gente que hay en las congregaciones cristianas son obras en progreso.

Todavía la meta es que *todos* los miembros deben andar en la verdad, con lo cual él quiere decir llevar su vida de acuerdo con la

Palabra y la voluntad de Dios. *Todos* los miembros tendrán como meta humillarse ante los mandamientos del Padre y obedecerlos. Dios exige nuestra obediencia como su derecho porque es nuestro Creador; exige nuestro corazón como nuestro Salvador. Este no es un nuevo mandamiento ni principio; la desobediencia consciente de la voluntad de Dios fue el camino a la muerte ya en el huerto de Edén, y todavía lo es. Dios no nos hizo para que fuéramos independientes de él, desconectados, desempeñándonos aparte de él; nos hizo para que fuéramos su reflexión, a su imagen, para encontrar gozo en lo que es bueno y rechazar lo que es malo. En ese sentido, la obediencia a la voluntad de Dios no es esclavitud, acciones conseguidas de nosotros a la fuerza bajo la amenaza del castigo. La obediencia a Dios es el proceso de hacernos más como Cristo, y eso trae gozo.

Después de la obediencia a los mandamientos de Dios, el segundo componente de una vida cristiana auténtica es el *amor*, la forma de tratar a los otros. El trato a los otros con amor, en lugar de mezquindad, revancha, chismes, quejas y maltrato, hace varias cosas maravillosas: le agrada a Dios, le da expresión a la fe y nos ayuda a crecer y madurar, mejora la vida de otras personas y le envía un mensaje poderoso a la comunidad de que el poder de Dios es real y activo. Se puede pasar por alto el lenguaje religioso, pero una comunidad cariñosa no puede ser fingida, y tendrá una atracción irresistible para la gente que anhela al Dios verdadero.

Existe una tentación para los cristianos: la de ver a su iglesia como la gasolinera o grifo de la vecindad: un lugar donde pueden obtener lo que quieran, llenar el tanque, limpiar las ventanas, comprar algo ligero para comer y seguir el camino, totalmente ajenos de la gente que está allí. Juan nos exhorta a crecer en amor en nuestras congregaciones, es decir, a esforzarnos para mejorar las relaciones, practicar la bondad y la misericordia, escuchar los problemas de otros, llevar las cargas de los otros, hablar bondadosamente, perdonar las ofensas y las heridas que hemos recibido, animar a otros y edificarlos, y encontrar satisfacción no sólo en obtener sino en dar.

PARTE TRES

Tengan cuidado con los engañadores

(7-11)

⁷ Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

Los temas de los versículos 4 a 6, andar en la verdad y en el amor, no sólo fueron materias placenteras para una conversación sin prisa en una tarde de somnolencia sino asuntos de vida o muerte para los cristianos y sus congregaciones. El hecho es este: la iglesia está bajo el ataque de Satanás, sus demonios y sus agentes humanos anticristianos. Son engañadores, extraviados de la fe, que tratarán de lograr que otros se alejen de la verdad de Dios con ellos.

Juan tal vez tenga en mente a los líderes de sectas tales como Cerinto (vea las notas de introducción a 1 Juan bajo “Ocasión”). Cerinto y su secta gnóstica cortaron y volvieron a arreglar las enseñanzas cristianas en varias formas, pero ninguna era tan mala como la negación de las dos naturalezas de Cristo. De esa verdad central depende la salvación, y los gnósticos hicieron todo lo que pudieron para deshacer esa verdad. Juan advierte en contra de una enseñanza falsa en particular que estaba afligiendo a la iglesia de los primeros cristianos: la negación de que Jesucristo había venido en la carne. En otras palabras, ellos negaban la encarnación, la doctrina sagrada de que el Hijo eterno de Dios tomó la carne humana. Jesús no se hizo en parte Dios y en parte hombre, o Dios parte del tiempo y hombre el resto del tiempo, sino plenamente Dios y plenamente humano en forma simultánea, continua y permanente.

Negar la encarnación es una daga en el corazón de la fe cristiana salvadora. Es una mentira del infierno, una mentira que

engañadores y líderes de sectas han dicho durante siglos. Si Cristo no es plenamente Dios y plenamente hombre, no tenemos a un Salvador. Cerinto pensó, y persuadió a muchos a que creyeran, que algo divino cayó sobre un Jesús terrenal por un tiempo, pero lo dejó antes del Calvario. Sin embargo, la Biblia enseña que era la sangre del Hijo de Dios, no sólo de un Jesús terrenal, la que se derramó en la cruz. El pago de los pecados del mundo lo hizo el cocreador del mundo.

Y Cerinto no estaba tratando de destruir sólo la Navidad y el Viernes Santo sino la Pascua y la Ascensión también. Cristo resucitó en la Pascua con su cuerpo, todavía Dios hombre, y ascendió al cielo de la misma forma. Todavía tiene dos naturalezas, la divina y la humana, y está sentado a la diestra del Padre en la gloria, intercediendo por nosotros de día y noche.

Desgraciadamente, algunas veces los engañadores que dicen esas mentiras no parecen engañadores; parecen hombres y mujeres buenos, educados, considerados y buenos ciudadanos. Pueden usar el nombre de Cristo en el nombre de su organización. Pueden usar himnos cristianos y emplear terminología cristiana. Pero la gente que niega la encarnación de Cristo es parte del enemigo. Es el engañador y el *anticristo*, porque su obra deshace la obra de Cristo (para más comentarios sobre el anticristo, vea las notas sobre 1 Juan 2:18-23).

Juan dice que esos engañadores han salido al mundo. Esta declaración se podría entender en una de dos formas: (1) han salido de una secta al mundo para ganar seguidores; (2) han salido de la iglesia a una secta en el mundo (como en 1 Juan 2:19, donde Juan dice: “Salieron *de nosotros*”). Las dos formas tienen sentido y las dos cosas han sucedido realmente en la historia de la iglesia. Ninguna de las dos es buena noticia para los cristianos.

⁸ Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis la recompensa completa.

A Satanás le encanta apoderarse de los cristianos satisfechos de sí mismos y complacientes, porque es probable que no lleven puesta su armadura, y tal vez sus armas estén oxidadas y sin filo. ¡Mirad! Es una distorsión ver las promesas de protección de Dios y luego suponer que nunca podremos caer. ¡Tengan cuidado! Es una fantasía común pensar que realmente las cosas malas le ocurren sólo a otra gente. Muchas personas abatidas han permanecido desconcertadas pensando: *Esto no me puede pasar a mí*. ¡Mirad! El hecho de que ustedes han sido bautizados y confirmados no quiere decir que no estén al alcance de Satanás. ¡Cuidado! La gente sí se aleja de la fe. ¿Recuerdan la parábola de Jesús sobre el sembrador y la semilla? ¿Recuerdan las plantas que estaban creciendo entre la hierba y las piedras, plantas que después se marchitaron? ¿Recuerdan Hebreos 6:4-6 y 10:26-31? ¡Tengan cuidado! Habrá algunas personas pasmadas en el infierno que nunca se dieron cuenta de que estaban desechando la fe salvadora y todo por lo que ellas habían trabajado.

¿Cómo se tiene cuidado? Cuando aprovecha cada oportunidad de oír, leer y aprender la Palabra de Dios, como una fuente constante de información verdadera y como una fuente constante de poder espiritual para pensar y actuar correctamente. Cuando se aprovecha cada oportunidad de recibir la Cena del Señor, para recibir consuelo y perdón, alimento y fortaleza. Cuando se eligen amigos cristianos y se permite que sus ideas y cosmovisión cristianas pasen por su mente. Cuando se involucra en una congregación cristiana verdadera, sirviendo y siendo responsable allí. Cuando se pasa tiempo orando, pidiendo la protección especial de Dios y su guía. ¡Cuando confrontan la dura realidad de que Satanás viene a *ustedes* para atacarlos!

Por la recompensa, vale la pena el esfuerzo. En primer lugar, la vida en la tierra será mejor. Como Dios ya lo prometió en el monte Sinaí a todos los que honran a sus padres: “Para que te vaya bien”. La calidad de la vida mejorará. El Padre promete que les enviará a sus hijos todo lo que realmente necesitan. Pero la recompensa completa será evidente cuando pasemos por el gran

juicio con un veredicto de no culpables y entremos al nuevo cielo y a la nueva tierra que nuestro Dios creará para nosotros. La visión del cielo que se encuentra en Apocalipsis capítulos 21 y 22 nos parece muy buena cuando nos esforzamos ahora: no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor. Las personas serán sanadas de todos los males de cuerpo y de la mente que padezcan; la maldición se apartará y viviremos juntos en seguridad y gozo.

⁹ Cualquiera que se extravía y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. ¹⁰ Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le digáis: «¡Bienvenido!», ¹¹ porque el que le dice: «¡Bienvenido!» participa en sus malas obras.

Dios ha dispuesto darse a conocer mediante su Palabra, que es la revelación de sí mismo ahora que Cristo ha ascendido. Juan nos promete que cualquiera que crea las doctrinas de la Biblia, que se mantenga fiel a ellas y las proclame, tiene una relación viva tanto con el Padre como con el Hijo. Cuando tienen eso lo tienen todo.

Por desgracia, para algunos la seguridad es muy aburrida. Para ellos, Satanás ha tenido un gran éxito comercializando la novedad, persuadiéndolos a ir “adelante”, es decir, a que se sientan inquietos en el cristianismo “estándar” y se fascinen con nuevas revelaciones. Cerinto y su secta gnóstica tuvieron gran éxito prometiéndoles información secreta nueva a las personas que preguntaban. Juan expone este negocio por lo que es: las enseñanzas que van más allá de la Biblia no tienen a Dios en ellas. San Lucas se dio cuenta ya a mediados del siglo I de que “todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo” (Hechos 17:21). Todas las añadiduras doctrinales o reemplazos filosóficos de las Sagradas Escrituras, ya sea el Libro de Mormón, los decretos *ex cátedra* de los papas, profecías y revelaciones de los últimos días, o filosofías universitarias progresivas, no tienen a Dios. Las

palabras finales de la Biblia traen la maldición de Dios sobre cualquiera que altere el mensaje de la Biblia, ya sea añadiendo o quitando (Apocalipsis 22:18,19).

Es importante que los cristianos no permitan que las mentiras de Satanás echen raíces en su mente y en su corazón. Pero hay otro aspecto de esta lucha espiritual. Es imperativo que los cristianos no apoyen, no animen ni hospeden a los que están enseñando cosas contrarias a la verdad de Dios. Aun si no roban un banco o alguna tienda al paso, si conducen el carro para huir, se convierten en cómplices responsables criminalmente de un delito mayor. Juan le recuerda a “la señora elegida y a sus hijos” que no deben tolerar ni respaldar las doctrinas falsas. Una de las formas más obvias de no hacerlo es negarles comida y hospedaje a los maestros itinerantes que llevaban enseñanzas que se alejaban de las de Cristo, que la gente había aprendido de los apóstoles. Las instrucciones de Juan eran claras: no los reciban en casa ni los saluden, o se convertirán en cómplices de su obra malvada. No sean partidarios involuntarios de Satanás apoyando las falsas enseñanzas o a los falsos maestros. Eso sólo dañará su fe y la de otros.

Hospedar a los maestros viajeros no es un asunto al que se le dé mucha importancia en el siglo XXI. Pero darles respaldo y dinero a maestros que están en contra de las Escrituras sí lo es. Muchos cristianos bíblicos de hoy son miembros de organizaciones eclesiásticas que han perdido sus bases bíblicas, y justifican su afiliación continua y su apoyo financiero con declaraciones como: “No me interesa lo que pase en los seminarios ni en las convenciones ni en las sedes; mi propia congregación es suficiente”. O “Aquí me bautizaron y me casé; sé que no está bien lo que pasa, pero no quiero dejar un lugar del que tengo tan buenos recuerdos.” O “No tengo que creer todas las cosas que enseñan, sólo elijo lo que yo quiero aceptar.” Si les dan dinero y su afiliación a los falsos maestros, se convierten en socios de ellos y comparten su obra malvada.

Saludos finales

(12,13)

¹² Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea completo.

Por eso esta carta no fue más larga que una nota: la “señora elegida y sus hijos” se encontraban tan cerca de Juan que esperaba visitarlos personalmente en un futuro próximo. Sólo Dios sabe si lo hizo; Pablo desde luego tenía más planes para su ministerio de lo que podía cumplir.

¡Cuánto amó Juan a esa gente! ¡Y qué gran líder fue! Parece que nunca dejó de trabajar. Todos los cinco libros de la Biblia que escribió él fueron escritos durante lo que llamamos hoy sus años de jubilación. Fue un gozo agotarse al servicio de Aquel que había dado todo por la gente del mundo. Para él, sus viajes de supervisor alrededor de Asia Menor occidental no eran una tortura, eran “reuniones familiares” con la gente que amó.

Hay algo de anacronismo en la palabra *papel*. El papel, es decir, las hojas delgadas para escribir hechas de madera o de pasta de trapos molidos, se inventó en China alrededor del 100 d.C. y en realidad no se usó en el mundo Mediterráneo hasta muchos siglos después. La palabra en el versículo 12 realmente se refiere al *papiro*, que es una hoja para escribir hecha de una pasta blanquecina que se obtenía quitando la corteza de los tallos de las plantas acuáticas, colocando la parte pulposa primero en tiras verticales y luego tiras transversales sobre las verticales, y entonces se presionaba o se aplanaba la pulpa. Después de que se secaba la pulpa, se obtenía un buen sustituto del papel. Cuando se tenía que escribir un documento extenso, las tiras se hacían más largas, que se podían enrollar como pergaminos. La tinta se hacía del polvo de carbón, agua, y goma o aceite.

¹³ Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén.

Esta es una de las grandes bendiciones de formar parte de una denominación o de tener compañerismo entre las iglesias. Así como Dios supo desde el día 6 de la creación que no era bueno que el hombre estuviera solo, es bueno para las congregaciones que piensan de la misma manera encontrarse una a la otra y compartir apoyo, oración, ánimo, amonestación e ideas sobre el ministerio. Imagínense la satisfacción de Juan, después de seis largas décadas de trabajo para el Señor Jesús, ver cómo la iglesia del Nuevo Testamento había crecido de unos cientos de creyentes confundidos y esparcidos en Judea y Galilea a una red mundial de creyentes. Esos “hijos” del versículo 13 eran tal vez los miembros de la congregación del pueblo de Juan en Éfeso, y ellos añadieron su “Amén” a todo lo que Juan había escrito.

Preciosa herencia otorga Dios

Al hombre en la Palabra,

Y nuestro empeño debe ser

Al mundo proclamarla.

Nos guía en el vivir,

Sostiene en el morir.

Concédenos, Señor,

Leerla con amor,

Guardar sus enseñanzas. Amén (CC 113)

— *Nikolai Grundtvig*, 1783-1872

3 Juan: Gayo: el amigo amado

(1-8)

¹ El Anciano a Gayo, el amado, a quien amo en la verdad.

Para comentarios sobre el uso que hace el apóstol Juan de la metáfora “el anciano” refiriéndose a él mismo, vea las notas sobre 2 Juan 1.

¿Quién es Gayo? Es imposible determinarlo con seguridad, excepto notar que Gayo es un nombre en latín. ¿Quiere decir que era romano en lugar de griego? Tal vez. En la cultura romana, como en la cultura de habla hispana hoy, la gente recibía por lo general tres nombres de sus padres. Tenían su nombre personal (*nomen*), el nombre de familia (*cognomen*), y el primer nombre, el cual usualmente era abreviado en la forma que nosotros lo hacemos con nuestro segundo nombre (*praenomen*). Por ejemplo, el nombre completo del famoso general romano y emperador era Gayo Julio César. Se dice que Gayo era el *praenomen* más común en la cultura romana.

Hay otros tres hombres que se llaman Gayo en el Nuevo Testamento, todos asociados con el apóstol Pablo en alguna forma. Pablo tenía un compañero de viajes de Macedonia con ese nombre (Hechos 19:29) que fue arrestado con él en un disturbio en Éfeso durante su tercer viaje. Después en ese viaje, un hombre llamado Gayo de Derbe (una ciudad en el sur central de Asia Menor) viajó con el grupo por Grecia y Macedonia (Hechos 20:4). Él y los otros seis hombres eran probablemente delegados de la congregación que viajaron con Pablo a Jerusalén con los fondos que reunieron para los cristianos afligidos de Jerusalén. Había también un Gayo en Corinto a quien, en contra de su costumbre usual, Pablo bautizó personalmente (1 Corintios 1:14). Además, parece que fue el anfitrión de Pablo cuando él estaba escribiendo la epístola a los

Romanos y es probable que fuera el anfitrión de toda la congregación ya que se reunían en su casa (Romanos 16:23).

No parece que haya ningún argumento fuerte para afirmar que alguno de esos tres hombres llamados Gayo haya sido a quien Juan le escribió esta nota pequeña. Todo lo que se puede suponer es que era un buen líder laico de su congregación, y esa congregación era probablemente una de las que Juan estaba supervisando en el occidente de Asia Menor. Había ofrecido su propia casa como un lugar de hospedaje para los maestros viajeros. Juan dice que es “el amado” a quien ama. Han de haberse conocido y haber trabajado juntos en el pasado de alguna forma.

Juan dice que ama a Gayo “en la verdad”. Con esto, probablemente quiere decir que su relación con Gayo es tan satisfactoria porque está arraigada en la obra de difundir la verdad del evangelio de Jesucristo. Estaban vinculados por la verdad de Cristo y estaban unidos en la obra del evangelismo por la misma verdad. En el versículo 4 dice que Gayo es uno de sus “hijos”, sugiriendo que Juan tal vez haya contribuido decisivamente en la conversión de Gayo y en su primera formación en la fe.

² Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas y que tengas salud, así como prospera tu alma. ³ Mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. ⁴ No tengo yo mayor gozo que oír que mis hijos andan en la verdad.

¡Qué emoción ha de haber sentido Gayo al recibir esos deseos afectuosos! ¡Había orado por él uno de los santos apóstoles, un hombre que había sido testigo de la crucifixión, que era el “discípulo a quien Jesús amaba!” Los estudios médicos muestran que las personas llevan vidas físicamente más saludables cuando saben que son amadas, que son parte de una red humana positiva, o que gozan del afecto y del apoyo de otra gente. Y lo que es verdad para la gente en lo físico es verdad también en lo espiritual.

La expresión del amor y el apoyo los unos a los otros y orar unos por otros es una de las mejores cosas que podemos hacer para edificarnos mutuamente. Es también uno de los secretos para edificar una congregación saludable.

Los “hermanos” a los que Juan alude son el motivo central para escribir esta carta. El término *hermano* a veces se usa en el Nuevo Testamento en el sentido de “creyente”. En los tres usos en esta carta, sin embargo (versículos 3,5,10), con *hermano* Juan quiere decir representantes viajeros y mensajeros. La función de ellos era compartir la instrucción de Juan, de pasar información de una congregación a otra, y además hacer algo de enseñanza. Ellas eran parte de una red de información y responsabilidad que Juan y los otros apóstoles estaban tratando de establecer.

Ellos habían llevado un informe estupendo acerca de Gayo: su mensaje era correcto y su vida era recta, o como Juan lo expresó en otra parte: “andando en la verdad y en el amor”. Éstas son las dos marcas auténticas visibles de la verdadera vida cristiana: enseñanzas que son verdades de la Escritura y personas que muestran comunión piadosa y obras piadosas en su vida. La gente de esta congregación fue bendecida por tener la buena guía espiritual de Gayo.

Juan estaba muy contento también. Tenía suficiente edad para saber que su muerte no estaba muy lejana y que todas sus posesiones materiales les iban a pasar a otros. Lo que le dio satisfacción no fue acumular dinero, poder o fama, sino ver a sus “hijos”, sus estudiantes, crecer en la fe y trabajar para el Señor. Esos pensamientos recuerdan la primera carta de Juan, donde usa el término “*hijitos*” nueve veces.

⁵ Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, ⁶ los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje, ⁷ pues ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles.

⁸ Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad.

Este párrafo nos ayuda a ver que 3 Juan es un reflejo de 2 Juan. En la carta anterior, Juan había advertido en contra de darles legitimidad a los falsos maestros; en esta carta Juan quiere que la gente reciba bien, respete y ayude a los verdaderos maestros. Tiene grandes alabanzas para Gayo, que estaba haciendo con fidelidad exactamente lo que se suponía que debía de hacer. Gayo estaba identificando a los maestros itinerantes fieles, haciendo preparativos para su hospedaje y alimento, respondiendo por ellos, y animando a los miembros a respetarlos y escucharlos a pesar de que eran desconocidos para él personalmente.

La “iglesia” que se menciona en el versículo 6 ha de haber sido la iglesia en la ciudad de Juan, su base (Ireneo de Lyon escribió en el siglo II que Juan era el obispo de Éfeso). El hecho de que estos “hermanos” habían estado informando a Juan sugiere que además habían sido enviados por él. Gayo no conocía a los hombres, pero les dio la bienvenida porque confiaba en Juan. Juan exhortó a Gayo: “Harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios”, lo que probablemente signifique que Gayo le debería dar algo de dinero para el viaje, comida para el camino, y tal vez hasta una carta de recomendación para presentar en su próxima parada. En los días anteriores a las entidades organizadas de la iglesia, establecer una red de confianza y asociación era muy importante: “para que cooperemos con la verdad”.

Los hermanos viajeros nunca serían ricos. Habían dejado atrás su red de apoyo, sus otros trabajos y sus familias por el “Nombre”, es decir, por difundir el mensaje salvador de Jesucristo. No recibían apoyo de los “gentiles” (versículo 7) y así dependían de los regalos de amor de la gente cristiana a quien ellos servían. Desde hace tiempo ésta ha sido una política de Dios para las congregaciones: los que con la enseñanza de la palabra de Dios están recibiendo cosas buenas deben compartir cosas buenas con

los maestros de la palabra de Dios (Gálatas 6:6). “Digno es el obrero de su salario” (1 Timoteo 5:18).

A esos “hermanos” no los conocía Gayo ni la congregación, pero venían representando a Juan y a Cristo mismo. Cuando Jesús estaba capacitando a sus propios discípulos para los ministerios itinerantes venideros, les dijo:

- Pero en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos de quién en ella es digno y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en la casa, saludad. Y si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros. Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra que para aquella ciudad. (Mateo 10:11-15)

- El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. (Mateo 10:40,41).

Dios ha dispuesto limitarse a los mensajeros humanos como sus agentes para llevar su Palabra a todo el mundo. Él se encargará de convertir a la gente y de llenarla con su Espíritu, pero le agrada usar mensajeros humanos para su mensaje divino. Así que cuando los maestros fieles hablan, el pueblo de Dios debe escuchar. Los guías espirituales deben aprender especialmente a escuchar la verdad y hacer que otros respeten a quienes dicen la verdad.

PARTE DOS

Diótrfes: un tirano abusivo

(9,10)

⁹ Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrfes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. ¹⁰ Por esta causa, si yo voy, recordaré las obras que hace profiriendo palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe y los expulsa de la iglesia.

Juan dice que le había escrito a la iglesia en una ocasión anterior. ¿Podría ser ésa la carta que llamamos 2 Juan? Posiblemente. ¿Podría la congregación de Gayo ser la “querida señora” de 2 Juan? Es probable. O Juan pudo haberle escrito antes a la congregación de Gayo, y Diótrfes había rechazado el consejo de Juan. ¿Quién es este Diótrfes? El Nuevo Testamento no habla de él en ninguna otra parte, así que todo lo que se conoce está en estos dos versículos. Sus padres han de haber sido paganos, porque el nombre griego que le dieron significa “alimentado por Zeus” (Zeus era el rey de los dioses en la mitología griega).

Diótrfes al parecer era otro líder en su congregación, pero alguien a quien el liderazgo se le había subido a la cabeza. En lugar de proceder como un siervo, de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, se había convertido en un tirano abusivo. Juan menciona cinco características terribles del liderazgo de Diótrfes:

1. *Le gustaba tener el primer lugar.* La noche del Jueves Santo Jesús se arrodilló y lavó los pies de los discípulos para mostrarles cómo se dirige (Juan 13:12-17). En Capernaum les dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere ser primero, será el último de todos y el servidor de todos” (Marcos 9:35). Los líderes con problema de ego no están interesados en lo que su gente necesita, están usando a la gente para satisfacer sus propias necesidades, ya sea

una necesidad de atención, importancia, poder de mandar a la gente, obsesión por controlar, o lo que sea.

2. *No quiso saber nada de Juan.* Ese era un problema serio. El apóstol Juan, junto con los otros apóstoles, eran representantes personales de Cristo. Hasta que hubo una Biblia escrita, la palabra del apóstol *era* la Biblia. La forma en que la gente trató a Juan mostró lo que pensaba realmente de Cristo. ¡Un líder como Diótrefes, que trató a Juan con falta de respeto, estaba envenenando la mente y el corazón de otros miembros contra su Salvador! El que Diótrefes rechazara una carta apostólica de Juan equivalía a rechazar a Cristo mismo.

3. *Trató de denigrar a Juan con palabras malignas.* Denigrar es hablar mal con el fin de destruir. Está basado en el odio, no el amor. Está ideado para herir, no para sanar. Desea edificar al chismoso y derribar a la víctima. Y como Juan no podía estar allí en persona para defenderse, no pudieron resistir a Diótrefes eficazmente.

4. *No quiso recibir a los hermanos* (es decir, a los mensajeros representantes enviados por Juan). En su lamentable intento por controlar su grupo pequeño, trató de cortar la influencia de afuera. Ésta es la estratagema clásica de las sectas. Cuando los líderes de las sectas lavan el cerebro de sus víctimas, tratarán de cortar todo contacto con la familia de la persona o con el guía espiritual anterior. Ellos quieren ser la única voz que se oiga, la única autoridad, el único mensaje.

5. *Les prohibió a otros recibir a los hermanos y los expulsó de la iglesia.* Diótrefes se había convertido en un tirano, que deseaba controlar a este grupo él mismo. Las congregaciones sanas tienen jefes espirituales que escuchan a otros, comparten las decisiones y el ministerio, y edifican un consenso. A Diótrefes se le había subido el poder a la cabeza; se las había arreglado con el objeto de intimidar al grupo para que él pudiera determinar quién podía ser miembro y quién no. Tal vez Gayo mismo iba a ser el próximo blanco de la ira de Diótrefes.

La excomunión es seria, pero algunas veces es un instrumento necesario para quitar a alguien del compañerismo. Sin embargo, la meta siempre es restaurar a un pecador impenitente (Mateo 18:15-18), no es una herramienta para que una persona consolide su poder en la iglesia. No es el privilegio personal de un pastor o presidente, sino es una decisión que debe tomar todo el grupo.

El problema en la congregación de Gayo parece tan severo que podemos pensar que esos versículos no se le pueden aplicar a nuestra vida hoy. Pero todo el que dirige, incluso el que dirige en la iglesia, lleva dentro de su corazón y mente las semillas de Diótrefes. Esas semillas pueden llegar a ser hierbas nocivas. Todavía hay pastores que lentamente le quitan el oxígeno a cualquier idea o programa que a ellos no les guste. Todavía hay laicos que amenazan con dejar de dar dinero o de retenerlo si no se hace lo que ellos quieren. Todavía hay líderes que no comparten la información o las decisiones, que tratan de imponerle su voluntad a la gente, que tercamente se resisten a cualquier cambio, o que usan arrebatos emocionales, información manipuladora u otras tácticas de intimidación para controlar las acciones del grupo.

Demetrio: un modelo de conducta digno de ser imitado
(11,12)

¹¹ Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios, pero el que hace lo malo no ha visto a Dios.

¹² Todos dan buen testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero.

Asombrosamente, ante el panorama desolado de los versículos 9 y 10, Juan tiene palabras esperanzadoras:

- Que Diótrefes no los engañe ni los arrastre. No sigan el juego de Diótrefes. No se rebajen como él. “El que hace lo malo no ha visto a Dios”. Diótrefes no tiene la fuerza de Dios ni su voluntad; al final fallará y caerá. Todos necesitamos la aprobación de Dios más que nada, y él por supuesto no aprueba lo que Diótrefes está haciendo.
- La mejor forma de luchar contra la tiranía y el chisme es imitando lo que es bueno. Encuentren protección en la verdad en lugar de encontrarla en el chisme. Contrarresten la mezquindad y el odio con amor. Juan dice: “El que hace lo bueno es de Dios”. Confíen en que Dios bendice a todo el que hace su voluntad y conduce su ministerio conforme a lo que él desea. La Palabra, la voluntad y el poder de Dios *prevalecerán*.
- Demetrio está contigo. Gayo sabía quién era Demetrio. Nosotros no. Pudo haber sido un obrero positivo y constructivo en la congregación de Gayo, un aliado en la resistencia a las obras malvadas de Diótrefes. O pudo haber sido uno de los “hermanos”, un mensajero que Juan envió con esta carta. Es tentador especular en cuanto a si el Demetrio de 3 Juan es el mismo hombre que se

menciona en Hechos 19:24, el platero que hizo retablos de plata de la diosa Diana. A instigación suya, se desató un disturbio en Éfeso. ¿No sería extraordinario si se hubiera convertido a Cristo y ahora fuera uno de los emisarios de Juan de Éfeso?

Sin tener en cuenta quién fue Demetrio, para Gayo fue una fuente de consuelo y fortaleza. Tuvo una buena reputación entre todos, y demostró que era un aliado para establecer en la congregación una vida más saludable. Contó con toda la confianza y aprobación de Juan. Él dice que todos daban buen testimonio de Demetrio y “aun la verdad misma”. La verdad es una abstracción, por supuesto. La verdad se habla; no puede hablar por sí sola. Juan está personificando la verdad, como si dijera: “Las palabras que Demetrio dice tienen tal sello de verdad que demuestran que su habla es de Dios.”

Saludos finales

(13,14)

¹³ Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, ¹⁴ porque espero verte en breve y hablaremos cara a cara.

Esta pequeña carta trata muy brevemente los problemas de la congregación de Gayo, y la guía e instrucción de Juan también son breves. Juan tenía planes de ir allí en persona para ayudar a hacer algunos cambios que la gente necesitaba. No sabemos si haya realizado ese viaje o no. En las muchas décadas de su ministerio en el occidente de Asia Menor, ha de haber hecho docenas, hasta cientos, de visitas de trabajo a las iglesias a su cuidado. A cada una le ha de haber llevado su pasión por “andar en la verdad y en el amor”. Ha de haber amado a la gente y le ha de haber enseñado la verdad acerca de su Salvador.

La historia de la carta de Juan ayuda a los que pertenecemos a un organismo religioso para apreciar el concepto de la supervisión regional. Los líderes locales obstinados y sin escrúpulos pueden tiranizar y maltratar a las ovejas del rebaño de Dios. Es un gran consuelo tener “obispos” sabios y firmes que responsabilicen a los guías locales y que sirvan como un recurso para los cristianos que se sienten impotentes para resistir lo malo. Esta red de relaciones entrelazadas es una salvaguardia maravillosa que Dios ha construido en su iglesia, y los que trabajan en la iglesia administrando, los que supervisan y trabajan con el personal, son dignos de nuestro aprecio y de nuestras oraciones.

¹⁵ La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular.

Gayo ha de haber estado aturdido con toda la confusión que había en su congregación. Cuánto le debe haber dolido hablar con sus amigos cristianos que Diótrifes había expulsado de la comunión. Tal vez pudo haber parecido como si todo lo que él y los otros habían edificado se estaba viniendo abajo.

No obstante, Juan dijo las mismas palabras que el Cristo resucitado había pronunciado al temeroso Juan la noche de la Pascua: *paz*. Cuando Dios dice “*paz*”, entonces sí nos podemos relajar. Satanás ha sido derrotado. La cabeza de la serpiente está realmente aplastada. En verdad se ha terminado. Aun un arrogante y astuto como Diótrifes no puede arrebatar a ninguno del rebaño de Cristo de sus manos marcadas con las huellas de los clavos. Qué tranquilizadoras resultaron para Gayo las palabras de Juan “la paz sea contigo”. Todo va a estar bien. Dios está en su trono; somos más que vencedores; todas las cosas deben cooperar para bien de los que aman a Dios.

Juan dirige la mirada de Gayo hacia el compañerismo más amplio de los cristianos. “Los amigos te saludan” (es decir, la iglesia de la ciudad de Juan). “Saluda tú a los amigos, *a cada uno en particular*”, de parte de Juan. Qué detalle para esa gente saber que Juan se preocupaba por ellos individualmente. Gayo era el representante personal de Juan para comunicar el cuidado personal y la preocupación de Dios a cada uno de ellos. Eran los *amigos* de Juan (literalmente los “amados”) y eran los amigos de Dios también. Dios los cuidaría. Paz.

El mundo la contempla
Pasmado y con desdén:
De cismas desgarrada,
De error y por vaivén.
Mas santos de vigilia
No cesan en su orar,
Y pronto por la noche
Oirán gozo y cantar. (CC 128:3)

— Samuel John Stone, 1839-1900

INTRODUCCIÓN

A JUDAS

Luchen por la fe

La última de las epístolas universales del Nuevo Testamento es la carta breve e intensa de Judas. Seguramente ésta es la que menos se conoce de las obras del Nuevo Testamento. Ni la serie histórica de un año ni la serie de tres años de lecturas señaladas para el año eclesiástico incluyen lecturas de Judas. Aun los practicantes regulares no oyen que Judas se lea y es probable que tampoco hayan escuchado un sermón basado en esta epístola. Sin embargo, este corto libro merece que los cristianos lo conozcan y lo lean debido a las advertencias tan oportunas que hace en contra de las mentiras y los mentirosos de Satanás. Se acerca el tiempo en que el mundo tendrá que rendir cuentas finales delante de Dios, y nunca debemos dejar de *luchar por la fe*.

Autor

Incluso el nombre de Judas es peculiar. El verdadero nombre del escritor en hebreo fue *Y'hudah*, o Judá. Desde luego, recibió el nombre por el cuarto hijo de Jacob, Judá, el patriarca de la tribu de Judá, y uno de los principales antepasados de nuestro Señor Jesús. En la época del Nuevo Testamento, el territorio tribal de Judá fue conocido como Judea, y finalmente, a partir de los términos relacionados con sus habitantes (judíos) y con la religión de los fariseos (judaísmo) que surgió en la región, se desarrolló del nombre Judá.

En el idioma griego, el nombre *Y'hudah* resulta en Judas. Por la reputación maligna de Judas Iscariote, sin embargo, el nombre adquirió un sabor permanentemente desagradable. Respecto de Judas (o Tadeo), el otro discípulo de Jesús, a veces se hacía esta aclaración: “no el Iscariote” (Juan 14:22).

Ahora, ¿cuál de los Judas que aparecen en el Nuevo Testamento es nuestro escritor? Aunque Jesús tuvo dos discípulos con ese nombre entre los doce, nuestro escritor parece que se diferencia de ellos (versículo 17). En el versículo 1 dice que es el hermano de Jacobo. Este Jacobo no era otro que uno de los cuatro medios hermanos de Jesús, el hermano que en ese tiempo era una de las “columnas” (Gálatas 2:9), la cabeza reconocida de la iglesia cristiana de Jerusalén (Hechos 15), y el escritor de la epístola de Santiago (vea las notas de introducción a la Epístola de Santiago). Mateo 13:55 y Marcos 6:3 dicen que los medios hermanos de Jesús eran Jacobo, José, Simón y Judas (nuestro Judas), y mencionan también a las hermanas.

Al comienzo, los hermanos de Jesús no le creyeron cuando dijo que era el Mesías (Juan 7:5), pensaron que estaba “fuera de sí” (Marcos 3:21), e interfirieron en su ministerio (Mateo 12:46 y Juan 7:3,4). Después de encontrar oposición a sus enseñanzas en Nazaret, Jesús dijo con tristeza: “No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y *en su casa*” (Mateo 13:57). Tal vez por esa razón Jesús le encomendó a su madre a Juan y no a uno de sus hermanos. Pero después de la resurrección y de la aparición de Jesús, encontramos a los once discípulos orando junto con la madre y *los hermanos* de Jesús (Hechos 1:14). Los hermanos después se hicieron activos en el ministerio de la predicación, y a diferencia de Pablo, estaban casados (1 Corintios 9:5) y llevaban a sus esposas en la actividad misionera.

El estilo literario de Judas recuerda al de su hermano Santiago. Ha de haber sido un predicador vehemente y un misionero dinámico, porque su obra es viva e imaginativa y suena muy urgente en vista del juicio de Jesús que venía sobre todos los infieles. Esta carta breve nos muestra el amplio vocabulario de Judas; está lleno de imágenes sorprendentes y de cascadas de lenguaje rítmico, a veces triple. Judas conocía bien el Antiguo Testamento; hay muchas referencias del Antiguo Testamento que están resumidas en sólo 25 versículos.

Tiempo y lugar de la obra

No se puede decir mucho con alguna certeza acerca de cuándo o de dónde se escribió esta carta. Pero lo que parece claro es que los versículos de Judas y los de 2 Pedro capítulo 2 son tan similares que uno debe estar citando al otro. ¿Quién cita a quién? Nadie lo sabe con seguridad. Se podría presentar un argumento convincente para cualquiera de las dos opciones. Por una parte, debido a que Judas habla de ciertos acontecimientos como hechos que 2 Pedro parece predecir, algunos dicen que esta carta se inspiró en 2 Pedro y ha de haber salido después. Por otra parte, 2 Pedro capítulo 2 parece que se escribió en un estilo algo diferente de 2 Pedro capítulos 1 y 3. Es razonable sugerir que Pedro utilizó la carta ya existente de Judas, porque Judas había expresado claramente ideas que Pedro quiso transmitir.

Destinatarios y motivos de la carta

Judas les dirige su carta simplemente “a los llamados [a la fe en Cristo], santificados en Dios Padre y guardados en Jesucristo”. Con esas palabras pudo haber tenido la intención, como la tuvo la carta de su hermano, de llegar a la iglesia en general; o si por “amados” en los versículos 3, 17 y 20 estaba pensando en un grupo específico de personas, tal vez la carta iba dirigida a una congregación en particular, sin nombrarla. Parece razonable concluir que ha de haber estado escribiendo, al menos principalmente, a los cristianos judíos, ya que hace muchas citas del Antiguo Testamento. Esperaba que sus lectores reconocieran las referencias a Adán, Caín, Enoc, Sodoma, la cautividad egipcia, Coré y Balaam.

Cuando Judas escribió, la lamentable profecía de Jesús de que los lobos disfrazados de ovejas se iban a infiltrar en el rebaño se estaba haciendo realidad. Judas escribió, angustiado e indignado, para exhortar a los cristianos a estar vigilantes y llevarlos al arrepentimiento, a la fe, a la oración y al servicio. Su carta no

propone una estrategia para erradicar de las congregaciones organizadas a los falsos maestros y las falsas enseñanzas. Su interés, más bien, es alertar a los cristianos del peligro para su fe, anunciando seriamente la ira justa de Dios sobre los “infiltrados impíos” y animando a los creyentes a perseverar en la fe en Cristo. Estaba en juego nada menos que el destino eterno de la gente; era necesario luchar por la fe.

Bosquejo

Tema: ¡Luchen por la fe!

I. Saludos (1,2)

II. Motivos por los que se escribió (3,4)

III. Ejemplos del juicio de Dios sobre los que no creen (5-7)

IV. Caracterización de los infiltrados impíos (8-16)

V. Exhortación a los fieles para que perseveren (17-23)

VI. Doxología (24,25)

Saludos

(1,2)

¹ Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre y guardados en Jesucristo: ² Misericordia, paz y amor os sean multiplicados.

Resulta interesante notar la manera cómo Judas firma su carta, la forma en que se identifica a sí mismo, su persona y su posición. Es el hermano de Jacobo de Jerusalén, pero prefiere no hacer énfasis en su relación de sangre con Jesucristo. Esa tal vez sea una humildad apropiada; en los años de la niñez en Nazaret y en los tres años del ministerio público de Jesús, Judas no se había distinguido particularmente. Lo que le daba satisfacción ahora era ser un “siervo” de Jesús (o hasta un esclavo), es decir, uno que somete su voluntad a su Señor. Se gloriaba en que su vida no era suya ya, porque había sido comprado por un precio. Encontró gozo en seguir el ejemplo del Salvador que vino a servir, no a ser servido. A su hermano Jacobo también le gustó ser tenido como un siervo de Jesús (Santiago 1:1), como lo hicieron Pedro y Pablo en sus cartas.

Judas les escribió a los “llamados”, es decir, aquellos a quienes la palabra de Dios ha invitado a la fe y ha tenido éxito en el propósito de llevarlos a la fe en Jesucristo. Son “amados” en verdad, (traducción de la Reina Valera Actualizada; algunos manuscritos dicen santificados, como lo ha traducido la Reina Valera 1995) desde la eternidad por la elección misericordiosa del Padre, amados desde la caída de la humanidad por la promesa del primer evangelio, amados desde el pesebre en Belén por la encarnación, y amados ahora con el nacimiento físico y el renacimiento espiritual. Además, “guardados en Jesucristo”. ¡Qué consuelo saber que nuestro Señor no sólo nos *ofrece* una

oportunidad para la vida eterna, sino que nos *permite* reclamarla y hasta trabaja duro para guardarnos en la fe!

El saludo de Judas termina con una oración triple para que se desborden las bendiciones celestiales: *Misericordia*, es decir, la compasión constante para los pequeños y los débiles; y *paz*, es decir, la relación tranquila y feliz que los cristianos ahora gozan con su Padre; y *amor*, la decisión consciente de Dios de tratarnos como hijos, no como criminales. Los cristianos cuyo corazón y vida están llenos de esta abundancia se tratarán uno al otro con la misma misericordia, paz y amor.

Motivos por los que se escribió

(3,4)

³ Amados, por el gran deseo que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros para exhortaros a que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos, ⁴ porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.,

Cuando los apóstoles escogidos de Dios escribieron las cartas que el Espíritu Santo inspiró y recopiló en el Nuevo Testamento, les escribieron a individuos (1 y 2 Timoteo), a las congregaciones (Colosenses), a la iglesia en general (Hebreos), o una combinación de las formas mencionadas. Vea las notas de introducción en “Destinatarios” para sugerencias sobre la identidad de los “amados” de Judas.

Judas pudo haber preferido escribir por motivos felices: regocijarse en su salvación maravillosa en Cristo o celebrar el crecimiento de la iglesia. En vez de eso, habían estado llegando malas noticias al lugar de trabajo actual del apóstol. Satanás y sus ayudantes estaban trabajando tiempo extra, en la iglesia se habían infiltrado destructores y el evangelio de Cristo estaba en riesgo. El tema de esta carta: “¡Regocijense!” se tuvo que cambiar a “¡Luchen!” ¡Luchen por la fe!

Judas no quiere dar a entender que luchemos con el propósito de obtener el *poder* para tener fe, porque eso le corresponde al Espíritu y sólo al don del Espíritu. Quiere decir luchar por el *mensaje* que la gente necesita para creer, luchar para guardar el

mensaje correcto. Las palabras del evangelio son nuestro único medio de contacto con Dios, y cualquier alteración: añadir, quitar o cambiar, daña la relación de la gente con Dios. La palabra de Dios no necesita que cada generación la actualice ni la revise. Judas dice que la fe les fue transmitida a los santos “una vez”.

Satanás atacará en dos frentes a la iglesia de todas las épocas. Un ataque vendrá de afuera, de los infieles que usarán los medios físicos para dañar la iglesia: el ridículo, hostigamiento legal, confiscación de bienes, persecución, prisión, tortura, hasta la muerte. Sin embargo, la segunda forma de ataque es peor: la infiltración desde adentro. Satanás tiene sus agentes dentro de las congregaciones, en posiciones de liderazgo si es posible, que harán gradualmente que la verdad salvadora de Dios sea reemplazada por mentiras del infierno.

Judas apunta a dos acusaciones principales contra los infiltrados impíos, una relacionada con lo que creen los cristianos y la otra con la forma en que viven los cristianos. Primero condena a los infiltrados por negar el señorío de Jesucristo. Esa es una doctrina falsa grave, porque quita el corazón del evangelio que nos salva. Esa creencia falsa niega la Santa Trinidad y por lo tanto niega al Dios verdadero. Además niega la verdad vital de que Dios mismo, en la persona de Jesucristo, sufrió y murió por nuestros pecados y resucitó. Si Jesús no hubiera sido el Dios verdadero, si hubiera sido sólo humano, su vida perfecta y su muerte inocente no hubieran sido lo suficientemente universales para cubrir a todo el mundo de pecadores.

La segunda acusación es que esas personas impías (los “hombres” de la RV en el versículo 4 se podría referir a hombres o a mujeres) habían cambiado la gracia por libertinaje. Los infiltrados enseñaban que ya no había que luchar contra el pecado ni contra la tentación, porque la gracia de Dios lo perdona todo. Cada uno podía vivir como mejor le pareciera, bajo la protección “del evangelio”. El consuelo que Dios había destinado para los pecadores arrepentidos ahora se extendía falsamente a los pecadores impenitentes.

Pablo vio el mismo problema entre los cristianos de Roma: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera! ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerlo, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte o sea de la obediencia para justicia?” (Romanos 6:15,16).

La negación de Cristo como nuestro único Soberano y Señor es una característica del islamismo, del judaísmo, bahaísmo, hinduismo, budismo y de todas las otras religiones no cristianas. Pero Satanás nunca ha dejado de tratar de introducir esas falsas enseñanzas también en la iglesia cristiana. En cada siglo hay personas *en* las congregaciones cristianas que niegan la Santa Trinidad y logran atraer a gente que las sigan. Este “unitarismo” no sólo ha ocasionado la separación de la denominación “Unitaria y Universalista”, sino que ha corrompido las creencias de muchos que permanecieron en las iglesias cristianas trinitarias. La Facultad de Teología de la Universidad de Harvard, por ejemplo, fundada por congregacionalistas trinitarios, se hizo unitaria en 1817 y nunca recobró la lealtad al Cristo de las Escrituras.

Lo que es tan malo como, o tal vez hasta peor, que negar verbalmente la naturaleza divina de Jesús es afirmar que se cree en ella y luego negarla realmente con otras enseñanzas y acciones. Negar que las Santas Escrituras están libres de error o que son infalibles, por ejemplo, es un ataque al señorío de Cristo, porque Cristo ejerce su señorío mediante su Palabra. Cuando los profesores “cristianos” de religión descomponen la Biblia en fragmentos de meras opiniones humanas y no se quieren someter a su autoridad, en realidad están negando el señorío de Cristo sobre ellos. Cuando los líderes de la iglesia “cristiana” afirman que su autoridad es mayor que la de la Biblia, en verdad niegan el señorío de Cristo. Cuando los miembros de la iglesia “cristiana” recitan los credos y las liturgias pero no quieren dejar que la palabra del Señor reprenda sus pecados y guíe sus actos, niegan realmente el señorío de Cristo. Nunca debemos dejar la lucha por la fe que se ha confiado a los santos de una vez por todas.

Hoy, Satanás sigue trabajando mucho, inspirando a la gente de la iglesia par que use el evangelio del perdón para hacer a un lado las advertencias acerca de su pecado. La verdad es que un cristiano que no se quiere arrepentir de sus pensamientos, palabras y actos pecaminosos, está poniendo en peligro su salvación. El escritor de Hebreos dice: “Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (10:26,27).

Cuando los cristianos arruinan su matrimonio, por ejemplo, y luego anuncian que se van a divorciar, lo cual saben que es pecado y una obra malvada, pero lo llevan a cabo de todos modos y lo justifican diciendo que al final todo será perdonado, caen en la trampa de convertir la gracia de Dios en libertinaje. Cuando una pareja convive sin contraer matrimonio, sabiendo que Dios lo llama adulterio, pero encuentra protección espiritual en las palabras de absolución que oye el domingo por la mañana en la iglesia, y luego decide permanecer en esa situación adúltera, cambia la gracia de Dios en libertinaje. Cuando la gente dice: “Dios me ama y quiere que sea feliz” para justificar su homosexualidad o romances extramatrimoniales, convierten la gracia de Dios en libertinaje. Judas dice al respecto: “¡Despierten, cristianos!” “¡Luchen por la fe!”

Ejemplos del juicio de Dios sobre los que no creen (5-7)

⁵ Quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. ⁶ Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día. ⁷ También Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra la naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.

Con el propósito de subrayar la gravedad de esos asuntos y la seriedad del aborrecimiento de Dios por estos dos pecados terribles, Judas da un trío de ejemplos del Antiguo Testamento. Cada uno de los ejemplos muestra las graves y terribles consecuencias de la incredulidad, tanto en el tiempo como en la eternidad. Desde la tentación de Eva en el Edén, Satanás le ha estado diciendo a la gente: “No moriréis”, y la gente le ha estado creyendo. Satanás siempre desea cegar a la gente para que no vea las consecuencias dolorosas que hay cuando los seduce a la maldad.

Uno de los grandes valores del estudio del Antiguo Testamento es ver a Dios en acción en todos los diferentes relatos de su intervención directa en la historia humana. Dios no sólo mira hacia abajo desde su alto trono para ver lo que está sucediendo, sino que toma parte en ello. Se preocupa. Se relaciona con la vida de las personas por medio de la Ley y el evangelio, para juzgar y bendecir. Esa intervención no se suspendió cuando terminaron los

tiempos del Antiguo Testamento, sino que siguió sucediendo en el tiempo de Judas y todavía sucede hoy.

Los oyentes de Judas ya conocían los hechos que relatan las tres historias del Antiguo Testamento (versículo 5). Pero, como ocurre con frecuencia, el valor del impacto de la advertencia desaparece con el tiempo. Judas quiso que la gente creyera que las advertencias de Dios eran serias y que las consecuencias eran reales. Les recordó el éxodo de los israelitas de Egipto, una demostración estupenda y deslumbrante del poder divino. Dios intervino en la historia humana para rescatar a su pueblo en tiempo de aflicción. Le dio la libertad, lo guió en el viaje, le proporcionó alimento y agua en el camino, defensa milagrosa contra los ataques militares, la promesa de la nacionalidad y la tierra, y el pacto majestuoso del monte Sinaí. Le mostró a su pueblo que no había límites para lo que él estaba dispuesto a hacer por ellos y que tenían un papel importante que desempeñar en el plan de salvación del mundo.

Sin embargo, todos los adultos de la nación, con excepción de Josué y Caleb, se rebelaron contra el Señor. Se quejaron de las dificultades de la marcha, se quejaron de la comida que Dios les daba y se quejaron de Moisés, el guía escogido de Dios. No aprendieron nada del castigo de fuego en Tabora (Números 11), ni de la plaga que se difundió entre los que comían codornices en Kibrot-hataava, ni de la lepra de María (Números 12). Y luego en el desierto de Paran, a orillas de su nueva tierra, todos, toda la asamblea, rechazaron todas las promesas de Dios, dudaron públicamente de su amor, despreciaron su poder, desdeñaron su regalo que les ofreció, se rebelaron contra su dirección otra vez, y en verdad insultaron a Dios una última vez cuando desearon volver a la esclavitud.

La gloria de Jehová apareció en el tabernáculo de reunión y dijo: “¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo?” Pero al interceder Moisés por ellos el Señor decidió salvarlos y perdonar su pecado, pero les anunció un castigo severo: sólo los *niños* de la

nación iban a heredar la tierra prometida. Del resto, como dice Pablo en 1 Corintios 10:5: “Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto”. ¡Han de haber tenido un promedio de al menos 82 funerales diarios por 40 años! Pablo sigue, diciendo: “Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (versículo 6). Judas quiere que sus oyentes recuerden y aprendan.

El segundo ejemplo que da Judas es el de los ángeles malos que se rebelaron contra Dios, que perdieron su lugar favorecido en el cielo y terminaron en las tinieblas interminables. Están atados con cadenas perpetuas, esperando el día del juicio, que sólo confirmará su castigo. Hay alusión a la caída ardiente de Satanás y de los demonios que se narra en Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:1-19. En Apocalipsis capítulo 12, los ángeles caídos se describen como un tercio de las estrellas del cielo, arrastrados de sus lugares por la cola del dragón rojo, “la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (versículo 9). Satanás y los demonios no reinarán en el infierno, tampoco se reirán ni se regocijarán. El infierno para ellos es un lago de fuego y azufre, un lugar de tormento interminable, y ellos también se quejarán para siempre en frustración, dolor y rabia.

El último ejemplo del Antiguo Testamento que da Judas de las consecuencias terribles del pecado son los restos humeantes y abrasadores de Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas menos notorias de Adma y Zeboim (la quinta ciudad, la pequeña Zoar, se libró). En un tiempo, el valle del Sidim al sur del mar Muerto “era de riego, como el huerto de Jehová, como la tierra de Egipto” (Génesis 13:10). Los agricultores y los pastores israelitas de la antigüedad no se podían imaginar un suelo mejor sobre la tierra que el huerto de Edén y el delta del Nilo. Sin embargo, cuando el Señor terminó con Sodoma y Gomorra, la tierra quedó permanentemente inservible para la agricultura. Incluso ahora nada crece allí. De hecho, el Señor golpeó ese valle pecador tan fuerte

que gran parte de él se encuentra bajo el agua. Todo eso lo causó la inmoralidad sexual de la gente, la perversión y la violencia (Génesis 19).

Estas tres escenas horribles: 1,200,000 sepulcros en la arena, demonios que gimen encadenados en el infierno y las costas desoladas del mar Muerto, son un testimonio de que Dios es muy en serio en cuanto a hacer responsables a los pecadores impenitentes. El infierno es real.

Caracterización de los infiltrados impíos

(8-16)

Los versículos 8 a 16 son las caracterizaciones que hace Judas de la verdadera naturaleza de los falsos maestros. En esta sección, el escrito de Judas entra verdaderamente en ebullición. Está resuelto a que sus lectores conozcan lo destructivas y lo terribles que son esas enseñanzas: la instigación a negar el señorío de Jesucristo y a cambiar el evangelio de perdón por un paso libre al pecado. La gente que cree y enseña esas cosas está mostrando desprecio por las cosas santas y sagradas de Dios. Aunque aparezcan como normales, cumplidores de la Ley, personas decentes; aunque hayan sido líderes respetados de la iglesia con posición de autoridad y responsabilidad, cuando los guías espirituales dicen palabras que envenenan la fe de la gente, se convierten en asesinos espirituales. ¡Y a algunos cristianos frustrados, eso les puede parecer como si ellos salieran impunes!

Los que dañan y destruyen la fe salvadora de otras personas muestran la podredumbre que hay en sus propias almas, y Judas nos asegura que no saldrán impunes. Dios asegura que serán condenados y destruidos. Como Jesús mismo lo dijo, cuando las personas que están en posiciones de poder hacen tropezar a cristianos débiles en su fe y los alejan, Dios tendrá un castigo tan severo para ellos que preferirán la muerte rápida, que los echen al mar con una piedra de molino colgada al cuello.

⁸ No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de los poderes superiores. ⁹ Pero cuando el arcángel Miguel luchaba con el diablo disputándole el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: «El Señor te reprenda.»

¹⁰ Pero estos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales.

En otro trío de ejemplos, Judas ilustra la naturaleza impía de los falsos maestros; qué groseros, abusivos, agresivos y desdeñosos son en realidad con lo que no pueden entender ni respetar. Primero, “mancillan la carne”, y no sólo la propia sino la de los que son seducidos, “[convirtiéndolo] en libertinaje” (versículo 4). La historia de la iglesia muestra que cuando los líderes poderosos se liberan de la restricción de la Palabra y voluntad de Dios, con frecuencia resulta el adulterio y la perversión sexual. San Pablo muestra en 1 Corintios 6:15-19 que Cristo murió y resucitó para salvar no sólo nuestra alma sino también nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo le pertenece a Cristo, porque fuimos comprados por un precio, y nuestro cuerpo es ahora templo del Espíritu Santo.

Segundo, los infiltrados “rechazan la autoridad”, tanto la espiritual como la secular. Desde cuando Satanás sedujo a la madre Eva con falsas promesas de libertad e independencia, los pecadores impenitentes han visto la sumisión a la autoridad como esclavitud. “¡Nadie me va a decir lo que tengo que hacer!” Si a la gente se le enseña a sospechar, cuestionar, ridiculizar y desdeñar la autoridad terrenal, ¿cómo se puede esperar que se alegren cediendo a la autoridad de Dios?

Tercero, “blasfeman de los poderes superiores” (literalmente: blasfeman las glorias). Es posible que esas “glorias” se refieran a seres celestiales tales como los ángeles, pero es más probable que sean las glorias de Cristo. Hay clases en colegios y universidades cristianos donde los profesores ridiculizan los conceptos de que Cristo llamó al universo a existir con su Palabra, de sus milagros, su muerte vicaria, su resurrección y su segunda venida.

Cuando se les quita su significado a estas glorias sagradas, no debe sorprender que la gente haga bromas acerca de San Pedro a las puertas del paraíso, que use la palabra *infierno* y *condenado*

sólo para darle énfasis a un argumento débil, y tengan su sistema de valores en total desorden. Cuando las personas se desconectan de la palabra de Dios y no tienen respeto por su autoridad, caen al nivel de animales. Lo que entienden y codician: sexo, violencia, placer, después los destruye. Se hacen inevitables el alcoholismo, la adicción a las drogas, las enfermedades venéreas, el abuso y la violencia en los hogares, en las calles y en los campos de batalla. Cuando las personas piensan como animales, actúan como animales y mueren como animales.

En el versículo 9, Judas da un ejemplo extraño y curioso de cómo el arcángel Miguel evitó hablar con insultos aun cuando se estaba dirigiendo al mismo diablo (quien, como pueden pensar, se merece por supuesto el maltrato). Detrás de las escenas de la historia humana, los ángeles celestiales de Dios están en constante batalla con Satanás y sus demonios. Judas corre el telón un poco y nos deja ver uno de esos conflictos: una disputa sobre el cuerpo de Moisés.

Moisés había tenido un funeral y sepultura en secreto en el monte Nebo; su empresario de pompas funerarias fue el mismo Dios (Deuteronomio 34). Tal vez Satanás quiso que el lugar se diera a conocer, esperando que los israelitas, siempre supersticiosos, lo convirtieran en un santuario idólatra. O quizás Moisés recibió una resurrección temprana con el objeto de estar con Jesús en el monte de la Transfiguración (Mateo 17:3) y con Elías (que fue llevado directamente al cielo). Puede ser que Satanás objetó con ironía a que Dios violara la “ley” de la muerte. A pesar de todo, ni siquiera Miguel, comandante en jefe de los ejércitos de los ángeles, “el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo” (Daniel 12:1), no le dijo nada injurioso a Satanás, sino que sencillamente anunció: “El Señor te reprenda”.

La misteriosa conversación suscita una pregunta. Durante los siglos la gente se ha preguntado de dónde sacó Judas esa información, que no se encuentra en ninguna parte en el Antiguo Testamento. Una posibilidad es que el Señor le dio la información por revelación directa, de la manera como le dio información a

Moisés acerca de los seis días de la creación. Posiblemente la información vino de una vasta predicación oral de los profetas que nunca se escribió, y la cita escrita de Judas sencillamente la preserva para todos los tiempos. Puede ser que Judas esté citando obras que no son bíblicas. De hecho, hay un libro apócrifo titulado *La ascensión de Moisés* que cuenta toda clase de historias acerca de Moisés que no se encuentran en la Biblia.

Supongan que Judas está citando de un libro hecho por los hombres. ¿Esa cita pondría en duda la exactitud de lo que escribió Judas? Por supuesto que no. Judas escribió por inspiración divina. Dios el Espíritu Santo ejerció control completo sobre el contenido de todas las Sagradas Escrituras (2 Pedro 1:21). Si el Espíritu hizo que Judas incluyera este relato en su carta, ha de ser verdadera. El Espíritu llevó a Pablo a citar los autores griegos seculares Menandro, Epiménides y Arato en sus epístolas. El punto de Judas es claro: los impulsos de la inmoralidad sexual, el desdén por la autoridad y los insultos vienen del infierno.

¹¹ ¡Ay de ellos!, porque han seguido el camino de Caín, se lanzaron por lucro en el error de Balaam y perecieron en la contradicción de Coré.

Ahora viene otro trío de ejemplos del Antiguo Testamento. Judas muestra el resultado terrible de las actitudes anteriores. ¿Recuerda a Caín (Génesis 4)? El primer ser humano nacido en la tierra le entregó su corazón al mal. Aunque participó en las ceremonias exteriores de la fe religiosa, su corazón no estaba allí (1 Juan 3:12 dice que “era del maligno”), y para Dios sus ofrendas no tenían grato olor. Sintió celos, resentimiento y odio hacia su hermano Abel, planeó una emboscada y lo mató, y entonces negó hoscamente que tuviera algún interés ni responsabilidad por su hermano delante Dios. Su vida se hizo autocompasiva, inquieta y sin rumbo. Dios le había dicho a Caín: “El pecado está a la puerta, acechando. Con todo, tú lo dominarás” (Génesis 4:7). Caín no hizo

caso a la advertencia que le hizo Dios y perdió su alma. El punto de Judas es que cuando la gente se entrega a la maldad interior, sus actos exteriores se harán inevitablemente malvados también.

Balaam (Números 22–25,31) era un hechicero misterioso con quien Dios dispuso comunicarse. El rey de Moab le ofreció a Balaam una fortuna si ponía la maldición del Señor sobre Israel. El Señor, por supuesto, sólo permitió que Balaam pronunciara bendiciones, pero Balaam todavía quería el dinero. Sugirió astutamente otra forma de llevar desastre sobre Israel: persuadir a los hombres israelitas a adular con las mujeres moabitas y madianitas, y luego usar la atracción sexual para llevar a los israelitas al culto idólatra. El plan surtió efecto. La ira del Señor cayó sobre Israel en forma de una plaga que mató a 24 mil personas. Pero el juicio de Dios cayó también sobre Balaam: lo mataron a espada (Números 31:8). Lamentablemente, el pecado de Balaam no murió con él; la historia de la iglesia está llena de ejemplos decepcionantes de personas que explotaron su posición y su gente por dinero.

Coré (Números 16) era bisnieto del patriarca Leví, un líder del clan de los coaitas de los levitas, y un ejemplo terrible de habla grosera contra las glorias. Incitó a una rebelión inmensa contra el liderazgo de Moisés y contra los planes y los caminos de Dios. Pero su caída fue rápida, segura y pública; la tierra se lo tragó junto con su familia y con dos compañeros principales en la conspiración. El fuego de Dios incineró a los 250 líderes de la comunidad que se habían unido a la revuelta, y cuando las personas de la multitud de espectadores no le hicieron caso a esas advertencias y empezaron otra vez a hablar groseramente, Dios envió otra plaga que mató a 14,700 de ellos.

Pablo dice: “Estas cosas les acontecieron como ejemplo”, pero los ejemplos sirven sólo si se recuerdan, se creen y se respetan. “¡Despierten!” dice Judas. Luchen “por la fe que ha sido una vez dada a los santos”. Y sean consolados sabiendo que Dios tendrá la última palabra sobre la seguridad de la iglesia.

¹² Éstos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo sin vergüenza alguna con vosotros, se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados. ¹³ Son fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas.

La pasión de Judas por el pueblo de Dios y la verdad divina ahora estalla en seis analogías vívidas de la verdadera naturaleza de los falsos maestros que debilitan el señorío de Jesucristo y pervierten el evangelio, convirtiéndolo en libertinaje: manchan el culto puro y las reuniones de compañerismo de las congregaciones; son pastores a quienes sus ovejas no les importan realmente nada y piensan sólo en alimentarse ellos mismos; son nubes sin agua; árboles sin fruto; olas espumosas, llenas de sonido y furia, que no significan nada; y estrellas errantes, que son inútiles para la navegación. Noten cómo cada ejemplo ilustra el vacío y la decepción, cosas con la forma correcta pero que no cumplen su función. No saldrán impunes de sus actos destructivos, porque tienen reservadas para siempre las tinieblas más espantosas.

¹⁴ De estos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: «Vino el Señor con sus santas decenas de millares, ¹⁵ para hacer juicio contra todos y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él». ¹⁶ Éstos son murmuradores, quejumbrosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho.

La caracterización que hace Judas de los falsos maestros concluye con otra referencia poco usual y con más lenguaje fuerte. Su verdadera naturaleza es ser murmuradores, querrellosos, que se

dejan llevar por sus pasiones y apetitos, jactanciosos y lisonjeros. Cuando los guías espirituales dejan de cuidar y amar a su gente, se convierten inevitablemente en manipuladores “para sacar provecho” y ganancia personal. En efecto, la iglesia puede ser una estructura conveniente para la gente sin escrúpulos con el fin de obtener poder sobre otros y usarlos para satisfacción de su ego, o dinero o algo peor. Judas golpea con la misma palabra, como un gong: *impíos... impías... impiamente... impíos*, para mostrar su verdadero estado espiritual.

Judas retrocede mucho en la historia para mostrar que esos problemas no son nuevos; se habían presentado también en la época de Enoc, el séptimo hombre que se menciona en la genealogía de Adán (Génesis 5:21-24). Enoc, el padre de Matusalén, “caminó... con Dios”, vivió por la fe 365 años (Hebreos 11:5,6), y “no [vio] muerte... lo traspuso Dios... [y] tuvo testimonio de haber agradado a Dios”. El Señor le proporcionó a Judas un poco más de información acerca del contenido del ministerio profético de Enoc y del mundo antes del diluvio. Enoc también dio testimonio de que el Señor hará responsable a cada ser humano sobre la tierra de su vida y dejará convictos a todos los impíos de sus palabras y acciones impías. Mientras algunos de los santos de Dios (los ángeles) llevarán con cuidado a cada creyente al cielo para estar eternamente con el Señor, otros santos acorralarán a los incrédulos horrorizados y los arrastrarán lejos de la presencia misericordiosa del Señor para siempre.

Lo que Enoc, séptimo desde Adán en la línea de los descendientes de Set, estaba condenando lo ejemplificaba Lamec, séptimo desde Adán en la línea de los descendientes de Caín. Génesis 4:19-24 muestra la bigamia de Lamec y su genio terrible y listo para estallar en cualquier momento. En lugar de avergonzarse de su antepasado asesino Caín, Lamec se jactaba de haberlo superado. Hoy la historia de Lamec estaría hecha para una película de televisión. El sexo adúltero y la violencia todavía se venden.

PARTE CINCO

Exhortación a los fieles para que perseveren (17-23)

¹⁷ Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; ¹⁸ los que os decían: «En el último tiempo habrá burladores que andarán según sus malvados deseos.» ¹⁹ Éstos son los que causan divisiones, viven sensualmente y no tienen al Espíritu.

“Tened memoria”, dice Judas. Recuerden que nuestro Señor y sus otros apóstoles predijeron la infiltración en la iglesia. Tengan en la memoria que todas las organizaciones hechas por el hombre como las congregaciones y los sínodos sólo son manifestaciones visibles y defectuosas de la real, gloriosa, invisible y santa iglesia cristiana, la comunión de los santos. Esperen los ataques y las infiltraciones de lobos disfrazados de ovejas, y estén preparados.

¡Qué contemporáneo! El hecho lamentable de nuestros tiempos es que hoy la mayoría de los cristianos son miembros de congregaciones y de iglesias que no son ortodoxas, es decir, que no son fieles completamente a la Palabra de Dios inspirada, infalible y sin error. La mayoría de las iglesias han llegado a tolerar y hasta a promocionar a pastores y profesores que niegan la verdad histórica de la Biblia, que enseñan la evolución, legalizan el adulterio, están a favor de la homosexualidad y del aborto, que niegan la existencia del infierno y del juicio final y aceptan la legitimidad espiritual de todas las religiones del mundo como si fueran iguales al cristianismo. Judas dice que esos maestros son burladores, divisivos, mundanos y sin el Espíritu de Dios.

Entonces ¿cuál es el plan? Noten que Judas no propone un programa estructurado y sistemático para desarraigat a los falsos maestros. Reprende y condena la obra impía de ellos, les quita el

disfraz y revela la maldad de Satanás. Sus palabras solemnes han de haber tenido algún efecto en estas personas; tal vez algunas de ellas se dieron cuenta del mal que estaban haciendo y se arrepintieron. Pero parece que Judas supone que la gente no espiritual, impía, que amenaza a sus amados seguirá al mando de la organización. Las palabras finales parecen ir dirigidas sobre todo a los cristianos fieles, diciéndoles cómo sobrevivir esos últimos tiempos peligrosos, en qué forma protegerse de ellos espiritualmente. ¿Cómo?

²⁰ Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, ²¹ conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.

¿Cómo? La idea principal, según la traducción literal de los versículos 20 y 21, es que los cristianos deben permanecer en el amor de Dios. Pero, ¿cómo es posible? ¿Podemos hacer que Dios nos ame más? ¿Acaso el amor que Dios nos tiene no es incondicional? Por supuesto que lo es. Pero la exhortación de Judas ilustra una verdad importante de nuestra vida cristiana: nuestra propia fuerza de voluntad espiritual, muerta en el pecado al nacer, ha renacido. Una vez más ahora poseemos la imagen de Dios mediante la fe en Cristo. Ahora podemos decir: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”. Y como Dios ha dispuesto comunicarse con nosotros mediante la Palabra y el sacramento, y como Dios les da fuerza espiritual a sus hijos para la lucha espiritual mediante la Palabra y los sacramentos, podemos elegir que Dios nos fortalezca y nos proteja por medio de su Palabra y sacramentos.

En los versículos 20 y 21, Judas menciona tres aspectos de cómo permanecen los hijos de Dios en el amor de Dios.

1. *Edificándoos sobre vuestra santísima fe.* Los falsos maestros no les pueden hacer daño si ustedes están armados y acorazados, escudados y protegidos. Las batallas de la cristiandad no se pelean

en los campos militares sino en el corazón y en la mente. ¡Edifíquense! ¿Cómo? Lean la Palabra. Oigan la Palabra. Canten la Palabra. Compartan la Palabra. Recuerden la Palabra. Coman y tomen el cuerpo y la sangre del Señor. Las mentiras y los sobornos de Satanás se marchitarán bajo la luz brillante de la verdad de la Biblia. La desesperación y el temor se desvanecerán cuando ustedes y su Salvador estén unidos mediante la sangre del pacto.

2. *Orando en el Espíritu Santo.* Después de que Dios les ha hablado en su Palabra, ustedes le hablan a Dios con sus palabras. La comunicación con su Dios celebra y fortalece su relación con él. Oren con confianza, sabiendo que el Espíritu les ha dado la fe en Cristo, que los hace hijos de Dios. Oren con confianza, sabiendo que el Espíritu intercede por los santos que no saben muy bien qué o cómo orar. Oren con confianza, sabiendo que el Señor procesará cada petición, no tiene límites para su poder, le agrada oír lo que ustedes le dicen, y se deleita cumpliendo las esperanzas y satisfaciendo las necesidades de sus hijos. Hace que les sucedan cosas para bendecirlos.

3. *Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.* Los creyentes saben que a pesar de todos sus esfuerzos, nunca podrán reformar ni purificar este planeta, que es corrupto sin remedio. El plan de Dios es venir pronto, derretirlo y crear nuevos cielos y nueva tierra. Nuestra meta final, por lo tanto, es experimentar la misericordia salvadora de Cristo cuando regrese, y esa esperanza viva hace que sigamos adelante.

²² A algunos que dudan, convencedlos. ²³ A otros, salvadlos arrebatándolos del fuego; y de otros, tened misericordia con temor, desechando aun la ropa contaminada por su carne.

Judas quiere que las personas que han experimentado la misericordia de Cristo les muestren misericordia a otras personas: mostrarles misericordia a los que dudan y vacilan, sin desdeñarlos

por su debilidad sino animándolos pacientemente, reprendiéndolos, guiándolos y amándolos; mostrarles misericordia a aquellos cuyos pies ya se están quemando con el fuego del infierno, interviniendo para evitar su suicidio espiritual, preocupándose por hablar de la ira de Dios y de las promesas divinas; mostrarles misericordia a los que están espiritualmente podridos, pero con temor, es decir, cuidando que su corrupción no los infecte a ustedes. Si eso ayuda, visualice su enfermedad espiritual interior como si fuera una supuración infecciosa que sale por sus ropas. Cristo mismo nunca retuvo su amor para los cobradores de impuestos ni las prostitutas, pero tampoco aprobó su vida pecadora. “Vete, y no peques ya más.”

PARTE SEIS

Doxología

(24,25)

²⁴A aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, ²⁵al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén.

Mientras que los cristianos en verdad pueden hacer muchas cosas para protegerse, la hermosa doxología de Judas les da un consuelo aun mayor a los cristianos cuya fe está bajo el ataque, porque les asegura las promesas que hizo Dios de guardar a sus hijos de caer. Porque hasta nuestros propios esfuerzos en el culto, en el estudio bíblico y en la oración con frecuencia no son suficientes. ¡Qué alivio es poner nuestra vida finalmente en las manos de Aquel que se ha comprometido a llevarnos al hogar en el cielo!

Cuando estamos exhaustos por la lucha contra el pecado y contra Satanás, es estimulante levantar la mirada hacia nuestro Dios majestuoso, grandioso e inmutable, cuyo poder y autoridad no tienen límites, ¡cuya victoria sobre el pecado y Satanás es un hecho!, ¡es historia!, ¡está ganada!, ¡es inalterable!; darse cuenta de que todos nuestros problemas son sólo por un poco de tiempo, y rendirle todo el honor y la gloria de lo que nuestra boca y pulmones sean capaces. ¡Amén! ¡Ésa es la verdad!

Brillante en celestial fulgor,
Su luz esparce alrededor
La estrella matutina:
El día anuncia de solaz,
De libertad y dulce paz
En hora ya vecina.
Cuando dando a nuestra alma la fiel palma
De victoria, Dios nos llevará a la gloria. (CC 340:1)
— *Philipp Nicolai*, 1556-1608



Asia Menor

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Las cartas de: Santiago, Pedro, Juan, y Judas, corrientemente se asocian y se llaman las epístolas generales o católicas, porque ellas no están dirigidas a una sola congregación. Pedro, Santiago, y Juan, son nombre familiares para los lectores del Nuevo Testamento. El libro de Judas nos advierte acerca de los falsos maestros.

